



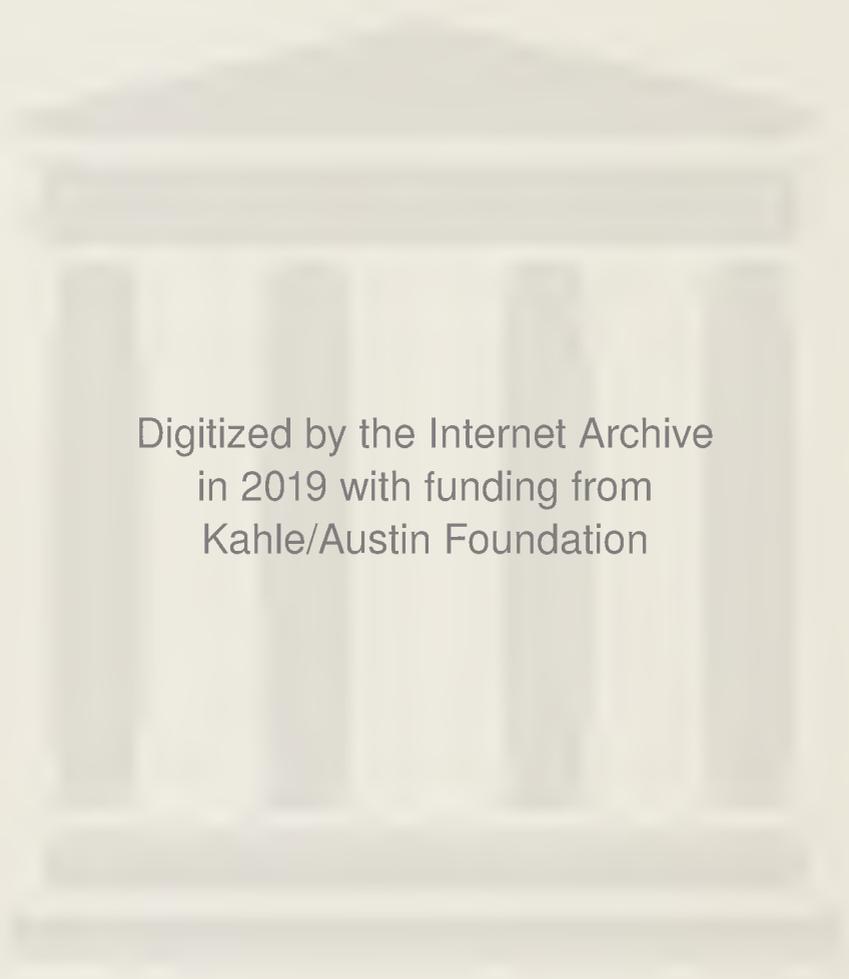
NUNC COGNOSCO EX PARTE



TRENT UNIVERSITY
LIBRARY







Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation

FRANCISCO PIZARRO



FORJADORES DE HISTORIA

Colección dirigida por PABLO TIJAN

1. *CRISTOBAL PLANTINO, editor del Humanismo*, por COLIN CLAIR.
2. *SIR TOMAS MORO, Lord Canciller de Inglaterra*, por ANDRÉS VÁZQUEZ DE PRADA.
3. *TOULOUSE-LAUTREC, pintor del "Fin du Siècle"*, por GOTTHARD JEDLICKA.
4. *AMUNDSEN, el último vikingo*, por EDOUARD CALIC.
5. *SAN BERNARDO, el siglo XII de la Europa cristiana*, por AILBE J. LUDDY, O. Cist.
6. *PAUL CLAUDEL, poeta del simbolismo católico*, por LOUIS CHAIGNE.
7. *MEMORIAS (1945-1953)*, por KONRAD ADENAUER.
8. *FRANCISCO PIZARRO, el Marqués Gobernador*, por JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU.



D.FRAN.^{co} PÍZARRO.

Retrato de Francisco Pizarro, de autor anónimo, que se conserva en el Archivo General de Indias, de Sevilla.

JOSE ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

...

FRANCISCO PIZARRO

EL MARQUES GOBERNADOR

EDICIONES RIALP, S. A.

MADRID - MEXICO - BUENOS AIRES - PAMPLONA

© 1966 by EDICIONES RIALP, S. A. - Preciados, 44 - MADRID.

F 3442 . P673

Depósito legal: M. 18.269 - 1965.

Número de registro: 762 - 66

ARTES GRÁFICAS MARISAL.—Plaza de Oriente, 2.—MADRID - 13

*A Teresa Guérin von Bischoffshausen,
mi esposa.*

I. LOS AÑOS EXTREMEÑOS

TRUJILLO DE EXTREMADURA

Trujillo, la antigua Turgalium de los romanos y el Torguielo amurallado de los árabes, estaba edificado sobre una eminencia granítica llamada Cabeza de Zorro por los comarcanos. Un conjunto de torres almenadas y algún campanario monacal dibujaban el perfil de la villa. El resto lo formaba la oscura silueta del castillo con sus miras, ya caducas, de guardar la población; la artillería lo había hecho endéble, anulando a sus barbacas y maticanes de piedra. Este era Trujillo de Extremadura para los caminantes castellanos que marchaban a Sevilla. Ya los musulmanes se habían cuidado de advertir: "esta villa es grande y parece una fortaleza." Y era verdad, porque igual impresión causaba a los viajeros cristianos.

La impresión se acentuaba cuando éstos ingresaban a la villa por el arrabal de San Miguel, parroquia que lucía en sus altares al Ángel de la espada y la rodela. Luego de cruzar la Plaza Mayor con sus portales del Lienzo, del Pan y del Paño, se divisaba otro templo. A él entraban nuevamente los viajantes para orar, y lo primero que aparecía a sus ojos era la figura de un guerrero que desde lo alto de su caballo cortaba su capa con un sable para compartirla con un pobre. Era san Martín de Tours, el santo que dejó su casa a los catorce años para seguir la carrera de las armas...

Luego los caminantes salían de la Plaza y por la Cuesta de Santiago trasponían la Puerta del Apóstol, construida a la vera del torreón de los Chávez, bella muestra de la arquitectura militar. Esta iglesia de Santiago también mostraba imaginería bélica. En el altar mayor, sobre su albo corcel y blandiendo hoja de guerra, Santiago de Galicia aparecía cabalgando y matando sarracenos por doquier. No en vano lo llamaban Santiago Matamoros y Verdugo de la Media Luna. Estaba visto que los trujillanos no gustaban del Santiago pescador. Su devoción jacobita prefería al Santiago caballero.

Siempre subiendo por la Cuesta, los caminantes llegaban a la señorial iglesia de Santa María la Mayor, toda de corte románico y con su portada de transición al gótico. Si el de Santiago parecía un templo de guerreros, Santa María era el sitio donde éstos se solían enterrar. En sus alrededores, lo que entonces llamaban calles de la collación, decían ser frecuentes los choques armados entre las diversas facciones de la villa. Y era que la collación de Santa María siempre se prestó a contiendas de calleja. Los Añazcos, Bejaranos y Altamiranos secundados por sus primos los Orellanas, Hinojosas, Vargas y Pizarros, dieron mucho que hablar al vecindario con sus encuentros armados después de medianoche. Era fama que siempre dejaban un hidalgo moribundo, el cual, reconocido con antorchas en la oscuridad, era llevado a su casa con premura, mientras otros le buscaban confesor. Algún tiempo después, en esas callejas retorcidas, comenzaba a percibirse el llanto de las mujeres y voces graves que proferían juramentos de venganza... Historias como éstas dejaban boquiabiertos a los caminantes.

Santa María, pues, era la collación de las contiendas y morada de los linajes contendores. La mansión de los Pizarros también quedaba allí. Era un edificio de piedra con puerta de roble. En su frontis, el escudo con dos osos que apoyándose en trozos de pizarra trataban de alcanzar un sauce, hacía las veces de una lápida dispuesta a confirmar: "Esta es la Casa de los Pizarros." Había otras casonas de Pizarros en la villa, pero ésta—por su vecindad a Santa María—debía ser la principal. Acaso también por su cercanía al monasterio de las Freilas de Coria y al viejo castillo que parecía dormir agazapado encima de la población de piedra.

Los musulmanes habían tenido razón al decir que Trujillo tenía

perfil de fortaleza. Y los cristianos, luego de convertir sus casas en fortines y levantar iglesias a sus santos militares, aumentaron esta fama proclamando por patrona de la villa a Nuestra Señora de la Victoria, la más guerrera de las Vírgenes. Esto, porque Trujillo era así: confiaba en Dios, pero creía en la guerra.

Esa misma noche, los caminantes salían de Trujillo en pos del Guadalquivir. Todos iban alegres y sedientos de ilusión. Todos marchaban en demanda de aventura. Atrás, macizo y fuerte, quedaba Trujillo de los extremeños, algo así como un hábito de monje con olor a pólvora o, mejor aún, muchas casas solariegas semejantes a hierros de armadura unidos con cordón de fraile...

EL NIÑO BASTARDO

Corría el año del Señor de 1477 y todo Trujillo envidiaba a Hernando Alonso Pizarro. Era el mejor representante de los Pizarros extremeños y vecino principal de la villa. Unido desde muy antiguo al poderoso bando de los Altamiranos, había edificado una regular fortuna que lo perfilaba como hombre feliz. Pero el viejo vecino no basaba su mayor orgullo en los bienes materiales, sino en el hecho—invalorable en esa época—de que sus abuelos siempre fueron “avidos e tenidos e comunmente reputados por personas hijosdalgo según costumbre e fuero despaña”. En otras palabras, de que el árbol genealógico de los Pizarros extremeños no tuviera sangre villana. Por eso era él un caballero y todo lo podía resolver cubierto de hierro y jugando las armas. Ya lo decía el refrán: juegos guerreros son de caballeros, que juegos de manos son de villanos.

Había casado con Isabel Rodríguez de Aguilar, dama del linaje de los Hinojosas, y fruto de su enlace había sido—entre otros—un hijo llamado don Gonzalo. El mancebo estaba destinado a ser el sucesor de la honra y hacienda paterna, pero, sobre todo, a ocupar un puesto de adalid con los Altamiranos. El porvenir militar del mancebo, pues, estaba asegurado.

Pero, tiempo es de decirlo, no todos eran guerreros en Trujillo de Extremadura. También había labradores que vivían en los arrabales y que, encorvados sobre el arado, se pasaban la vida roturando aquella tierra extremadamente dura. Ellos mismos se

hacían llamar “christianos viexos” y estaban orgullosos de serlo. Su alegría—acorde con el tiempo—se basaba no tanto en su religión, sino en el reconocimiento popular de no llevar sangre de moros ni judíos. A veces compartían el arado con alguna ocupación pastoril, pero en la villa preferían los oficios artesanos, sin olvidar tampoco los relacionados con la venta de baratijas o la compra de ropa vieja.

A estos últimos, precisamente, perteneció el labrador Juan Mateos, cuya familia era conocida en la población por el mote de “los Roperos”. Estaba casado con María Alonso y ambos “heran vesynos e naturales de la dicha cibdad de trujillo” y “personas llanas que viven de su trabajo”. De su matrimonio el labrador había tenido dos hijas. Una lo fue Catalina González, la cual casó después con Antón Zamorano, y la otra Francisca González, que quedó muchacha a la muerte de su padre y entró a servir como criada al monasterio de las Freilas de la Puerta de Coria. Con esta última, gentil doncella de las monjas nobles de la villa, retomamos el hilo de esta historia.

Don Gonzalo conoció a Francisca y, a pesar de verla vestida de criada, le gustó. La muchacha notaría las miradas del hidalgo y se dejó ganar por la insinuación del caballero. Acaso esa misma noche escaló éste los muros del convento y entonces fue la joven quien, por la oscuridad del claustro, lo guió a un lugar en que podían los dos estar muy solos... Tiempo después, Francisca González sería despedida por las monjas y la moza, agobiada ya por la preñez, corrió al arrabal de San Miguel a buscar refugio en la casa de Juan Casco, a lo que se entiende, el nuevo marido de su madre. Semanas más tarde nació allí un niño y unos pocos personajes oían su primer llorar. Entre ellos, estaban Antón Zamorano, cuñado de la parturienta, y la niña Inés Alonso, hija de la comadrona. El tercero cuyo nombre conocemos lo fue Alonso García Torvisco, presunto representante del burlador don Gonzalo.

La noticia correría pronto por las calles de Trujillo. Se encargarían de divulgarla las mujeres de la fuente: *¡La Francisca había tenido un niño!* Y las viejas se llevarían las manos a la cabeza, imaginando, no la desgracia de la liviana madre, sino el herido orgullo del abuelo paterno. ¡Qué desgracia debía ser para Hernando Alonso Pizarro, tener un nieto que fuera hijo de Francisca, la Ropera!

EL PRESUNTO PORQUERIZO

Pero la ley de la hidalguía era algo injusta y rezaba en favor de los varones. El hijo de la hidalga y el villano era villano, pero el hijo del hidalgo nacía hidalgo, aunque su madre fuera plebeya. Por esta razón, el hijo de *La Ropera* disfrutó de la hidalguía y bautizado con el nombre de Francisco—sin duda en la iglesia parroquial de San Miguel—logró apellidarse Pizarro, como los buenos de Extremadura.

La niñez del hidalguillo casi no ha dejado huella, por haberse desarrollado a la sombra de los labradores. Estos le enseñaron a rezar, pero no a leer ni escribir. Nadie puede dar lo que no tiene, y los campesinos de Trujillo confirmaban el refrán. En todo caso, la escuela del muchacho fue la calle y sus condiscípulos, otros niños ignorantes como él. Con los rapazuelos del barrio, imaginando guerreras cabalgatas medievales, Francisco correría por las callejas del arrabal de San Miguel, también nombrado arrabal de Tintoreros. Mas conforme el afán de aventura fue creciendo, saldrían los pilletes de los límites de su parroquia y—caballeros en cañas, jineteando y agitando pendoncicos—subirían a la villa proclamando que marchaban a rendir su fortaleza... Francisco, el posible caudillo de esa tropilla desarrapada, pasaría entonces por la casa de Hernando Alonso Pizarro, su orgulloso abuelo, pero convencido que en ella no lo conocía nadie, proseguiría su correr camino del castillo.

El muchacho ignoraba que el canoso viejo, convertido en Regidor de Trujillo, conocía su existencia y hasta lo atisbaba desde el interior de una ventana. Dubitativo y callado miraría a ese niño que era nieto suyo y también de *Los Roperos*. Pero pudo más la sangre que el orgullo y un buen día—sin duda un día de esos que jugaba a los soldados—el anciano lo mandó llamar. En secreto lo recibiría y colmaría de regalos, pero no tan veladamente que escapara a los ojos de su parienta doña María de Carbajal, quien llegó a descubrir al furtivo visitante, razón por la que años después recordaría “que le conoció siendo pequeño en casa de hernando alonso piçarro, su aguelo”.

Pero esto no significó que el bastardo se quedara a vivir con sus parientes paternos. Luego de mirar a los osos del repostero y de palpar las adargas colgadas en el muro, llegarían a su fin los hala-

gos del abuelo y entoces, con deseos de contar a su madre lo ocurrido, el niño tornaría presuroso a casa de los labradores.

Con éstos debía sentirse siempre a gusto, como que su vida era la de ellos. El mozuelo los ayudaría en los tiempos de la siembra, también colaboraría en la cosecha y hasta los aliviaría de las cargas del pastoreo prestándose a guardar vacas, cabras, ovejas... y aún puercos.—¿Porquerizo?—. Nada quita. Bien se pudo entrete-ner guardando piaras o dando puntapiés a las bellotas. Es posible, pues, que el muchacho hubiera sido porquero, mas tampoco hay que olvidar que el primero que lo insinuó fue Francisco López de Gómara, cronista asalariado que en su afán servil no sólo hizo a Pizarro porquerizo, sino también expósito a la puerta de una iglesia, donde no murió de hambre y frío por haberlo amamantado una puerca... La leyenda porcina llega a negarle la leche materna y admitir que el niño fue tardíamente reconocido por su padre, quien lo nombró su pastor de piaras, hechos falsos que repugnan a la historia por haberlos engendrado la pasión. Sin embargo, demasiado ligados están los puercos a la infancia del muchacho para negarle enfáticamente su presunta condición de porquerizo. Pudo serlo, repetimos, que más mérito que ser Marqués por nacimiento es llegar a Marqués Gobernador habiendo sido porquerizo.

Mas la leyenda, con su algo de verdad y de falsía, todavía añadirá que fue mal porquerizo, no en vano extravió los cerdos de su padre, pues “les dio un día mosca a sus puercos, y los perdió”. Esta parece ser una acusación de negligencia, razón por la que muchos han creído que perdió los cerdos por dejarlos escapar. Pero no fue así. Es sólo el efecto de la intención del cronista, pues según la frase y su sentido en ese tiempo, los marranos murieron gruñentes y malhumorados por la picadura de un díptero maligno que los alcanzó en el monte, picadura que entonces señalaban como causa de la peste que dieztaba las piaras de Extremadura. Entonces fue que el muchacho—según la versión de Gómara, jamás probada por los documentos—“no se atrevió a volver a casa de miedo” y abrumado se sentaría a meditar. Largo rato debió de estar meditabundo y acaso hubiera pasado mucho más, si las alegres voces de unos caminantes—esos caminantes que siempre pasaban por Trujillo—no lo sacaran de su indecisión y angustia. Entoces, añade la leyenda porcina, se le iluminó el rostro, corrió

hacia ellos y sumándose a su grupo se perdió por los berrocales. Concluirá el cronista asalariado: "y se fue a Sevilla con unos caminantes". Esto es lo único que parece ser verdad en toda la leyenda porcina: que Francisco se marchó. Porquerizo o no, satisfecho o triste, lo cierto es que abandonó Trujillo de Extremadura.

II. LA CARRERA DE LAS ARMAS

DE ITALIA A LAS INDIAS

Cuentan que de Trujillo el mancebo pasó a Italia, sirviendo allí como soldado del Gran Capitán. Analfabeto, pero recio, callado y resistente, siguió el estandarte de los Reyes Católicos con la bizarra austeridad que caracterizaba a la nación española. Los cercos y combates dejaron huella en él, mas ninguna tan profunda como la que dejó en su espíritu la personalidad de Gonzalo Fernández de Córdoba. Puede asegurarse que el bravo cordobés le enseñó a ser caudillo y a saborear la gloria. Así el Gran Capitán fue su maestro. Un maestro que posiblemente nunca conoció a su discípulo, pero que alcanzó mayor renombre gracias al discípulo analfabeto. Francisco lo admiró y por ello lo imitó. Refieren que—aparte de sus gestos bélicos—usó en su vejez los zapatos y el sombrero blancos, porque así los llevaba el Gran Capitán.

Mas la guerra de Italia amainó y por licenciarse a la tropa, Francisco tuvo que volver a España. Entonces vio que Extremadura resultaba demasiado pequeña para lograr sus ambiciones. Era necesario abandonarla nuevamente, pero no para marchar a Levante—a la Italia renacentista de los *condottieri*—, sino al Poniente, a las Indias del Mar Océano, esas Indias descubiertas y por descubrir. A ellas estaba por zarpar el cacereño frey Nicolás de Ovando, extremeño como él, que llamaban el Comendador de Lares.

Este marchaba a gobernar la isla Española y llevaba gran séquito de parientes y paniaguados en su armada de treinta navíos. Francisco gustó de esta aventura y enrolándose en los barcos del Comendador, ese mismo año de 1502, arribó con él a la Española. Se sospecha que entonces le sirvió de paje, es decir, portándole la espada, pero esto no se ha podido comprobar. Lo que consta es que en breve sentó plaza de soldado indiano, marchando al interior de la isla en ciertas expediciones de castigo que se enviaron contra los nativos. En ellas pudo apreciar de cerca a los naturales del Nuevo Mundo. Eran seres del color de la caoba, con narices anchas, ojos pequeños y enormes cabezas deformadas que, según contaban los conquistadores, rompían las espadas cuando éstas daban en ellas.

Sojuzgada la isla los soldados volvieron la mirada al continente y Alonso de Ojeda se comprometió a guiarlos en una expedición. El objetivo era Caribana, la tierra de los caribes comedores de hombres. En diciembre de 1508 aquella armada partió. Como era de esperar, Francisco Pizarro iba en ella. Los navíos fondearon cerca de lo que después fue Cartagena, y los expedicionarios fueron mal recibidos por los indios, conociéndose por primera vez los terribles efectos de sus flechas envenenadas. Los heridos se hinchaban en medio de atroces dolores, cobraban un color morado y, finalmente, morían maldiciendo y rabiando... Con todo, la codicia del conquistador era muy grande y conociéndola los caribes, arrojaban oro desde sus cabañas flechando luego a los que acudían a recogerlo. El propio Alonso de Ojeda, "El Caballero de la Virgen", resultó flechado en un muslo y mandó ser sometido a un cauterio. Uno de los que sujetaron al herido mientras se le aplicaba el hierro enrojecido al fuego, fue Francisco Pizarro, convertido ya en amigo del capitán.

Cuando el olor a carne quemada se alejó, vino a visitarlos el hambre, apareciendo también pústulas pestíferas y fiebres tropicales. Los soldados empezaron a murmurar y Ojeda, para evitar una revuelta, decidió volver personalmente a la Española en busca de socorro. Antes quiso dar a los suyos un caudillo y nombró a Francisco Pizarro su lugarteniente; luego, prometiendo volver dentro de cuarenta días, se marchó. Sin embargo, pasaron éstos y el capitán no volvió. Después se enterarían que habiéndosele agravado la herida y careciendo de medios para socorrer a sus hombres, se metió a fraile francisco y en aquel hábito murió. Pero esto Pi-

zarro lo ignoraba y sospechando un naufragio de su jefe, determinó partir con los setenta hombres a su cargo hacia un sitio en que hubiera algo para comer. De este modo abandonaron el fortín de San Sebastián—fortín dedicado al santo de las flechas—y en dos bergantines largaron velas mar afuera. Poco después “les sobrevino navegando una tormenta, y uno de ellos se anegó, siendo la causa de ello cierto pez grandísimo que, como estaba el mar turbado andaba fuera del agua. Se arrió al bergantín como si fuera a tragárselo, y le dio un zurrigazo con la cola, que hizo pedazos el timón; con lo que quedaron atónitos considerando que los perseguía el aire, el mar y los peces, como la tierra”.

Perdido un bergantín, Pizarro y sus treinta y cinco sobrevivientes avistaron dos naves del bachiller Enciso, el socio de Ojeda. Hubo gritos, luego abrazos y todo terminó con un banquete, en el que después de muchos meses esos hombres volvieron a comer viandas de cristianos. No obstante, lejos de anunciarles un retorno a la Española, Nicolás Fernández de Enciso los llevó a otro paraje de caribes y allí levantó la villa de La Guardia. Los indios se entretuvieron viendo trabajar a los españoles, pero concluida la ciudad la atacaron de tal modo que hubo necesidad de construirla de nuevo. Bajo juramento de no huir combatieron a partir de ese día los soldados y ello les alcanzó la victoria. Agradecidos a Nuestra Señora de la Antigua—Virgen a la que se encomendaban en Sevilla antes de zarpar a Indias—los españoles cambiaron el nombre de la población ese mismo año de 1509. Por eso las crónicas dirán que Francisco Pizarro, uno de los ganadores del Darién, fue así mismo fundador y defensor de Santa María de la Antigua. Esta era sólo una aldea de cabañas con techo de paja en torno a otra cabaña mayor que oficiaba de iglesia, pero que—a decir del cronista Cieza—tuvo por sus primeros vecinos a “la flor de los capitanes que ha habido en estas Indias”.

LA VISION DEL MAR DEL SUR

Se hizo Enciso insoportable con su manía de dictar leyes y frente a su figura de bachiller leguleyo surgió Vasco Núñez de Balboa, “El Caballero del Barril”. Este desplazó a Enciso y haciéndose elegir Alcalde de la Antigua, remitió al letrado preso a España. Diego de Nicuesa, que con más razón pretendía la colonia,

corrió peor suerte, porque deportado en otra nave nadie supo más de él. Entonces fue que consolidó su autoridad Balboa, quien como primera medida nombró a Francisco Pizarro su capitán.

La primera orden que recibió el trujillano de su jefe, fue sacar una avanzada de seis hombres y marchar a tierras del cacique Careta, que se suponían ricas de oro. Pizarro partió con su pequeño grupo y cuando cruzaba el territorio del cacique Cemaco, salió éste con cuatrocientos guerreros y lo atacó. Pizarro trató de evitar que lo envolvieran y ordenando disparar los arcabuces logró detener a los indios, situación que aprovechó para iniciar la retirada. Pero los salvajes volvieron a la carga consiguiendo herir a un español. A los demás les resultó imposible recogerlo por lo que retrocediendo con el orden que pudieron, salieron de aquella zona. Cuando Balboa se enteró de que Pizarro había perdido un hombre lo llamó y, lejos de felicitarlo por haber salvado a cinco, le ordenó volver por el herido. Pizarro, con el disciplinado espíritu que lo caracterizaba, no dijo una palabra y ante la orden del jefe—orden fanfarrona por estar encaminada a cosechar admiración entre sus soldados—volvió a la selva infestada de flecheros.

El gesto debió gustar a Vasco Núñez, pero nadie le arrancó una palabra al taciturno capitán Pizarro. Era de esperarse que el trujillano viviera resentido y buscando coyuntura de venganza. Sin embargo, todas estas sospechas se esfumaron cuando al estallar un motín Francisco Pizarro fue el primero que se presentó a ofrecerle su espada y a luchar contra los conjurados. Para todos fue una sorpresa, mas no para Vasco Núñez: Francisco Pizarro sólo obedecía al que legítimamente mandaba.

Acallado el alboroto vino la busca del Dabaibe, primer Dorado de las Indias Españolas; después, las noticias del Perú. Proporcionó estas últimas Panquiaco, el hijo del cacique Comagre, cierto día que por oro vio reñir a los españoles. Les dijo entonces: “¿Qué es esto, cristianos? ¿por tan poca cosa reñís?” y a continuación les habló de un mar austral que surcaban navíos con velamen provenientes de un país cuajado de oro...

A Balboa le impresionaron las noticias sobre el mar desconocido, a Pizarro las que hablaban de la misteriosa tierra. Entonces el jefe dio la orden y todos partieron en demanda del ansiado Mar del Sur. La marcha fue terrible. La región estaba llena de mosquitos y culebras, de caimanes y monos. La selva descolgaba

cortinas de pesadas lianas. Casi no había qué comer. Por fin, el domingo 25 de setiembre de 1513, divisaron las azules aguas. Los cristianos corrieron a ellas como locos, se mojaron hasta la cintura, bebieron a sorbos el líquido salado y tomaron posesión de él en nombre del Católico Rey de las Españas. Al firmarse el Acta del hallazgo, después de Balboa y del clérigo, alguien puso el nombre de Pizarro, pues él no sabía firmar. Le correspondió el tercer lugar y a todos pareció muy bien. Y mientras el resto de la tropa pugnaba por inmortalizar su nombre en el Acta del Descubrimiento, el capitán extremeño miraría el horizonte buscando las infladas velas procedentes del país cuajado de oro.

Mientras tanto, el Católico Rey de las Españas, azuzado por las voces del quejoso bachiller Enciso, nombraba nuevo Gobernador para Castilla del Oro. El nombrado no era otro que Pedro Arias Dávila, llamado "El Gran Justador", mote ganado por su habilidad en los torneos. Pedrarias partió con la más galana armada que hasta entonces había ido a Indias y desde que pisó la playa exigió gran sumisión. Francisco Pizarro vivió a partir de este momento una dura disyuntiva.

EL VECINO DE PANAMA

Una de las primeras providencias de Pedrarias fue aprestar expediciones contra los indios de guerra. El pretexto fue pacificarlos o descubrir sus tierras, pero el alma de todo era la codicia. Gaspar de Morales, por tal causa, partió en 1515 al mando de ciento cincuenta españoles en busca de Terarequí, una isla del Mar del Sur afamada por sus perlas. Por lugarteniente suyo llevó entonces a Francisco Pizarro, veterano capitán, vencedor de muchas guazabaras y gran conocedor de aquella tierra. La jornada fue sanguinaria y cruel desde el principio. Pero en ella los jefes que brillaron por su ferocidad fueron Peñaloza, Valderrábano y el propio Gaspar de Morales, caudillo de la expedición. De Pizarro, en cambio, sólo consta que estuvo muy aguerrido y que se distinguió por su valor en los encuentros con los indios. Volvieron todos con poco oro pero cargados de perlas o margaritas, como también las llamaban. Las había como avellanas, otras eran como nueces, pasaban los treinta quilates y valían más de mil pesos... Terarequí

con sus islotes fueron a partir de ese momento bautizados con el nacarado nombre de Islas de las Perlas.

La expedición del factor Juan de Tabira fue otro galardón para el trujillano. Tabira partió con una flotilla de canoas y remontó el caudaloso Río Grande en busca del exótico Dabaibe. Este era un reino imaginario con un gran templo en cuyo interior se guardaba la estatua gigantesca y maciza de un ídolo de oro. Sin embargo, sucedió que antes de sufrir los flechazos de los indios, una crecida alborotó las aguas del río y el factor Tabira murió ahogado. Los soldados al verse sin su jefe decidieron nombrar un nuevo caudillo que los sacase salvos al Darién y de este modo eligieron a Pizarro. No defraudó el trujillano la votación de sus compañeros, porque guiándolos con seguridad y acierto los sacó del pobre territorio y los condujo hasta Pedrarias.

La tercera vez que salió Francisco Pizarro a otra jornada fue con Luis Carrillo, a la conquista del Abrayme y el Teruy. También fue por su lugarteniente y “desta tierra e otras partes truxeron—dice la crónica de Oviedo—Luis Carrillo e Piçarro e los que con ellos fueron muchos indios y esclavos, e muy buen oro”. Pedro Mártir de Anglería lo ignora, Las Casas y Herrera nada dicen, pero la pluma envenenada de Gonzalo Fernández de Oviedo añadirá: “e también usaron sus crueldades con los indios, porque ya esta mala costumbre estaba muy usada, e la sabía de coro el Piçarro, e la avía él usado de años atrás”. Cabe advertir, que Oviedo escribió ésto después de perder un hijo en el Perú, el cual militaba por el bando de los almagristas.

La última expedición que le conocemos a Pizarro es la de Comogre y Pocorosa, actuando también en ella como Teniente de Capitán General. El caudillo de esta jornada lo fue el licenciado Gaspar de Espinosa, quien conociendo la valía de Pizarro lo envió por la costa del Mar del Sur para que fuese descubriendo el litoral, mientras él lo hacía desde los navíos. Pizarro, en esta ocasión, tuvo bajo sus órdenes al capitán Hernando de Soto. Los expedicionarios llegaron entonces hasta el Golfo de Sanlúcar, descubriendo en el camino las islas de Benematía, San Lázaro y del Caño.

Todas estas jornadas fueron hechas con excesiva crueldad, pero ni aún el plañidero Las Casas o el amargado Oviedo, achacan a Pizarro una maldad determinada. No es que fuera un ángel, pues sin duda vería el desarrollo de aquellas matanzas con la naturalidad habitual a los baquianos, pero tampoco un demonio que

gozaba con matar y hacer el mal. Triste ventaja le llevaron en esto los que pudieron ser su ejemplo y él no quiso. Nos referimos a Gaspar de Morales—quien masacró a muchas indias para evitarse la persecución de sus belicosos maridos—y al licenciado Espinosa, inventor de la pena del “tiro de pólvora”, que consistía en disparar un cañón en cuya boca se ponía a un nativo amarrado. Morales y Espinosa, lo mismo que Tabira y Carrillo, sólo pudieron comprobar que Francisco Pizarro era un soldado con maneras de caudillo, hombre valeroso y obediente, pero de ninguna manera cruel.

Su determinación y obediencia, valgan verdades, lo llevaron a esa disyuntiva que esbozamos más atrás. Era un hecho que Castilla del Oro tendía a disciplinarse bajo el puño poderoso de Pedrarias, pero Balboa—casado ya con una hija de éste—negábase a colaborar. Hubo intrigas de por medio, también calumnias, más lo cierto fue que nadie imaginó que suegro y yerno llegaran a romper lanzas. Sin embargo, éstas se rompieron y una vez quebradas, como era de esperarse, resultó triunfante “El Gran Justador”. Entonces fue que Pedrarias dictó la orden de prisión contra el Adelantado Vasco Núñez, confiando a Francisco Pizarro la ingrata misión de ejecutarla. Pizarro, el taciturno, siempre jerárquico y disciplinado, la obedeció. No era tarea de su gusto prender al antiguo jefe y al amigo, pero por encima de todo sentimentalismo estaba el servicio del Rey y la obediencia al Gobernador, legítimo representante de aquél. Por eso partió Pizarro con algunos hombres hacia el fortín de Balboa y, junto al Río de las Balsas, lo encontró. Allí, en términos que ninguna crónica ha podido tildar de descortesés, le comunicó la orden de captura. Balboa lo quiso impresionar diciéndole: “¿Qué es esto, Francisco Pizarro? No solíades vos así salirme a recibir”. Pero el trujillano no dijo una palabra y haciéndose cargo del preso, lo llevó a Pedrarias. Tiempo después, en 1517, Balboa moría degollado y sin pensar que Pizarro le había sido traidor. La castrense mentalidad de Vasco Núñez comprendía mejor que nadie la verdad sobre su antiguo capitán: las órdenes eran órdenes y un soldado las debía obedecer sin replicar. Por eso, los recursos que desde su celda elevó Balboa, empiezan y terminan sin queja hacia Pizarro.

Muchos han creído que la prisión de Vasco Núñez fue el principio de la figuración del trujillano, pero esto no es así. Desde 1515 había sido Teniente de Gobernador por Pedrarias en Urabá

y en 1517 estaba reputado como uno de los hombres más hábiles y de mayor confianza de "El Gran Justador" en Santa María de la Antigua. Lo que si es cierto es que después de la muerte de Balboa, Pizarro—como "hombre honrado e hábil"—desempeñó varios puestos de responsabilidad. Ya en 1523 había sido Teniente de Gobernador, Visitador, Capitán, Regidor y Alcalde de Panamá, ciudad de la que era uno de sus fundadores. Para entonces tenía fama de vecino rico y en su casa guardaba 30.000 pesos de buen oro. Poseía a la sazón el repartimiento de la Taboga, una islilla del Mar del Sur, y en compañía de Diego de Almagro era dueño del mejor hato de vacas que comía hierba en las orillas del Chagres. Todos estos bienes eran fruto de su vida de soldado y nunca nadie dijo que procedieran de aprovechamientos en los cargos de gobierno—cosa que entonces era usual—o de tormentos aplicados a los indios, práctica también frecuente. Por el contrario, el soldado Pedro Miguel, uno de los conquistadores de Tierrafirme, confesará sin reparo en las probanzas: "especialmente el dicho Pizarro es persona honrada..." Es decir, que no sólo era "prefecto" y "varón noble" en opinión de Pedro Mártir—el autor humanista de las Décadas del Nuevo Mundo—sino que ante sus propios compañeros tenía honra y honradez.

III. POR LA MAR DEL SUR

LA JORNADA DE LEVANTE

Rico, prominente y vecino de una población donde ya no había guerra, el soldado no se avino con la paz. Estaba hastiado de pertenecer a cuadrillas inactivas—como las destinadas a defender Panamá—y hastiado también de tratar en ganadería. Igual pensaba su socio Diego de Almagro, otro soldado analfabeto como él que era hijo bastardo de un copero del Maestre de Calatrava. Había nacido en la villa de Almagro por 1480 y su fama de baquiano iba paralela a la de “rastreador”. De él decían que utilizando solamente su intuición “por los montes muy espesos seguía a un indio sólo por el rastro, que aunque le llevase una legua de ventaja lo tomaba”. Lo cierto es que era el hombre de confianza de Pizarro, su amigo de verdad, aquel que lo escuchaba crédulo cuando éste hablaba del país cuajado de oro que enviaba balsas con velamen a surcar el Mar del Sur... Al par de analfabetos pronto se sumó un hombre culto atraído por la historia de las balsas. Era un clérigo de misa, natural de Morón de la Frontera, que ejercía de maestrescuela en la iglesia mayor de Panamá. Se llamaba Hernando de Luque y tenía fama de hombre rico, aunque no sabía qué hacer con sus dineros. Lo cierto es que entonces oyó del trujillano las noticias del país dorado, y se entusiasmó de tal manera, que a par-

tir de ese momento soñaba con ganar almas para Cristo y maravedís para su bolsa.

La tentación era muy grande para poderla vencer, y poco después, a principio de 1524, el cura y los soldados pactaron de palabra formar una compañía para la conquista del misterioso país de Levante. Pizarro sería el capitán; Almagro, el proveedor, y Luque, el procurador que defendería los intereses comunes. Ellos tres financiarían la jornada aquella “a las partes de Levante”; los tres también gozarían íntegro su fruto gracias a un reparto basado en la equidad. Amigos, siempre amigos, el único objetivo era triunfar. A última hora se enteró Pedrarias, quien obligó a Luque a recibir ciertos dineros a través del licenciado Gaspar de Espinosa. Por tratarse del Gobernador de Castilla del Oro, los tres socios tuvieron que aceptar la participación del intruso.

Como estaba planeado, el 13 de setiembre de ese año 24 partió Francisco Pizarro en un navío por aquella Mar del Sur. Llevaba en su compañía 112 españoles y algunos indios nicaraguas de servicio. Caballos, al parecer, ninguno; pero sí perros de guerra. El navío tenía por nombre “El Santiago” y marchaba bajo la advocación del Apóstol Patrón de las Españas; pero los soldados lo conocían por “El Santiaguillo”. Como si la protección del Apóstol fuera poca, los de tierra gritarían a sus tripulantes al verlos zarpar: “¡Dios y la Virgen les lleven con bien!” Luego de esto, el navío se perdió en el horizonte.

Primero se tocó en el Puerto de las Piñas, “tierra alta, de grandes breñas y montañas”, descubriendo junto al mar grandes pinales, lo que motivó el nombre del lugarejo. Lo hallaron tropical, lluvioso y pobre, por lo que se volvieron a embarcar.

Posteriormente divisaron el primer poblado de indios y todos pensaron en buscar comida, pues la de a bordo se había terminado o era pasto de gusanos. Pizarro ordenó el desembarco, que se efectuó sin ninguna oposición de los naturales; pero aproximados al pueblo pudieron constatar que todos eran idos, lo que explicó la falta de resistencia. Los soldados penetraron presurosos a los bohíos, mas no hallaron absolutamente nada de comer, excepto unas ollas conteniendo cierto líquido grasoso. Con las espadas removieron el espeso caldo tratando de ubicar un tubérculo cocido, un conejillo de monte, acaso un pez. No encontraron nada, pero cuando el grasoso líquido volvió a la calma, afloraron a su superficie cinco garbanzos grandes que resultaron ser... los dedos de

una mano. ¡Esa era vianda de antropófagos y no la podían comer! Desilusionados, volvieron a reunirse los soldados y se vengaron de aquel sitio bautizándolo Puerto del Hambre.

Para evitar mayores descontentos envió Pizarro "El Santiago" a Panamá. El navío partió al mando de Gil de Montenegro; pero fue tanta la hambre del camino, que una noche los tripulantes desclavaron un cuero de vaca curtido y metiéndolo en una olla lo cocinaron y se lo comieron. Cuando Montenegro volvió donde Pizarro, halló que habían muerto más de 30 hombres y que el resto de la tropa estaba desengañada, enflaquecida y hambrienta. Restablecidos con el maíz y puercos que trajo Montenegro, Pizarro se dispuso a proseguir.

Embarcados nuevamente, a los pocos días descubrieron un peñón oscuro y lleno de vegetación que se adentraba en el mar y lucía en su parte alta un palenque o estacada a modo de fortaleza. Era el fortín roquero del Cacique de las Piedras, según supieron después. Al instante Pizarro mandó vestir la cota y aprestarse para efectuar un ataque por sorpresa. Pero, una vez en tierra, los sorprendidos fueron los españoles cuando llegados a lo alto del peñón lo hallaron con su guarnición ausente. Esa noche durmieron protegidos por el palenque. Abajo, mecido por las olas, "El Santiago" descansó también. Pero al cuarto del alba una grito infernal despertó a los españoles, al tiempo que unos indios semidesnudos, belicosos y bien armados iniciaban una guazabara. La embestida fue tan recia que los soldados tuvieron que retroceder. Pizarro tomó el mando de su gente y, dirigiendo la resistencia, se dispuso a no ceder. Sin embargo, los indígenas eran empeñosos, y por haberle arrojado gran parte de sus lanzas, el caudillo trujillano cayó "ferido de siete heridas, la menor dellas peligrosa de muerte; y creyendo los indios que lo hirieron que quedaba muerto, lo dejaron". No fue el único malparado del encuentro. Nicolás de Ribera, el Viejo, sacó una lanzada en la cabeza y otra en un hombro. Junto con él habían logrado salvarse 16 hombres que aún llevaban puntas de lanzas y flechas clavadas en sus cuerpos; pero otros cinco soldados habían sido muertos por los indios, sin que nada hubieran podido hacer sus compañeros. Derrotados, cansados, flacos y adoloridos, los cristianos dejaron el peñón y buscaron refugio en "El Santiago". Luego desplegaron velas y, apartándose con el navío de esas costas, maldijeron una y cien veces al guerrero Cacique de las Piedras.

Rumiando su derrota, Francisco Pizarro llevó a sus hombres a Chochama, una playa cercana a las Islas de las Perlas, en pleno Golfo de San Miguel. Desde allí envió a Ribera el Viejo, con el barco a Panamá para mostrar a Pedrarias el poquísimoro que habían recogido. El, mientras tanto, se quedaría con la soldadesca para evitar que se desbandara. Había fracasado; estaba magro, herido y pobre... pero aquella empresa de Levante no la iba a abandonar.

EL BUEN CAPITAN

En Chochama los soldados quedaron quejosos de su suerte, mas no de su capitán. Este parecía haber nacido para vivir en los manglares. Era hombre duro en la guerra y comprensivo en la paz; inflexible con su tropa en la campaña, después la regalaba con cariño y comprensión. Hablaba muy poco, y cuando lo hacía era para infundir ánimo a los demás. Nunca se quejaba, por lo que tampoco gustaba de que se quejaran delante de él. A la hora de comer lo hacía a la vista de sus hombres, comiendo con ellos esos palmitos amargos, de tan mal recuerdo en los cronistas. También salía a recoger cocos para los enfermos o a remar en canoa para traerles pescado. Su gente lo quería porque era "buen capitán". Un testigo de ese tiempo añadirá que "era bien quisto", es decir, apreciado por sus hombres. Esto último era opinión general. Los soldados no olvidaban que cuando Montenegro le avisó de su regreso enviándole un mensajero con cuatro naranjas y tres roscas de pan—manjares nunca vistos desde que salieron de Panamá—, el trujillano aceptó el obsequio para luego repartirlo por igual entre sus hombres.

Pero si en esta opinión le tenían sus soldados, el Gobernador Pedrarias ya no pensaba igual que antes. Sabedor por Ribera de todo lo ocurrido, se volcó en denuestos contra Pizarro, acusándolo de perseverar en la alocada empresa. Sostenía que la expedición de Levante había ya costado muchas vidas, que tal jornada no debía proseguir. La verdad era que "El Gran Justador" quería recuperar sus dineros invertidos en la empresa del Levante para costear con ellos algo de su empresa del Poniente, vale decir de Nicaragua. Esto, no las vidas de más hombres, era lo que trataba de salvar. El clérigo Luque malició el trasfondo y metiéndose cazu-

rramente en las habitaciones de Pedrarias supo capear el temporal y aquietar los ánimos del Gobernador.

Almagro, mientras tanto, después de zarpar de Panamá con un segundo barquichuelo y de tocar con sus 70 hombres en los puntos que pisó Pizarro, terminó juntándose a su compañero en la playa de Chochama. El encuentro debió ser triste para ese par de soldados que rondaban los cincuenta años de vida. Entrapajados y llenos de vendas, se debieron abrazar. Almagro, además, había perdido un ojo al intentar un asalto al fortín del Cacique de las Piedras. Como su socio Pizarro, había estado a punto de muerte, pero lo salvó de ser masacrado un negro de Juan Roldán. No pudiendo rendir al belicoso reyezuelo, los españoles incendiaron su reducto, bautizando luego el sitio con el nombre de Pueblo Quemado. Menos mal que pudo seguir Almagro hasta el Río de San Juan, último punto conocido de españoles desde los días de Pascual de Andagoya, capitán de Pedrarias, que enfermó tratando de realizar esa conquista. Allí, al no hallarse huella de los hombres de Pizarro, optó por regresar a la playa de Chochama.

El caudillo trujillano, siempre taciturno, lo escuchó hasta el final. Luego improvisaron una cena y platicaron. La conversación mostró a todos que Pizarro seguía siendo el jefe. Dijo que los barcos requerían carenarse y que Almagro debería volver a Panamá. Almagro, hasta entonces obediente, regresó con el barquichuelo a Castilla del Oro.

Cuando por Almagro se enteró Pedrarias de que Pizarro insistía en proseguir la empresa del Levante, sufrió un acceso de ira. No hubo forma de calmarlo ni quien lo quisiera intentar. La furia de Pedrarias sólo era inferior a los castigos del cielo. Por fin, cuando Su Señoría hubo desahogado su indignación, dejó traslucir sus pensamientos. Ahora quería no sólo que Pizarro regresara y le volviera sus dineros, sino también que le entregara toda su gente para él llevarla a Nicaragua, al castigo de Francisco Hernández, capitán que se le había sublevado. En todo momento mostró estar quejoso de Pizarro; lo llamó rebelde y lo tachó de inepto, hablando de adjuntarle un capitán, porque, pensándolo bien, tampoco era prudente abandonar esa empresa del Levante sin antes resarcirse de las pérdidas. Almagro prestó mucho oído a todo lo último y, so color de impedir la presencia de un hombre extraño en la jornada, se brindó a ser el nuevo capitán, el adjunto de la empresa del Levante. De este modo el tuerto baquiano fue ascen-

dido por el Gobernador, mientras los soldados de Panamá censuraban el camino de tal ascenso. Los maledicientes afirmaban que Almagro había gestionado la capitania con Pedrarias para socavar la autoridad de Pizarro.

Investido con su grado de capitán y llevando 110 hombres de refresco, Almagro zarpó con los dos navíos carenados a Chochama. Iba por piloto mayor de la flotilla Bartolomé Ruiz de Estrada, natural de Moguer. Cuando Almagro y Ruiz desembarcaron les salió a dar el encuentro Francisco Pizarro con los 50 soldados que le quedaban. Esa misma tarde los dos socios y el piloto conversaron. El acuerdo fue seguir hasta el Río de San Juan. La tropa dio un suspiro de alivio: por lo menos esta vez no contaría el terror a lo desconocido. El San Juan era el río de Andagoya y allí había pueblos de indios con mucho que comer.

EL SEGUNDO VIAJE

Con dos navíos y tres canoas que servían para reconocer la tierra, Francisco Pizarro arribó al Río de San Juan. Los soldados, ambiciosos y entusiastas, aprovecharon el primer desembarco para asaltar un pueblo de indios y hacerse de 15.000 pesos en oro. Pero contado el botín y repartido, los sacó de su felicidad una plaga de mosquitos imposible de eludir. En los días que siguieron llovió mucho, y las ropas se convirtieron en harapos. Menos mal que aún había que comer, porque—aunque el aguacero lo malograba todo—en los bohíos de los indios se hallaron provisiones para combatir la hambruna. A puñados comieron entonces el maíz y a mordiscos los camotes. Para variar hubo palmitos, que, aunque amargos, recordaban a esos otros que comían los muchachos en Andalucía.

Pero Pizarro no había desembarcado para comer, librarse de la lluvia o combatir a los mosquitos. Quería seguir adelante y bordear el Mar del Sur. La tierra era pantanosa y llena de manglares; había víboras, caimanes e insectos venenosos que nacían en el vientre de esa selva donde nunca llegaba a penetrar el sol. Además, abundaban las fiebres. Avanzar así era imposible; eran muy pocos sus soldados para aventurarlos de ese modo. Decidido a salvar tantos obstáculos, Francisco Pizarro envió a Almagro a Panamá por más gente, y al piloto Ruiz, con la nave más pequeña, a descubrir la costa sur.

Cuando se acabó el maíz, los españoles recurrieron a los huevos de caimanes, a los monos y a algún pájaro de mal sabor que se destinó a los enfermos. Todas las mañanas, Alonso Martín de Don Benito salía con su ballesta y su perro de guerra a cazar, pero pocas veces hallaba alguna pieza. Desesperados los soldados por el hambre, que cada día aumentaba, acordaron salir en las canoas y remontar los ríos en busca de comida. Pero estas excursiones tuvieron que interrumpirse por haber muerto los indios al capitán Varela con 14 soldados. Los salvajes se dieron el gusto de bailar en torno a ellos mientras les disparaban sus saetas. Los españoles fueron cayendo uno a uno, y flechado el último, los vencedores desnudaron los cadáveres y se repartieron las ropas. Dicen que a Pizarro, "como entendió la desgracia sucedida, le pesó mucho".

Tiempo después regresó el piloto Ruiz con noticias sorprendentes: había vencido la línea equinoccial y descubierto una bahía que llamó de San Mateo. Sin embargo, lo que realmente había admirado al piloto y a los marineros fue que "andando más adelante por la derrota del Poniente, reconocieron en alta mar... una vela latina (de) tan gran bulto, que creyeron ser carabela, cosa que tuvieron por muy extraña". Ruiz la examinó desconfiado, temiendo fuera de portugueses; pero acercándose a ella comprobó que se trataba de una balsa con velamen y tripulada por indios. Ordenó entonces capturarla; pero adivinando su intención, varios de los de la balsa se arrojaron al agua con miras de ganar la costa a nado. Los que quedaron esperaron sin mayor recelo a sus capturadores. Cuando Ruiz los vio de cerca se sorprendió aún más. Eran indios, no cabía duda; pero indios como hasta entonces no había tenido oportunidad de ver. Tenían la piel cobriza y los rostros muy alegres, lucían mirada inteligente y sus cráneos carecían de toda deformación artificial. Iban vestidos con ropa de colores y llevaban un turbante para protegerse del sol. Hablaban una lengua como el árabe, y cuando se envolvían en sus mantos de algodón parecían, de verdad, hijos del desierto. A todas luces mostraban pertenecer a una cultura superior, la que les había permitido, entre otras cosas, descubrir la navegación con velamen. El piloto les preguntó entonces sobre su procedencia, pero ellos no entendieron y le mostraron una balanza, lana hilada y por hilar, proveniente—a lo que se pudo entender—de unos animales como camellos sin giba. Los cautivos eran tres y todos muy muchachos. Bebían en cantaritos rojos y comían en platos negros. Pronunciaban muchas veces

las palabras “guaynacapa” y “cuzco”, pero esta vez los marineros españoles no les pudieron comprender.

Francisco Pizarro debió de contemplar a esos indios con agradecimiento y sorpresa. Ellos eran la confirmación del exótico país cuajado de oro, los valientes navegantes de las balsas añoradas por Panquiaco. Todo era cuestión de esperar. Pronto aquellos tres muchachos indios aprenderían la lengua española. Después, la tropa se pasaría las noches escuchándolos hablar de oro, de mucho oro, como que venían de un país dorado...

LA PORFIA DE ATACAMES

Así las cosas, volvió Almagro de Panamá trayendo la noticia de que Pedrarias había sido sustituido por el cordobés Pedro de los Ríos, hombre que no se oponía a la empresa del Levante, pero que tampoco la secundaba. Aparte de esta nueva, trajo Almagro varios hombres de refresco, algunos caballos y armas, carne salada, alpargatas y camisas, cosas de botica y muchos bonetes de colores para obsequiar a los indígenas.

Pertrechados de este modo partieron todos a la Bahía de San Mateo. Aquí el calor se hizo insoportable, acompañándolo a toda hora una nube insufrible de mosquitos. Los soldados comenzaron a enfermarse; los más débiles murieron. Para colmo de desgracias hubo hambre, sensación que ya habían olvidado los cristianos. Con deseos de buscar comida marcharon entonces tierra adentro, y tras mucho caminar, en un claro de la selva se dieron con un pueblo de indios cuyas casas—del modo que fabrican sus nidos las cigüeñas—estaban en las copas de los árboles. Rieronse mucho los españoles con el pintoresco poblado; pero sus risas se borraron de los rostros cuando se enteraron que aquellos indios se negaban a darles de comer, alegando que si querían alimentos se dejasen de vagar alegremente y empezaran por cultivar la tierra... Los castellanos se indignaron y, tratando de vengar la injuria, pasaron a combatir las *barbacoas*, que era el nombre que tenían esas casas arbóreas. Los indios las defendieron con tesón; pero ante la superioridad de las armas españolas, por entre los mismos árboles se dieron maña para huir. A esto ya se habían encaramado en las *barbacoas* Ribera el Viejo, Cristóbal de Peralta y el artillero griego Pedro de Candia, quienes desde lo alto comen-

zaron a arrojar maíz. Con el dorado grano se llenaron las alforjas y, colmada la última, emprendieron el regreso. Cuando entraron al campamento debieron festejar mucho lo que había sucedido: por primera vez en la historia del Nuevo Mundo, los españoles habían cogido maíz... ¡en las copas de los árboles!

Después de esta aventura se reembarcaron y surgieron frente a Atacames, una aldea de hasta 900 casas y una fortalecilla de madera. El pueblo estaba vacío, y esto les hizo temer una traición. Efectivamente, esa misma noche atacaron con gran grito los nativos; pero el pequeño cañón del griego Candia hizo ver a esos hombres ajenos al mundo de la pólvora lo peligroso que era convocar a la artillería. La explosión sonó terrible, y horrorizados los naturales huyeron en gran confusión. Los ataques siguientes fueron cada vez más distanciados, siguiendo al postrero una calma desconcertante. Era que los indios se habían dedicado a espiar a los intrusos. Querían descubrir sus puntos débiles para luego ultimarlos en un ataque general. Los caciques estaban todos de acuerdo; sus espías no dejaban de mirar.

Concluyeron entonces los caciques que aquellos hombres blancos gritaban demasiado y que había uno que, en medio de estos gritos, se hacía obedecer por los demás. Debían ser todos muy hambrientos, porque todo el día comían guayabas y guardaban ciruelas en sus bolsos. Por la tarde recogían huabas en sus sombreros de metal. También debían sufrir con el calor, pues bebían grandes cantidades de agua. Los cuadrúpedos que cabalgaban bebían mucha más. De seguir así, terminarían por secar el agua de los pozos. Sin embargo, lo más sorprendente de esos hombres no era su barba enmarañada ni sus ropas de plata, sino el tono de voz con que se hablaban. Se diría que todos eran sordos o que, de no serlo, corrían el riesgo de ensordecer. A tanto llegaba su sordera, que por más que se gritaban nunca se entendían, llegando en ocasiones al punto de reñir...

La observación de los indios era cierta. La discordia había visitado el campamento. Los soldados pugnaban por volver a Panamá; mas Pizarro los desconcertaba con nuevas órdenes encaminadas a proseguir la expedición. Los hombres no osaban contradecirlo y lo obedecían a regañadientes; pero Almagro no tenía tanta maña y daba pie a contestaciones irrespetuosas al amenazar a los quejosos con la cárcel. Los soldados se irritaban sobremanera, pero él insistía en discutir. Tan necio se puso un día Almagro, que

por primera vez Pizarro “mostró entonces, lo que hasta allí no se avía conocido en su ánimo invencible”, ponerse del lado de los soldados. Almagro le afeó su gesto, pero Pizarro lo cortó diciéndole: “que como iba i venía en los Navíos, adonde no le faltaba Vitualla, no padecía la miseria de la hambre i otras angustias que tenían i ponían a todos en extrema congoja i sin fuerça para poderlas más sufrir, i que si él las hubiera padecido no tuviera la opinión de que no se bolviese a Panamá.” Almagro contestó echando mano a la espada, lo que obligó a Pizarro a empuñar la suya; pero terciaron el piloto Ruiz y Ribera el Viejo y, Dios mediante, todo quedó allí.

LA ISLA DEL GALLO

Después de esta porfía de Atacames reinó un ambiente muy tenso. Los socios habían terminado por abrazarse públicamente en la playa; pero los soldados—convencidos de que allí ya no quedaba odio—volvieron a su antiguo murmurar. El peligro era inminente. Almagro no quería regresar; Pizarro poseído por su fiebre de conquista, quería proseguir. Los soldados andaban en corrillos y en ellos volcaban su opinión. Almagro y su capitania adjunta otorgada por Pedrarias no regían; pero la decisión del capitán Pizarro, sí. Almagro había caído en el desprestigio soldadesco; mas Francisco Pizarro seguía siendo el verdadero jefe. Por eso, cuando el trujillano dió la orden de partida, unos maldiciendo y otros blasfemando, tuvieron que seguirlo. No estaban los soldados para eso; pero terminaron zarpando en los navíos y mirando desgana-dos al sur. Pizarro aseguraba que marchaban en busca de otra tierra; pero a todos les constaba que seguían dando vueltas sobre el mismo mar.

Así llegaron frente al río de Santiago, bautizado así en honor del Apóstol caballero. Su antiguo nombre era Tempula, pero ni Almagro ni Pizarro repararon en la situación que le correspondía en el mapa. Si el piloto Ruiz se hubiera tomado la molestia de consignar su altura en la carta de marear, hubiera evitado la futura disensión entre los dos socios y la muerte del primero en la batalla de Salinas. Pero esto era mucho pedir en tal momento. La agresividad de los indios lugareños acicateó a los quejosos, por lo cual decidió Pizarro volver a la Bahía de San Mateo. De aquí tor-

nó Almagro a Panamá con un navío por más gente; en el otro, Pizarro pasó a los 80 soldados que quedaban a la Isla del Gallo. Para evitar posibles motines y fugas, el capitán se desprendió de este último barco enviándolo con el Veedor Juan Carballo a Panamá. Solo y rodeado de soldados descontentos, Pizarro quedó en la Isla del Gallo. Estaba al norte del Ancón de las Sardinias, frente a una rada que llamaban de Tumaco.

Pasaron los días y el descontento amainó. Esta aparente tranquilidad de los soldados en la Isla tenía su porqué. En una de las naves habían enviado para doña Catalina de Saavedra, la esposa del Gobernador Pedro de los Ríos, un blanquísimo ovillo de algodón. Por su tamaño y hermosura era obsequio digno de tal dama y se lo enviaban como una muestra de la tierra por ellos descubierta. Pero mañosamente habían introducido en él un trozo de papel en que decían:

“A Señor Gobernador,
miradlo bien por entero,
allá va el recogedor
y acá queda el carnicero.”

Los soldados habían escrito esa copla después de oír a su jefe decir que mientras él estuviera con vida ninguno de ellos volvería a Panamá. Eso sonaba como una invitación a matarlo; pero ninguno se atrevía a hundir su daga en el pecho de tan bravo capitán. Las cartas de los soldados, las groseras cartas de los pocos que sabían escribir, demuestran hasta qué punto a Pizarro le tenían miedo. Por eso le jugaban a dos barajas, y cuando mucho se le quejaban diciéndole, medio en broma y medio en serio, que se sentían en un cautiverio, “peor quel de Exito”.

La treta del ovillo resultó, pues un buen día—a fines de setiembre de 1527—blancas y lejanas en el horizonte se dejaron ver dos velas. Pizarro pensó que le traían más gente, pero la ovación entusiasta de su tropa le presagió lo peor. Los hombres lloraban de alegría y bendecían a Pedro de los Ríos, a su esposa y a cuantos habían tenido que ver con el envío de las naves. El caudillo trujillano se entristeció: mal le pagaban sus soldados; le habían ganado con traición. Entonces fue que saliendo a recibir a los recién venidos, “determinó antes morir que volver sin descubrir la tierra”.

Llegado el bote a la playa, saltó a ella Juan Tafur, capitán del Gobernador Pedro de los Ríos. Pizarro lo saludó secamente, preguntándole a continuación por el motivo de su visita. La respuesta fue tajante: estaba allí para llevarse a todos a Panamá. En la empresa del Levante se habían gastado ya bastantes vidas, y el Señor Gobernador la consideraba fracasada. Un mensaje secreto a la gobernadora llamaba a Pizarro “carnicero” y a Almagro “recogedor”. Tafur venía con una orden prohibiendo el beneficio de más reses...

El trujillano debió echar fuego por los ojos. Pero no se dejó ganar por la pasión y, desenvainando la espada, avanzó con ella desnuda hasta sus hombros. Se detuvo frente a ellos, los miró a todos y evitándose una arenga larga se limitó a decir, al tiempo que—según posteriores testimonios—trazaba con el arma una raya sobre la arena: Al norte queda Panamá, que es deshonra y pobreza; al sur, una tierra por descubrir que promete honra y riqueza; el que sea buen castellano, que escoja lo mejor.

Un silencio de muerte rubricó las palabras del héroe; pero pasados los primeros instantes de la duda, se sintió crujir la arena húmeda bajo los borceguíes y las alpargatas de los valientes. “Sólo trece compañeros pasaron la raya con tan grande esfuerzo, denuedo y valentía, que cada uno de ellos parecía bastaba a conquistar un Nuevo Mundo.” Y añade otra crónica: “Estos fueron los Trece de la Fama.” Concluyendo una tercera: “estos trece cristianos con su capitán descubrieron el Perú.”

Pizarro, cuando los vio pasar la línea, “no poco se alegró, dando gracias a Dios por ello, pues había sido servido de ponelles en corazón la quedada”. Sus nombres merecen quedar en la Historia. Ellos son: Nicolás de Ribera el Viejo, natural de Olvera, en Andalucía; Cristóbal de Peralta, hidalgo de Baeza; Antón de Carrión, natural de Carrión de los Condes; el griego Pedro de Candia, nacido en la isla de Creta; Domingo de Soraluze, mercader de oficio y vascongado de nación; Francisco de Cuéllar, natural de Torrejón de Velasco; Juan de la Torre, nacido en Villagarcía de Extremadura; Pedro de Halcón, sevillano de Cazalla de la Sierra; García de Jarén, mercader utrereño y esclavista de indios nicaraguas; Alonso de Briceño, natural de Benavente; Alonso de Molina, que era de Ubeda; Gonzalo Martín de Trujillo, trujillano de cuna, y Martín de Paz, mancebo alegre y jugador cuya patria es desconocida. Al piloto Ruiz no se le cuenta, porque aunque pasó la línea vio prudente regresar a Panamá, por habérselo pedido así Pi-

zarro. "Estos fueron los Trece de la Fama. Estos... los que estando más para esperar la muerte que las riquezas que se les prometían, todo lo pospusieron a la honra y siguieron a su Capitán y caudillo para ejemplo de lealtad en lo futuro."

Poco después los soldados se embarcaron en las naves y se dispusieron a zarpar. Furioso Pizarro porque Tafur se llevaba también a los tres indios lenguaraces de la balsa, envió por ellos a Nicolás de Ribera. Este recuperó a los tres nativos, tornando a la isla con un mensaje de Tafur a Pizarro por el que lo invitaba a trasladarlo a otra isla más al norte. Pizarro, entonces, apreciando que seguir en la Isla del Gallo equivalía a morir de hambre, accedió. La nueva isla, según los mapas posteriores, se llamaba La Gorgona.

El cronista Herrera nos ha dejado de esta roca una clara descripción. Dice así: "En esta Isla Gorgona, que los que la han visto comparan al Infierno, por la espesura de sus Bosques, i la altura de las Montañas, ai abundancia de Mosquitos, i destemplança del Cielo, adonde nunca se vé el Sol, ni dexa de Llover. Quiso quedar Francisco Piçarro, por maior seguridad: allí hicieron sus Casas i labraron una Canoa en que salía el mismo i pescaba para comer: i otras veces con la Ballesta mataba unos Animales llamados Guadoquinaxes, maiores que Liebres i de mejor Carne, i en esto se ocupaba por mantener a sus Compañeros." Y concluye el cronista: "cada Mañana daban gracias a Dios: a las tardes decían la Salve i otras Oraciones, por las Horas sabían las Fiestas i tenían cuenta con los Viernes i Domingos." Estas, en síntesis, eran las ocupaciones de aquellos rezadores de la Salve, verdaderos "desterrados hijos de Eva".

De este modo pasaron los últimos meses de 1527 y los tres primeros en 1528. Pero una mañana de marzo, cuando abandonados a su suerte se disponían a pasar otro día como todos, surgió un punto oscuro en el horizonte. Los hombres se entusiasmaron con su vista; pero pronto su alegría se trocó en tristeza cuando alguien comentó que era espejismo, ilusión de cerebros sedientos de novedades. Otro, acaso más realista, aseguró que era un árbol arrastrado por la corriente. Pero aquello se fue acercando hacia la isla y resultó ser un navío de verdad. Era Bartolomé Ruiz de Estrada, el veterano piloto de Moguer, que volvía por sus compañeros. Una hora después todos se abrazaban y el marino les contaba que estaba pronto a regresarlos a Panamá. Posiblemente

antes de abandonar la isla fue que la bautizaron con el nombre de Gorgona o antesala del infierno. El griego Candia, único conocedor de Medusa, Euríale y Esteno, monstruos de una fábula que oyera cuando niño, fue seguramente quien le dio tal nombre.

TUMBES, LA CIUDAD DE PIEDRA

Mas no era Pizarro de los que pensaba que volviendo a Panamá se arreglaría todo. Por eso, apenas pisó la cubierta del navío mandó levar las áncoras, salir al mar abierto y aproar al sur. Algunos días después descubrieron otra isla que llamaron Santa Clara, donde hicieron agua y leña. De paso contemplaron boquiabiertos un gigantesco ídolo de piedra, al que los indios habían tributado pequeñas esculturas de oro, ricas y vistosas mantas amarillas y un gran cántaro de plata capaz de albergar una arroba de agua. Los tumbesinos capturados en la balsa—que ya sabían algo de español—afirmaron entonces “que aquello no era nada, para las riquezas que havia en la Tierra”. Sus palabras se tomaron como exageración; si algo se creyó de ellas fue que Tumbes ya no estaba lejos.

Pero sin duda los intérpretes confesaban la verdad, porque al día siguiente “descubrieron una balsa tan grande que parecía Navío”. Los cristianos se acercaron amistosamente hallando en ella quince guerreros con sus armas en las manos y envueltos en grandes mantos. Dijeron que eran de Tumbes y que iban a hacer la guerra a la isla de Puná. Mostraron alegrarse mucho de hallar con los barbudos otros indios tumbesinos, y éstos, igualmente contentos, traían de la mano a los españoles para que apreciaran con sus propios ojos que habían dicho la verdad. En eso aparecieron otras cuatro balsas grandes cargadas de guerreros, las cuales se acercaron a la nave castellana. La carabela y las balsas presentarían un cuadro excepcional. Era el encuentro intencional y al mismo tiempo inesperado de la más popular de las embarcaciones españolas con las únicas balsas que tenían velas en el Nuevo Mundo. Bartolomé Ruiz, el piloto moguereno, no había mentado cuando afirmó haber capturado una balsa en la Bahía de San Mateo. Panquiaco, el hijo del cacique Comagre, también tenía razón.

Guiados por las cinco balsas, los cristianos avistaron Tumbes. Apenas los caudillos de las balsas tocaron tierra, corrieron donde

su señor, “a quien dixeron, cómo havían encontrado aquel Navío, a donde estaban Hombres blancos i vestidos, con grandes barbas: i que otros indios, sus Naturales, que traían por Interpretes, les havían dicho que aquellos Hombres andaban a buscar Tierras i que en otros Navíos se havían vuelto por la Mar muchos de ellos... Espantados el Señor i todos, juzgaban que tal Gente era embiada por la mano de Dios i que era bien hacerles buen hospedage”.

Pizarro, mientras tanto, miraba Tumbes extasiado. Parecía una ciudad del Amadís, libro que él no había podido leer nunca, pero que decía cosas fabulosas. Tumbes parecía eso: una ciudad escapada de los libros de caballería. Tenía recias murallas de piedra, todas llenas de almenas, sobre las que destacaban muchísimos torreones cuadrados; también lucía un castillo que mostraba ser imbatible fortaleza.

Esa misma tarde envió el curaca o reyezuelo de Tumbes a Pizarro—en diez o doce balsas—mucho fruta, cántaros con agua y licor fermentado de maíz, y una oveja de la tierra, de esas que producían lana. Los españoles recibieron todo con muestras de gran regocijo, admirándose mucho con el auquénido, cuadrúpedo que recordaba el perfil de un dromedario sin giba. Al frente de todos estos obsequios estaba un indio de porte verdaderamente aristocrático, y en el que su adusto rostro contrastaba con sus orejas descomunales. Los españoles lo bautizaron burlescamente “el orejón”, divirtiéndose en secreto con sus deformados apéndices auriculares. El indio mostró no darse cuenta de ello, interesándose, en cambio, por saber de dónde eran, qué buscaban y en quién creían los misteriosos hombres blancos. Pizarro le habló entonces de Castilla y del invicto Emperador don Carlos, del Pontífice de Roma y del afán evangelizador de los cristianos. No mencionó el oro, pues los indios podían ocultarlo. El orejón no dijo una palabra, pero todos se dieron cuenta de que había aprendido demasiado. Le ofrecieron a continuación vino castellano, bebida que mostró agradarle, recibiendo luego un hacha de hierro, objeto que le gustó realmente. Empuñando su nueva arma aceptó comer con Pizarro. Se comportó muy dignamente durante la comida y al final de ella invitó al jefe extremeño a visitar la ciudad.

Marchado el orejón, Pizarro envió un marinero llamado Bocanegra a Tumbes, con el pretexto de traer bastimentos para la nave. Regresó impresionadísimo, pero por ser ignorante no se le creyó. Con misión más específica desembarcó entonces Alonso

de Molina con un negro esclavo. Llevaba para el curaca una pareja de cerdos, varias gallinas y un gallo. Los tumbesinos miraron al soldado y al guineo con singular admiración. Las barbas del hombre blanco eran excepcionales, mas el color tiznado del negro presentaba una incógnita mayor, por lo que dispuestos a despejarla presentaron al esclavo un recipiente con agua y le pidieron que se lavase la cara. Sin embargo, el negro los defraudó, porque habiéndose restregado el rostro con agua, quedó tan oscuro como antes. Al final, los indios parecieron conformarse algo oyendo cantar al gallo y gruñir al puerco. Luego de tan original momento, Molina y el negro pasaron la población, sorprendiéndose por su grandeza y regresando presurosos a la nave. Esta vez tampoco creyeron su relato los españoles de a bordo. Molina era mancebo y el calor de su versión pareció exagerado. Al negro ni siquiera lo escucharon, porque no hacía sino decir ser verdad todo lo que Molina contaba. Pizarro determinó entonces enviar a otro hombre menos impresionable, con más mundo y cierta edad. Reunía todos estos requisitos el griego Pedro de Candia.

EL HIJO DEL TRUENO

El griego desembarcó frente a la ciudad, rodeada de selva e inmediatamente fue llevado ante el curaca. Iba con una gran cota de malla que le llegaba a las rodillas y cubría su cabeza un yelmo, con su celada de hierro, todo lleno de plumajes. Rodela, espada y arcabuz completaban su defensa. Algún cronista añade que también llevaba una cruz.

Lo cierto es que llegado ante el curaca de los tumbesinos lo saludó en nombre de Pizarro, gesto al que contestó el curaca con otro saludo a su manera y una petición: le rogó mañosamente que disparase su arcabuz o como él mismo decía, aquel bastón que vomitaba fuego. El curaca había oído hablar de la extraña propiedad del alargado madero y quería cerciorarse por sus ojos para luego informar de todo a cierto superior. Este superior era el Inca.

Candia accedió gustoso, encendió la mecha de su arma y apuntando a un tablón grueso que allí estaba, disparó. La explosión que se escuchó sonó terrible para aquellos indios que ignoraban los poderes de la pólvora y espantados por el estruendo, cayeron

en el suelo sin osarse levantar. Cuando se animaron a hacerlo pudieron ver al gran tablón perforado, mientras un olor especial se esparcía por el aire. Entonces el pánico se trocó en admiración, los tumbesinos estaban maravillados. Pero el curaca, que propiciaba todo aquello para informar con precisión al Inca, mandó traer un jaguar y un puma que tenía cautivos y soltándolos delante del arcabucero, quiso enterarse hasta dónde el visitante se sabría librar bien. Candia no se dejó ganar por la sorpresa y teniendo ya encendida la mecha efectuó un segundo disparo. Ante el fogonazo y el ruido las fieras retrocedieron, acobardándose al extremo de perder toda su agresividad. El curaca quedó sorprendidísimo, sus vasallos lo estaban mucho más. Cuando el humo de la pólvora se disipó, Pedro de Candia se encontró rodeado por indios postrados en el suelo que lo miraban como si fuese un semidios. El curaca rompió este incómodo silencio y allegándose al arcabuz con un vaso de licor de maíz en la mano, derramó su contenido en la boca del arma, al tiempo que le decía: "toma, bebe, pues con tan gran ruido se hace que eres semejante al trueno del cielo". A partir de entonces, Candia fue tenido por el blanco y robusto Hijo del Trueno que tenía el raro poder de amansar a las fieras. Además, su barba y su color recordaban al divino Huiracocha, el Hacedor del universo indio, el dios que se perdió en el mar, prometiendo regresar en otra era. Candia encarnaba al gran Illapa, el rayo rugidor, y a su vez era emisario del omnipotente Huiracocha que esperaba en su navío mecido por la espuma de las aguas...

Esa misma tarde el griego visitó la ciudad. Paseó el barrio de los orfebres y plateros, entró a los templos o "mezquitas" y habló a las Acllas o Vírgenes del Sol. Conoció también de cerca la galana fortaleza, sus murallas y torreones, su precisa ubicación. Parecía un alcázar agareno con patios que refrescaban cantarinas fuentes. Siguió mirando y descubrió allí cerca unas plazas como "zocos" a las que acudía una extraña multitud. Los tumbesinos trataban mucho con cerámica rojiza y la transportaban en esos carneros grandes y lanudos que por su acompasado andar bien podían nominarse "los camellos de las Indias". Los hombres se cubrían con turbantes o rebozos, las mujeres con capuces y albornoces. Hablaban una lengua como arábigo, eran bronceados, movedizos y, sobre todo, muy alegres.

Dos días después, Candia regresó a bordo. Traía consigo co-

mo obsequio del señor de la ciudad muchas balsas repletas de maíz, pescado y fruta, así como dos auquénidos cebados. Francisco Pizarro lo recibió con las mayores muestras de alegría y el griego le correspondió contándole todo lo que había visto en Tumbes, lo cual hizo con lujo de detalles “por ser hombre savio de semejantes negocios”. Mas como si esto fuera poco, terminadas sus palabras, extendió a los asombrados ojos de sus compañeros una tela en que había dibujado y pintado la ciudad. Esa tela tenía un valor incalculable por ser la primera pintura del reino de las grandes balsas. Entonces Pizarro bautizó a esa ciudad que tanto tenía de morisca como Nueva Valencia de la Mar del Sur, mientras los soldados admiradores de la pintura del griego, apreciando los edificios “de piedra muy grandes con torres a manera de castillos”, comparaban con Castilla al país que visitaban.

Con el corazón lleno de gozo prosiguieron los cristianos su recorrido, largando velas con dirección austral. Pasaron frente a Paita, donde los indios salieron a la playa a llamar alborozados al navío que transportaba un dios; también junto a la Isla de los Lobos, animales marinos, cuyos bramidos escucharon alarmados los soldados en la oscuridad de la noche. Luego fueron saliéndoles al encuentro gran cantidad de balsas llenas de indios con frutas y pescado de regalo, recibiendo en algún punto los saludos de una reina o capullana, señora integrante del gran mundo matriarcal de los tallanes. Más adelante tocaron en tierra de Chimúes y en Malabrido, ganado por la exótica vida de estos indios, el marinero Bocanegra desertó. Juan de la Torre, que bajó a tierra a buscarlo, lo halló que “estaba bueno i alegre i sin gana de volver”, dejándolo en medio de ataviados chimúes que lo llevaban en andas a contemplar los enormes rebaños de “pequeños camellos”... Reirían todos con la deserción del marinero y proseguirían su navegar. Pizarro buscaba la ciudad de Chíncha, de la que había oído su fama, pero llegada la nave a la desembocadura del Río Santa—nombre indio que los cristianos transformaron en el de Santa Cruz—los marineros pidieron a Pizarro no seguir. Los hombres de mar, siempre susceptibles de temor ante lo desconocido, querían volver atrás. Pizarro comprendió su pensamiento y aceptó. El 3 de mayo de 1528 el navío viró en redondo poniendo la proa al septentrión. Francisco Pizarro y los de la Fama, mientras tanto, miraban las oscuras piedras de la Cordillera Negra

y se daban el gusto de imponerle el andaluz apelativo de Sierra Morena.

EL NOMBRE DE LA NUEVA TIERRA

De vuelta a Panamá, los Trece de la Fama alborotaron a la población con sus noticias. Acosado por los curiosos Ribera el Viejo habló entonces de “muy rricas tierras” y Alonso Briceño hizo ver a todos que la expedición no había fracasado, porque desde los tiempos de Francisco Hernández de Córdoba y Juan de Grijalba—los descubridores de Yucatán y Nueva España—nadie había osado decir algo semejante. Arreciando en sus preguntas los curiosos conminaron al Alférez Carrión, otro de los Trece, pero éste se limitó a decir que lo de las ciudades de piedra era muy cierto y que además eran “almenadas e torreadas”, noticia que amplió Francisco de Cuéllar, confirmando que eran “muchas e grandes cibdades... con tapias bien altas e con casas a manera de torres quadradas... a manera de terrados”.

La versión no podía ser más unánime. Ahora había que inquirir sobre los habitantes de las misteriosas ciudades. Iniciadas las preguntas, Briceño—parco como siempre—dijo que toda la tierra descubierta era “muy poblada”, siendo Ribera el que explicó entonces que de “gente muy ataviada e con mucho oro e plata”. Antón de Carrión, más explícito que sus compañeros, concluyó que estas gentes “trayan sobre sy mucho oro e Ropas de plata e piedras de valor”, añadiendo en tono de hijodalgo que “si se puebla (esa tierra) de christianos, Dios e Su Magestad serán seruidos”. Francisco Mexía, Gonzalo Farfán, Rodrigo de Chávez, Francisco de Jerez, Martín de Santaella, Silvestre Rodríguez, Ambrosio de Monsalve y Sancho de Marchena—soldados que volvieron con Tafur desde la Isla del Gallo—escuchaban pesarosos de haber abandonado aquella empresa.

Mientras tanto, Pizarro, acompañado por sus socios y el artillero Candia, presentaba al Gobernador los tres muchachos tallanes, capturados en la primera balsa que avistara Ruiz, los cuales ya entendían la lengua castellana. También enseñó a Pedro de los Ríos los primorosos tejidos de algodón y lana, muchos cántaros de color naranja fuego, chaquira reluciente, adornos de oro y plata y—lo más espectacular de todo—seis o siete llamas,

animales domésticos de carga, únicos en su género y que sólo se habían hallado en aquellas remotas partes del Nuevo Mundo. Como si esto fuera poco, también le mostró Pizarro una tela en la que el griego Candia había dibujado a Tumbes, la ciudad que bautizaran Nueva Valencia, señalando en ella la fortaleza, las murallas y las torres... Pedro de los Ríos quedó más que confuso y de momento no supo qué decir. Finalmente, se animó e hizo una pregunta: quería saber la exacta ubicación del reino de las grandes balsas. Pizarro le contestó que aquellas maravillas que tenía delante provenían “de las partes del Levante en la Mar del Sur, hazia donde se dize peru...” ¿Perú?, se preguntaría Pedro de los Ríos: esa tierra hasta entonces nadie la había mencionado. Pero se equivocaba el celoso Gobernador de Castilla del Oro, pues si se hubiera echado la capa sobre los hombros y entrado a las tabernas del puerto, habría visto a los soldados hablar de cierta “tierra muy buena e Rica, y cibdades e fortalezas”, mientras con su dedos señalaban al Levante, “hazia donde se dize peru”. Aquellos aventureros ya no hablaban de Dabaides y Dorados. Había nacido el nombre de una nueva tierra. Ahora todo era Perú y más Perú. Por eso cantaban en las mesas de las tabernas:

“Indias, Indias,
oro, plata,
oro, plata
del Pirú”

IV. RECURSO A LA AUTORIDAD DEL REY

LA CAPITULACION DE TOLEDO

Pero, como era de esperar, pronto el Gobernador se sobrepuso de la impresión recibida y creyendo que Pizarro exageraba, se negó a colaborar con gente y armas. Para ello llamó un día a los tres socios y les confesó cómo, a pesar de la fiebre perulera, él no creía en el Perú y que por lo tanto, no permitiría una tercera expedición. Ya habían muerto demasiados soldados; Panamá no tenía que correr el riesgo de despoblarse y, por último, ordenó a los dos soldados y al clérigo que se dejasen de estar "cebando a los hombres con la muestra de las ovejas, oro y plata que habían traído".

Pizarro, Almagro y Luque "se despidieron del Gobernador muy desconsolados". Cada uno de ellos se negaba a renunciar lo ganado ante una simple y arbitraria orden. Tenían que buscar una salida, había que pensarla y repensarla, porque debía llegar la solución. Así pasaron varios días, surgiendo por fin el remedio: se enviaría un procurador a España a gestionar la licencia para proseguir la empresa del Perú y, de paso, pedir al Emperador que prohibiese a Pedro de los Ríos inmiscuirse en ella. La fórmula pareció acertada y Almagro propuso entonces a Pizarro, alegando que era el que más merecía el cargo por lo mucho que había padecido en la conquista de la nueva tierra. Pizarro no tuvo inconve-

niente y, en principio, lo aceptó. Pero Luque que conocía demasiado a Almagro y sabía que su entusiasmo no sería duradero, barajó entre otros nombres el del licenciado Corral, alegando que era docto en leyes y parte no interesada. Pizarro confesó que no tenía inconveniente, pero Almagro volvió a la carga con su terquedad característica y Luque tuvo que ceder. “Al fin se capituló que Francisco Pizarro negociase la Gobernación para sí y para Diego de Almagro el Adelantamiento y para Hernando de Luque el Obispado”. También gestionaría el Alguacilazgo Mayor para el piloto Ruiz y mercedes para los Trece de la Fama. Al terminarse esta relación de peticiones, Pizarro agradeció la designación a sus compañeros, diciéndoles “que todo lo quería para ellos y prometiendo que negociaría lealmente y sin ninguna cautela”. Hecho esto, luego de recibir mil quinientos pesos prestados para los gastos del viaje, el trujillano partió para Nombre de Dios.

Zarpado a comienzos de setiembre de 1528, Pizarro llegó a Sevilla algunas semanas después. Iba en su compañía el griego Candia—con su pintura de Tumbes y una relación escrita de su puño y letra, sobre lo que vio en la ciudad—y el vasco Domingo de Soraluze. También los intérpretes tallanes con sus mantos multicolores y adornos de oro y plata. Por último, media docena de esos “camellos de las Indias” que ahora se llaman “ovejas del Perú”.

Conviene advertir que en las Muelas de Sevilla, agazapado y oculto, vivía el bachiller Fernández de Enciso, aquel que fue socio de Alonso de Ojeda. Rencoroso y leguleyo como siempre, merodeaba el puerto en espera de los viejos soldados del Darién. A los pocos que le habían sido fieles los invitaba a declarar en sus probanzas, a los que no habían seguido su bandera les cobraba antiguas deudas resucitadas para la ocasión. De este modo fue que descubrió a Francisco Pizarro al tiempo que desembarcaba. ¡Por fin había hallado coyuntura de venganza!

Sin pérdida de tiempo el bachiller mojó la pluma y redactó la demanda. La justicia de Sevilla se encargó de notificarla al capitán extremeño. Este no negó la deuda, mas confesó que no tenía dinero propio, lo cual era verdad. Enciso vio en Pizarro al mejor discípulo de Vasco Núñez de Balboa—“El Caballero del Barril”—aquel que por sus deudas fugó de La Española. Pero esta vez no iba a ser así: Pizarro no se le escaparía. Y alegando que su deudor era insolvente, lo metió en prisión.

Varias noches durmió el caudillo trujillano en esa Cárcel de Corte de Sevilla—posiblemente ya situada en la popular calle de las Sierpes—, pero no tan pocas como para que la Corona ignorara su precaria condición. Por eso, apenas llegó a Toledo noticia de su captura, el Emperador dictó una orden para que lo sacaran de allí. Entonces, reunido con Candia, Soraluze y sus tallanes, el Conquistador marchó a la ciudad del Tajo.

Una vez en ella, Pizarro buscó al Emperador. No está claro que lo hallara, porque para entonces el César estaba por partir a las Cortes de Monzón y de allí a Italia para ser coronado por el Romano Pontífice; mas lo cierto es que antes de partir habló a los Consejeros de Indias y recomendó al capitán Pizarro a la Reina doña Isabel de Portugal. Con esta premisa el Conquistador entró a la Sala del Consejo y narró a los del Real y Supremo de las Indias los muchos trabajos padecidos en la empresa del Perú. La tierra descubierta era “la más rica e abundosa e apacible para poblalla de crisptianos” y su “gente de mucha razón”, como que vivían “por tratos y contrataciones así en navíos por la mar como por tierra”. Afirmó que conocían la balanza, pues “tratan por peso”, siendo el objeto de su comercio ropas finas de lana y algodón teñidas de grana, carmesí, azul y amarillo, “todo lo más dello muy labrado de labores muy ricas... de diversas maneras de labores e figuras de aves y anymales y pescados y arboledas”. También tenían esmeraldas y cazadonias, espejos de obsidiana y cuentas de cristal, pero, sobre todo, “oro muy fino... y todos los metales que hay en España, sin tenerlos mezclados unos con otros”. Los ojos de los Consejeros se encandilaron con esto último, pasando luego a mirar a esos indios vestidos con vistosos mantos y que lucían en sus cabezas coronas y diademas de oro. Los tres mostraban buen rostro y nada tenían que ver con los caribes. Los viejos y miopes Consejeros los harían acercar más para apreciar sus brazaletes de plata, sus tobilleras con cascabeles de cobre y sus sandalias de fibra... Pero lo que les pareció altamente novedoso—a pesar de que olía muy mal—fue ese cuadrúpedo rumiante, animal exótico y altivo, que daba lana y parecía un dromedario sin giba.

Luego habló Pedro de Candia y se refirió a las ciudades toreadas, la mayor de las cuales recordaba a Valencia. Dudaron entonces del griego y creyéndolo capaz de una invención, le solicitaron pruebas. El artillero parece que leyó su relación, mostrando luego la pintura de la ciudad de Tumbes. Estupefactos, boquia-

biertos, los del Real y Supremo Consejo de las Indias no tuvieron más recurso que creer.

Notificada la Reina doña Isabel de Portugal—que por ausencia del Emperador había quedado a cargo del Gobierno—pronto se ordenó la Capitulación. Esta se firmó en Toledo, el 26 de julio de 1529, y dio su amplio respaldo a la conquista perulera. Por razón de sus ciudades de piedra y castillos se llamó al Perú, Nueva Castilla, nombrándose a Pizarro su Gobernador, Adelantado y Alguacil Mayor con 725.000 maravedís de sueldo. Los dos últimos cargos se le adjuntaron al primero por negarse la Corona a descentrar tales oficios de Gobierno en Almagro y el piloto Ruiz. A aquél se dio entonces la gobernación de la fortaleza de Tumbes con 300.000 maravedís anuales, amén de una declaración de hidalguía. A Ruiz el título de Piloto Mayor de la Mar del Sur. Para Hernando de Luque, el humilde maestrescuela de Panamá, se creó un Obispado en la ciudad de Tumbes, concediéndosele también 1.000 ducados al año y el cargo de Protector de todos los indios del Perú. A Pedro de Candia se le hizo Capitán de artillería con 60.000 maravedís de sueldo, recogiendo también una licencia para fabricar cañones y un título de Regidor para el Cabildo que en Tumbes se pensaba instalar. Para los Trece hubo el privilegio de hacerlos hidalgos de solar conocido, y a los que lo eran, se les nombró Caballeros de Espuela Dorada. Se dieron luego las dispensas para los derechos de alcabala y almojarifazgo, oro de minas y pasaje de esclavos; permisos para levantar tropas hasta de doscientos cincuenta hombres y llevar caballos; facultad para levantar fortalezas y otorgar repartimientos; y, sobre todo, muchas recomendaciones sobre la conservación y evangelización de los indios.

Cuentan que por los días que se firmó la Capitulación fue presentado a Pizarro un pariente de porte gentil y atuendo cortésano, que se preciaba de haber dado al Emperador más tierras que las que heredó de sus abuelos. Era Hernán Cortés, el hijo de Martín Cortés y Monroy y de Catalina Pizarro Altamirano. El Conquistador de México había obtenido del Emperador la gobernación de Nueva España y el título de Marqués del Valle de Oaxaca. El nuevo primo, pues, estaba en el apogeo de su fama y hablaba de sus hazañas con léxico de presunto bachiller salmantino. Parlanchín el uno, taciturno el otro, la entrevista debió de ser original. Sin embargo, nada en concreto se sacó, a no ser el quedar Cortés impresionado: la recia personalidad de su primo el por-

querizo lo llevó a la admiración y a la amistad. Y aquellos dos parientes célebres se despidieron para regresar a sus gobernaciones y no volverse a ver jamás.

Firmada la Capitulación y triunfante en demasía, Pizarro se despidió también del griego Candia, quien viajó a Villalpando a saludar a su mujer. Entonces, como un simple conquistador de Indias, escoltado solamente por sus tallanes, el Gobernador de Nueva Castilla marchó a su tierra natal, a Trujillo de Extremadura.

LA VISITA A TRUJILLO

Francisco Pizarro entró a Trujillo sin ninguna ostentación, pero como su popularidad era ya grande, tampoco pudo hacerlo en secreto. Una legión de parientes lo salió a recibir y un gentío de paisanos voceó su nombre en la Plaza. Parece que se alojó en la morada de algún Pizarro poderoso, donde tuvo ocasión de conocer las últimas noticias de familia. Su padre, el Capitán don Gonzalo, luego de adquirir fama de valiente, ganando desafíos a los moros de Loja y Vélez-Málaga, paseó la bandera de los Reyes Católicos en calidad de Alférez, en la guerra de Granada. Obtuvo los mote de "El Tuerto", por haber perdido un ojo en esta campaña, y "El Largo", por su estatura singular. Murió en Pamplona en 1522, a consecuencia de una herida recibida en la guerra de Navarra, sirviendo al Duque de Nájera y al Conde de Miranda. Su debilidad por las mujeres jamás lo abandonó. Después de seducir a Francisca González, casó en 1503 con su prima doña Francisca de Vargas, pero por haberlo hecho sin las dispensas del caso, el Obispo de Plasencia lo excomulgó. Solicitando el perdón fue absuelto junto con su esposa, en la iglesia de Trujillo, asistiendo al acto mucha gente principal. Pero, luego de darle algunos hijos doña Francisca falleció. Entonces don Gonzalo se aficionó a dos criadas—llamadas, María Alonso y María de Biedma—a las que hizo madres de muchísimos bastardos. Por su testamento de Pamplona, fechado el 14 de setiembre de 1522, don Gonzalo reconoció a todos estos hijos legítimos e ilegítimos; pero al que nació primero, al presunto porquerizo, a ése no lo nombró... Mas aquello no importaba, porque de seguro creyó que había muerto. Ahora todos entendían que Francisco era hijo suyo y, por añadidura, el

mayor. Así se lo decían sus hermanos. Hernando, el mayorazgo y, por tanto, representante de la rama legítima, era el primero en afirmarlo a toda voz; Juan y Gonzalo, procedentes de las ramas bastardas, coincidían en la idea.

Francisco Pizarro preguntó después por su madre. Más que respuesta obtuvo una explicación: *La Ropera* estaba muerta; había purgado su falta y luego casado con un hombre honrado, al que había dado un hijo llamado Francisco Martín. De los parientes maternos sólo estaban vivos Antón Zamorano, el viudo de Catalina González, y Juana García, mujer que fue de Alonso Roper, un tío segundo de Francisco Pizarro. Era todo lo que quedaba de aquella gente llana y buena que vivía de su trabajo. Los cristianos viejos que labraban esa tierra extremadamente dura, ya se habían terminado...

En los días que siguieron, Francisco Pizarro se dedicó a organizar la hueste. Los primeros en acudir fueron sus hermanos. Hernando, como caballero, se comprometió a llevar buen corcel y un par de escuderos para servicio de su persona. Gonzalo y Juan sólo prometieron caballos. Nuevos parientes se sumaron a los anteriores. Juan Pizarro de Orellana, descendiente de los Alcaldes del castillo trujillano, también pidió su inscripción. Lo siguieron Martín Pizarro, "mancebo y hombre de buenas fuerças", y el imberbe aún Pedro Pizarro, con el tiempo mejor cronista que jinete y, como todos los anteriores, "de los buenos Pizarros de Extremadura". Luego, hidalgos como Pedro Barrantes, señor del lugar de La Cumbre; Juan Cortés, deudo del Conquistador de México; Lucas Martínez Begaso y Alonso Ruiz, "los compañeros de pro"; el espadachín Juan de Herrera y el apuesto Hernando de Toro, al que seguían dos sobrinos. También se veían villanos y en la primera fila de ellos estaban el labrador Martín Alonso, natural de la Zarza, y Diego de Trujillo que, por raro caso entre los de su mundo, sabía leer y escribir. En un gesto verdaderamente noble, Francisco Pizarro llamó a su hermano uterino, y, aunque por cuna le correspondía el lugar de los villanos, lo puso codo a codo con sus hermanos Pizarros. De este modo, Francisco Martín de Alcántara, pasó a ocupar su sitio junto al Gobernador del Perú.

Fue en la Plaza, luego de misa mayor, donde todos éstos se juntaron. Los curiosos mirarían desde los portales. Luego saldría Francisco Pizarro con espada y traje de camino, sobre un cor-

pulento caballo. Pasaría revista a esa su tropa una y tres veces. Luego daría la orden de partir.

La pequeña hueste se pondría en movimiento encabezada por el Gobernador y sus hermanos. Cerrarían el grupo los traviesos muchachos tallanes, a los que había cobrado simpatía el vecindario de Trujillo. Sin embargo, eran los viajeros trujillanos los que acaparaban la atención popular de aquel momento. Las gentes saldrían a los balcones para despedirlos, mientras las cigüeñas los verían partir desde sus nidos en los campanarios sin explicarse a dónde iban, ni el porqué de tanto aplauso. Ellas, menos que nadie podían maliciar el instante que vivían, como tampoco esos caballos sospechaban que muy pronto con sus herrajes de plata harían brotar chispas de las piedras.

EL REGRESO A CASTILLA DEL ORO

En Sevilla estuvieron una corta temporada, pasando en ella la Pascua de Navidad. Allí se le juntaron los nuevos Oficiales Reales destinados al Perú. Eran éstos el Tesorero Alonso Riquelme, el Veedor García de Salcedo y el Contador Antonio Navarro. Si bien con éstos el número de hombres aumentó, el grueso de la tropa fue difícil de reclutar. Pizarro hacía lo indecible, pero al verlo tan animoso como pobre, los soldados no lo querían seguir. Para disimular un tanto el desaliento, envió entonces sus tres naves a San Lúcar, aunque el motivo mayor fue evadir a los Visitadores de la Casa de Contratación. Estos venían desde Toledo a revisar los navíos y a dar fe de que se habían reclutado los doscientos cincuenta hombres, lo que de no ser así los forzaría a negar a Pizarro el permiso de partida. Lo cierto es que el trujillano no se expuso a esto último y marchando a San Lúcar en enero de 1530, zarpó de allí con una nave rumbo a la Gomera. Mientras tanto, Hernando Pizarro se encargaba de decir a los Visitadores que todo estaba listo y que la gente que faltaba era la que ya había partido con el Gobernador, su hermano. Los Visitadores no entendieron el engaño y, sin entrar en averiguaciones, dieron la licencia de salida. Entonces Hernando tomó el mando de los dos navíos, y aprovechando las brisas de enero, se reunió con su hermano en la Gomera.

El viaje desde las Canarias a las Indias fue sin novedad, siendo

lo primero que tocaron Santa Marta, en las costas del Nuevo Reino. Pero allí el Gobernador García de Lerma pretendió quedarse con la gente y para ello corrió la voz de que en el Perú sólo se comía sierpes, lagartos y perros. No faltaron los que mordieron el anzuelo y en breve empezaron a desertar. Pizarro entendió la mala jugada del colega y, sin darle tiempo a seguir con la calumnia, abandonó el puerto con sus naves, dando orden de no tocar tierra hasta avistar Nombre de Dios.

En Castilla del Oro—o Tierrafirme, como también se la llamaba—las cosas no habían marchado muy bien. Sabedor Almagro días antes de que Pizarro no le había alcanzado el Adelantamiento, se enfureció públicamente, terminando por vocear “que no quería compañía ni amistad con nadie”. Luque le enrostró entonces “que suia era la culpa, pues tanto había porfiado..., pero que Francisco Piçarro llegaría i le daría satisfacción”, es decir, le explicaría todo hasta dejarlo sastisfecho. Mas Almagro no quiso oír una palabra del negocio y marchándose a su posada se encerró. Allí lo buscó Luque por intermedio de Ribera el Viejo, para decirle “que la Compañía no estaba deshecha i que Don Francisco Piçarro era tan honrado, que daría cuanto tuviese a sus Compañeros i en especial a quien más debía... que por amor de Dios no los desamparase, que si algún ierro había havido, que vería, que no se havría podido hacer más”. Pero Almagro, herido por lo que él creía ser la deslealtad de un amigo, no entendió la reflexión y marchándose a sus minas, cerró toda posibilidad para un posterior entendimiento. Mas Almagro era inestable, aunque muy terco, y enfriada su indignación contra Pizarro, se presentó un día a Luque diciéndole que estaba presto para un entendimiento.

Esta es la razón por la cual Francisco Pizarro pisó Nombre de Dios y se holgó de que hubieran acudido a recibirlo Hernando de Luque y Diego de Almagro. El encuentro de los tres socios fue sincero. Se abrazaron y besaron, según fuero de amistad; mas llegados a la posada, Almagro se quejó amargamente a Pizarro y le confió la causa de su profundo resentimiento. El trujillano comprendió lo que pasaba y, según las crónicas, le dijo: “que no se había olvidado de hacer lo que era obligado i que el Rei le había dado la Governación, porque no usaba dar un oficio a dos Personas”, por lo que pedida la Governación y el Adelantamiento muchas veces, se le contestó “que no había lugar lo que pedía” y que, de seguir insistiendo, la merced indivisible “se daría a otro”.

Dejaba, pues, constancia que él "pidió conforme a lo que llevaba capitulado y ordenado con sus compañeros", pero que "en el Consejo se le respondió que no... a causa de que en Santa Marta se había dado así a dos compañeros y, el uno había muerto al otro". No había, pues, aprovechamiento de parte suya, sino, simplemente, una negación de la Corona. Por lo demás—concluyó Pizarro—aceptó para evitar la intromisión de un extraño destinado a quedarse con la conquista del Perú. Tampoco se considerase su gesto como si hubiera hecho un sacrificio, porque, sin lugar a dudas la Capitulación de Toledo lo había dejado ganancioso. Pero que Almagro no se doliese por ello, porque en la compañía tripartita que tenían no había nada propio ni ajeno, sino una conquista que pertenecía a todos. Dicen que Almagro quedó más satisfecho, aunque—a decir verdad—tampoco lo quedó del todo.

Luego de esto los tres socios viajaron a Panamá, donde el ya Gobernador, don Francisco Pizarro "fue recibido con general contento de todos, porque era Hombre bien acondicionado, deseoso de agradar y de muchos Amigos". No causó igual impresión su hermano Hernando, "Hombre hinchado y presuntuoso" al que seguían Juan y Gonzalo Pizarro, también hermanos del Gobernador, los cuales al hablar de la empresa del Perú "se persuadían que todo era suyo". En síntesis, Hernando, Juan y Gonzalo "todos eran pobres y tan orgullosos como pobres, e tan sin hacienda como deseosos de alcanzarla". Así vieron los vecinos de Panamá a los antipáticos hermanos del Gobernador Pizarro.

Molesto Almagro por la actitud apropiadora de los hermanos de su socio—a los que consideraba peligrosos rivales para la dirección de la empresa—determinó salirse de la compañía y formar otra con el Contador de Tierrafirme Alonso de Cáceres y con el Regidor Alvaro de Guijo. Francisco Pizarro vio que todo se derrumbaba, pues Almagro era el mayor proveedor de la empresa perulera y el único que corría con los gastos de hospedaje para los ciento veinticinco soldados recién llegados de Castilla; y decir hospedaje era decir también ropa y manutención. Por eso pidió Pizarro al padre Luque que interpusiera sus buenos oficios, porque—dado el estado de las cosas—Almagro sólo a él lo escucharía. El clérigo, que bastantes problemas había ya tenido por causa de Almagro, aceptó solucionar el conflicto y poniéndose de acuerdo con el licenciado Gaspar de Espinosa, marchó a cumplir su cometido. Hallaron tan dolido a Diego de Almagro que consideraron

necesario regresar donde Pizarro y exponerle la verdad: la culpa la tenían sus hermanos—que presumían de ser dueños del Perú—y las desiguales mercedes de la Capitulación. Pizarro debía renunciar en Almagro su repartimiento de la Taboga y pedir también para su socio una gobernación que empezase donde terminase la de él. Pizarro, comprendiendo que era justo lo que se le pedía, aceptó. Más aún, en un gesto que tradujo desinterés y amistad, añadió que estaba dispuesto a renunciar también el Adelantamiento en Almagro si con ello se lograba terminar con los sinsabores. Almagro aceptó, a su vez, la transacción y por el momento todo quedó por buen camino.

Mas no todo era comprensión en el Panamá de aquellos días, pues Hernando Pizarro seguía mirando mal a Almagro y éste, que no pecaba de lerdo, se percató de la ojeriza. Dispuesto a salvar más contratiempos, decidió disimular y para guardar mejor las apariencias visitó una tarde a Hernando, que estaba enfermo. Lo cierto es que habiendo empezado a conversar, cumplidas las cortesías del caso, Hernando se quejó de tener dos escuderos sin caballos y Almagro—que aunque prepotente quería congraciarse con Hernando—le pidió que no se preocupase más del asunto, pues él le prometía obsequiarle dos corceles. Almagro era liberal, pero con frecuencia prometía y luego se olvidaba. Lo cierto es que pasaron los días y el obsequio no llegó. Entonces Hernando se lo tomó a desaire y lo insultó públicamente con aquello de: “dámele vaquiano y darte lo he bellaco”. Cuando Almagro se enteró de lo ocurrido, se dolió mucho y se sintió impotente. Acostumbrado a reclutar a los soldados a puntapiés y bofetones, ahora se sentía débil y sin ánimo para contestar. Con su pequeño cuerpo y feo rostro se sintió envilecido y humillado frente al arrogante Hernando, hombre membrudo, de facciones abultadas y por añadidura agresivo. Ambos eran tercios y prepotentes, pero Hernando no tenía nada que perder; Almagro, en cambio, lo podía perder todo y volver a ser el vecino sin importancia de Panamá, el desposeído, el desplazado... Y amargado por la presencia de su poderoso enemigo, se dejó ganar por el rencor. Almagro y Hernando eran dos tipos físicos distintos, pero se odiaban porque, en el fondo de su alma, tenían sentimientos que se parecían. Esta fue la causa por la que no pudieron congeniar nunca. He ahí el origen de las Guerras Civiles del Perú.

V. LA EXPEDICION DEFINITIVA

EL TERCER Y ULTIMO VIAJE

Pero por haberse portado Francisco Pizarro como amigo e hijo-dalgo, Almagro regresó. La verdad es que ambos se apreciaban demasiado para romper definitivamente. Además, a Almagro "la conciencia de trabajar para otro, le mordía" y su presunta compañía con Cáceres y Guijo sólo había perseguido asustar a los Pizarros. Aunque terco y prepotente tenía un gran corazón y deseaba seguir con su antiguo socio y amigo. Francisco Pizarro se alegró tanto y más con el retorno de su viejo compañero de conquista y, hermanados por el común recuerdo de los tiempos idos, volvieron al terreno de la amistad con un abrazo. El que también gozó con este advenimiento fue el padre Luque, "que verdaderamente era Hombre de ánimo generoso" y conciliador. El, prácticamente, había acercado a los dos socios poniéndolos en situación de volver a ser amigos y él, sin lugar a dudas, también había salvado la conquista del Perú.

Estando así las cosas, aportó a Panamá el sevillano Hernán Ponce de León con dos navíos llenos de indios nicaraguas destinados a venderse en Tierrafirme. Ponce de León era socio de Hernando de Soto—Capitán que sirvió con Pizarro en Comogre y Pocososa—el cual estaba riquísimo en Nicaragua. En esta provincia trabajaban juntos Ponce y Soto cuando tuvieron nuevas del

Perú, pues supieron que secretamente Ribera el Viejo y el piloto Ruiz habían embarcado varias noches muchos esclavos indios y españoles fugitivos. Maliciaron entonces que aquello del Perú debía ser algo muy rico y se propusieron participar en las ganancias. Esta fue la razón por la que Ponce apenas pisó Panamá buscó a Francisco Pizarro. Llevaba por misión presentarle los saludos de su antiguo compañero de armas y también ofrecerle los navíos. A cambio de ellos, pedía un cargo de Teniente de Gobernador para Soto y un buen repartimiento para él...

Pizarro, Almagro y Luque recibieron la propuesta como venida del cielo y, sin entrar en pormenores, la aceptaron. Ponce de León les entregó las naves y volvió a Nicaragua a dar cuenta del éxito alcanzado. Antes de partir prometió enviarles más soldados, porque los que estaban en la Taboga eran pocos y además, enfermos.

Efectivamente, para evitar deserciones y nocivas influencias, Pizarro había pasado a los recién venidos de Castilla a la pequeña isla de la Taboga, luego de una corta permanencia en Natá. Diego de Trujillo hace alguna mención de aquellos aburridos días en que se les hacía llevar vida de campamento con el fin de familiarizarlos con la guerra. Pizarro, mientras tanto, el 27 de diciembre hacía bendecir las banderas en la iglesia mayor de Panamá. Parece que en una misa que se dijo al siguiente día—fiesta de los Santos Inocentes de ese año 1530—todos los soldados comulgaron. Después de esto, habiendo reunido ciento ochenta hombres y treinta y siete caballos, Pizarro se determinó a zarpar. Por estar todavía algo retrasados tuvo que hacerlo sólo en un navío el 20 de enero de 1531, festividad de San Sebastián. El otro barco quedó al mando de Cristóbal de Mena con órdenes de largar velas a comienzos de febrero.

La navegación fue tan venturosa que en trece días avistaron la Bahía de San Mateo. Bartolomé Ruiz gobernó con tanto acierto a la nave que hizo honra a su título de Piloto Mayor del Mar del Sur. Muchos indios salieron en canoas a reconocerlos, pero los españoles no lograron ningún contacto provechoso. Para explorar aquella fragosa tierra, Pizarro mandó desembarcar a todos; allí los soldados bisoños tuvieron oportunidad de comer pacaes, guayabas, ciruelas y esos caimitos amargos que parecían manzanas levantinas. Por la costa siguieron a Atacámes, donde aprendieron a extraer agua de los pozos por medio de caracolas, y apreciaron cierto ambiente raro, por ir los indios vestidos y llevar adornos

de oro. Batallando contra los mosquitos siguieron, siempre por tierra, a Cancebí. En este pueblo descubrieron ya primorosas piezas de cerámica y muchas redes de pescar, pero la población estaba deshabitada. Esto hizo colegir que los indios habían huido y, para apresar alguno, Pizarro envió tierra adentro al Capitán Juan de Escobar. Este tomó a uno en ciertas "barbacoas" y volvió con él al campamento. Astuto e introvertido, el nativo se hizo esperar quince días hasta confesar que más adelante habían pueblos con comida.

Animados con la noticia caminaron hasta los Quiximíes. El río de los Quiximíes lo vadearon en balsas, porque no todos sabían nadar y los bisoños se ahogaban con frecuencia. Pasados los hombres faltaban las bestias y para vencer la resistencia natural de los caballos a los ríos, Pizarro usó a partir de entonces un ardid. Consistía en soltar por delante una yegua, persiguiendo a la cual pasaban luego los corceles; de este modo hombres y cabalgaduras ganaban la otra orilla y la expedición podía proseguir.

Sin embargo, después de los Quiximíes sólo encontraron manglares y ciénagas. El hambre cundió por todas partes, también apareció la sed. Menos mal que a estas alturas por la mar los alcanzó el piloto Ruiz y esto representó un reparto de harina. Esta harina era de maíz y a cada hombre tocó sólo un cuartillo, pero la tropa se dio por satisfecha. Esa noche se cantó en torno a las hogueras y hubo en el campamento caras de felicidad. En los días sucesivos, los soldados—que siempre andaban en pos de viandas nuevas—encontraron una colonia de cangrejos, y quisieron hacer otro festín. Entusiastas, se precipitaron entonces a cogerlos, los echaron a la olla y empezaron a servir. Esa tarde hubo crustáceos para todos, aunque no en mucha cantidad, pero esa misma noche las hogueras no alumbraron rostros sastisfechos, sino expresiones de dolor: los cangrejos habían sido venenosos y todos los glotonos estuvieron a punto de morir.

LAS VERRUGAS DE COAQUE

Después de esto, los soldados asaltaron el pueblo de Coaque al son de una trompeta, instrumento que desconcertó a los indios, haciéndolos huir. El ataque fue tan sorpresivo que tomaron prisionero al cacique principal. Pizarro dirigió el asalto y el fruto

no pudo ser mejor. Allí hallaron 15.000 pesos en oro y 1.500 marcos en plata. Pero, mientras los soldados palpaban el metal y miraban al Gobernador con simpatía, alguien corrió la voz de que ciertas piedras verdes que abundaban no eran esmeraldas, sino vidrio. Los soldados, siguiendo una antigua creencia popular, sometieron las piedras verdes a la prueba del yunque y el martillo. Desgraciadamente, los rumores decían la verdad: todas las piedras se rompían. Pero, mientras los trozos quedaban abandonados en la tienda del herrero, un fraile dominico llamado fray Reginaldo de Pedraza los juntaba y escondía entre las mangas de su hábito...

Coaque era un pueblo de hasta cuatrocientas cabañas y un fortín. Había grandes ídolos de madera y muchos tambores ceremoniales. Sin embargo, lo que más sorprendió a los soldados fue la gran cantidad de ropa fina, hecha toda de algodón. A este hallazgo siguió otro de comida; se halló maíz en abundancia, ajíes de colores y hasta un cristiano creyó encontrar albahaca de Castilla. Pero la bonanza duró poco, porque en los días que siguieron volvió el hambre al campamento; las lluvias arreciaron y hostigadas por las aguas salieron de los bosques las culebras. Los soldados las vieron arrastrarse por el fango sin traslucir interés, hasta que tres hombres nada escrupulosos mataron una de ellas y después de asarla, se la comieron. Dos de ellos pagaron con la vida su capricho y el tercero, por haber untado el ofidio con ciertos ajos silvestres, sobrevivió a sus dolores. Pero también pagó su intemperancia, porque se le cayó la piel y quedó en tal estado que sólo repetía disparates: el infeliz había perdido la razón.

De aquí Pizarro envió los navíos a Panamá, para que Diego de Almagro, que allá estaba curándose del mal de bubas, los devolviera con más gente. Ocho meses duró la ausencia de las naves y durante este tiempo los soldados comenzaron a mirarse horrorizados en los recipientes llenos de agua. Según un testimonio soldadesco, "la dolencia que tenían hera la más mala que jamás se vido". La afirmación podía ser verdad. Una deformante epidemia de verrugas había atacado el campamento. Las verrugas de Coaque han pasado a la historia por su fealdad. Eran protuberancias carnosas y sangrantes que crecían como avellanas, otras veces como nueces y huevos de gallina. Colgaban de las cejas, narices, orejas y otras partes del cuerpo. Esto hacía que los rostros se pusieran espantosamente deformados y que finalmente muchos murieran del abominable mal. Los enfermos "causaban dolor y horror" y se

dice que asustaban porque se ponían "feísimos". Andrajosos, malolientes y avergonzados como los leprosos de Castilla, aquellos desesperados imploraban curación. Así los encontró Pedro Gregorio, un mercader de Panamá que arribó a Coaque con miras de vender tocino, cecina y quesos. Hecho su negocio el mercader regresó. Con él partió fray Reginaldo, el dominico que huía de la peste. Mas llegado a Panamá el fraile cayó enfermo de calenturas y murió. A la hora de amortajarlo sucedió lo inesperado: cosidas a los bordes de su hábito aparecieron cantidad de valiosas esmeraldas...

BELALCAZAR

De repente, una mañana, se alborotó el campamento. Lejano en el horizonte se dibujaba un navío. Los soldados hicieron hogueras y atraído por el humo, el navío se acercó. Puesto al habla, resultó ser de Sebastián de Belalcázar, un arriero de Andalucía que llegó a Capitán de Pedrarias y estuvo con Pizarro en la fundación de Panamá. Belalcázar no estaba en el barco porque con catorce jinetes y otros tantos peones había desembarcado más atrás—en la Bahía de San Mateo—y se entretenía atacando pueblos de indios. Deseaba unirse a Pizarro, pero ignoraba con exactitud dónde estaba, por lo que envió a explorar a la nao.

El Gobernador se alegró con la noticia, y deseoso de ver al viejo compañero le mandó a Alonso Jiménez con los soldados y un indio para que le mostrasen el camino. Jiménez lo encontró en Coaque, alborozándose los jinetes con su llegada. Presentado su mensaje a Belalcázar, éste aceptó marchar hacia Pizarro, dando inmediatas órdenes para ponerse en camino. Y de este modo se adentraron en selvas de "caribes que se comen unos a otros"—según el pensar de los de Belalcázar—bajo un bello cielo de estrellas desconocidas como eran todas esas del Hemisferio Sur.

El encuentro de Pizarro y Belalcázar fue, sin duda, en Mataglán, después de Puerto Viejo y Charapoto. Seguido por veinte de sus jinetes Pizarro salió a darles la bienvenida; dicen que tanto fue su regocijo que lloró. Luego abrazó al compañero y saludó a su huete. Los de Belalcázar preguntaron por los demás. Pizarro los miró comprensivo y se limitó a contestarles: "llegaréis al real y veréis lo que nunca visteis".

Efectivamente, llegados al campamento los hombres de Belalcázar no osaron descabargar. Es allí que Ruiz de Arce, uno de ellos, escribe: “había muchos de los españoles que no los conocían si no era en la habla. La dolencia que tenían era la más mala que jamás se vio: eran unas verrugas de la manera de brevas. Teníanlas por el rostro y por las manos y por las piernas. Escapaban de esta dolencia pocos...”

Temerosos del contagio, los recién llegados pasaron a aposentarse a unas cabañas deshabitadas, lejos de los enfermos. Esa misma noche conversó Belalcázar con el Gobernador. La cena debió limitarse a maíz, pescado, papayas, miel vegetal y algo de cacao que los soldados habían descubierto. La conversación debió girar primero en torno a los recuerdos de la vieja Panamá, a los tiempos de Pedrarias y a los días en que deseando bautizar Almagro a su hija escogió para padrinos a Pizarro y Belalcázar... Pero, luego habló Belalcázar de la conquista de Nicaragua, a donde tuvo que ir por exigencia de Pedrarias, motivo por el que no pudo desde un comienzo participar en las expediciones al Perú. En Nicaragua no le había ido del todo mal—explicaba Belalcázar—, pues había sido el primer Alcalde de la ciudad de León, pero “estando en esta tierra vino una nueva del Perú”, y deseoso de ayudar a su compadre había armado un navío y en ocho días navegado las cuatrocientas leguas que lo separaban por el Mar del Sur. No había viajado solo, ni guiado por el egoísmo. En síntesis, se trataba de una compensación. Para él sólo pedía una capitanía de jinetes, pero para sus hombres principales no estarían demás los oficios de Maestre de Campo, Alcalde Mayor, Alférez Real y otra capitanía de corceles que le estaba haciendo falta a Juan Mogrovejo de Quiñones, un esforzado hidalgo de Mayorga...

Pizarro, sin cambiar de postura, debió de sonreír amargamente. Como buen arriero, Belalcázar entendía de aranceles y ahora se cobraba demasiado por haberle pasado hombres de Nicaragua al Perú. Pero no podía negarle lo que pedía sin correr el riesgo de hacer fracasar la expedición al Perú. Almagro le enviaba—por razón de su dolencia—pocos hombres y cada vez más bisoños; el grueso de la tropa estaba postrada de verrugas, pero la meta se acercaba. Había, pues, que proseguir...

En uno de los días que siguieron Francisco Pizarro hizo un alarde general de sus soldados y una vez que los tuvo reunidos, les notificó los nuevos nombramientos. Rodrigo Núñez de Prado, na-

tural de Trujillo, desempeñaría de allí en adelante el cargo de Maestre de Campo; el sevillano Juan de Porras sería el nuevo Alcalde Mayor, encargado de hacer justicia entre los soldados; y Alonso Romero, natural de Lepe en el marquesado de Ayamonte, llevaría el estandarte de la hueste como su Alférez Real. Por último, se creaban dos capitanías de caballos: una para Mogro-vejo de Quiñones y la otra para Belalcázar. Por lo demás—añadió Pizarro—los hombres debían estar listos para proseguir, ya que la orden de partida iba a darse de un momento a otro.

LA ISLA DE PUNA

Salidos del litoral de Puerto Viejo los cristianos cruzaron bosques llenos de venados y pantanos en que vivían las más raras sabandijas. Para pasar estos pantanos y ríos se volvió a hacer gala de aquella habilidad nacida de la experiencia. Al frente de sus hombres Pizarro seguía siendo “el buen capitán”. Una crónica confirma que “valía mucho la industria y ánimo con que don Francisco los regía y los peligros en que ponía su persona, pasando muchas veces él mismo a cuestras los que no sabían nadar”. Así llegaron al pueblo de Manta, donde había un famoso santuario indio en el que se rendía culto a una esmeralda colosal, mas había sucedido que la presencia de los españoles asustó a los nativos los cuales huyeron al interior posiblemente con su valiosa piedra verde. Para perseguirlos envió Pizarro a Belalcázar; a pesar de la mucha maña que se dieron los jinetes no hallaron nada apreciable, conformándose con traer las primeras lúcumas y ciertos patos de la tierra.

Después de algunos días los cristianos continuaron su avanzar; en breve empezaron a marchar por unos secadales y les sobrevino sed. Las diligencias que se hicieron para buscar agua fueron vanas: ésta no se dejaba ver, pero el sol seguía recalentando los yelmos y morriones, el calor y la modorra ya no se podían sufrir. Por fin divisaron una pequeña laguna de agua verde, los soldados se lanzaron a beber, pero cuando ya algunos se habían acercado hasta la orilla, una piara de cerdos que traía Hernando Pizarro se precipitó sedienta al charco y revolviendo el barro del fondo pusieron el agua de modo que no se podía tomar. Con las bocas llenas de lodo y casi desfallecidos los soldados llegaron

arrastrándose a la punta de Santa Elena. Allí hallaron un importante pueblo, pero todos los indios con sus hijos y mujeres se habían refugiado en balsas y amenazaban huir. Se pudo prescindir de ellos, porque en la dura peña de la playa descubrieron los soldados unos pozos llenos de agua fría y refrescante, que empezaron a beber. Uno a uno fueron saliendo de la angustiosa situación en que se hallaban. Hombre a hombre se fue calmando la sed y luego se llevó agua a los caballos.

Terminada la sed apareció el hambre y por no haber víveres en el abandonado pueblo indio, los soldados tuvieron que comerse a sus perros de guerra asados al fuego mientras los intérpretes tallanes les contaban viejas historias de gigantes cuyos huesos yacían por allí...

Desde la punta de Santa Elena envió Pizarro a cinco españoles a indagar por la isla de Puná, por haber noticias de ser lugar sano y con comida. Los cinco hombres partieron en demanda de la isla, cuando llegados frente a ella se dieron con la sorpresa de que había muchos indios esperándolos. Eran más de cien y estaban todos quietos. Tenían consigo, a manera de presentes, muchas frutas y pan bizcochado, también tórtolas, conejillos y patos. Admirados los cristianos frenaron sus cabalgaduras; casi al mismo tiempo les salió al encuentro un indio principal que dijo llamarse Cotoir, quien se apresuró a darles la bienvenida en nombre de Tumbalá, el reyezuelo de la isla. A éste le agradecieron los obsequios y presurosos, los cinco jinetes volvieron donde el Gobernador: por lo menos esta vez le llevaban buenas nuevas.

Pizarro recibió desconfiado la noticia, sin embargo dió orden de partir. Llegados a la lejana playa, fueron muy agasajados por Cotoir y sus nativos. El indio tenía listas muchas balsas y deseaba partir lo antes posible para aprovechar los vientos favorables; pero la desconfianza de Pizarro se robusteció cuando un lengua tumbesino—posiblemente Francisquillo—comunicó que se urdía una celada por parte de los isleños, pues pretendían embarcar a los cristianos en sus balsas y una vez en la mar desatar los maderos y ahogarlos a todos junto con sus caballos. Enterado Pizarro del ardid hizo venir a Cotoir y le dijo que quería hablar con su señor antes de pasar a la isla. El indio se dio por enterado y marchó a decírselo a Tumbalá.

A la mañana siguiente el reyezuelo se presentó en una gran balsa entoldada y adornada con paños muy ricos. Traía consigo

mucha música, vale decir, numerosos tañedores de instrumentos desconocidos. Veinte balsas arriaron velas detrás de él, confirmando claramente que esperaban órdenes. Luego se acentuó la música y Tumbalá bajó a tierra en una exótica litera portada por sus vasallos. Ciertos indios se entregaron a la danza, los restantes demostraron un extraño regocijo. Pizarro, desconfiado y taciturno, se limitó a decir a Belalcázar: "no me parecen bien tantas fiestas".

El saludo de Pizarro a Tumbalá fue muy breve. Apenas puso sus pies en tierra, el Gobernador tomó al reyezuelo de la mano y lo condujo a su tienda. Allí le dió a entender que estaba dispuesto al viaje siempre y cuando lo acompañase él. El indio no dio muestras de inmutarse y con gran naturalidad voceó que se aprestasen las balsas; él iría con el jefe de los hombres blancos. Las embarcaciones izaron las velas y recogieron las potalas o áncoras de piedra. Luego se acercaron a la playa y los castellanos empezaron a subir. Los jinetes no se separaban de sus cabalgaduras. Los nativos miraban la embarcación de su jefe. No tardó el reyezuelo en dejarse ver. Luego hizo una seña y aquella armadilla se puso en movimiento. Momentos más tarde todos navegaban con rumbo a la Puná.

TUMBALA

Curiosos y desconfiados los soldados arribaron a la isla; Pizarro y el reyezuelo llegaron algo después. La isla tenía veinte leguas de orilla y vivían en ella siete caciques tributarios del reyezuelo. Comparándola con todo lo anterior, la Puná parecía un paraíso; había mucho maíz y pescado seco, así mismo chaquira y ropa fina. Los isleños comerciaban en sal y en algodón y criaban en sus casas guacamayos y monillos, pero lo que más admiró a los soldados bisoños fue el hallazgo de ciertas "ovejas del Perú", de esas que llamaban "camellos de las Indias". Estaban tan gordas que no se podían reproducir, pero los soldados se hartaron de palpar su lana comparándola con la lana de Castilla.

De repente alguien descubrió algo inexplicable: en un rincón del poblado se levantaba una cruz. Los cristianos acudieron en su busca, localizándola cerca de una cabaña en la que también había pintado un crucifijo. Además, la cabaña tenía una campa-

nilla... Todos se acercaron al bohío con curiosidad y admiración. Estando por entrar en él salió de su interior un enjambre de chiquillos aborígenes, semidesnudos y gritando con intención de alagar a los forasteros: "¡Loado sea Jesucristo, Molina, Molina!". Los baquianos recordaron entonces a Alonso de Molina, el Trece del Gallo que voluntariamente se quedó en Tumbes al regreso del segundo viaje. Estaban en lo cierto porque habiéndose quedado entre los tallanes tumbesinos, Molina terminó prisionero de los indios de Puná, lugar donde doctrinó a los niños, pero salido en una expedición con los isleños murió victimado por los de Tumbes. Por lo menos, así lo contó Tumbalá al Gobernador Pizarro.

A tantas novedades se sumó una más, porque en breve aparecieron tres indias y entre sus ropas se encontró un papel estrujado que decía: "Los que a esta tierra viniéredes, sabed que hay más oro y plata en ella, que hierro en Vizcaya". Algunos lo creyeron, pero otros lo achacaron a recurso del Gobernador para animar a la gente.

Dispuestos a pasar el invierno en la isla, Pizarro dejó que los soldados se entregaran a la cacería de venados. El, mientras tanto, seguía planeando la campaña y velando por el orden del campamento. El Gobernador Pizarro, pues, no descuidaba su puesto. Pero Tumbalá tampoco descuidaba el suyo; todas las tardes iba a visitar al Gobernador, siempre en su litera y rodeado de sus músicos; detrás de él marchaban cincuenta o más guerreros que llegados al campamento español simulaban una danza. El baile duraba lo que la visita y los cristianos lo presenciaban entretenidos. Por la noche Tumbalá subía a su litera y seguido por sus músicos y danzarines emprendía el camino de regreso. Los soldados lo tomaban a cumplido pero pronto supieron la verdad por boca de los lenguas tumbesinos. Era que el reyezuelo acudía para espiar a los españoles y traía a sus guerreros, no a que bailasen frenéticamente, sino para que se familiarizaran con sus enemigos. Los isleños tramaban una traición pero los intérpretes la habían descubierto y advertían a los cristianos que se cuidasen, porque de no hacerlo iban a terminar como esos seiscientos tallanes tumbesinos que vivían cautivos y esclavizados en el interior de la isla.

Así las cosas, una noche arribó secretamente Chilimasa, el curaca de los tumbesinos. Introducido al campamento castellano se identificó, lo mismo que ciertos capitanes que traía, y pidió hablar con el Gobernador. Pizarro lo recibió con muchas cortesías

y después de hablar con él pensó enfrentarlo a Tumbalá con miras de lograr unas paces provechosas. Al siguiente atardecer, sin sospechar ni cuidarse, entró Tumbalá al campamento siempre con sus tañedores y guerreros. Pizarro le salió al encuentro y lo introdujo en su cabaña, donde posaba el tumbesino. La reacción de ambos hombres fue violenta, pero acudiendo Pizarro y otros españoles a calmarlos, acordaron ambos jefes consultar con sus capitanes. Pizarro hizo entonces que acudieran todos ellos y reuniéndolos en un mismo lugar se inició el debate. Aquella fue una sesión de enemigos. Unos y otros se tildaron de traidores y se retaron a desafíos; la presencia apaciguadora de Pizarro—interesada, por cierto—evitó que se concertaran los retos. Más aún: dispuso que dejaran solos a Tumbalá y Chilimasa para que olvidaran las guerras pasadas y se reconocieran amigos. Todos lo tuvieron por bueno y, saliendo de la cabaña, abandonaron a los reyezuelos. Después de un rato ambos salieron concertados y anunciaron la paz. Los españoles sonrieron satisfechos, pero los capitanes indios cambiaron miradas de estupor. Todos habían presenciado el arreglo, pero únicamente los dos jefes sabían la verdad: detrás de ellos había una fuerza mayor que los mandaba. Esta fuerza era un orejón del Inca que tenía a su cargo la Puná y el litoral de Tumbes, y que había salido de la isla el mismo día que los cristianos la pisaron. Este, en realidad, era el que mandaba a todos. Aunque a regañadientes, como viejos enemigos, Tumbalá y Chilimasa no hacían sino obedecer a ese representante del Inca.

Concertadas estas paces, fondeó frente a la isla un navío con Hernando de Soto y su gente de Nicaragua. También traía a una mujer española, la primera que hubo en la tierra perulera, la que se llamó Juana Hernández y fue después conocida por La Conquistadora. Soto arribó a la isla con ojos de mercader. No había podido llegar antes por falta de dineros, pero habiendo recibido desde Coaque 3.000 pesos que le envió Pizarro, no tuvo ya pretexto para tardar. Ahora estaba allí, traía lo prometido y esperaba que Pizarro cumpliera su palabra. El Gobernador lo recibió con alegría y sin dilaciones lo nombró su Teniente; Soto se mostró poco satisfecho, aunque de momento calló.

La llegada de Hernando de Soto coincidió con la traición de Tumbalá. El reyezuelo había juntado a todos sus guerreros, y, dándoles arcos, flechas, tiraderas y macanas, los tenía preparados para combatir. Escondidos en cabañas, los guerreros esperaron

varios días. Los lenguas tumbesinos maliciaron la celada y lo dijeron al Gobernador. Pizarro, decidido a cortar por lo sano, marchó a casa del reyezuelo y lo apresó juntamente con sus hijos. Lejos de amainar el temporal, los isleños asaltaron uno de los navíos, por lo que fue necesario moverlo y sacarlo mar afuera. Los fracasados flecheros marcharon entonces hacia el campamento de Pizarro, pero éste, "con buena orden los aguardaba". Por eso, cuando los vio cerca envió tres cuerpos de rodeleros contra ellos. Los peones hundieron sus espadas en las carnes de los indios; los isleños repelieron el ataque con una lluvia de saetas, una de las cuales atravesó un muslo a Hernando Pizarro. Algunos cristianos murieron, pero acudiendo presurosos los jinetes atacaron con sus lanzas e invocaron a Santiago. Al momento los indios retrocedieron y los cristianos cantaron victoria. Pizarro presionó a Tumbalá para que los ataques no se repitieran, pero el indio se mostró tan ajeno a la guerra y deseoso de no intervenir, que el Gobernador terminó dudando sobre si tenía o no culpa de la rebelión. A pesar de ello envió un mensaje a sus vasallos para que depusieran las armas. Sin embargo, los isleños estaban indignados y ninguno las osó dejar; por el contrario, marchando a los pantanos del interior decidieron hacerse fuertes. Esta situación duró cuatro semanas, y sólo después de salir Juan Pizarro y Belalcázar con sus jinetes a correr la isla, la rebelión se calmó. Muchos dicen que fue aquí que arribó Soto con sus hombres, los cuales mostraron su desagrado por hallar la isla en guerra, "porque como habían dejado el paraíso de Mahoma que era Nicaragua..., se holgaran de volver de donde habían venido". Pero Soto, que no estaba dispuesto a truncar sus ambiciones, les enrostró su poco ánimo y los conminó a seguir.

EL DESEMBARCO EN TUMBES

Habiendo ya pasado la época de lluvias y estando en la isla desde Pascua de Navidad, el Gobernador decidió pasar a tierra firme. Para ello dio libertad a todos los tallanes tumbesinos cautivos de los isleños; luego envió a llamar a Chilimasa, quien—fingiéndole agradecerle la liberación de los suyos—no se hizo esperar. Pizarro le pidió algunas balsas para pasar el fardaje, pedido que Chilimasa aceptó con gran naturalidad; poco después arribaron

cuatro grandes balsas tumbesinas a la isla de Puná; los tallanes que las tripulaban dijeron que Chilimasa los enviaba y que esperaban órdenes del caudillo blanco.

Cuando todo estaba listo y fijada la partida, vale decir, en una de las últimas noches que se pasó en la isla, el Tesorero Alonso de Riquelme escapó. El sevillano era hombre más dado a las cuentas que a las armas. Tuvo miedo, se mostró desconfiado a las noticias y alegando que por la costa abajo sólo había selvas con culebras, sobornó al maestre de uno de los tres navíos y partió en la oscuridad con los fanales apagados. Cuando al siguiente día Pizarro se enteró, montó en cólera: ahora, en el momento que reiniciaba su prometedor empresa, no iba a permitir que un hombre asustadizo le hiciera perder el apoyo del Rey con sus informes. Jamás se resignaría a que la Corona le prohibiese continuar la jornada por una simple orden de los Consejeros de Indias amigos del sevillano. Y marchando furioso a la playa pasó a otro navío, gritando a su tripulación que izara velas para partir en persecución del Tesorero. Navegó muchas horas, acaso un día; pero a la postre lo alcanzó; un cañonazo debió ser la señal para que se detuviera. El asustadizo Riquelme se rindió sin combatir y Pizarro mandó cargarlo de cadenas. Luego, el Gobernador volvió a su condición de taciturno y todos juntos regresaron a Puná.

Tal como estaba señalado, Pizarro y sus hombres abandonaron la isla en abril de 1532. En ella quedaban diez cristianos muertos, recuerdo de la última guazabara. En atención a la victoria, el Gobernador bautizó a la isla con el nombre de Santiago, el Apóstol batallador.

Los soldados se sentían felices; la nueva costa que ahora veían tenía aroma de amistad: era verde, con vegetación tropical, y entre el mar y la selva estaba Tumbes, toda de piedra y gobernada por Chilimasa. Los tres navíos y las cuatro balsas se acercaban al litoral; Francisco Pizarro, como siempre, callaba; Alonso Briceno, Juan de la Torre y, sobre todo, el griego Candia, contaban maravillas de aquella hermosa ciudad... Pero los soldados sólo conocían parte de la realidad que estaban viviendo, ignorando todo lo concerniente a las relaciones de Chilimasa con los isleños de Tumbalá. Lo cierto era que unos y otros se reconocían súbditos del Inca, mas no por ello habían dejado de ser antiquísimos adversarios imposibles de reconciliar. La paz pactada entre Tumbalá y Chilimasa se basaba en la obediencia, no en la since-

ridad. La historia tenía su principio. Cuando murió el Inca viejo, sus dos hijos se pelearon por posesionarse del trono, y mientras Tumbalá defendió el bando del vencedor, Chilimasa militó por el de los vencidos. El nuevo Inca—déspota y sanguinario—ignoró los servicios del isleño, pero rencoroso frente a los tallanes tumbesinos, invadió su territorio, mató a los principales y del cuerpo de cada difunto fabricó un tambor. A Chilimasa no le quedó más recurso que rendirse y prestarle vasallaje; pero aunque el nuevo Inca retiró a sus tropas del país tallán, so color de necesitarlas en los próximos ataques a su hermano, la verdad fue que lo hizo para que la hermosa ciudad de Tumbes fuera arrasada por los indios de la Puná. Abandonados a manos de sus enemigos, “los perros tallanes”—como los llamaba el nuevo Inca—, estuvieron a punto de desaparecer. Cuando retornaron las huestes del dichoso vencedor fratricida, los isleños se retiraron, pero Tumbes quedó destruida. Así las cosas, arribaron los españoles a la isla de Puná, y el nuevo Inca humilló aún más a los tallanes, haciéndolos prestarse a una farsa en la que, obligado por un orejón de su corte—nombrado su gobernador en esas partes—, Chilimasa tuvo que viajar a la isla y fingirse amigo de Tumbalá. Obedeciendo órdenes del orejón, logró que el árbitro de tales paces fuera Francisco Pizarro. Chilimasa se prestó al juego por no poderse negar, pero también porque Tumbalá había fracasado en su treta de ahogar a los cristianos en las balsas; él haría lo que no pudo su enemigo y, de paso, probaría al nuevo Inca que sabía hacer las cosas mejor que Tumbalá.

Todos estos antecedentes los ignoraban los españoles; por eso miraban la lejana costa con gran confianza, esperando hallar en ella hospedaje y amistad. Pero esa noche, mientras Pizarro y sus soldados navegaban en los tres navíos, las balsas con algunos castellanos y el fardaje se adelantaron hacia el sur-oeste. Isleños y tumbesinos, confabulados en su traición por miedo al nuevo Inca, habían preparado muy bien las cosas. Por eso los balseros desviaron sus embarcaciones aproando a una playa rica en islotes y vegetación arbórea, muy próxima a la ciudad de Tumbes. Entonces trataron de matar a los cristianos que iban con ellos; mas percatados a tiempo Francisco Martín de Alcántara y otros que pasaban la vitualla, se defendieron y los balseros tuvieron que echarse al agua. No pasó lo mismo con otros tres españoles que viajaban en una segunda balsa. Los infelices fueron llevados

a tierra con engaño y una vez allí les sacaron los ojos y, estando aún con vida, los cortaron en trozos y echaron en grandes ollas que tenían puestas al fuego.

Las otras dos balsas restantes—la de Hernando de Soto y la de Cristóbal de Mena—, por haber sido advertidas a tiempo, no llegaron a arribar a los lugares previstos por los balseros. Mientras tanto, la primera de todas—la de Martín de Alcántara—, que había sido llevada por los indios a un punto agitado por la resaca, corrió el riesgo de naufragar después que los balseros se arrojaron al agua. El punto era de los que se llaman de “reventazón”, lo que daba a las olas mayor fuerza de arrastre frente a la embarcación sin gobierno. En eso vino una ola furiosa y tomando a la balsa entre su espuma se la llevó consigo en su carrera. Para evitar estrellarse contra las rocas, Alcántara y sus dos acompañantes—Alonso de Mesa y el futuro cronista Pedro Pizarro—se arrojaron al mar y con grandes esfuerzos lograron ganar la playa. Llegados a ella fueron librados de morir a manos de los indios gracias a Hernando Pizarro y unos cuantos de a caballo enviados apresuradamente por el Gobernador, que desde su navío conoció la traición y se propuso frenarla. De este modo Martín de Alcántara, Alonso de Mesa y Pedro Pizarro salvaron las vidas, pero se perdió para siempre la recámara del Gobernador, que traían en la balsa.

Poco después, algo más arriba de la playa desembarcaba Francisco Pizarro con el grueso de los hombres. Una vez en tierra lo informaron detalladamente de todo lo acaecido. Por el momento, nadie pudo entender el comportamiento de los tumbesinos, todos los cuales habían huido por temor a los caballos. Se tuvo que recurrir a unos pocos prisioneros para obtener algo de verdad: la tierra estabaalzada por orden del Inca y todos tenían la consigna de luchar. Dispuesto a obtener mayores datos, el Gobernador mandó marchar a la ciudad de Tumbes.

La ciudad amurallada se dejó ver poco después. Estaba silenciosa, quemada, destruida. Los murallones, por tierra; las casas, deshabitadas; las arboledas se habían convertido en estacas chamuscadas... Aquélla era una ciudad de la muerte. Los únicos que ahora moraban en ella eran unos pajarracos negros de cabeza colorada, pajarracos que vivían picoteando la carroña. Los prisioneros hechos hablaron de una gran peste, de las masacres del nuevo Inca y de la guerra con los indios de Puná. “Aquí fue el gemir

de los de Nicaragua y el echar maldiciones las gentes al Gobernador”, por creer que los había engañado. Pizarro, hermético y con la mirada fija, rumiaba su desilusión. Cuentan que entonces se le acercó el artillero Candia y ambos platicaron algo en voz baja. Los maledicientes aseguraron luego que el Gobernador le había dicho—refiriéndose a la deshabitada Tumbes, ciudad que ahora resultaba de adobe y no de piedra—: “En los nidos de antaño no ay pájaros ogaño, señor Pedro de Candia”, y que al griego no le había quedado más remedio que explicar: “Señor, fingí burlas para que tuvieran efecto estas veras.” En otras palabras: ¡Candia había confesado que su paño pintado y su relación escrita eran fantasías inventadas para impresionar a los Consejeros de Indias!

Esa noche los cristianos durmieron junto a la vieja fortaleza que—a pesar de lo arrasada—todavía ofrecía protección. No hubo canciones de campamento ni risotadas; nadie volvió a mencionar las ciudades de piedra, éstas sólo existían en el libro del Amadís y acaso en la Nueva España. Todos murmuraban en voz baja y parece que reinaba la opinión de que los tumbesinos querían muchos españoles para sacrificarlos a sus ídolos.

Al siguiente amanecer, luego de una noche sin sorpresas, la gente despertó más confiada. Se exploró la fortaleza, que les pareció “hecha por el más lindo arte que nunca se vio” y se intrigarón contemplando su original sistema de aprovisionamiento de agua. Se extasiaron con el Templo del Sol, “cosa de ver, porque tenía grande edificio y todo él por de dentro y de fuera pintado de grandes pinturas y ricos matices de colores”. Finalmente, visitaron el Palacio del Curaca y las viviendas de la población; entonces todos fueron recuperando su perdido entusiasmo. Las casas guardaban todavía muchos enseres y bienes. Hallaron mucha comida y alguna ropa, esmeraldillas de poco valor, turquesas azuladas y diversos adornos de oro. Conforme se visitaban las casas los hallazgos iban en aumento y el entusiasmo también crecía. Por eso es que al finalizar la mañana el jinete Ruiz de Arce, el de Alburquerque, pie en tierra y con las muestras en la mano, proclamaba: “¡Esta es tierra buena... es tierra de oro y plata...!” Y los soldados se alegraban y reían conforme echaban en sus morrales los pequeños adornos de metal.

LA PRISION DE CHILIMASA

Pizarro, mientras tanto, prescindiendo del saqueo, sólo hacía buscar a Chilimasa. Con miras de encontrarlo destacó a Hernando de Soto para que con algunos jinetes saliera a buscarlo. A estas alturas, los habitantes de la ciudad de Tumbes daban muestras de acercamiento desde la otra orilla del río, lugar donde los tenían frenados ciertas huestes del nuevo Inca al mando de un capitán; a éste envió Pizarro mensajes de paz, pero sólo obtuvo burlas como respuesta. Sin embargo, a pesar de la presencia del capitán incaico, muchos tallanes tumbesinos vadearon por la noche el río buscando ponerse al habla con Pizarro; eran todos enemigos del nuevo Inca y se proclamaban miembros de la nación tallán. Confesaron que se habían visto forzados a realizar la traición el día del desembarco, porque de no hacerlo así el Inca los aniquilaría; ellos no amaban a este soberano intruso, sino a su hermano Huáscar, que era el legítimo señor... De este modo siguieron hablando del Cusco, capital de piedra con templos recubiertos de oro, y de Pachacamac, santuario famoso de los yungas. Finalmente, Pizarro se enteró que el Inca viejo, ya difunto, se llamaba Huaina Cápac, y que el Inca nuevo, el vecedor de Huáscar, se nombraba Atabálipa. Al referirse al Atabálipa los tallanes recalcaban su crueldad, su condición de rey intruso y forastero, y también su odiosidad a la nación de los tallanes.

Pizarro decidió sacar partido de esto último; ya vendrían nuevos días y con ellos la forma de aprovechar la animadversión de los tallanes hacia el nuevo Inca, hacia Atahualpa, como pronunciaban los españoles. Iniciaría entonces una política encaminada a capturar al dichoso vencedor.

Por estos días el Gobernador tuvo que recibir a un navío que, procedente de Panamá, trajo algunos soldados que eran lo peor de Tierrafirme; al frente de ellos venía fray Jodoco Ricky, franciscano flamenco que gustaba de la astrología. Estando atareado Pizarro en su recibimiento, entró a Tumbes a galope tendido Juan de la Torre, uno de los Trece del Gallo, quien había salido con Soto en persecución de Chilimasa. Traía la ingrata nueva de que Soto había querido sublevarse y emprender, con los que le seguían, la conquista del reino de Quito; pero los jinetes y peones de la hueste no lo habían consentido, terminando Soto por pedirles que olvidasen la propuesta.

Efectivamente, algunos días después—a los quince de su partida—Soto retornó a Tumbes trayendo a Chilimasa prisionero. El Gobernador estaba dolido con el proceder del capitán, pero “con mucha cordura, lo disimuló” y salió a recibirlo. Soto le entregó el preso y empezó el interrogatorio. Chilimasa confesó que ignoraba la traición de los balseros, pero que, sabedor de lo que en tierra Atahualpa deparaba a los cristianos, no había querido inmiscuirse en el asunto y se había marchado tierra adentro. El Gobernador Pizarro, como todavía estaba desconcertado por la gran afluencia de noticias, le perdonó la vida por hallar un fondo de sinceridad en sus palabras. En efecto, Chilimasa no mentía del todo, pues más tarde se llegaría a descubrir que—si bien los balseros eran suyos—los españoles muertos en el desembarco habían sido asesinados por los mitimaes de guarnición al mando del capitán del Inca.

Con el perdón de Chilimasa el Gobernador ganó mucha popularidad entre los indios tallanes. El curaca, personalmente, pagó con la neutralidad. Era demasiado astuto para comprometerse, ya que por un lado estaba Atahualpa, cuya crueldad conocía demasiado; por el otro Pizarro, hombre al que recién empezaba a conocer. Ambos eran invasores del territorio tallán. Lo mejor era estarse quieto y esperar el final de la próxima guerra entre los soldados del nuevo Inca y los barbudos hombres blancos.

El 1 de mayo de 1532 los cristianos partieron de Tumbes, ciudad donde quedó una guarnición española al mando de los Oficiales Reales. No dejó Pizarro a Soto por su lugarteniente por su intento de traición; Soto, a su vez, se sintió culpable y no reclamó el tenentazgo.

Los expedicionarios marcharon con dirección al sur, utilizando un camino que bordeaba la margen izquierda del río Tumbes. Durante el viaje pernoctaron en nueve sitios, padeciendo en todas las jornadas con la falta de agua y exceso de sol. Pronto a sus asombrados ojos se abrió un desierto de arena y la tropical vegetación de Tumbes se esfumó. El desierto recordaba los de Berbería y si no tuviera ciertos oasis o jagüeyes, todos murieran de sed. Luego vino el magnífico camino de los Incas, ante el cual quedaron los españoles maravillados. Jamás habían pensado cómo podría ser un camino en el desierto, pero ahora, ante la interminable sucesión de postes adornados con colores claros y oscuros—para poder ser vistos en el las marchas nocturnas y diurnas—nadie supo

qué decir. También descubrieron los tambos u hospedajes para caminantes y los depósitos de alimentos. Nada de aquello había en la Europa imperial de Carlos V. Este reino de los Incas, respecto a los viajeros, comenzaba a mostrarse superior.

MAIZAVILCA

Cumplida la undécima jornada del camino, Pizarro llegó con su tropa al pueblo de Poechos, donde era señor el obeso Maizavilca. Este recibió muy bien a los cristianos y hasta prometió servirlos con comida, así como con hierba para los caballos. Insistió para que los castellanos se aposentasen en el pueblo, pero el Gobernador—previniendo los desmanes de la soldadesca—prefirió ocupar una fortalecilla que distaba del poblado un tiro de ballesta. Acto seguido, dio un bando por voz de pregonero prohibiendo a los soldados tomar nada a los indios.

Allí, junto a ese río Chira que los tallanes llamaban Zuricará, bajo los frondosos árboles frutales, el Gobernador recibió la visita de muchísimos curacas que deseaban ser sus amigos. Pizarro los acogió de paz y les mostró amistad, aprovechando la ocasión para hacerles entender el Requerimiento y enterarlos del Dios Creador, del Papa de Roma y del Rey de Castilla. Los curacas no entendieron demasiado, pero aceptaron sin reparo el vasallaje y a continuación ofrecieron sus regalos. Daban la impresión de querer congraciarse con los hombres blancos, para luego solidarizarse con ellos en una causa común. Pizarro les pagó con grandes muestras de aprecio. Receloso Maizavilca de que sus colegas merecieran tanto de Pizarro, se apresuró a regalarle a su propio sobrino. Al trujillano le cayó en gracia el indiezuelo y, con miras de utilizarlo como intérprete, lo hizo cristianar con el nombre de Martín. De este modo, Martinillo de Poechos pasó a ocupar el lugar que le correspondía, al lado de Fernandillo, Francisquillo y Felipillo, los lenguaraces de la conquista.

Desde Poechos el Gobernador envió a explorar toda la comarca del Chira, hasta la desembocadura del río, incluyendo el puerto de Paita y los curacazgos de Sullana y Amotape. El mismo montó a caballo y efectuó parte de estas visitas, comprobando las excelencias del valle. Había vientos muy buenos y aguas para regar, leña de algarrobales y hierba para los equinos, algodonales in-

mentos y frutas de extraño sabor. Impresionado por el ubérrimo paisaje, Pizarro decidió fundar allí una población de españoles.

Pero Maizavilca, que no perdía paso a los cristianos, pronto se percató de esta intención; y como la presencia de esos extranjeros mermaba su autoridad curacal, se incomodó con el proyecto de Pizarro y buscó una solución que por secretos mensajeros la dio a los curacas tallanes del río de Zuricará, los cuales contestaron solidarizándose con su pensamiento. Lo cierto es que reunidos todos ellos con Maizavilca, juntos urdieron la traición. Consistía ésta en animar a los cristianos a seguir hacia la sierra: si se negaban a partir habría una rebelión de tallanes y se exterminaría a los barbudos, pero si se decidieran a subir la cordillera los encaminarían hasta el mismísimo Atahualpa para que los blancos lucharan con los quiteños. Si vencían los cristianos no había que temer, porque estaban en muy buena relación con los tallanes; si ganaba Atahualpa sería un mal peor, pero—y aquí radicaba el ardid de Maizavilca—éste no podría castigar a los tallanes porque habían sido engañados por los barbudos quienes les habían hecho creer que eran dioses... La idea pareció buena a los curacas y a continuación—conociendo la personalidad supersticiosa de Atahualpa—se inspiraron en una de las más viejas leyendas proféticas del Tahuantinsuyo, y le enviaron un maravilloso mensaje. En él, primeramente, saludaban al Inca y lo reconocían por señor, pero luego pasaban a contarle “como allí habían allegado por la mar... una gente de diferente traje quel suyo, con barbas; y que traían unos animales como carneros grandes; y que el mayor de ellos creían que era el Viracocha, que quiere decir su dios dellos; y que traía consigo muchos viracochas, como quien dice muchos dioses”. El curaca de Tumbes ya había informado sobre el desembarco que antes hizo Pedro de Candia, ocasión en la que disparó el arcabuz y se le reconoció Hijo del Trueno, pero ahora—añadían los curacas—que esta clase de barbudos dioses “estauan muy de asiento en la tierra... y auia de ellos mucha cantidad, y que venían Caualleros en unas ovejas grandísimas que en su corrida y velocidad parecían guanacos; y que trayan unas Puconas o Zebratanas con que soplaban fuego con más espantable y empecible ruido que el Ynti Illapa, y que traían unas Macanas o cuchillos tan largos como casi una braza con que cortaban un hombre por medio”...

Los curacas acogieron desde un comienzo con calor el plan de

Maizavilca, porque—entre otras cosas—la posibilidad de una revuelta de los tallanes contra los barbudos jamás contaría con el respaldo popular. Al lado de Atahualpa, los cristianos eran buenos y amigables, por eso, la idea de divinizarlos no venía nada mal. De creérsela Atahualpa los curacas habrían salvado sus vidas, porque informado el Inca de que los españoles eran dioses, ellos se eximían de toda culpabilidad derivada de un primer contacto acogedor con los barbudos invasores. Si Atahualpa no mordía el anzuelo o lo mordía y ganaba la guerra a los barbudos, todos los curacas confabulados fingirían haber sido engañados por unos simples hombres con barbas y la nación tallán, indignada, mostraría su fidelidad al Inca, impidiendo nuevos desembarcos de españoles o cortándoles la retirada al derrotado Pizarro, en el caso de querer escapar. Pero esta era una medida de emergencia; antes estaba la posibilidad de que los barbudos—mediante sus armas poderosas y sus animales de guerra—derrotaran al jactanciosos Atahualpa y vengaran, de paso, a la humillada nación tallán.

VI. LOS HIJOS DEL SOL

LOS AUGURIOS FUNESTOS

Huaina Cápac—el hijo de Túpac Yupanqui y nieto de Pachacútec—luego de consolidar la obra de sus antepasados había llevado el Imperio a su máximo esplendor. Ahora, con la definitiva conquista del reino de Quito, su poder se extendía de la selva al mar y del Ancasmayo al Maule. Con razón, pues, lo llamaban Hijo del Sol, Señor de las Cuatro Partes del Mundo y Ordenador de la Tierra. No en vanó había nacido para regir al pueblo escogido, guiarlo a través de la historia y alcanzarle el sitio que le correspondía. Huaina Cápac, el monarca poderoso, había cumplido con el mandato divino de quechuizar a los hombres, de darles el soplo civilizador. Por eso, aunque viejo y cansado, seguía conduciendo a sus vasallos con el poético título de Pastor de los Rebaños del Sol.

Pero estando en los últimos años de su vida, cuando después de un larguísimo gobierno era poco menos que el patriarca de una raza de cobre, acontecieron sucesos muy extraños que amargaron el final de su reinado. Comenzaron estos hechos misteriosos con la aparición de unos hombres que tenían el rostro blanco y mucho cabello alrededor de la boca, los cuales cubrían su cuerpo con deslumbrantes atuendos de metal. Venían navegando la costa en dos enormes huampus o balsas de muchas velas, no usaban

remo alguno para virar su embarcación y lo primero que hacían cuando pisaban tierra era buscar oro... Sabedor el Inca de su presencia les envió ciertas muestras de grueso y amarillo cori, pero cuando los portadores del dorado obsequio llegaron a la costa ya eran partidos los extraños visitantes y, por más que hicieron, no los pudieron alcanzar.

Huaina Cápac debió quedar meditabundo. La tierra era, sin duda, más grande de lo que él creía, y además, albergaba a varios pueblos exóticos. Ese mar del Contisuyo sabía demasiadas cosas, mas no las quería contar. Primero trajo su padre Túpac Inca hombres negros de unas islas y ahora entendía haberlos blancos y velludos en la misma dirección. Quizás, al cabo de muchas lunas, lograran descubrirse otros hombres verdes, azules o amarillos. Y el Inca se intrigaba más y más conforme percibía su curiosidad insatisfecha.

Cuentan que a partir de este momento ya no quiso realizar nuevas conquistas, pero que—en cambio—pasaba muchos días vigilando el mar. Estando en estas observaciones del gran lago salado de la mucha espuma, llegó un mensajero del Cusco con una noticia funesta. Los orejones de la capital sagrada le enviaban decir que durante la fiesta del Sol, vieron venir por los cielos a un cóndor real perseguido por cinco o seis halconcillos que lo atacaban y no lo dejaban volar. El cóndor trató de librarse de ellos, pero, herido traídoramente por sus adversarios, se dejó caer sangrante en la gran plaza del Cusco. Los orejones lo recogieron, mas de nada sirvieron sus cuidados porque a los pocos días murió. Consultado el hecho con los sacerdotes, éstos lo interpretaron como un augurio del final del Imperio.

Huaina Cápac se entristeció y, consolándose con el pensamiento de que los tarpuntaes se hubieran equivocado, trató de olvidar el acontecimiento. Pero otro suceso funesto, también ocurrido en el cielo del Cusco, se lo impidió. Este suceso se debió a la luna, la divina Mama Quilla, que siempre se había mostrado esposa del Sol y madre generosa de los Incas. Contaban esta vez los orejones que estando una noche el firmamento claro, irrumpió la luna a manera de mujer desesperada, mostrando tres divisiones en su interior. La primera era del color de la sangre, la segunda negra como la oscuridad, y la última grisácea, como el humo que subsiste a un gran incendio. Según los adivinos del Cusco, la guerra,

el caos y la destrucción mejor no se podían anunciar. Y otra noche fue el propio Huaina Cápac el que a través de una ventana divisó un gran cometa. Luego le comunicaron que sus últimos días de reinado ya no contaban con el favor de los dioses, porque una enfermedad mortal y nueva empezaba a diezmar la población del Tahuantinsuyo. Muchos pueblos estaban asolados, a los enfermos se les desfiguraba el rostro al extremo de asustar, más de doscientos mil vasallos habían sucumbido con la peste. El desconocido mal no perdonaba ni a los propios parientes del Inca. Sus hermanos Auqui Túpac y Mama Coca habían caído fulminados, su tío Apo Ilaquita, igual. La peste se cebaba en los príncipes de sangre; jamás se había visto en ellos tanta mortandad.

Deseoso de acudir en socorro de la capital sagrada, el Inca se aprestó a partir, iniciando su propósito con grandes ayunos y penitencias. Solo, sin beber sora ni comer ají, el soberano se dio a una complicadísima liturgia con miras de alcanzar el perdón para su pueblo. Encerrado en su habitación rezaba al Sol y a Huiracocha largamente. Estando un día en sus arrebatos místicos entraron sorpresivamente tres indios enanos, a los cuales nunca había visto. Sorprendido se quedó mirándolos; los diminutos personajes por toda conversación le dijeron: "Inga, venímoste a llamar", y al instante desaparecieron. Huaina Cápac llamó entonces a sus guardas para reñirlos por haber permitido entrar a los intrusos, pero al preguntarles: "¿Qué de esos enanos que vinieron a llamar?", todos le contestaron: "No los hemos visto." El Inca sospechó lo sucedido y bajando la cabeza, resignado murmuró: "morir tengo".

Efectivamente, llegado que fue a Quito, diole una enfermedad de calenturas, aunque otros dicen que de "virgüelas y sarampión". Otra crónica más parca por cierto, añadirá solamente; "y luego enfermó del mal de las viruelas".

El terrible flagelo traído a las costas del Imperio por los negros y españoles, había cobrado su más preciada víctima. Se enviaron mensajeros al santuario de Pachacamac para preguntarle al ídolo hablador cuál era la secreta medicina para curar al Inca, pero por el momento no hubo contestación. Huaina Cápac, ya postrado, dictó entonces sus últimas medidas de Gobierno. Su hijo Ninan Coyuchi sería el sucesor y, en su defecto, Huáscar. Con la ceremonia de la Callpa los dioses manifestarían su bene-

plácito. Los orejones corrieron al templo. Varias llamas fueron muertas y en sus vísceras infladas trataron de leer si sería venturoso el próximo reinado. Pero los augurios en nada favorecieron a los príncipes elegidos por el soberano. Presurosos tornaron los nobles donde el Inca para que cambiara su decisión y nombrase a otro príncipe, pero ya el monarca estaba agonizando y su rostro, cubierto de pústulas feísimas, tenía una monstruosa expresión. Los orejones se acercaron para hablarle, pero el Inca ni siquiera se movió, tenía fija la mirada en el vacío... ¡Huaina Cápac había muerto, ahora nadie podía cambiar la sucesión!

Mientras los orejones se cubrían la cabeza con el manto y las mujeres rondaban el cadáver tocando tamboriles, Cusi Túpac—que tenía el cargo de Mayordomo Mayor del Sol—partió a Tumebamba a notificar a Ninan Coyuchi. Mas los dioses seguían molestos, pues llegado a la ciudad “halló que era muerto Ninan Guyoche de la pestilencia de las virgüelas”. Sin perder tiempo volvió entonces a Quito donde estaban los orejones celebrando los funerales del Inca. Halló al difunto momificado y revestido con sus galas imperiales. En torno a la momia, concubinas y criados lloraban por su señor y pedían ser enterrados vivos con él para servirlo en la otra vida. La Coya—esposa legítima del muerto—era una de las más atribuladas. Sentada y con la mirada en el suelo, no cesaba de llorar. Condolido con su llanto el indio se le acercó y entonces, pretendiendo consolarla, le dijo una frase que iba a cambiar la historia del Imperio: “No estés triste, Coya, apréstate y ve al Cuzco a decir a tu hijo Guáscar como su padre le dejó nombrado por Inga después de sus días.”

LA GUERRA FRATRICIDA

Era Huáscar, según las más veraces crónicas, natural de Huascarquíhuar, pertenecía al bando de los Hanan Cuscos y, entre el medio centenar de hijos de su padre, gozaba de prioridad por ser el único legítimo. Fue por ello que heredó la mascapaicha colorada, siendo reconocido Inca de los Cuatro Suyos.

Su primer acto de gobierno fue mandar traer de Quito la momia de su progenitor, lo que hicieron en solemne procesión los orejones. No vino con ella su hermano bastardo Atahualpa—prín-

cipe inquieto y resentido, peligroso por su ambición—y Huáscar acusó de ser sus cómplices a los miembros de la funeraria comitiva y a continuación los mató. Este hecho alborotó a los Hanan Cuscos—pues los victimados eran de ese bando—y le retiraron su favor. Entonces el Inca, por no quedarse solo, se vio obligado a renegar de su linaje y a juntarse con los Hurín Cuscos u orejones de la anterior dinastía destronada.

En esto llegó una embajada de Atahualpa a rendirle acatamiento, pero irritado con su hermano por no haber venido personalmente, reiteró que “era un traidor”. Luego hizo escarnio de los embajadores: les cortó las narices, los hizo desnudar de la cintura para abajo y, en estas condiciones, los obligó a volver a Quito. Atahualpa se enfureció con lo ocurrido y llamando a sus generales Quisquis, Calcuchímac y Rumiñahui, les ordenó que se alistasen porque pensaba iniciar una guerra contra Huáscar. Este sospechó los pasos de su hermano y para cerciorarse envió dos orejones a Tumbamba con el pretexto de recoger ciertos bienes y mujeres de Huaina Cápac. Los orejones espías llegaron a Tumbamba, y estando cumpliendo su misión los apresó Atahualpa, quien con tormento les hizo confesar la posición de las tropas huascaristas, luego los desolló vivos y con sus pieles fabricó tambores.

Encendida la hoguera de la discordia, los dos hermanos se aprestaron a la lucha. Se dieron quince batallas en esta guerra fratricida, pero sólo de las importantes se hablará. La primera batalla se dio en Riobamba y fue ganada por Atahualpa, quien mandó hacer grandes pirámides con los huesos y cráneos de los vencidos; la segunda fue en Tumbamba y la ganó Huanca Auqui, general de Huáscar, quien obtuvo una ruidosa victoria sobre los quiteños. Pero rehechos éstos prestamente, vencieron a Huanca Auqui en Cusibamba y Cochahuaila, haciéndole retroceder hasta Bombón, donde le infligieron otra derrota. En vista de estos descalabros militares Huáscar nombró por general a Maita Yupanqui; pero en los sucesivos encuentros las cosas no fueron mejor. Dispuesto a recuperar lo perdido y a vengar a sus guerreros muertos, Huáscar salió personalmente a combatir.

Mientras tanto, ensoberbecido con sus triunfos militares, Atahualpa entró pomposamente en Cajamarca y Huamachuco, donde—por serle adverso el oráculo del ídolo Catequil—profanó el santuario y mató de una lanzada a su viejo sacerdote. Por este

tiempo fue que tuvo la osadía de hacerse llamar Inca de los Cuatro Suyos o Señor del Universo, título que—a decir verdad—nunca lo tuvo por morir sin haber sido coronado. El verse llamado Inca lo envaneció aún más, cometiendo a raíz de ello incontables desafueros, porque—a contar de las crónicas—“era cruelísimo Atahualpa; y a diestro y a siniestro mataba, destruía, quemaba y asolaba cuanto se le ponía delante; y así, desde Quito a Guamachuco hizo las mayores crueldades, robos, insultos, tiranías que jamás hasta allí se habían hecho en esta tierra”.

Aborrecido, pero victorioso, Atahualpa envió a sus tropas a posesionarse de toda la cordillera. A Quisquis y Calcuchímac encomendó la captura del Cusco, la ciudad sagrada donde pretendía reinar. Huáscar—a pesar de que los oráculos no le anunciaban victorias—salió a defender la capital. Topó a sus enemigos en Cotabamba y los combatió de sol a sol, haciendo huir a los quiteños, quienes buscaron refugio en un enorme pajonal. Huáscar, que sólo ansiaba la venganza y el aniquilamiento de sus adversarios, esperó que soplaran fuertes vientos y prendió fuego a la paja. Así murió quemada gran parte de la gente de Atahualpa, pero Quisquis y Calcuchímac con algunos otros lograron escapar. Los quiteños se refugiaron en lo alto de los cerros confiando su retaguardia a Calcuchímac; éste concibió la idea de caer por sorpresa sobre Huáscar. El Inca, que confiaba en sus legiones quechuas, no quiso emplear toda su gente en la persecución de los de Quito: parecería cobardía. Quería vencer de igual a igual, con la misma cantidad de gente que tenían sus enemigos. Con este pensamiento inició la búsqueda de los quiteños, dejando al grueso de sus hombres en el llano de Huanacopampa. Por delante envió a Túpac Atao, su hermano, con tropas de reconocimiento. Huáscar siguió detrás, sobre su litera de guerra, con paso más reposado.

Habiéndose adelantado Túpac Atao con su vanguardia muchas leguas y penetrado a una estrecha quebrada, cayó traidoramente sobre él Calcuchímac, dejando al quechua mal herido y derrotada a su gente; más aún, aniquilada, porque no sobrevivió ningún hombre. Luego, temeroso de la proximidad de Huáscar, el quiteño tornó a subir al monte, desde donde mandó llamar a Quisquis, pidiéndole que cesara de retirarse y volviera para urdir una gran celada.

Reunidos en breve ambos caudillos, trazaron su plan de ataque.

Tenía que basarse en la sorpresa, pues de lo contrario Huáscar los podía derrotar. Primero se esconderían en los cerros, luego esperarían al Inca y una vez que hubiera entrado a la quebrada, Calcuchímac le caería por la espalda, mientras Quisquis haría lo propio por el lado opuesto: ¡Ese príncipe cusqueño iba a pagar su descuido!

Efectivamente, confiado en la vanguardia de Túpac Atao, Huáscar penetró la angosta quebrada. Pronto ordenó detenerse a su tropa porque no muy lejos de ellos estaban muertos en el suelo, los hombres de Túpac Atao. El Inca malició una celada y quiso dar media vuelta, pero en los instantes que mandaba esto irrumpió Calcuchímac con sus quiteños, le cerraron la retirada y empezaron a atacar. Huáscar se retrajo, penetrando de este modo más en la quebrada, dándose entonces con las tropas de Quisquis lanzadas contra los quechuas. Unos y otros se embistieron con fiereza y por ambos lados hubo derroche de valor; aunque la única consigna era matar, pronto dominaron los quiteños por su posición ventajosa en el combate, así como por lo sorprendente del ataque. Por eso, cuando los cusqueños empezaron a ceder, Calcuchímac dejó de luchar y se dedicó a buscar a Huáscar; éste, lejos de huir, combatía animosamente. Entonces Calcuchímac, con algunos de los suyos, se deslizó hasta el Inca, saltó y asiéndose de sus vestiduras, lo derribó de su litera. ¡El cóndor real había caído, cinco o seis halconcillos lo habían traído a tierra...!

EL CONDOR CAIDO

Sin embargo, Calcuchímac después de la victoria no se contentó con su regio prisionero, y urdiendo otra traición se puso los vestidos de Huáscar, subió a la litera imperial y seguido por todos sus quiteños emprendió el camino de Huanacopampa. Cuando los quechuas allí acampados vieron venir la litera de su señor, debieron dar muestras de gran júbilo y salir corriendo a recibirlo, naturalmente, sin armas. Cuando llegaron cerca de su presunto Inca, fue soltado un quechua prisionero que los enteró de la verdad. ¡Calcuchímac se había dado el lujo de advertirles que los venía a matar con el ardid de la litera! Los cusqueños harían por volver al campamento por sus armas, pero Calcuchímac no les dio tiempo para ello y desde lo alto de su palanquín soltó el quitasol.

Ante esta señal convenida, los de Quito se lanzaron sobre los quechuas y, sin dar lugar a que se defendieran, los masacraron sin piedad. Esa noche, a la luz de la luna, el llano de Huanacopampa durmió alfombrado de cadáveres.

Al día siguiente, los generales quiteños marcharon en triunfo hasta el pueblo de Quisipay, donde dejaron custodiado a Huáscar y decidieron proseguir al Cusco. Asomados a este valle, en cuyo fondo estaba la capital sagrada, desde los cerros que rodeaban la ciudad, pudieron escuchar los llantos de las mujeres y los niños. Calcuchimac no quiso arrasarse la pétrea urbe porque en ella pensaba coronarse Atahualpa, y para preservarla de un saqueo de las tropas envió un emisario a las once panacas o clanes, descendientes de los anteriores Incas. El mensajero entró al Cusco y se entrevistó con los viejos orejones, haciéndoles ver que no temiesen, pues se respetarían sus vidas; que los que habían servido a Huáscar iban a ser perdonados y que a ninguno se le haría mal... siempre y cuando subieran al pueblo de Yavira y adorasen a Atahualpa.

Las panacas se reunieron presurosas y después de oír a los más viejos, decidieron marchar a Yavira. Llegados que fueron a la plaza, los orejones se sentaron en el suelo—agrupados por sus panacas—y esperaron en silencio la llegada del vencedor. Entonces fue que aparecieron los generales quiteños seguidos de muchas tropas y, ordenando rodear a los orejones, sacaron de entre ellos a la fuerza a Huanca Auqui, Ahuapanti y Paucar Usno, los vencedores de Tumbamba, y también a Apo Chalco Yupanqui y a los sacerdotes del Sol que habían ceñido a Huáscar la encarnada mascapaicha. Aquí se adelantó Quisquis y se hizo cargo del momento, convirtiéndolo en acto de venganza personal y humillación para el vencido. A unos los golpeó con piedras y a otros los mató, perdonando al resto en nombre de Atahualpa. Después hizo poner a todos los orejones cusqueños en cuclillas, mirando hacia Cajamarca, y los obligó a arrancarse cejas y pestañas para soplarlas luego en el aire y adorar de este modo a Atahualpa, mientras les hacía repetir: “Viva, viva muchos años Atahualpa nuestro Inga, cuya vida acreciente su padre el Sol.”

Después fue traído maniatado el Inca Huáscar con su madre, la Coya Arahua Ocllo, y su mujer, llamada Chucuy Huaipa. La Coya se mostró indignada con lo sucedido y culpando a su hijo

de todo, arremetió contra él y le dio una puñada en el rostro al tiempo que le decía: "Malaventurado de ti. Tus crueldades y maldades te han traído a este estado. ¿Y no te decía que no fueses tan cruel y que no matases ni deshonrases los mensajeros de tu hermano Atahualpa?" Pero no pudo seguir con su iracundo gesto, porque Quisquis se acercó y la trató de "manceba y no mujer de Guaina Cápac, y que siendo su manceba había parido a Huáscar, y que era una vil mujer y no era Coya". Las tropas quiteñas festejaron con risas los insultos de su jefe y señalando a Huáscar, que estaba en un lecho de paja atado de pies y manos, decían a los orejones: "veis allí a vuestro señor, el cual dijo que en la batalla se convertiría en fuego y en agua contra sus enemigos." Huáscar, siempre atado, oía todo inmutable. Los orejones estaban con las cabezas gachas. Quisquis tornó entonces a injuriar a Huáscar preguntándole, mientras señalaba a los orejones: "¿Quién éstos te hizo señor, habiendo otros mejores que tú y más valientes que lo pudieran ser?" Pero antes de que pudiera responder el Inca, la Coya se le acercó y le recalcó en su cara: "¡Todo esto mereces tú, hijo, que se te diga, y todo viene de la mano del Hacedor (Huiracocha), por las crueldades que has usado con los tuyos." A lo cual Huáscar contestó: "¡Madre, ya eso no tiene remedio! ¡Déjanos a nosotros!", y volviendo la cabeza hacia el Sumo Sacerdote le dijo: "¡Habla tú y responde a Quisquis a lo que me pregunta!" El pontífice solar se dirigió entonces al general quiteño y díjole valientemente: "Yo le alce por Inga y Señor, por mandado de su padre Guaina Cápac y por ser hijo de Coya." Ante el abierto desmentido, Calcuchímac se violentó y adentrándose en la escena llamó al Sumo Sacerdote mentiroso. Pero no pudo proseguir porque Huáscar, rompiendo el mutismo que él mismo se había impuesto al no dignarse conversar con su adversario, libró al Villac Umu de las iras de este último gritando: "¡Dejaos de esas razones! Esta quistión es entre mí y mi hermano, y no entre los bandos de Hanan Cuzco y Hurin Cuzco; nosotros la averiguaremos, y vosotros no tenéis que entrometeros entre nosotros en este punto."

Todos comprendieron que Huáscar no volvería a pronunciar palabra y, sintiéndose desautorizado, Calcuchímac no quiso incurrir en el ridículo, lo que evitó haciendo regresar a Huáscar a su prisión. Luego se dirigió a los callados orejones, les dijo que estaban perdonados y que podían bajar al Cusco. Los orejones se

pusieron de pie, y agrupados siempre por sus panacas, iniciaron el camino de regreso. Partieron todos muy tristes y llenos de humillación. Por eso, mientras descendían las escalinatas de piedra que conducían al Cusco, los más viejos invocaban al divino Huiracocha y quejosos le decían: "¡Oh Hacedor, que diste ser y favor a los Ingas!, ¿adónde estás ahora? ¿Cómo permites que tal persecución venga sobrellos? ¿Para qué los ensalzaste, si habían de tener tal fin?" Y diciendo estas palabras sacudían sus vestidos en señal de maldición, deseando que cayese sobre todos.

EL REGRESO DE HUIRACOCCHA

Así las cosas, Atahualpa envió al Cusco un mensajero con órdenes para sus generales de quitarles la vida a todos los miembros de la panaca de Huáscar. Entonces se hincaron grandes estacas en el camino de Jaquijahuana, se sacó de la prisión a todas las mujeres del Inca prisionero y se les ahorcó en aquellos postes con sus hijos. A las que estaban preñadas, antes de morir se les abrió los vientres para que los fetos cayeran al suelo, y una vez caídos, se los ataban a los brazos. Las crónicas afirman que de esta y otras formas mataron a Huáscar más de 80 hijos e hijas. Ahorcaron también a los hermanos que le habían sido fieles; tras éstos fueron presos y ahorcados los orejones y pallas que lo secundaron. El perdón que los generales quiteños dieron en nombre de su señor no tuvo ningún efecto. Entre deudos y criados del desventurado Huáscar, los muertos pasaron el millar y medio.

Pero ni aún con esto la sed de sangre se calmó. Los quiteños, mostrando su odio hacia el primer conquistador de Quito, saquearon el palacio de Túpac Yupanqui y llevando su momia a un despoblado, le prendieron fuego hasta reducirla a polvo. Los servidores de la momia fueron victimados; también los indios cañaris y chachapoyas que estaban en el Cusco no corrieron mejor suerte.

La mayor parte de estas muertes se efectuaron en presencia del mismo Huáscar, al que sacaban de su celda para que sufriera contemplando cada ejecución. A pesar de ello, el Inca jamás dirigió la palabra a sus enemigos, y con la entereza propia de su raza quechua presenció el tremendo cuadro. Mas la medida se colmó cuando masacraron delante suyo a cierta hermana que tam-

bién era su esposa favorita y se llamaba Coya Miro, la cual tenía un hijo de Huáscar en los brazos y otro a cuestas. Se le asesinó junto con otra hermana llamada Chimbo Cisa, la cual era muy hermosa... Entonces fue que el maniatado prisionero no soportó el espectáculo “y rompiéndose las entrañas de ver tales lástimas y crueldades, y que no las podía remediar, con un suspiro altísimo dijo: Pachayachachi Viracocha, tú que por tan poco tiempo me favoreciste y me honraste y diste ser, haz que quien así me trata se vea desta manera, y que en su presencia vea lo que yo en la mía he visto y veo...”

Parece que el divino Huiracocha lo escuchó, porque luego entró al Cusco otro mensajero de Atahualpa con una noticia increíble: en la costa de Puerto Viejo había aparecido un dios... Huáscar miró al cielo agradecido y creyó en la justicia divina. Por su parte, Quisquis y Calcuchímac quedarían pasmados de estupor y aferrándose a las ropas del mensajero lo instarían a contar lo sucedido. El emisario añadiría solamente que por noticias enviadas por los curacas tallanes de Tumbes, Poechos, Paita, Amotape, Catacaos y otros lugares se sabía que procedente del mar había surgido una legión de dioses y “el mayor de ellos” los tallanes “creían que era el Viracocha”. Los curacas insistían en que el dios Huiracocha y sus acompañantes habían salido del mar a la altura de Puerto Viejo, región donde las viejas tradiciones religiosas contaban que el mismo dios desapareció. Se trataba, pues, del retorno del Hacedor de todo lo creado y no era demasiado aventurar que volvía a la tierra para bendecir el reinado de Atahualpa. Este “holgóse mucho y creyó ser el Viracocha que venía, como les había prometido cuando se fue”, y pasado el primer momento de sorpresa “dio gracias al Viracocha porque venía en su tiempo”. En el colmo de la felicidad, Atahualpa había despachado emisarios a los curacas tallanes, dándoles gracias por el aviso y mandándoles que lo informasen de todo lo que sobre aquel caso sucediese.

Por la noticia, Quisquis y Calcuchímac quedaron convencidos de que con Atahualpa comenzaba una nueva Edad Dorada, y tratando de borrar toda huella del tiempo anterior quemaron en el Cusco todos los quipus que hablaban de las hazañas de los Incas precedentes. La verdadera historia del mundo empezaba con Atahualpa. Dichoso él, pues en los inicios de su reinado se dignaba visitarlo el Huiracocha. ¡Huiracocha, sí; el fundamento de todo lo excelente y Hacedor del universo!

Y mientras Atahualpa en Huamachuco gastaba los días en planear el recibimiento de su divino huésped, Huáscar—con los hombros horadados por las cuerdas que lo mantenían preso—musitaba en la oscuridad de la noche: “Apoc Pachayachachiz Viracocha Ticci... permite que el dolor que a mí en este punto me lastima, lastime con igual dolor a los executores de tantas crueldades.”

LA SOSPECHA

Después de vivir tanto alborozo, Atahualpa empezó a desconfiar. Recordó con sobresalto cómo estando por morir su padre le confesó “que él sabía que la gente que habían visto en el navío volvería con potencia grande y que ganaría la tierra...”. Por otra parte, Huáscar estaba prisionero, pero no definitivamente derrotado. Era una sentencia tan antigua como el Inca Pachacútec aquella de que: “Viracocha da la victoria a quien él quiere.” Por el momento, la victoria era de los de Quito, mas ignoraba el partido que tomaría Huiracocha. Sobre la presencia del dios en las costas del Imperio no tenía la menor duda, pero sobre sus intenciones, sí. ¿Quién le aseguraba que venía a visitarlo a él? Más derecho a esta visita lo tenía el cautivo Huáscar por ser legítimo heredero del Tahuantinsuyo... Todo esto condujo a Atahualpa a un terreno muy dudoso y sembrado de terribles conjeturas; la peor podía ser ésta: ¿Y si el gran Huiracocha resultaba un vengador del vencido antes que un amigo del quiteño vencedor?

Fustigado por sus presentimientos, Atahualpa debió pedir información sobre el Hacedor del cosmos a través de la historia de los Incas, mas ningún consuelo debió de hallar en sus consultas. Huiracocha se confundía con el origen de la raza quechua, pues ya Manco Cápac—el progenitor de los Incas del Cusco—fundó la capital sagrada “en nombre de Tici Viracocha y del Sol”. El Tahuantinsuyo, pues, el universal imperio incaico, había empezado bajo la advocación de la poderosa deidad. También indicaba la historia que pronto el Sol—totem victorioso de los Incas—desplazó a su Hacedor, hecho que ocurrió en tiempo de los reyes Hurín Cuscos, pasando Huiracocha a un segundo plano de dios envejecido y anticuado. Así permaneció, ajeno a toda idea de venganza, hasta los terribles días de la invasión chanca. Entonces, dispuesto a salvar el Imperio de los Incas, se apareció al hijo de uno de es-

tos soberanos para ofrecerle la victoria. El dios se presentó ante el lampiño príncipe en actitud fantasmagórica, “porque tenía barbas en la cara de más de un palmo, y el vestido largo y suelto que le cubría hasta los pies”. Vencedor del culto felínico, traía un jaguar atado por el cuello y echado junto a él. Por seguir sus consejos los quechuas derrotaron entonces a los chancas, pues hasta las piedras se volvieron hombres que empuñaron las armas para combatir. Después de la lucha, el príncipe elevado a Inca reparó en la gran injusticia de sus antepasados: el Sol no podía ser deidad suprema porque forzosa y diariamente cumplía una misión. Los dioses mandan, no obedecen. Alguien que lo había creado lo puso a trabajar todos los días, obligándolo a salir y a esconderse después de iluminar la tierra; también a regir el invierno y el verano, a brindar calor, propiciar la vida... El Sol, estaba claro, era un simple dios subordinado, una criatura obediente a su Hacedor. Y entonces el Inca, reconociendo a Huiracocha autor único “de todas las cosas criadas”, trasladó su imagen al dorado Coricancha. “Y desde este tiempo—concluía la historia incaica—, quando el Ynga rogaua algo a el Sol, hablaua con él como con amigo familiar, y quando oraua al Ticci Viracocha suplicaua con humildad, como a Señor Supremo...”

Después de oír esto a los amautas, Atahualpa debió quedar entristecido. Ya no tenía la menor duda. Huiracocha no sólo era el dios protector de los quechuas, sino el aplastador de sus enemigos. Por eso la plaza del Cusco estaba apisonada con arena marina y los indios echaban sus ofrendas a los ríos por saber que pararían en el mar. Ahora el mar les retribuía con generosidad sus sacrificios. Cumpliéndose la vieja profecía salía de él un hombre blanco y barbado, de aspecto venerable, seguido de otros muy parecidos a su divina persona. ¡Era el Huiracocha, que volvía! ¡Era el vengador de los quechuas! Y Atahualpa se mesaba sus larguísimo cabellos, lamentando que en su tiempo se cumpliera la funesta predicción.

Pero un día, uno de esos días en que vuelve el alma al cuerpo, Atahualpa recordó que los dioses nunca mueren y si mueren resucitan. Esto, porque ahora también recordaba cómo estando en Quito con su padre supo que los súbditos del Chimo Cápac habían acogido cortésmente a un “huiracocha” para matarlo después... El rostro de Atahualpa debió iluminarse de alegría. Aún no estaba seguro, pero bien podría ser. Una y otra vez lo pensó; mas ago-

tadas todas las posibilidades pudo preguntarse de manera definitiva: ¿Y si aquellos extraños visitantes blancos y barbados no fueran dioses, sino solamente hombres?

Entonces fue que Atahualpa "determinó no ir al Cuzco hasta ver qué cosa era aquella y lo que los Viracochas determinaban hacer". Su coronación podía esperar. Quisquis le guardaría el Cuzco y Calcuchímac el país huanca. El, a su vez, dejaría Huamachuco y volvería a Cajamarca, porque en breve subirían a la sierra los Viracochas "y quería estar allí para ver qué cosa era aquella". Primero había pensado que los intrusos eran enemigos, de allí sus órdenes a Tumbalá y Chilimasa; luego, por los informes de Mazavilca, se convenció de que eran dioses; ahora no sabía qué pensar, pero sospechaba que sólo se trataba de mortales, y pocos por añadidura.

VII. LA ENTRADA EN LA TIERRA DEL PERU

EL OREJON ESPIA

Retomando el hilo de esta historia y volviendo al caluroso país de los tallanes, tenemos que en Poechos seguía todo igual. Los cristianos se habían acostumbrado a ser llamados “huiracochas”, y Francisco Pizarro, ajeno a los poderes divinos que le atribuían, encontraba ser tal nombre la cosa más natural. Teules llamaron los aztecas a los conquistadores de México; aquí llamaban “huiracochas” a los conquistadores del Perú. Y dedicado a sus asuntos castrenses—porque no tenía tiempo para oír leyendas indias—, siguió paseando el campamento de Poechos y dando órdenes a usanza de buen capitán.

Estas órdenes, precisamente, lo habían hecho popular a los ojos de los tallanes. Según ellos, estas voces eran señal de legítima autoridad sobre todos los demás cristianos. Por eso Francisco Pizarro, con sus grandes barbas, era el jefe máximo, el “señor mayor de una cara prieta”, algo así como un gran padre que tenía a sus hombres en tal igualdad “que todos parecían ermanos”. El había enseñado a los suyos a llevar un mismo traje y a usar un solo tipo de calzado, a comer juntos en determinadas horas, a beber sin llegar a emborracharse y a desplazarse en fila cual graciosos danzarines que acuden al baile. Cuando esto sucedía, nunca hablaban, excepto el “señor mayor”, “que éste solo hablaua mucho

con todos", sin duda porque los conocía uno a uno, tarea en realidad muy difícil si se atendía a que todos los "huiracochas", con sus barbas en el rostro, se parecían extraordinariamente entre sí. El atuendo metálico de los "huiracochas" era por demás interesante; su flexibilidad era asombrosa; pero más dignos de admiración resultaban esos estuches de cuero en que guardaban sus cuchillos largos. Los estuches eran flácidos y blandos, mas cuando guardaban el arma lograban endurecer. Esto hacía sonreír maliciosamente a los tallanes e intrigaba mucho a sus mujeres...

Pero un día la disciplina española se alteró y hubo fiesta en el campamento por la venida de ciertos rodeleros que habían quedado en Tumbes. Parece que los soldados del campamento de Poechos dieron rienda suelta a su alegría, y ello los tallanes no lo vieron mal. Sin embargo, sus curacas se alarmaron con la llegada de más cristianos, considerando peligroso el aumento de los tales en sus territorios. Esto, porque no todos los cristianos se portaban bien. Los recién venidos se habían mostrado codiciosos y tratando de alcanzar oro habían saqueado las casas de ciertos súbditos del curaca de la Chira. Maizavilca temía por las iras del curaca, ya que éste pensaba desquitarse con un grupo de españoles rezagados y acabados de desembarcar en la desembocadura del río.

Efectivamente, fatigado junto al Zuricará, aguas abajo, un pequeño grupo de españoles acampó descuidadamente con miras de pasar la noche. Las primeras horas que siguieron al crepúsculo transcurrieron sin novedad; pero aprovechando las tinieblas, los indios se fueron aproximando hasta llegar muy cerca de los españoles; alguien que sintió un ruido dio la voz de alarma, y los soldados, con las pocas armas que pudieron salvar, se refugiaron en una pirámide escalonada que era un antiguo templo. Allí se defendieron desesperadamente, y por medio de un esclavo nicaragua enviaron un pedido de socorro al Gobernador Pizarro. Este recibió el mensaje y, dejando a su hermano Hernando al mando de la gente de Poechos, partió con 50 jinetes a socorrer a sus hombres en peligro.

Mientras el Gobernador se aleja cabalgando con sus soldados río abajo, detengámonos un tiempo en el pueblo de Poechos. Hernando tomó el mando de los españoles con poco aplauso de la tropa. Los soldados lo obedecían por temor, pero no por aprecio, como a su hermano el Gobernador don Francisco. Hernando, sin embargo, acostumbrado a ser mal visto, no se inmutó y empezó a

mandar con gesto avinagrado y soberbio. El día lo pasaba vigilando el campamento, y la noche la entretenía embraveciendo a sus perros; dormía muy poco y gozaba con la idea de saberse temido. Guiado por su turbulento carácter, pronto exigió a Maizavilca—el curaca del lugar—el servicio acostumbrado de comidas y hierba, pero el rechoncho reyezuelo no quiso tratar con tan mal hombre y se fugó del pueblo. Hernando se irritó mucho con ello; pero por más voces que dio, Maizavilca no vino. Los demás indios del pueblo se mostraron entonces negligentes, y habiendo sido tan amigos de los cristianos, ahora sólo por la fuerza alcanzaban lo que se les pedía. Algo raro estaba sucediendo, pero nadie podía decir qué; lo cierto es que una tensión extraña se posesionó de Poechos: algo más que Hernando Pizarro y sus perros aterrorizaba a la población.

Así las cosas, un indio desconocido apareció en el pueblo. Vestía el amplio manto de los tallanes del desierto y un gran rebozo cubría su cabeza, protegiendo del sol un rostro inexpresivo y hasta simple. En suma, era un indio de los tantos, y si había algo de peculiar en su figura, era un cesto lleno de pacaes que colgado del brazo llevaba siempre consigo. El indio comenzó por recorrer las calles de Poechos, pero luego se adentró en el campamento castellano pregonando su fruta entre los soldados. Ningún español reparó en este indio vendedor de huabas que era casi un pordiosero; nadie sabía que detrás de su cara cobriza, inalterable, se escondía un gran observador.

El indio, al que los demás tallanes miraban de reojo y eludían con respeto, paseaba todo el día el campamento de los cristianos. Se extasiaba contemplando los martillazos del herrador Juan de Salinas y parecía asustarse viéndole calzar con metal a los caballos. Parado y absorto—con su cara de hombre simple y hasta estúpido—, el indio escuchaba la canción de los hierros, descubriendo fórmulas mágicas en las coplas del herrero e instrumentos de un ritual desconocido en los yunques y los fuelles, fraguas y martillos. También gustaba detenerse ante Francisco López, el barbero, aquel que parecía echar nieve a la cara de los “huiracochas” y luego les quitaba las barbas con un cuchillo de plata. Se enteró que les esquilaba los rostros para combatir el calor y una plaga de piojos, pero lo cierto era que sin barbas, para él, aquellos extraños seres se tornaban bellos, rejuvenecidos, perdiendo su aspecto monstruoso. Finalmente, el indio se fijó en Hernán

Sánchez Morillo, extremeño tosco y amigo de cabalgaduras, el cual era de oficio volteador. Contaban los tallanes que era en extremo forzado y que derribaba a los caballos con sólo abrazarse a ellos...

Eso de los caballos le pareció interesante. Eran más altos que los carneros del Collao, pero sin lana. Relinchaban y sudaban mucho; lanzaban espuma por la boca, pero no se podía decir que escupían. Sus patas pulverizaban todo lo que se pusiera a su alcance, y cuando muchos de ellos se lanzaban a correr hacían un ruido semejante al rodar de muchas piedras. Todo el día masticaban una barra de plata, pero era falso que comieran metal. De noche se podía apreciar lo que comían: engullían hierba mientras dormían parados y con los ojos abiertos. Su excremento también acusaba esta alimentación, que era la misma que la de los carneros del Collao. Al igual que éstos, bebían agua, pero en tanta cantidad que cuando orinaban formaban arroyuelos de pestilente líquido. Los perros sí que eran carnívoros. Eran grandes alcos, muy fuertes y adiestrados para la guerra. Andaban con la lengua colgando como si tuvieran sed de sangre, pero solían beber agua. Tenían un grito profundo, y mientras todos dormían, gustaban de llorar a la luna. Esos perros fieros tenían, según descubrió, sus momentos de debilidad, sus horas depresivas.

Posiblemente el indio nunca vio funcionar a las cerbatanas que escupían fuego y hacían el ruido del rayo, pero observó de lejos los cuchillos largos que los barbudos llamaban espadas, con las cuales se podía partir un hombre por la mitad. Finalmente, en vista de que no estaba presente el "señor mayor" que llamaban el Huiracocha, el indio se dedicó a mirar a Hernando Pizarro, ese que sabía entenderse con los perros. Esto llevó un día al extraño vendedor de huabas a acercarse a él. Silencioso estuvo un rato contemplándolo, pero Hernando pronto lo notó y dándole frente le preguntó qué quería. El indio no se dejó ganar por la sorpresa y sacando del interior de su manto el cesto de pacaes, se lo ofreció. Hernando nada dijo, pero el vendedor le habló entonces de Maizavilca tratando de entender la opinión que de él tenían los cristianos. Hernando sospechó que algo raro urdía ese vendedor de mala fruta y no pudiendo resistir que lo observara tanto, tomándolo del rebozo lo derribó por tierra, propinándole, de paso, muchos puntapiés. Los tallanes que presenciaron la escena se arremolinaron y no supieron qué hacer, des-

pués gritaron mucho, pero ningún español los entendía. Este desconcierto lo aprovechó el vendedor de huabas, quien, cubriéndose sus enormes orejas—que habían quedado al descubierto—con su manto, se escabulló antes que le soltaran los perros.

Días después un orejón informaba a Atahualpa de sus indagaciones en el campamento de Poechos. Su informe sobre los barbudos fue el que definitivamente rigió en la mente del Inca. Comenzó diciendo que los recién desembarcados no eran dioses, pero, en todo caso, merecían serlo. Entre ellos venían tres que eran maestros en jugar con los metales, embellecer a los hombres y doblegar a las bestias. Esos tres—después de Francisco Pizarro, el “señor mayor”—eran los más valiosos de la hueste y había que perdonarles la vida para que el Inca se pudiese servir de ellos. Y al decir esto el orejón espía—no obstante que anticipó que todos los barbudos eran hombres—parecía referirse al dios barbudo Huiracocha y a sus tres fieles servidores: Tonapa, Papachaca y Tahuapacá. Pero Atahualpa no se dejó ganar por la leyenda y llegó a su conclusión con gran seguridad: ¡Hombres, los barbudos eran hombres, factibles de ser vencidos y esclavizados...!

LA FUNDACION DE SAN MIGUEL

Volviendo al Gobernador Pizarro y al socorro que llevó a los soldados sitiados en el viejo templo, se sabe que todo terminó bien, regresando sanos y salvos a Poechos. Allí hizo algunas averiguaciones, resultando sospechosos los curacas de la Chira, Amotape y Tangará, en cuyos territorios se había dado el alzamiento. El Gobernador—cuenta una crónica—mandó venir a los acusados y llegados a su presencia no se supieron explicar. Más aún, con excepción del curaca de la Chira (que se supo librar con mil argucias) los curacas resultaron culpables y lo mismo muchos indios principales que venían en sus comitivas. Estos últimos confesaron abiertamente su delito; los perros de Hernando Pizarro debieron conseguir la confesión. Descubierta la liga de los reyezuelos y su intención de asesinar a los cristianos, nadie pensó en un perdón. Pizarro también sintió la necesidad de hacer un escarmiento y apretando por primera vez el puño—decidido a castigar con mano firme—condenó a los curacas a muerte. No se les aperrearía, como era costumbre en Tierrafirme, pero sí

morirían a manos del verdugo. Se les ultimaría con la pena del garrote, luego se echarían sus cadáveres al fuego de la hoguera.

Y como se mandó se hizo. Los indios de Poechos presenciaron el castigo y presurosos lo comunicaron a su señor. Maizavilca temió esta vez más a Pizarro que a Atahualpa y emprendió la fuga con intención de acogerse a la protección del Inca. Pizarro se enteró de la huida y ordenó a Belalcázar su persecución. Este y sus jinetes lo apresaron en las estribaciones de la sierra. El indio no opuso resistencia y cargado de cadenas fue traído al campamento. Humillado y preso delante de los suyos tuvo que soportar la recriminatoria de Pizarro, que lo llamó mal amigo y engañador. Pero cuando ya estaba resignado a morir en las fauces de los perros, el Gobernador lo perdonó. El obeso curaca se sintió sorprendidísimo, mas su refinada astucia lo llevó a disimular. Finalmente, se enteró de que los cristianos ignoraban su participación en la liga y que achacaban su fuga a las muchas exigencias del ejército español. ¡Ese Maizavilca era un indio con suerte!

Habiendo reunido en torno suyo a todos los hombres de su hueste, Francisco Pizarro decidió partirse de Poechos para fundar una ciudad española. Su antiguo sueño de erigir un pueblo de cristianos se cumplió en Tangarará, un gracioso lugarejo sembrado de algarrobales a la diestra del río Chira. Allí, junto a un pequeño promontorio, se efectuó la fundación. Dicen que fue el 15 de julio de 1532, festividad de San Enrique, pero Pizarro bautizó al nuevo poblado con el nombre de San Miguel. Se sospecha que lo hizo recordando su vieja parroquia del arrabal de Tintoreros, esa donde fue llevado a cristianar. Lo cierto es que la ceremonia de la fundación tuvo todo el esplendor usado por los españoles de Indias. Los tallanes lugareños, sin embargo, no le hallaron al acto un significado especial. Vieron a Pizarro vestido de hierro, vocear junto a un tronco clavado en tierra y luego herir su corteza con su cuchillo largo. Observaron a los soldados quedarse quietos y con las cabezas gachas para luego tocarse con una mano la frente, el pecho y los hombros. Oyeron el canto de los clérigos y frailes, luego un toque de corneta y redobles de tambor. Por último, aquellos hombres quietos estamparon un garabato en un lienzo blanco y quebradizo, usando para ello una pluma de ave mojada en pintura.

San Miguel de Tangarará convirtió a Pizarro en capitán fun-

dador. Junto al Chira, ancho río de frondosas arboledas, el pueblo quedó asentado en inmejorable situación. La iglesia ocupó un lugar principal y lo mismo el Cabildo, al que Pizarro dotó de Alcaldes y Regidores. Las casas se hicieron de adobe, al uso de la región, con sus techos de totora. Por último, utilizando algarrobos para hacer estacadas, construyó en el promontorio un fortín.

Por lo demás, el clima lucía magnífico. Abundaba el sol, desconociéndose el frío; el cielo era azul, a veces con nubes blancas que semejaban indianos copos de algodón, lloviendo pocas veces en forma torrencial. Las bandadas de patos grises, garzas blancas y pericos verdes de cabeza roja cruzaban este cielo. Los indios veían pasar estas bandadas con sobresalto, porque, cuando menos los pericos devastaban prontamente un maizal. Estos indios lugareños eran tallanes tejedores y servían a los cristianos con paltas, mangos, guayabas y mameyes. Tenían diversiones muy extrañas y bebían mucho en unos cántaros que emitían un silbido conforme se vaciaban de su líquido. Nunca tomaban agua, a no ser mezclada con licor de maíz, y se divertían mucho viendo pelear a los chilalos. Afirmaban que cuando dos de estos pajarracos combatían, el vencido moría de pena... Y reían mucho pensando en este final del vencido.

Pero hubo algo en esos días que empañó la felicidad de los cristianos: el miedo que hacia Atahualpa mostraban los tallanes, los hizo caer en la cuenta que el monarca indio no era un reyezuelo más. Se decía, también, que era cruel. Entonces fue que muchos quisieron dar las espaldas y volver a Panamá. La presencia de un navío de mercaderes en la desembocadura del Chira representaba una fuerte tentación. Cada día eran más los que querían irse, diciendo que desconfiaban de la riqueza del país; pero en el fondo era el miedo. Pizarro—que jamás entendió a los desertores—les prometió una horca a cada uno y esto, en principio, calmó a los soldados; pero pronto los tales cambiaron de camino y empezando a quejarse de viejas enfermedades, pretextaron que con ellas no podían proseguir. Francisco de Isásaga, uno de los más quejosos, prometió su caballo en albricias a quien le alcanzase licencia del Gobernador para viajar a Santo Domingo. Debió sobornar al cirujano, porque luego pudo embarcarse en el navío de mercaderes con otros soldados de a pie.

Los rechazados se tornaron más quejosos y dieron en murmurar. Un día amaneció clavado en la pared de la iglesia un papel

de mala tinta en el que se recordaba aquello de que Almagro era un recogedor y Pizarro un carnicero... El Gobernador hizo sus averiguaciones y sospechoso de la letrilla resultó ser, nada menos, que Juan de la Torre, uno de sus íntimos amigos y además Trece del Gallo. Sometido el soldado a un consejo de guerra negó de plano la acusación, mas puesto en el tormento confesó ser el autor del libelo difamatorio. Acusado de sedición en campaña se le condenó a muerte de horca—a pesar de ser hidalgo sujeto a degollación—, pero llevado al patíbulo y estando a punto de colgársele, el Gobernador le conmutó la pena. El verdugo, entonces, le cortó las pulpejas de los dedos para que siempre que escribiera recordara su delito. Acto seguido, Juan de la Torre fue desterrado del Perú. Esa misma tarde, con las manos entrapajadas y como un cobarde cualquiera, partió en el barco de los mercaderes. Dos años después se comprobaría que era inocente, y el Gobernador Pizarro le pediría perdón.

EL ALARDE DE PIURA

Fue en San Miguel donde Pizarro tuvo concretas noticias sobre los muchos y grandes pueblos que existían hacia el sur. Pero, aunque todo lo que entendió lo alegró muchísimo, nada le interesó tanto como saber “que doce o quince jornadas deste pueblo (de San Miguel), está un valle poblado que se dice Caxamalca, adonde reside Atabalipa, que es el mayor señor que al presente hay entre los naturales, al cual todos obedecen... y por ser este señor tan temido, los comarcanos deste río (de la Chira) no están domésticos al servicio de su majestad como conviene, antes se favorecen con este Atabalipa, y dicen que a él tienen por señor y (que) no hay otro, y que pequeña parte de su hueste basta para matar a todos los cristianos”. Por lo expuesto se deduce que aún no habían olvidado los españoles la última revuelta de los curacas tallanes.

Por entonces, el ardid de Maizavilca seguía en pie, a lo menos en lo referente a enfrentar a Pizarro con el Inca. Atahualpa estaba convencido de que los cristianos no eran dioses, pero el rechoncho curaca de Poechos ignoraba esta convicción del monarca. Por otro lado, los tallanes parecían decir verdad cuando hablaban del poderío del Inca. Los conquistadores sabían que los nativos, en

otras partes de las Indias, siempre contaban a los españoles maravillas que los animara a partir de sus tierras; de este modo, encaminándolos hacia sus vecinos, los indios se libraban de los castellanos y hasta los solían olvidar. Pero los tallanes—aunque no hacían demasiado por retener a los cristianos—les advertían lo mal que les podía ir si proseguían tierra adentro. Esto, desde luego, salía de lo común y Pizarro se percató de ello; mas lejos de impresionarse demasiado con Atahualpa y “su acostumbrada crueldad”, optó por callar lo que pensaba, y concluyendo que nada se ganaría mientras no se apresara al Inca, “el Gobernador acordó de partirse en busca de Atabalipa”, aduciendo que lo hacía “para atraerlo al servicio de su majestad”. Ante causa tan poderosa, los soldados tuvieron que seguirlo. Nunca se diría de ellos que se habían negado a engrandecer los dominios del Rey Católico.

El 24 de setiembre de 1532, festividad de Nuestra Señora, Francisco Pizarro partió de San Miguel. En el pueblo no quedaron sino cuarenta y seis vecinos, unos pocos cobardes que se fingieron enfermos y los dolientes de verdad. Al frente de los que quedaban dejó al Contador Antonio Navarro con título de Teniente de Gobernador. El Veedor García de Salcedo—amancebado con su bella esclava morisca—y el Tesorero Riquelme (perdonado ya por su intento de fuga) también quedaron con él. Por segunda vez Hernando de Soto perdió su prometido cargo de lugarteniente en vista de los graves cargos que pesaban sobre él. No obstante, Pizarro no se lo hizo ver así y diciéndole que necesitaba de su consejo para la prisión que pensaba hacer al Inca, se lo llevó como capitán de caballos.

El paso del Chira se efectuó en dos balsas. El río no estaba crecido, pero se hizo uso de ellas por los tantos españoles que no sabían nadar. Detrás de ellos pasaron los caballos en la forma que los solía hacer cruzar el Gobernador, es decir, con el ardid de la yegua. La noche se debió pasar en Sojo, dentro de las tiendas de algodón del campamento—llamadas toldos por los soldados—clavadas en pleno arenal. Aquella primera noche transcurrió sin novedad. Los únicos que debieron molestar a los cristianos serían los murciélagos con sus chillidos.

Al siguiente amanecer—otro día, como dicen los cronistas—Pizarro mandó seguir al valle de Piura, donde, en una fortalecilla, los estaba ya esperando Belalcázar quien se había adelantado con sus jinetes a castigar a unos indios que mataron a un soldado de

apellido Sandoval. Aquí ordenó el Gobernador hacer un alto que duró diez días (27 de setiembre a 7 de octubre), tiempo que se empleó en revisar los pertrechos, calcular la vitualla y llevar a cabo un alarde general, nombre que entonces se daba al pasar revista a las tropas.

Este alarde sirvió para mostrar de cerca a la flor y nata de los soldados españoles. Los peruleros—como después se les iba a llamar en Europa—se mostraron por última vez de verdad; es decir, tal como eran y hasta entonces habían sido. Allí estaban los hidalgos, caballeros pobres y faltos de caballos que justificaran sus espuelas doradas; y los segundones de capa al hombro y espada al cinto, que escaparon de Castilla hartos de cenar salpicón las más noches, lentejas los viernes y duelos y quebrantos los sábados, como si todos los sábados fueran de cuaresma. Luego, los villanos o cristianos viejos, todos con cuerpos muy recios, pero con poca sal en la mollera. Empuñaban sus armas con rudeza y estaban prontos a demostrar que su especialidad no quedaba en los juegos de manos. Grupo aparte formaban los llamados “hombres de la mar”, vale decir, la gente marinera, entre los que había desde maestros de navío hasta grumetes de carabela. También había moriscos de puebluchos granadinos, y judíos—renegados o conversos—nacidos en las juderías de Aragón y Castilla la Vieja. Igualmente unos pocos levantinos, bautizados en el rito ortodoxo de la iglesia griega, y nietos de italianos entroncados con el rico Dux de Génova. Había, en fin, todo género de gentes. Místicos escrupulosos que hacían crujir las cuentas del rosario entre sus dedos y truhanes escapados de la picaresca. Sastres, toneleros, vendedores de ropa usada y tratantes de cabalgaduras—todos hombres de bien, aunque de escarcelas vacías—junto a esclavistas de indios nicaraguas, tahures de profesión y bravucos de taberna, mujeriegos, fugitivos de las cárceles y otras gentes de mal vivir que padecían persecución en sus tierras. Nobles y plebeyos aquí eran todos iguales, como a los ojos de Dios. La milicia indiana no propiciaba diferencias. Bastaba con que fueran hombres, cuando mucho, que fueran soldados cobijados bajo el manto común de la pobreza.

Pizarro pasó revista a todos los integrantes de su hueste, mas pareciéndole que aún podría sufrir aquella tropa un último drenaje, informó que los vecinos de San Miguel se quejaban de ser pocos y pidió voluntarios que se quedaran para reforzarlos.

Algunos inseguros (cinco jinetes y cuatro infantes) aceptaron el ofrecimiento, regresando de inmediato a San Miguel. Todos los demás se quedaron con Pizarro.

Pero el capitán no se conformó con sus sesentidós encabalgados y ciento seis hombres de a pie, sino que les exigió mostrar sus armas. Los jinetes entonces enseñaron sus celadas borgoñotas, sus adargas, sus espuelas de pico de gorrión, sus lanzas de fresno llamadas jinetas y las pocas piezas de las viejas armaduras que tenían. Los infantes exhibieron sus morriones, espadas y rodelas, las cueras o coletos, también el escaupil. Entre ellos hacían excepción los ballesteros, con sus armas de cranequín y de armatoste, sus jaras o virotes y el casco de visera plegadiza que les cubría hasta la nariz perdonando dos agujeros para tomar puntería. Finalmente, pasaron tres soldados que tenían arcabuz—los únicos con armas individuales de fuego—con sus cargas colgando de los pechos y el rollo de mecha a la cintura. Otras armas no las había, pero a las mostradas era urgente acicalar. El Gobernador dio un tiempo prudencial para adobarlas y bruñirlas, formando, mientras tanto, un cuerpo de veinte ballesteros que confió a Garcí Martín de Castañeda. Dos piezas de artillería—de las llamadas falconetes—las entregó a Pedro de Candia que era el Artillero Mayor. Los cinco o seis días que siguieron se emplearon en todos estos efectos. Durante todos ellos el Justicia Juan de Porras velaba por la disciplina del campamento; el Maestre de Campo Rodrigo Núñez de Prado, por la seguridad exterior.

De este modo amaneció el 8 de octubre y los capitanes mandaron formación. Infantes y jinetes corrieron a sus puestos; cuando todo estuvo listo apareció el Gobernador. Estaba como siempre: silencioso, pero enérgico, infatigable y dueño de la situación. Animoso y a caballo pasó revista a la tropa. Luego ordenó sacar el estandarte y las trompetas tocaron atención. Conducido por su Alférez apareció el estandarte rojo y gualda, por sus campos, con las armas de Castilla. Sonarían nuevamente los clarines y de todas las gargantas saldría ensordecedor el grito ese de: "Castilla, Castilla, Castilla, por el Rey Nuestro Señor." Y Pizarro—jinete de punta en blanco, adalid de hombres de guerra—con la espada levantada señalaría hacia el sur. Su barba negra echada al viento recordaría la del Campeador. Era el caudillo, era el padre de la hueste que llevaba a la victoria, pregonando a los cuatro vientos

que "iba a favorecer y ayudar a Guáscar, el señor natural deste Reino".

LA EXPEDICION A CAXAS

Bordeando el río Piura por Tambo Grande y Chulucanas, los cristianos lo vadearon antes de Morropón. El primer pueblo que tocaron fue Pabur, ciudadela de apreciable plaza que orillaban recintos amurallados. Pizarro y su gente se aposentaron allí, enterándose de paso, sobre el curaca del lugar, gran señor de la nación de los tallanes a quien la guerra había dejado empobrecido. Este curaca llegó alguna vez a tener bajo su mando veinte pueblos con varios miles de vasallos, pero por haber seguido a Huáscar, Atahualpa se los arrasó. Sus dominios habían quedado reducidos al vallezuelo de Pabu, donde terminó por fijar su morada. Allí hospedó con la dignidad que le permitía su insolencia a los sudorosos soldados españoles.

Aquí escuchó Pizarro más noticias sobre el camino a Cajamarca, entendiendo que a dos jornadas de Pabur, hacia la sierra, estaba un pueblo denominado Caxas, "en el cual había guarnición de Atabalipa esperando a los cristianos si fuesen por allí". El Gobernador se intrigó mucho con esto y para salir de dudas despachó a Hernando de Soto con ciertos jinetes y peones en misión de avanzada. Y hecho esto, ahora por la orilla izquierda del Piura, siguió al pueblo de Serrán "publicando entre los naturales (que) iba a favorecer y ayudar a Guáscar, el Señor natural... que iba ya de caída, que los capitanes de Atabalipa... lo llevaban de vencida".

Viajando unas veces de día y otras a la luz de la luna, Pizarro condujo a sus hombres hasta Serrán, donde decidió esperar a Soto. El curaca tallán del pueblo recibió a los españoles con grandes muestras de paz, obsequiándolos con ovejas de la tierra y comida. Cuatro días esperaron la vuelta de Soto, pero éste "tardose más tiempo del que le fue dado, lo cual dio sospecha en el real no hubiese hecho lo que en Tumbes pretendía". Mas las conjeturas se desvanecieron al quinto amanecer porque con un indio, llegó una carta al campamento.

Efectivamente, era de Soto y contaba que habiendo llegado a Caxas halló un pueblo muy grande—casi una ciudad—comple-

tamente destruido. Aún había huellas de lucha, pues los cadáveres de muchísimos tallanes estaban insepultos o colgados de los pies. Atahualpa había arrasado la comarca y sembrado la desolación. No obstante, todavía estaban íntegros enormes depósitos de pan, sal, chicha y calzado. Lo que más había sorprendido a los cristianos era un monasterio de mujeres vírgenes dedicadas al Sol. Soto, en un gesto de capitán obsequioso entregó a estas doncellas a su tropa, pero de inmediato se presentó un indio principal que indignado le increpó su proceder. Su rostro era conocido; en algún sitio lo habían visto los cristianos. Dijo que pagarían cara su osadía, porque el Inca sólo estaba a veinte leguas de allí. Preguntaba Soto al final de la carta qué debía hacer, porque se tenía que actuar con gran cuidado. Pizarro le contestó que fingiera mucho miedo al Inca, que inquiriese sobre la ciudad de Huancabamba y, finalmente, que trajese con disimulo a ese indio principal que se preciaba de ser recaudador de tributos de Atahualpa.

Ocho días después de haber partido, Hernando de Soto regresó al campamento. Contó que había hallado rastro de un gran ejército del Inca, pero que no pudo saber más por estar los tallanes desconfiados y escarmentados con la guerra. No obstante, el indio recaudador los había informado “de la intención que Atabalipa tenía para recibir a los cristianos, y de la ciudad del Cuzco, que está de allí treinta jornadas; que tiene la cerca un día de andadura, y la casa de aposento del Cacique tiene cuatro tiros de ballesta, y que hay una sala donde está muerto el Cuzco viejo—es decir, el padre de Atahualpa—que el suelo está chapado de plata, y el techo y las paredes de chapa de oro y plata entretejidas”... Luego de esto había marchado Soto a Huacabamba, donde halló una larga alameda de postes, en cada uno de los cuales colgaba el cadáver de un tallán inflado. El cuadro era silencioso y quieto, mas cuando soplaba el viento aquellos cuerpos inflados se movían en macabra danza y los brazos golpeaban los vientres haciéndolos sonar como cajas de atambor. Aquí habían hallado los españoles una fortaleza de piedra con azoteas y escalinatas del mismo material. Su fábrica despertó admiración, porque nunca habían visto otra de la misma hechura en Indias; pero lo que había terminado de maravillar a los expedicionarios fue el gran camino que unía Quito con el Cusco. Era también de piedra finamente trabajada y superaba a todos los caminos de Europa,

aún los de los romanos. Por él podían avanzar codo a codo seis jinetes; de sus bordes manaban caños de agua para apagar la sed y cada cierto trecho se levantaban edificios para aposentar a los viajeros. Era muy de verse la perfección de los puentes y la obra de los acueductos, los canales de riego y los depósitos de grano. Atahualpa, según los tallanes, era un tirano, pero también dueño y señor de muchas maravillas. El orden y la disciplina impuesta por los Incas era imposible de imaginar...

Pizarro escuchaba absorto la narración del capitán, pero lejos de encontrarse taciturno sus ojos le brillaban codiciosamente. Sólo salió de su abstracción con la última noticia que le dio Soto: afuera, en la plaza, lo estaba esperando el indio de cara conocida que se decía recaudador de los impuestos imperiales.

Se auto-nombraba, ahora, embajador del Inca y lucía unas orejas muy grandes, pero no era otro que ese vendedor de pa-caes que ofició de espía de Atahualpa en el campamento de Poechos.

El Gobernador se puso de pie y caminó intrigado hacia la plaza. Tal como se lo habían asegurado, allí—adusto, solemne y sin hablar con los de su comitiva—estaba con sus grandes orejas caídas sobre los hombros el indio quechua que se fingió tallán. Pizarro hizo como si recién lo conociera, lo cual no fue mentir porque cuando el indio visitó el campamento de Poechos, él estaba socorriendo a sus soldados en el Chira. Pero el orejón también sabía disimular y no demostró alterarse cuando le fue presentado el Huiracocha. Por el contrario, lo miró de frente y se limitó a decirle que era embajador del Inca y que éste lo estaba esperando en Cajamarca para ser su amigo. Luego hizo dar al Gobernador unas fortalecillas de piedra—que los españoles creyeron escudillas para comer—, así como muchos patos secos, para que los convirtiera en polvos y se sahumara con ellos. Los cristianos jamás entendieron el significado de todo esto, pero sospecharon que encerraba amenaza o intimidación.

El Gobernador dijo entonces al indio “que holgaba mucho de su venida, por ser mensajero de Atabalipa, a quien él deseaba ver por las nuevas que dél oía; que, como él supo que hacía guerra a sus contrarios, determinó de ir a verlo y ser su amigo y hermano, y favorecerle en su conquista con los cristianos que con él venían...” Pero éstas sus palabras no causaron en el indio mayor impresión; parecía hecho de piedra, era inmutable, no ha-

blaba sino lo necesario. Por eso, terminada la plática con el jefe blanco, hizo un saludo y se retiró a unos aposentos seguido por sus servidores. Recién entonces los cristianos supieron que era un noble del Cusco, que le llamaban Apo, que equivale en lengua de indios a señor.

Al siguiente día el orejón se dedicó a pasear el campamento. Aprovechando ahora las ventajas que le deparaban su alto cargo, Apo lo hizo con la secreta intención de observar los hombres y los caballos; las jaurías de los perros no, pues casi todos estos animales se habían quedado en San Miguel. El indio se tornó hombre jovial y, fingiendo tomar confianza, se fue acercando a cada uno de los españoles; les hizo preguntas por señas, les dio a entender que no eran tan fuertes como se creían y los invitó a forcejear. “Y así andaba despañol en español, tentándoles las fuerzas a manera que burlaba, y pidiéndoles sacasen las espadas.” El orejón quería cerciorarse de muchas cosas que la vez anterior había tenido que dejar en duda y, poco a poco, lo consiguió. En primer lugar comprobó que los españoles no llegaban a doscientos y que su fuerza corporal era proporcionada a la de cualquier hatun-runá del imperio. También tomó cuenta exacta de los caballos y espadas—pues ballestas, arcabuces y falconetes no los vio funcionar—no escapando a su mirada los gruesos escaupiles de los peones ni las metálicas armaduras de los jinetes. Podía decirse que todo lo que le interesaba lo había podido observar; pero todavía había algo cuya exacta realidad ignoraba: la barba de los castellanos. Esos cabellos en la cara le recordaban los rostros de los simios del Antisuyo. Mas no todos los cristianos usaban la descuidada pilosidad debajo de sus narices y bocas. Entonces afloró en el orejón la gran duda del hombre lampiño: ¿Serían esas barbas de verdad? ¿El barbero que las quitaba era también quien las ponía? El indio no quiso hacer durar más tiempo su duda y aprovechando que los soldados estaban amables con él, se acercó a uno de ellos, le hizo desenvainar la espada y que se distrajera haciéndola brillar al sol; luego se acercó a su rostro y, echando mano de su negra barba, dio un tirón dispuesto a arrancársela de raíz. El español dio un rugido que debió terminar en maldición y luego emprendió a bofetones con el embajador del Inca. No era para menos: mesar la barba era la mayor ofensa en el fuero de los castellanos viejos. ¡Aquel indio bellaco lo había querido injuriar!

Cuando Pizarro se enteró del hecho, mandó pregonar por voz de Juan García que nadie osase tocar al orejón, hiciera éste lo que hiciese. Los cristianos aceptaron la orden a regañadientes porque el indio era muy curioso y en extremo impertinente. Felizmente las horas continuaron sin mayores consecuencias y Apo no volvió a dar un escándalo mayor.

Así como Pizarro entendió que el indio había descansado de su viaje, lo mandó llamar. Le preguntó entonces si deseaba algo en especial; otra vez se revistió Apo de su dignidad de embajador y se limitó a contestar con monosílabos. Instado a ser más explícito, respondió que sólo deseaba volver donde el Inca para informarlo de su embajada. Pizarro entonces, le encomendó el siguiente mensaje: "Dirasle de mi parte lo que te he dicho, que no pararé en algún pueblo del camino por llegar presto a verme con él." El orejón dio muestras de haber comprendido todo; posiblemente hizo luego un saludo, después del cual se alejó.

Y mientras Apo, el orejón, volvía con su séquito a la sierra, los cristianos se aprestaban a seguir su marcha al sur. Todos temían al Atabalipa mas Pizarro no daba esa impresión; por el contrario, ahora más que nunca, deseaba conocer al Inca.

POR TIERRAS DEL GRAN CHIMU

El próximo valle fue Motupe, lugar al que llegaron el 23 de octubre, después de vencer candentes arenales. Aquí hallaron muchas huacas y palacios, la mayor parte arruinados por las tropas de Atahualpa. El curaca del valle estaba ausente de estas ruinas; cumpliendo órdenes secretas, poco antes de llegar los españoles a su pueblo, había marchado con trescientos de sus guerreros a juntarse con el Inca en Huamachuco. Así borraba su anterior vinculación con el vencido Huáscar y se pasaba abiertamente al bando del dichoso vencedor. Sin embargo, los indios de Motupe se mostraron obsequiosos con Pizarro y sus soldados. Los cansados castellanos comieron entonces mucha fruta y buen maíz, también carne y pescado. Pero, minando esta felicidad, pronto corrió la voz entre los cristianos de que aquellos indios de Motupe practicaban sacrificios humanos similares a los rendidos a Huitzilobos en México. La obsesión creada por la sanguinaria liturgia

de los aztecas, malogró a los españoles esos cuatro días que pasaron en el valle de Motupe.

Al quinto día Pizarro la orden de partida y la silenciosa hueste de barbudos se puso en movimiento. Los indígenas sonrientes los saldrían a despedir; pero los recelosos españoles seguían pensando que partían de un pueblo para ser victimados en el templo de otro pueblo mayor. Ya era voz general entre la hueste que aquellos naturales ofrecían en sus "mezquitas" la sangre de sus propios hijos; también comentaban que todos esos indios eran adoradores del demonio...

A través de secos y amarillos arenales en los que no se vio nada verde ni nacido de hembra, la tropa prosiguió a Jayanca, otro valle con palacios y santuarios derruidos. Aunque descubrieron igualmente templos escalonados y piramidales, pasó a un segundo plano el miedo a los ídolos sedientos que encarnaban a Lucifer porque salió a recibirlos Caxusoli, el curaca del lugar, hombre viejo y enemigo de Atahualpa. El curaca se mostró muy obsequioso y anunció que en breve acudiría Xecfuin, curaca de los lambayeques. Desgraciadamente para los españoles esta visita no se llegó a realizar, porque unos indios partidarios del nuevo Inca lo mataron en el camino al saber que iba a juntarse con Pizarro.

En Jayanca los cristianos descansaron sin angustia. El ambiente había cambiado mucho, pues, aunque los desiertos seguían siendo iguales, algo decía a Pizarro que allí finalizaba la influencia tallán. Efectivamente, ahora los curacas eran más pomposos y en sus casas se apreciaban muchos guardas y porteros. Caminaban con gran séquito, especialmente de mujeres, y esto dio escalofrantes temas para conversar, porque alguien creyó enterarse que cuando moría un curaca eran enterradas vivas con él estas mujeres. La noticia despertó un sentimiento de misericordia en los rudos castellanos, que olvidando los cruentos sacrificios a los ídolos se entregaron a tratar del nuevo tema con morboso interés.

Cruzando arenales y durmiendo en abandonadas fortalezas, el Gobernador y sus hombres siguieron avanzando. Así pasaron por Túcume "y se admiraron... de ver los altos y artificiosos Edificios... hechos por los señores Chimocapas". Estos señores eran los antecesores del llamado Gran Chimú, poderoso monarca de la costa que después de militar por Huáscar terminó plegándose a Atahualpa. Por esta razón su tierra había sido arrasada en un

primer momento por los quiteños; por el segundo motivo los indios chimúes no quisieron dar informes de Atahualpa a los cristianos: no por amor, pero sí por temor. Pizarro entonces ordenó apresar a un indio principal con intención de interrogarlo, pero el indio se negó de plano a responder. Hernando Pizarro pasó a hacerse cargo del interrogatorio y acercándole las fauces de sus perros a la cara, consiguió hacerlo declarar. Entre lo mucho que confesó "dijo que Atabalipa esperaba de guerra con su gente en tres partes, la una al pie de la sierra y la otra en Caxamalca, con mucha soberbia, diciendo que ha de matar a los cristianos..." El tercer cuerpo del ejército incaico no lo supo ubicar. El Gobernador hizo tomar nota de lo oído.

Sabiendo a qué atenerse, Pizarro condujo a su gente al valle de Cinto, también habitado por chimúes. Aquí el curaca lo enteró secretamente de que Atahualpa estaba en Huamachuco "con mucha gente de guerra, que serían cincuenta mil hombres". Pizarro creyó que el indio equivocaba las cuentas, pero el curaca las hizo claramente en su presencia por decenas, centenas y millares, concluyendo que "cinco dieces de millares era la gente que Atabalipa tenía".

El curaca de Cinto había seguido también el partido de Huáscar, lo que motivó que la visitaran los quiteños y le matasen las cuatro quintas partes de sus súbditos. Además, Atahualpa le llevó muchas mujeres y cargueros para su gente de guerra. Este era el motivo por el que los cristianos veían su curacazgo desolado y destruido; también la causa de que él tuviera que vivir oculto y fugitivo. El castigo a los vasallos del Gran Chimú había sido terrible. Por eso le advertía a Pizarro que se cuidara mucho de Atahualpa porque era hombre cruelísimo, instándole a que no subiera a la serranía en su busca, pues hallar al Inca y a la muerte era exactamente lo mismo.

En Cinto descansó Pizarro cuatro días. Las noticias sobre las tropas de Atahualpa parecían haber desbaratado su plan. Para forjar uno nuevo llamó entonces el Gobernador a un tallán principal, su amigo, y le preguntó si se atrevía a ir a Cajamarca por su espía y luego volver con el número exacto de las tropas del Inca. El indio le contestó: "No osaré ir por espía, mas iré por tu mensajero a hablar con Atabalipa, y sabré si hay gente de guerra en la sierra y el propósito que tiene Atabalipa." Pizarro aceptó

la propuesta y so color de llevar al Inca los saludos del Gobernador Pizarro, partió el tallán a Huamachuco. Entre otras cosas, le enviaba a decir “que si Atabalipa quisiese ser bueno, que él sería su amigo y hermano, y le favorecería y ayudaría en su guerra”.

EL CAMINO DE LA SIERRA

Siempre por el camino de los llanos y con un horizonte de arena, Pizarro y sus hombres entraron a Saña al atardecer del miércoles 6 de noviembre. El pueblo tenía grandes depósitos de ropa y de comida, también se halló en él gallinas de Castilla, aunque pocas y todas blancas. Por lo menos así lo afirmaron los soldados.

El río del lugar, que venía de crecida, detuvo un día a los cristianos, tiempo que sirvió a todos de reposo. Al amanecer siguiente el Gobernador ordenó aprestarse para cruzarlo. La tropa lo pasó en balsas de mates, llevando consigo las sillas de montar; las cabalgaduras lo hicieron como siempre. Puestos en la otra orilla los soldados se detuvieron a mirar el panorama: fuera del valle seguía el horizonte de arena; con dirección al sur, la calzada del camino incaico llevaba nada menos que a Chíncha; sin embargo, al oriente surgía la cordillera nevada como una gran pared de granito imposible de escalar. Otro camino conducía hasta ella y ascendiendo la mole por medio de rampas y escalinatas de piedra llevaba a Cajamarca. Pizarro, al ver este último sendero, decidió hacer una junta de guerra con sus capitanes para escoger el rumbo futuro. Seguir por el camino de los llanos era mostrar cobardía y pocas ganas de toparse con Atahualpa; tomar el camino de la sierra era ir en línea recta hacia el indio emperador. Los ejércitos del Inca parecían numerosos, pero el recelo de los valientes era la puerta de la victoria. En otras palabras, había que disimular el miedo. Sólo así vencerían a Atahualpa. Al oír éstos sus argumentos, la junta le dio la razón.

Luego de la decisión (el viernes 8) el Gobernador se adelantó con cuarenta jinetes y sesenta peones y empezó a ganar la cordillera. El resto de la gente quedó rezagada en la retaguardia con el fardaje y los falconetes. Pronto cambió el paisaje, pues el desierto se trocó en roca y el camino, aunque de piedra, fue difícil de subir. Los jinetes descabalgaron para llevar a sus brutos del

cabestro. El aire se fue enrareciendo y los caballos dieron las primeras muestras de resfrío. Después se oscureció el cielo. Sensaciones olvidadas desde la infancia se volvieron a vivir: los labios se agrietaron, las manos se pusieron moradas, les nacieron sabañones que sangraban sin cesar... El frío era más fuerte que en Castilla. ¡Quién diría que habían padecido calor junto al mar! El azote de la altura empezó a cebarse en aquellos españoles tropicalizados y hubo un desaliento general. Pero delante de todos, de espaldas a las dificultades, el Gobernador Pizarro proseguía en su empeño de ganar la inaccesible cordillera.

De repente los cristianos avistaron una fortaleza que se cernía amenazadora por encima del camino, dispuesta a no dejarlos pasar; fue un momento de sobresalto, todos se aprestaron a la lucha. Empuñando sus armas y con paso receloso se fueron acercando al murallón, pero ningún guerrero del Inca se dignó asomar por lo alto de los muros. La tensión se hizo insostenible y algunos avezados avanzaron en loca carrera, llegando a palpar las piedras del edificio. No por ello el silencio se rompió. Presurosos, como quienes desean sorprender a una guarnición dormida, penetraron por los pórticos de piedra. Sólo hallaron un silencio de sepulcro porque aquella fortaleza estaba abandonada: obedeciendo a una extraña orden se había marchado su incaica guarnición.

Los cristianos se sintieron desconfiados, inseguros. Esa soledad presagiaba lo peor. Más tarde un español confesaría: "no faltó temor harto, temiendo no hubiese alguna gente emboscada que nos tomase de sobresalto".

Esa noche se durmió en la solitaria fortaleza, mientras el viento silbaba al penetrar sus ventanas de piedra. Al cuarto del alba Pizarro se levantó. Rondó los centinelas y despertó a la tropa. Con la salida del sol los soldados volvieron a ponerse en marcha. Siempre al frente de los suyos, iba el Gobernador.

Caminó la hueste gran parte de aquel día hasta tropezar con otra fortaleza, junto a un pueblo abandonado. Los soldados sospechaban que estaba sin guarnición, no obstante, tomaron sus precauciones. El renacimiento de aquella mole de piedra trajo a la memoria de los soldados los medievales castillos de España. Los canteros y alarifes castellanos no la hubieran hecho mejor. Les impresionó todo, pero más que nada su muros de piedra labrada: sólo las murallas de Avila mostraban un arte mayor. En materia

de fortalezas, esta del Inca era “como cualquier fortaleza de España...”

El Gobernador logró tomar algunos indios habitantes del abandonado pueblo que señoreaba la fortaleza quienes merodeaban el lugar. Por ellos supo que ya el Inca estaba en Cajamarca y que tenía consigo mucha gente, pero—añadieron mañosamente aquellos indios al ser repreguntados por las intenciones de Atahualpa—“que siempre habían oído que quería paz con los cristianos”. El Gobernador tomó con recelo esta noticia, pues “la gente deste pueblo estaba por Atabalipa”. Pronto hubo ocasión de acentuar esta cautela por la llegada de un indio tallán (servidor de ese otro que se envió por emisario al Inca) el cual traía mensaje de poner en guardia a los cristianos porque en breve llegarían dos embajadores de Atahualpa. Pizarro escuchó agradecido la advertencia, pero dispuesto a ganar la mayor cantidad posible de terreno, dispuso proseguir el ascenso de la sierra. Con miedo, frío y desgano sus hombres lo tuvieron que seguir.

Así llegaron a una alta meseta cruzada por varios arroyuelos, lugar donde Pizarro ordenó parar y Rodrigo Núñez dispuso el campamento. Aquí los alcanzó la retaguardia, que tampoco vino muy briosa por estar castigada por el frío. Reunidos en la pequeña meseta, encendieron hogueras para calentarse, mientras algunos terminaban de armar los toldos de algodón, bastantes desgarrados por el viento; todos gruñían, ninguno sentía hambre. Los que se quejaban de sed tuvieron que ir al arroyo, sacar agua en el morrión y luego calentarla para poderla beber. Aquella era peor que la tierra de Campos, allá en Palencia, región reputada la más fría de España. Estando así, quejosos y malhumorados, unos gritos anunciaron que venían los embajadores del Inca.

Y era verdad: precedidos por diez auquénidos y varios servidores, dos orejones entraron al campamento por la parte del oriente. Parece que Pizarro los salió a recibir, por lo que allí mismo, delante de todos, los dos indios le presentaron su saludo para luego darle el mensaje de su señor. Atahualpa hacía sus mejores votos por la salud del Huiracocha y enviaba a preguntarle qué día entraría con sus acompañantes a Cajamarca. Preguntaba esto último, según aclararon los embajadores, para tener listas las comidas del camino. El Gobernador descubrió la malicia de la pregunta y no dio ninguna fecha. Les aseguró que sería pronto, pues tenía prisa en conocer al Inca para entonces saludarlo como a hermano.

Luego, con disimulo, preguntó a los orejones si Atahualpa tenía consigo mucha gente. Los astutos embajadores se apresuraron a decir que no, pues la mayor parte de ella "la había enviado a dar guerra al Cuzco". Pizarro hizo como si recién se enterase de esta guerra, lo que aprovecharon los orejones para ofrecerle una versión parcializada. Lo valioso de ella fue enterarse de que ya Huáscar estaba derrotado, pues a esas horas era conducido preso a Cajamarca. El Gobernador fingió alegrarse con la victoria quiteña, pero—para que tampoco creyera el Inca haberlo impresionado—dijo a sus embajadores lo siguiente: "Bien creo... porque Atabalipa es gran señor y tengo nuevas que es buen guerrero; mas... mi señor el emperador, que es rey de las Españas y de todas las Indias y Tierra-Firme, y señor de todo el mundo, tiene muchos criados mayores señores que Atabalipa, y capitanes suyos han vencido y prendido a muy mayores que Atabalipa y su hermano y su padre; y el emperador me envió a estas tierras a traer a los moradores dellas en conocimiento de Dios y en su obediencia, y con estos pocos cristianos que conmigo vienen he yo desbaratado mayores señores que Atabalipa. Y si él quisiere mi amistad y recibirme de paz, como otros señores han hecho, yo le seré buen amigo y le ayudaré en su conquista, y se quedará en su estado; porque yo voy por estas tierras de largo hasta descubrir la otra mar; y si quisiere guerra, yo se la haré... que yo a ninguno hago guerra ni enojo si él no la busca".

Partidos aquellos dos embajadores se anunció en el campamento la llegada de un nuevo embajador. Era Apo, el espía de Atahualpa, que también venía precedido de una decena de auquénidos y muchos servidores. Apo se presentó a Pizarro "y fabló muy desenvueltamente", mostrando una inteligencia que nadie hubiera podido imaginar, menos aún, aquellos que lo habían visto de vendedor de huabas en Poechos. Expresó que Atahualpa esperaba complacido a los cristianos y que toda la gente de su ejército estaba con él, ansiando la llegada del Huiracocha y sus prosélitos barbudos. El Inca quería tener por amigo a Pizarro, quería verlo y conversar. Y al decir esto Apo hizo entrega al Gobernador de nuevos patos desollados y fortalecillas de piedra. Los soldados se tomaron la libertad de interpretar los misteriosos obsequios: las fortalecillas mostraban el inmenso poder militar del Inca y los patos la suerte que correrían los cristianos de seguir subiendo aquella sierra. Atahualpa no los rehuía, tenía interés en conocerlos.

Y los soldados murmuraban que mejor sería retroceder y esperar que Almagro trajera más refuerzos.

Pero esto era difícil estando Pizarro al frente de los murmuradores. Si el Inca se pasaba los días esperando a Pizarro en Cajamarca, Pizarro contaba las horas que faltaban para poderlo atrapar. Para atraparlo, sí, porque si no se le atrapaba al rey quiteño, era imposible alcanzar victoria.

VIII. LA CAPTURA DEL INCA

CAJAMARCA

Por fin, al mediodía del 15 de noviembre de 1532, los cristianos avistaron Cajamarca. Desde lo alto de la cordillera la ciudad se mostraba imponente. Era toda de piedra y con una plaza tan grande que no la había igual en España. Las calles, rectas y embaldosadas, estaban llenas de edificios que cobraban más altura conforme se iban acercando a la plaza. Los techos eran de paja, de esos que llaman de dos aguas, sostenidos por sus vigas de madera. También habían dos ríos, cada uno con su puente de cantería labrada. Abundaba un género de grandes aposentos que oficiaban de depósitos de ropa, calzado y víveres. Entre todos estos edificios destacaban el Templo del Sol, con su impresionante arboleda a la entrada de la plaza; el palacio del Cuis Manco, señor de los indios cajamarcas; la Casa de las Cayanhuarmi o mansión de las tejedoras reales, encargadas de confeccionar al Inca sus vestidos y hacerle su comida cuando pasaba por la ciudad; y el Intihuatana o reloj solar por el que se regía la vida de aquella población de piedra. Cajamarca se levantaba a la sombra del cerro Rumitiana, que en su cúspide tenía una pequeña fortaleza de tres cercas a la que se llegaba por una escalera de caracol, pero—a pesar de este alarde militar—Cajamarca no era una población castrense. Era un gran centro manufacturero y su plaza gigantesca servía

para enfardar las vistosas ropas de lana y organizar grandes ferias. Esta era Cajamarca, la ciudad de indios tejedores e indias hilanderas.

Pizarro contempló aquel conjunto de edificios y lejos de mostrarse entusiasmado, su mirada descubrió que la ciudad estaba desierta. Los soldados entendieron que Atahualpa había hecho salir a sus pobladores para que ellos se aposentaran a sus anchas. Pero en la mente del Gobernador esta fácil deducción perdió terreno ante la posibilidad de que el Inca los dejaba solos para que siguieran ignorando lo que luego iba a pasar... Una sola cosa era evidente: Atahualpa quería que los castellanos ingresaran a la ciudad de piedra.

Después de mirar la soledad de aquel paisaje, algunos soldados descubrieron—para mal de sus culpas—el campamento del Inca; los otros volvieron las cabezas y buscaron en esa dirección. Efectivamente, sobre la falda de un cerro que los rayos solares teñían de color naranja, estaba el real de Atahualpa. Se le veía sembrado de tiendas y rebosante de guerreros. Habría doscientos para cada español. Alguien musitó que así debía ser el campamento del Gran Turco; luego de esto nadie habló. Todos miraron con tristeza el enjambre de guerreros, como los reos de muerte a quienes es dado conocer a su verdugo. Los cristianos sintieron correr por sus espaldas un escalofrío: era el miedo que estaba a punto de convertirse en terror.

Pizarro, mientras tanto, parecía medir el valle con sus ojos. Lo miraba cuidadosamente y calculaba las distancias. Cuando se convenció de que toda posible celada había sido prevista, reunió a sus hombres y les ordenó seguirlo a la ciudad de piedra.

El descenso se hizo bastante rápido, llegando a Cajamarca a la hora de vísperas. Ingresaron silenciosos y avanzaron al ritmo de las sombras. Una vez en el centro de la plaza, el Gobernador prohibió a los jinetes desmontar. Luego ordenó a dos de los capitanes que salieran con sus peones a reconocer el pueblo. La espera fue larga, y los que se habían quedado tuvieron tiempo de mirar mucho a su alrededor. La plaza estaba orillada por grandes aposentos de hasta 200 pies de largo cada uno. Al norte y al austro no los había, pero en cambio existía un grueso muro que hacía de la plaza un recinto cerrado. Al oeste quedaba la mayor parte del pueblo y tres calles principales que partían de la plaza llevaban

hasta el Runitiana y su fortín de piedra. En la plaza había también un adoratorio y el palacio del curaca.

Después de recorrer todas las calles y penetrar sus casas, los corredores volvieron. Como coincidían en que la ciudad estaba desierta, Pizarro la mandó ocupar de acuerdo a su estrategia. Sin embargo, por estarse haciendo demasiado tarde y faltar sólo una hora para que cayera el sol, el Gobernador decidió atraer al Inca para poderlo capturar apenas cerrada la noche. Para ello envió a Hernando de Soto con 20 de a caballo al campamento incaico. Llevaba la misión de invitar a Atahualpa a que cenara esa noche con Pizarro. Pasara lo que pasase, Soto y sus soldados deberían abstenerse de hacer uso de las armas. Partió Soto por el camino de piedra seguido por su cabalgada. El camino conducía al campamento de Pultumarca, nombre que significaba en la sonora lengua de los quechuas lugar cubierto de habas. Pizarro, luego que lo vio partir, subió a la fortaleza a dar orden en la artillería de Pedro de Candia. Pero al ver desde allí que había muchos indios en el campo y que podía peligrar la vida de Soto y sus jinetes, envió tras él a su hermano Hernando.

LA EMBAJADA DEL GOBERNADOR

Soto llegó a Pultumarca a través de una calzada de piedra que corría entre dos canales de agua, terminando en un río; a partir de éste comenzaba el campamento incaico. El real era poco menos que una ciudad de tiendas. Tenía calles rectas, al uso de los indios peruleros, y plazuelas. Delante de las carpas estaban los guerreros con los brazos cruzados sobre el pecho, en actitud de presenciar el ingreso de los barbudos y sus cuadrúpedos gigantes. Cerca de ellos, listas a empuñarse, estaban sus porras y lanzas. Soto atravesó el campamento, y después de galopar dos tiros de ballesta, llegó con sus jinetes a un pradillo cultivado. En medio de él estaba la casa del Inca, la mansión donde solía tomar sus baños. Era un palacete con dos torres muy galanas y cuatro habitaciones de piedra alrededor de "un estanque grande que tenían hecho, muy labrado de cantería, y al estanque venían dos caños de agua, uno caliente y otro frío, y allí se templaba la una con la otra para cuando el Señor se quería bañar o sus mujeres, que otra persona no osaría entrar en él so pena de la vida".

Soto frenó su caballo ante el edificio, y lo mismo hicieron los que le seguían. Entonces, por medio de un tallán intérprete—el astuto Felipillo—solicitó hablar con el Inca. Cuatrocientos guerreros que apostados en el prado guardaban el palacete, ni siquiera se movieron. Luego un orejon principal acudió a recibir el mensaje y a llevarlo ante su soberano. Los cristianos, encabalgados y con las barbas al viento, esperaron la respuesta. Largo rato estuvieron de este modo, hasta que el galope de cinco caballos los sacó de su esperar. Era Hernando Pizarro, que con cuatro de los suyos acudía a ver lo que pasaba. El resto de sus jinetes estaba a las puertas del campamento esperando ser llamados en caso de necesidad. Al ver Hernando a Soto dicen que le dijo: “¡Qué hace vuesa merced!” A lo que Soto contestó: “Aquí me tienen diciendo ya sale Atavalipa... y no sale.” Entonces, Hernando, siempre desde su caballo, ordenó a su intérprete Martinillo: “¡Dile que salga!” El tallán voceó la orden, pero nadie se inmutó. Irritado Hernando por el poco caso que se hacía de sus órdenes, se acercó nuevamente a Martinillo para gritarle: “Decidle al perro que salga...”

Al oír llamar “perro” al Inca, un orejón se asomó a la puerta del palacete: era Apo, el espía de Poechos. Tornó luego al interior del edificio a informar a su señor, diciéndole, para tratar de excitar su curiosidad: “Salga luego, que está aquí aquel mal hombre que me descalabró en Maixicavilca.”

Sólo después de estas palabras Atahualpa se dignó hacer su aparición. Caminó hasta la puerta del palacete, donde los indios habían colgado una cortina, y detrás de ella se sentó en un banco muy artístico de madera colorada. Junto a él lo hizo una mujer; delante de él se sentó otra, de tal modo que no le tapaba la cara. La cortina, las mujeres y la oscuridad de fondo hacían que el Inca observara sin que los cristianos lo pudiesen ver. Era lo que entonces se llamaba “mirar sin ser mirado”, posición inmejorable para conocer al enemigo.

Mas no había tan poca luz ni la cortina era tan espesa para que los españoles no se percataran de la presencia del Inca. Por ello, Soto, sin que lo invitara nadie, se acercó a caballo hasta ponerse a pocos pasos de la cortina. A su lado iba el intérprete tallán, siempre dispuesto a traducirlo en su conversación con el Inca. Sin esperar licencia alguna comenzó a hablar, y para dar comienzo a sus palabras dijo “que era un capitán del Gobernador

y que inviaba a lo ver y decir de su parte el mucho deseo que él tenía de su visita; y que si le plugiese de le ir a ver se holgaría el señor Gobernador..." Pero cuando el tallán hubo terminado de vertir al runa-simi estas palabras, Soto esperó en vano la respuesta, porque Atahualpa "no le respondió, ni alzó la cabeza a le mirar". Los incas no miraban de frente, sino sólo a aquellos a quienes querían honrar. Por igual razón tampoco le contestaba. Hubo una nueva espera por parte de los españoles; mas, habiéndose enterado de lo que pasaba, Hernando Pizarro se lo tomó a desaire y lleno de indignación vociferó algunas cosas... Pero en eso, cumpliendo órdenes del Inca, quitaron los indios la cortina y quedó Atahualpa frente a los españoles, en especial frente a ese fanfarrón barbudo que en su insolencia había llamado "perro" al Señor de las Cuatro Partes del Mundo.

Atahualpa era un indio de hasta treinta y cinco años y lleno de majestad. Vestía con la galana policromía propia del atuendo incaico y usaba los cabellos muy largos. Sin embargo, lo que más llamó la atención de los cristianos fue la cara del Inca. Ahora los miraba de frente, sin moverse, y sus ojos parecían irradiar ferocidad. Pero en esta cara, un objeto atrajo particularmente la mirada de los españoles: era de color vivísimo, carmesí; cubría la frente y caía sobre los ojos, dándole el aire feroz. Cuando el Inca movió algo la cabeza, luego de un buen rato de quietud, el objeto rojo y trapezoidal mostró ser una flecadura muy fina. Era la mascapaicha o corona de los incas, que a manera de una gran ceja de lana surgía de la frente de los Hijos del Sol.

El soberano volvió entonces la cabeza hacia los españoles, y volviendo a desairar a Hernando, fijó su mirada en Soto. Luego, con voz muy segura, le dijo: "Que se volviese y le dijese al Marqués (Francisco Pizarro) y a los demás cristianos qué iría por la mañana adonde ellos estaban, y le pagarían el desacato que habían tenido en tomar unas esteras de un aposento donde dormía su padre Guaina Capa cuando era vivo, y que todo lo que habían tomado desde la Bahía de Sant Mateo hasta allí y comido se lo tuviesen todo junto para cuando él llegase."

Luego, las mujeres que estaban con el Inca fueron al interior del palacete y tornaron con dos vasos de un palmo de alto cada uno, ambos de oro, llenos de licor de maíz. Entonces Hernando Pizarro, que se había sentido desplazado por Soto, dijo a Marti-

nillo: "Dile a Atabalipa, que de mí al capitán Soto no hay diferencia, que ambos somos capitanes del Rey, y por hacer lo que el Rey nos manda dejamos nuestras tierras, y venimos a hacerles entender las cosas de la fe." Martinillo tradujo fielmente lo pedido, pero el Inca no le dio respuesta alguna, limitándose a tomar con las manos los vasos con licor. Entonces Soto hizo decirle al Inca, al tiempo que señalaba a Hernando Pizarro: "Este es un hermano del Gobernador; háblale, que viene a verte." Atahualpa no se interesó con la noticia, pero alzando los ojos hacia Hernando hizo ver que ya lo conocía, pues le dijo: "Maizabilica, un capitán que tengo en el río de Zuricará, me envió a decir como tratábades mal a los caciques, y echábadesles en cadenas; y me envió una collera de hierro, y dice que él mató tres cristianos y un caballo. Pero yo huelgo de ir mañana a ver al Gobernador y ser amigo de los cristianos, porque son buenos." El impetuoso Hernando Pizarro no pudo reprimirse y respondió: "¡Maizabilica es un bellaco, y a él y a todos los indios de aquel río mataría un solo cristiano; ¿cómo podía él matar cristianos ni caballo, siendo ellos unas gallinas? El Gobernador ni los cristianos no tratan mal los caciques si no quieren guerra con él, porque a los buenos que quieren ser sus amigos los trata muy bien, y a los que quieren guerra se la hace hasta destruirlos; y cuando tú vieres lo que hacen los cristianos ayudándote en la guerra contra tus enemigos, conocerás cómo Maizabilica te mintió."

Atahualpa miró desdeñoso a ese barbudo que no podía contener su genio y queriendo frenarle la fanfarronada se limitó a contestarle en tono incrédulo: "Un cacique no me ha querido obedecer; mi gente irá con vosotros, y hareisle guerra." Pero Hernando, lejos de callar, se apresuró a contestarle: "Para un cacique, por mucha gente que tenga, no es menester que vayan tus indios, sino diez cristianos a caballo lo destruirán." Por toda respuesta Atahualpa sonrió y dijo que bebiesen. Soto y Hernando dijeron que no podían hacerlo por estar ayunando, pero Atahualpa les dio a entender que él también estaba de ayuno y no obstante bebería unos tragos del licor de maíz, que tal licor nunca hacía romper el ayuno. Temerosos de ingerir algún veneno, los dos capitanes aceptaron la invitación. Atahualpa tomó entonces un vaso, y llevándose lo a los labios, sorbió parte de su contenido; luego lo entregó a Soto. Después hizo lo mismo con el otro vaso y lo dio a Hernando.

Aliviados por entender que aquel brebaje carecía de ponzoña, los capitanes bebieron hasta el final.

Soto se entusiasmó con la bebida y dispuesto a lucirse con su caballo, picó espuelas al bruto y principió a galopar. El pradillo se convirtió en lugar de equitación, y Soto en eximio caballista. Ahora, tan pronto corría en línea recta como frenaba en seco; luego caracoleaba el corcel, hacía corvetas y revolvió en redondo para aguijar nuevamente al caballo y dirigirlo hacia los indios. Treinta de éstos que vieron venir contra ellos al caballo sintieron miedo y retrocedieron, tratando de ponerse a salvo. Satisfecho Soto con haberlos asustado, volvió grupas y corrió, esta vez con dirección al Inca. Picó espuelas como nunca y precipitó el corcel contra el monarca con la secreta intención de intimidarlo. Pero cuando frenó a la bestia, a pocos palmos de éste, Soto se quedó boquiabierto al comprobar que el Inca no se había asustado. Ni siquiera se había movido, a pesar de que estaba salpicado con la saliva espumosa del caballo y en su frente se agitaba aún la mascapaicha impelida por el aliento caliente del equino. ¡Soto había querido darle un susto a ese indio que presumía de gran señor, pero el Inca le había dado a él una lección de señorío!

Luego de esto, Atahualpa hizo traer más licor y bebieron todos. Después pidió que le dejaran un cristiano, pero Soto y Hernando se negaron, pretextando que no tenían permiso del Gobernador para hacerlo. Con esto se acabó la entrevista—concluyendo también el soldado que oficiaba de cronista—, y “entonces nos dijo que nos fuésemos, que él iría otro día a ver al Gobernador”.

LOS APRESTOS DE LA LUCHA

Ya había caído la noche cuando Soto y Hernando Pizarro llegaron a Cajamarca. En las puertas de la ciudad toparon sólo a los centinelas, y en la plaza al Gobernador, pues por haber comenzado a llover y luego a granizar, los soldados se habían refugiado en los grandes aposentos, que dieron en llamar galpones.

Los dos capitanes informaron entonces a Pizarro de todo lo que habían visto. Los jinetes hicieron lo mismo con sus compañeros de hueste. Unos y otros coincidían en que Atahualpa no era un reyezuelo cualquiera, sino todo un emperador. Tenía gran vaji-

lla de oro y finísima ropa de lana, tan fina, que parecía seda; por lo demás, era hombre digno de conocerse. No miraba de frente, hablaba por intermediarios, casi nunca se reía. Los criados entendían sus miradas, le obedecían sin decir una palabra... Y el relato soldadesco añadiría que "tenía una reata apretada a la cabeza; en la frente, una borla colorada. No escupía en el suelo; cuando gargajaba o escupía, ponía una mujer la mano y en ella escupía. Todos los cabellos que se le caían por el vestido los tomaban las mujeres y los comían...; el escupir lo hacía por grandeza; los cabellos lo hacía porque era muy temeroso de hechizo, y porque no le hechizasen los mandaba comer". En ningún momento agradeció esa copa de cristal de Venecia que le regaló el Gobernador; tampoco la camisa blanca de Castilla bordada con mucho arte. Era hombre extraño ese Atahualpa... Tenía facciones herméticas y en todo se conducía como gran señor. Su real o campamento medía una legua de largo y estaba cubierto de tiendas de algodón, las que no albergaban a menos de 40.000 guerreros. Estos usaban hondas de lana y porras estrelladas; pocos arcos y flechas, pero muchas lanzas grandes a manera de picas. Los guerreros indios formaban gruesos escuadrones y estaban dispuestos a entregarse a la lucha con sólo una orden del Inca.

Oída la versión de ambos capitanes y reforzada por la opinión de los jinetes, el Gobernador pudo tener ya más exacta cuenta de lo que estaba sucediendo: ¡Había descubierto un Imperio similar al de su primo Hernán Cortés: Atahualpa era la personificación de Moctezuma! Pero el carácter de Pizarro, realista y práctico, no se distrajo demasiado con la magnitud del hallazgo. Ya tendría después tiempo para holgarse de ello. Lo importante por ahora era salir todos con bien, y para ello ordenó a Rodrigo Núñez, el Maestre de Campo, que alistara a la gente para pasar la noche y nombrara las rondas y centinelas. Las rondas recorrerían el pueblo; los centinelas mirarían hacia afuera. Todos, como era uso en la milicia indiana, se repartirían los cuartos de la noche: el de prima, el de vela, el de la modorra y el del alba. ¡Quisiera Dios que pudieran ver el alba!

A pesar de las seguridades, nadie pudo conciliar el sueño; hacía mucho frío; también silencio y soledad. En la oscuridad de los galpones, sentados con la cabeza entre las manos, los soldados parpadeaban devorados por la angustia; otros se revolvían en el suelo, tratando de dormir. En un rincón, el fraile confesaba sin

cesar. De vez en cuando las rondas pasaban a pie firme inquiriendo novedades; al no haberlas, se volvían a partir. Entonces sus pasos se perdían y quedaban vagando en el silencio de la noche las voces lejanas de los centinelas contestando al capitán de guardia... Una crónica asegura que "con harto miedo toda la noche se pasó en vela", pero por otros documentos se descubre que aquellos hombres no pasaron esa noche simplemente desvelados. Muchos sufrieron exceso de orina, también dolores de vientre, incluso mal de cámaras, nombre antiguo que se daba a las diarreas: eran los síntomas de un miedo galopante que les anunciaba su próximo final. Durante la noche, por encima de todos, visitando los galpones como una sombra protectora, el Gobernador se mantuvo de pie. Entraba preguntando por tal o cual soldado: si lo hallaba bien, no le decía nada; si lo hallaba mal, lo confortaba diciéndole que todo sería más fácil con la salida del sol... Mas el frío no se iba y los caballos—que estaban con sus dueños en el interior de los galpones—pugnaban por combatirlo con su aliento; pero aquellos brutos tampoco podían dormir contagiados del nerviosismo de sus amos. La noche, pues, resultó larguísima. Un gallo, que llevaban los soldados para que les trajese suerte, cantó los cuartos de la noche. Con el canto del alba, la noche aquella murió. Había acabado esa noche terrible que todos pasaron "en vela, con harto temor por la mucha gente que el indio tenía". Sintetizando lo narrado, esa noche fue una noche de demonios en la que todos rezaron para ponerse bien con Dios.

Con el rayar de la aurora, Pizarro puso a sus hombres en pie. Encogidos y frotándose las manos por el frío, los cristianos salieron a la plaza. Estaban desconfiados de sí mismos y temerosos de los guerreros del Inca, a quienes nunca habían visto combatir. Ignorando su táctica de guerra, los creían superiores en el arte militar. A pesar de sus sospechas, los soldados formaron en la plaza ceñidos a la férrea disciplina castellana. Parece que fue entonces cuando fray Vicente de Valverde—el dominico trujillano, único de los de su orden en aquella jornada—cantó una misa como esas que se cantan en los barcos que peligran naufragar. Luego se dijo otra por parte de Juan de Sosa, el aventurero clérigo de espuelas, para los centinelas y los hombres de las rondas. Terminada ésta, se supo cómo los indios habían salido secretamente por la noche y acampado en gran número al norte de Cajamarca. Otros grupos de guerreros también habían ocupado posiciones en la os-

curidad. Pedro de Candia, desde lo alto de la fortaleza, así lo comunicó.

Estando aún con la sorpresa, los centinelas avisaron a Pizarro que venía un mensajero de Atahualpa. El indio entró a la plaza y después de presentar su saludo al Gobernador le dijo: “mi señor me envía a decir que quiere venir a verte, y traer su gente armada, pues tú enviaste la tuya ayer armada; y que le envíes un cristiano con quien venga.” Pizarro entendió las intenciones del Inca y se apresuró a contestarle: “Di a tu señor que venga en hora buena como quisiere; que de la manera que viniere lo recibiré como amigo y hermano; y que no le envíe cristiano porque no se usa entre nosotros enviarlo de un señor a otro.”

De allí a un rato—tiempo en el que empezaron a salir los guerreros del campamento incaico—vino a la ciudad un segundo mensajero, quien, saludando nuevamente al Gobernador, le dijo: “Atabalipa te envía a decir que no querría traer su gente armada; porque aunque viniesen con él, muchos venían sin armas, porque los quería traer consigo y aposentarlos en este pueblo; y que le aderezasen un aposento de los desta plaza, donde él pose, que sea una casa que se dice de la Sierpe, que tiene dentro una sierpe de piedra.” Pizarro prometió cumplir lo pedido y con esta respuesta volvió el mensajero a Pultumarca.

Pero apenas hubo llegado el indio al real del Inca, empezó a salir tanta cantidad de gente que pronto se convirtió en multitud que avanzaba. El camino de piedra se tornó multicolor. Pedro de Candia, desde su emplazamiento en la fortaleza, descubrió que eran escuadrones que avanzaban lentamente y que de trecho en trecho se detenían como si esperaran a alguien. Notificado el Gobernador por el griego, mandó tocar las trompetas para que se juntasen los cristianos en la plaza.

Cuando los tuvo a todos en su presencia, contrariando a lo que se esperaba, no hizo arenga ninguna. Luego, siempre sin dar explicaciones, dispuso el nuevo orden militar. Primeramente formó tres escuadrones de caballería, que confió a Hernando Pizarro, Hernando de Soto y Sebastián de Belalcázar, señalando a cada uno un galpón para que escondiesen su gente en el momento señalado. Dentro de estos edificios y siempre atentos a sus capitanes, los jinetes deberían esperar que el Inca entrase en la plaza. Encargó, asimismo, que todos los caballos llevaran petrales con cascabeles

y que sus jinetes esperaran montados en el interior de los galpones.

Luego pasó a ordenar la artillería, ratificando a Pedro de Candia en el mando de la misma. Los falconetes estaban ya emplazados y apuntando a Pultamarca, porque su misión consistía en sembrar el pánico y cortar la posible venida de refuerzos del real. La pólvora estaba lista y las balas de piedra también. Un falconete daba muestras de estar deteriorado, pero la experiencia de los artilleros confiaba en repararlo a tiempo.

Finalmente, el Gobernador se ocupó de la infantería. Al Maestro de Campo Rodrigo Núñez dio dos docenas de hombres para que, llegado el momento de romper contra el Inca, sólo se ocupara de guardar las tres calles que salían a la plaza. Su misión era doble: impedir que los indios subiesen a tomar la artillería y evitar que Atahualpa pudiera escapar; de entrar el Inca por cualquiera de estas calles, los peones tenían que arremeter contra él y prenderlo con vida. Habiendo ocho españoles por calle, eran dieciséis los que acudirían luego a esta captura, pues los guardadores de la otra calle los recibirían por la retaguardia para ofrecer un frente más sólido. Otros veinticuatro hombres los emplazó Pizarro en el centro de la plaza, en un adoratorio que servía para ciertos sacrificios, el cual tenía forma piramidal. En sus cámaras sagradas se ocultarían los peones hasta que ingresara el Inca y luego lo saldrían a apresar. Estos tenían que ser muy serenos y valientes, porque una vez entrado Atahualpa en la plaza con su gente iban a quedar como en una isla en un mar de enemigos. Era el lugar más peligroso, sin ninguna duda, pero el mismo Pizarro los acompañaría hasta el final. El final era capturar al Inca o morir; si tenían que morir, él moriría con ellos.

El resto de la infantería lo confió a Juan Pizarro y fue distribuida en los tres galpones de los jinetes, para que esperaran con ellos la llegada de Atahualpa y salieran detrás de los caballos una vez oída la señal. Esta señal sería un tiro de arcabuz y el sonoro grito de: "¡Santiago!" Por si el viento estaba en contra y el disparo no lo oyeran los que estaban con la artillería, se haría otra señal a Candia con una toalla blanca. Lo demás lo contaría la historia. Que Dios ayudase a todos, pero que cada cual velase por sí; que no olvidaran que se estaban jugando el todo por el todo y que ese todo consistía en "matarte he o matarme has".

FRAY VICENTE

Con este ordenamiento los cristianos se sintieron más confiados y comenzaron a tomar sus definitivos emplazamientos. Los hombres y las bestias fueron ingresando a los galpones; la inmensa plaza quedó callada y desierta. La venida de cualquier mensajero sería anunciada por un centinela que, subido sobre un muro, estaba al habla con el Gobernador.

A pesar de acercarse el mediodía, Atahualpa no daba señales de venir. Sólo su gente seguía avanzando en escuadrones a lo largo del camino. Eran escuadrones muy compactos y marchaban con desesperante lentitud. Desde el puesto de los artilleros estos escuadrones parecían hileras de hormigas que salían de su hormiguero. Pero con el tiempo aquellos cuerpos de ejército se fueron acercando y se pudo ver con ellos a muchos indios ricamente ataviados, con grandes patenas de metales preciosos en el pecho y unos tocados de oro y plata que a manera de coronas traían en las cabezas. El cuadro resultaba impresionante, pues "ningún hombre estaba sin una patena en la frente muy acicalada..., los cuales daban tan gran resplandor, que ponía espanto y temor de verlo". Otra crónica confirma esto cuando insiste: "era tanta la patenería que traían de oro y plata, que era cosa extraña lo que relucía con el sol." Pedro de Candia, que con sus artilleros descubrió el dorado cuadro desde lo alto, quedó deslumbrado con el oro. Se sospecha que fue él quien dijo entonces que aquel séquito, por lo fastuoso y rico, sólo era comparable al de Solimán, el Gran Turco...

Pasó el mediodía y Atahualpa no apareció. Los españoles volvieron a sentirse nerviosos, y el miedo regresó. Francisco Pizarro visitó entonces los galpones para inquirir por los capitanes y aprestar a los soldados; quería recomendarles calma, decisión, temeridad. Y así, cada vez que entraba a un galpón, hablaba a esos hombres impacientes "diciéndoles a todos que hiciesen de sus corazones fortalezas, pues no tenían... otro socorro sino el de Dios..., y que aunque para cada cristiano había quinientos indios, que tuviesen el esfuerzo que los buenos suelen tener en semejantes tiempos, y que esperasen que Dios pelearía por ellos; y que al tiempo del acometer fuesen con mucha furia y tiento, y rompiesen sin que los caballos se encontrasen unos con otros". Los soldados se tranquilizaron algo con la plática del jefe, pero no tanto como para

echarse el alma a la espalda y vivir con tranquilidad, pues todos seguían “con voluntad de salir al campo más que de estar en sus posadas”. No obstante, muchos se recuperaron y envalentonados fanfarronamente comenzaron a decir “que muy poco temor les ponía ver tanta gente”, refiriéndose al ejército del Inca. La verdad es que nadie les creyó, porque el miedo estaba tan clavado en todos, que parecía parte inseparable de cada uno de ellos.

Por fin, algo después del mediodía, Atahualpa decidió partir. Lo hizo en una litera y con gran espectacularidad. Quería impresionar a los cristianos. Salió del campamento con gran lentitud, sin mostrar apuro ninguno, mientras delante de él sus músicos y danzarines ganaban procesionalmente la calzada. Esto, por lo menos fue lo que vio Pedro de Candia y sus pacientes artilleros.

Tan lento era el avanzar del Inca y tan larga fue su espera a los castellanos, que temiendo Pizarro que cayera el sol sin que Atahualpa hubiese llegado a la ciudad, decidió enviarle un emisario. El único que aceptó serlo fue Hernando de Aldana, que hablaba algo la lengua de la tierra, el cual se apersonó a Pizarro y le dijo: “que iría donde estaba Atabalipa y diría lo qué mandase”. Aldana partió rápidamente y halló a Atahualpa haciendo un alto en el camino. Saludó entonces al monarca y por señas y algunas frases lo invitó a ir a Cajamarca. El Inca lo miró sin entusiasmo, pero concentró su atención en la espada. El español negóse a desprenderse de ella y el Inca, entendiendo el mal rato que estaba viviendo el cristiano, ordenó a sus orejones que lo dejaran en paz. Al despedir a Aldana le dijo que volviera donde estaba el Gobernador Pizarro y le dijera que, conforme a lo prometido, esa noche cenarían juntos. Aldana regresó con la noticia de que los indios casi no traían armas, pero que, en cambio, venían cargados de piedras para sus hondas; otros traían porras y macanas también escondidas entre las ropas. En pocas palabras, sintetizando su impresión, Aldana dijo que estuviesen los cristianos preparados porque, lejos de acudir pacíficos, los guerreros de Atahualpa “traían ruin intención”.

Efectivamente, Atahualpa pensaba en todo menos en terminar siendo amigo del Gobernador. Aparte de estar convencidísimo de que Pizarro no era el Huiracocha, sus capitanes querían vanagloriarse de vencer a los barbudos y fabricar con cada uno de ellos un tambor. En Pultamarca habían visto por primera vez a esos

falsos dioses en su humana dimensión y se habían reído de ellos. Sólo un grupo de soldados retrocedió con miedo ante un caballo, pero a esas alturas ya los melindrosos habían sido castigados y sus cuerpos sin vida servían para enseñar a los demás guerreros cómo debían comportarse cada vez que los visitasen las embajadas de los enemigos.

Mas en base a la divina fama del caudillo blanco, Atahualpa forjó todo un plan político encaminado a conseguir la absoluta sumisión del Imperio. Por noticias venidas desde el Cusco estaba enterado que las panacas de orejones seguían fieles a Huáscar y que ante la imposibilidad de liberarlo habían hecho un solemne sacrificio al Hacedor Huiracocha, implorándole que enviase “gente del cielo” a sacar a Huáscar de la prisión. Esto había coincidido con el arribo de los barbudos al país de los tallanes, y esos “perros”—siempre fieles al vencido Huáscar—explotaron la leyenda de Huiracocha a tal punto que hasta él mismo en un principio la creyó. Pero gracias a Apo (su espía de confianza que observó a los forasteros en Poechos) supo que los cristianos eran hombres, y sus grandes animales, inofensivos, porque sólo digerían hierba... Y el plan del Inca brotó perfecto a partir de este momento: debería vencer a Pizarro sin negar que era el Huiracocha. Cuando los orejones del Cusco se enteraran que Atahualpa había derrotado al Hacedor del Mundo y a su “gente del cielo”, la nación quechua reconocería que el nuevo Inca era tan omnipotente que no se contentaba con derrotar a su hermano, sino que acababa de vencer a los dioses. Entonces ya no habría la menor resistencia por parte de los orejones y los ayllus quechuas, y Atahualpa con sus adictos quiteños, empezaría un larguísimo reinado, principio de la nueva era.

Pero para todo esto Atahualpa tenía que lograr la prisión de los barbudos; su captura iba a ser como un gran chaco y resultaría hecho muy divertido. Siendo los cristianos pocos y los quiteños millares, Atahualpa ingresaría a Cajamarca con todos los guerreros posibles, sin armas embarazosas que restringieran sus movimientos, y a una señal suya alargarían las manos y apresarían a los hombres blancos, que estarían inmóviles por el miedo. Si alguno escapaba, Rumiñahui y sus soldados con boleadoras lo apresaría en las afueras del pueblo. Esa misma noche cenaría con el jefe de los forasteros y se reiría de él. Luego, antes de que se esparciera la voz de que los barbudos eran hombres, los mataría

a todos, salvo unos pocos, que castrados, los destinaría al humillante oficio de guardianes de las Vírgenes del Sol, que en Caxas habían desflorado... ¡Ese iba a ser el fin de los falsos "huiracochas"! ¡Cómo se iba a reír cuando les volviera a ver las caras a los orejones del Cusco!

Con estos y otros pensamientos, Atahuapa salía de Pultumarca en su litera de oro orlada con plumas de guacamayos y portada por esos cargueros especializados que tan pronto caminaban de frente como de costado o hacia atrás. Así se aproximó a Cajamarca. Venía magnífico y formidable, avanzando con toda la majestad del mundo. Sus largos cabellos flotaban al viento; la roja flecadura de la mascapaicha sagrada pendía sobre su frente de cobre.

Serían las cinco de la tarde cuando el Inca ingresó a Cajamarca. Primero entraron cuatrocientos indios con libreas de escaques colorados sobre fondo blanco, los cuales tenían por misión quitar las piedras y pajas del camino. Seguidamente ingresaron escuadrones de guerreros con patenas relucientes en los pechos y coronas de oro en las cabezas. Luego, muchos cantores y músicos; después, danzarines de atuendo multicolor y alegres movimientos. Posteriormente, más guerreros de jubones fuertes de algodón y vistosas armaduras de metal precioso; también la guardia del Inca con su librea azul muy rica. Detrás de ella venía un nutrido grupo de curacas y señores principales, entre los que descollaban—según se entendió después—el Chimo Cápac y el gran curaca de Chíncha. Todos estos principales lucían atuendo multicolor, pero predominaban las libreas ajedrezadas de morado y blanco. Finalmente, esplendoroso y magnífico, como un dios sin eternidad, venía Atahualpa en sus andas de oro con plumas color de fuego y azul turquí. Sonó la música estrepitosamente, los danzarines doblaron sus movimientos y aquella multitud enardecida por la presencia de su emperador, prorrumpió en un ensordecedor grito de saludo al dorado Hijo del Sol.

La litera del Inca prosiguió avanzando entre aquella multitud policroma y coronada de metal precioso que, como un inmenso mar humano con espuma de oro, se movía cadenciosamente, presagando tempestad. La plaza estaba repleta. Las patenas y corazas relucían heridas por el sol, ese sol serrano del atardecer que todo lo baña de color rojizo.

El Inca entró hasta el centro de la plaza y una vez allí, mandó detenerse a los portadores de su litera. Entonces volvió la cabeza y pareció mirar a todos los rincones. Luego, con gesto insatisfecho se puso de pie. El Señor de las Cuatro Partes del Mundo se extrañaba de no ver un solo español en Cajamarca. Parado sobre su litera, en actitud inquisitiva, no halló nada que explicase la ausencia de los barbudos. Frenético, descompuesto llamó a Apo, su espía de confianza, y delante de todos le preguntó ruidosamente: "¿Qué es de estos barbas?!" El orejón le respondió impreciso, aunque respetuoso: "Estarán escondidos." Esto no gustó al Inca, quien más colérico que antes gritó a sus capitanes: "¿Dónde están estos cristianos que no parecen?" Los capitanes, por decir algo que los favoreciese le contestaron: "Señor, están escondidos de miedo." Un murmullo general entre los indios tradujo impaciencia y descontento en la compacta multitud. Pero pronto las cabezas se volvieron hacia unos guerreros del Inca que habían subido a la fortalecilla de la artillería, pues allí decían hallarse los cristianos. Otros indios que habían penetrado por las calles del pueblo buscando a los barbudos también volvieron presurosos informando haberlos hallado en el interior de los galpones oscuros... Ya nadie tuvo la menor duda: ¡Los barbudos estaban ocultos y paralizados por el miedo!

Pero en eso, sin que nadie lo anunciara, un barbudo con hábitos blanquinegros se abrió paso hasta Atahualpa. Llevaba una cruz en la diestra y un objeto oscuro en la siniestra. Lo seguían el cristiano que llevó el mensaje por la tarde y ese muchacho tallán que nombraban Martinillo.

Atahualpa miró a los recién llegados con curiosidad, en razón de su osadía. Pero más que en ninguno debió reparar en ese hombre blanco con sandalias y atuendo talar, que portaba un extraño objeto y un pequeño báculo. ¡Parecía el dios Huiracocha! No es que fuera el Hacedor del Universo, pero ahora resultaba más explicable el nombre impuesto a los barbudos por los "perros" tallanes.

Aprovechando el silencio, el fraile empezó a hablar; Atahualpa no lo interrumpió, por el contrario, dejándole que predicara tomó asiento para oírlo. Valverde—a lo que se descubre—comenzó a llamarse sacerdote y a recitar el Requerimiento abreviado y de memoria. Habló de Dios, del Papa y del Emperador don Carlos

remontándose hasta Adán para probar la unidad del linaje humano... El dominico se sintió fuerte al no verse interrumpido y trayendo su conversación hasta el momento presente pasó a ocuparse de Pizarro, recordándole al Inca que el Gobernador quería ser su amigo y que lo estaba esperando a cenar... Pero Atahualpa, que miraba al fraile y escuchaba a Martinillo, se mostró seguro y despectivo, lo que obligó a Valverde a tornarle a hablar de Dios y temas sacros.

El Inca—que ya había escuchado bastante—se animó a romper con su mutismo y buscando un fundamento a lo que afirmaba el fraile, le preguntó que de dónde extractaba todo aquello. Valverde, por única respuesta, le señaló el extraño objeto de su mano izquierda: una Biblia. Martinillo le tradujo que era así como un gran quipu, muy usado entre cristianos. Valverde, mientras tanto, se acercó al Inca para ofrecerle el libro. Pero Atahualpa no le dio tiempo para que se lo mostrara, porque de un manotón impidió que el fraile le acercara el libro a la cara. Sin duda, temió algún hechizo. Lo cierto es que tomando el volumen quiso abrirlo por su cuenta, mas fracasó en su intento por pretender hacerlo por el lomo. Abierto en una última tentativa, al monarca no le causó admiración: ni las páginas de papel ni sus letras de molde le decían nada. Aquel objeto le pareció demasiado simple y decepcionado lo arrojó por los aires, haciéndolo caer al suelo. El fraile lo tomó a blasfemia, a sacrilegio, y ofendido quiso pedir explicaciones al monarca. Pero el Inca le recriminó el robo de las esteras, de las ropas y comidas tomadas por los barbudos desde Puerto Viejo. Valverde se recuperó algo y trató de disculpar a sus compañeros de hueste, explicando que lo hicieron por equívoco, pero que ya el Gobernador les había hecho devolver el hurto... Mas Atahualpa—mostrando su ferocidad como él sabía hacerlo—no quiso olvidar la rapiña y poniéndose de pie en su litera gritó amenazadoramente al fraile: “No partiré de aquí hasta que toda me la traigan.” El fraile no pudo con el miedo y levantando su Biblia del suelo echó a correr hacia el sitio donde estaba oculto el Gobernador, reprochándole su tardanza en acudirlo a socorrer: “¡Qué hace vuesa merced, que Atabalipa está hecho un Lucifer!”, y dirigiéndose a los soldados que estaban con Pizarro les hizo ver que el indio idólatra había arrojado los Evangelios por tierra y—en su lenguaje de capellán castrense—llamaba “perro” al Inca, por el susto que le había dado,

y pedía que salieran todos a combatirlo porque de no ser así nadie salvaba la vida.

LA MASACRE

Ante las voces del acalorado fraile, Francisco Pizarro terminó de vestirse el escaupil y de calarse la celada borgoñota; luego abrazó una adarga y empuñó su espada. Inmediatamente ordenó a sus peones formar en cuña, hizo una señal al escopetero y, poniéndose al frente de los suyos, se lanzó a la plaza al grito de: “¡Santiago!”

El fatídico disparo retumbó en el interior del adoratorio. Alguien agitó la toalla blanca para que la viera Candia; el artillero acercó entonces la tea al falconete y, mientras se consumía la mecha, rasgaron los aires las trompetas de Juan de Segovia y Pedro de Alconchel. Luego sonó la explosión... y se oyó en la plaza una gritería infernal.

Casi al mismo tiempo Soto, seguido de Pedro Cataño, irrumpió en la plaza con sus jinetes sembrando el caos entre los indios. Los caballos, cargados de cascabeles, relincharon como nunca y embistieron, mientras los quiteños—sin tiempo ni espacio para sacar sus armas—contenían con el pecho el impacto de los brutos. Para mayor confusión salieron más caballos con Hernando Pizarro y de otra arremetida derribaron muchos indios por el suelo. Los cascos equinos se hundieron en las libreas de colores y los cuerpos crugieron bajo los herrajes de hierro. Detrás de los caballos sólo quedaban indios mal heridos, vomitando sangre por las bocas, y algunos muertos a lanzadas. ¡El cuadro era apocalíptico!

Atahualpa se puso de pie sin atinar a nada, presenciando como los “carneros grandes”, cual barcas poderosas, rompían con sus quillas ese mar de guerreros sorprendidos. El Inca miraba a un lado y a otro, pero por todas partes veía sólo destrucción. Sus hombres corrían y gritaban tratando de ganar las dos puertas de la plaza, pues a las entradas de las calles los barbudos les cerraban el paso con talanqueras de palo y los acuchillaban sin piedad; luego se daban con los muros del cerco que les cerraban la salida y optaban por quedarse quietos, desconcertados,

sin saber a qué atinar. Al verlos así los jinetes gritaban: "¡Santiago!" y aguijando sus corceles se lanzaban a matar. Los únicos que parecían inmutables en ese ambiente de carreras eran los fieles cargueros que portaban la litera imperial.

El empuje de la caballería era terrible y nada lo podía contener: los caballos seguían relinchando, pisoteando y salpicando a todos con su saliva blanca. Los quiteños—nada acostumbrados a luchar contra corceles—sólo atendían a no ser arrollados por las bestias, circunstancia que aprovechaban los encabalgados para hundir sus lanzas en ellos. A todo esto las trompetas no callaban y el falconete insistía en su bramar. Por todas partes se oían gritos. La tierra estaba empapada de sangre...

Mientras tanto, los peones de Juan Pizarro salidos a la carrera, empleaban sus espadas para abrirse paso hasta el Inca. Francisco Pizarro y sus rodeleros estaban más cerca de él; algunos de éstos, envueltos con los indios, quedaban retrasados, pero pronto se daban maña para incorporarse a los suyos y seguir al Gobernador. Fue un momento indescriptible. Atahualpa, de pie sobre sus andas, no sabía qué hacer. Su turbada figura destacaba en el crepúsculo sangriento.

Pero los caballos, siempre los caballos, eran los que mayor pánico causaban. Soto, Belalcázar y Hernando Pizarro los aguijaban sin misericordia y sus sangrientos hijares explicaban su furor irracional. Los indios seguían poseídos por el miedo y ahora sólo pensaban en retroceder. Retrocedieron tanto que pronto se sintieron de espaldas al gran muro que circundaba la plaza. Entonces fue que se encaramaron los unos sobre los otros y, edificando verdaderas pirámides humanas, trataron de salvarse. Pero al ver que era imposible la fuga por lo alto, aquellas pirámides se derrumbaban dejando un basamento de indios asfixiados. Al volver los jinetes a la carga, las pirámides se tornaban a levantar: crecían y decrecían gracias a la arquitectura del terror. Por fin, ante la gran presión humana, cedió el muro y por encima de más muertos aplastados, los sobrevivientes pudieron escapar. Pero los caballos también saltaron esa valla de cadáveres y adobes para perseguirlos hasta el fin. Los caballos, sudorosos y jadeantes, parecían sedientos de sangre.

A estas alturas ya Francisco Pizarro había llegado junto al Inca y, con cuatro o cinco peones, pugnaba por tomarlo prisionero.

nero. No obstante, la heroica pasividad de los cargueros—posiblemente indios lucanas—mantenía a su señor a salvo. Los portadores de la litera no se defendían, pero tampoco daban muestras de ceder en la que para ellos era la misión de su vida: portar al Inca. Los peones del Gobernador y éste mismo hundieron en sus vientres los aceros, mas aquellos admirables servidores que iban cayendo con las vísceras afuera, eran inmediatamente reemplazados por otros que esperaban serenamente su turno. ¡El estoicismo de esa gente era asombroso! Para los españoles no quedaba otro camino que matar. Y arreciando en sus ataques los cristianos consiguieron mecer algo la litera. El anda imperial y sus cargadores estaba ahora sobre un túmulo de cargueros muertos y eso hacía más fácil el ataque. Atahualpa se debió percatar de este peligro por que volvió a ponerse de pie sobre su tambaleante palanquín e hizo como si quisiera dar órdenes. Pero los cristianos seguían invocando a Santiago y sus voces opacaban la del Inca. Algún cristiano se aferró a la litera y provocó un forcejeo con los portadores. Estos estaban mutilados y numéricamente tan disminuidos que ya no tenían reemplazos. La litera se tambaleaba tanto que corría el riesgo de caer. El Inca se asomó para mandar algo a sus portadores que ya no podían sostenerlo, pero entre Francisco Pizarro y Miguel Estete imposibilitaron su deseo. Más aún, el Gobernador le echó mano del brazo izquierdo y Estete, de un salto, le arrancó de la frente la encarnada mascapaicha. Pizarro gritó entonces a los españoles: “nadie hiera al indio so pena de la vida”, mas fue demasiado tarde, porque un español—posiblemente Alonso de Mesa—descargó una cuchillada sobre el Inca. Pizarro, fiel a su orden, trató de detener el arma, pero ésta se clavó en su mano derecha haciéndola sangrar. Estaban cayendo los últimos cargadores y siete españoles que ya no tenían con quien combatir, se asieron fuertemente a la litera logrando derribarla al tiempo que otro rodadero se aferraba de los largos cabellos del Inca. El monarca se precipitó a tierra, pero los peones hicieron rueda y Francisco Pizarro lo levantó. Luego se le obligó a ir hasta el adoratorio por ser el lugar más seguro. Atahualpa, con sus ropajes deshechos, miró quietamente a su enemigo, y conservando su dignidad, se dejó conducir sin ofrecer resistencia. Entonces el Sol, para no ver preso a su bastardo Hijo, se ocultó; más tarde salió la Luna a llorarlo.

Mientras tanto, los jinetes de Soto, embriagados con la sangre,

se dedicaron a masacrar a los indios principales, a esos que tenían las libreas con escaques de color morado. El grito de los de a caballo era: "¡A los de las libreas, e no se escape ninguno!" y espoleaban su corceles repitiendo: "¡Alanceadlos, alanceadlos!" Mas estándose cebando en los curacas, Hernando Pizarro—que luchaba en otro frente—cayó al suelo por haber dado su cabalgadura un traspies y socorrido a tiempo por algunos peones, lo trasladaron aturrido a un galpón. Cuando Hernando recobró el conocimiento ya la batalla estaba ganada; nunca se perdonaría haber faltado a su final.

Pero Soto, el rival ecuestre de Hernando, continuaba persiguiendo a los curacas por el campo. Allí, seguido siempre por sus hombres, los mató por las espaldas hasta después de caído el sol. Las siluetas de los encabalgados seguían levantando los brazos y descargando golpes sin cesar. Ya era de noche y empezaba a llover, cuando el galope de unos corceles que venían los detuvo en su masacre. Eran Hernando Pizarro y fray Vicente de Valverde que traían una orden del Gobernador. Se sobrepararon todos y dispusieron a escuchar a Hernando. Entonces "rrequirió a todos el dicho fernando piçarro de parte del rrey e del gouernador en su nombre que se rrecogiesen pues hera ya de noche e Dios les auia dado vitoria". Soto replicó que era atentar contra el arte de la guerra cesar en la persecución de los vencidos, pero Hernando no le dio explicaciones e insistió en que se retirasen, mandándoles "que aquella noche estuviesen A recaudo y en la mañana darían en los yndios". Soto no le hizo el menor caso y picando espuelas a su caballo mandó que lo siguieran veintidós jinetes suyos, con los cuales partió a proseguir la persecución de los curacas... Maltrecho y desobedecido, Hernando volvió donde su hermano el Gobernador.

IX. ATAHUALPA

LA GRATITUD DE LOS QUECHUAS

Esa noche Cajamarca dio muestras de recuperar parte de su habitual tranquilidad; no la recuperó toda porque la lluvia cayó insistentemente incomodando a muchas aves de rapiña que graznaban impacientes y molestas: era que en la plaza yacían más de tres mil guerreros muertos y, con aquel aguacero, no podían iniciar su festín. De vez en cuando sopló el viento, pero las mojadas ropas de los cadáveres ni siquiera se movieron. También hubo truenos y relámpagos, tristes luminarias de esa noche de difuntos insepultos y de pajarracos negros. La única muestra de vida en la plaza solitaria la daba el pétreo Amaru-Huasi o Casa de la Serpiente, en cuyo interior había resplandores de antorchas y voces castellanas. Era el sitio donde el Inca estaba prisionero.

El edificio, probablemente la morada del curaca, estaba repleta de barbudos. Agolpados y a la luz de hachones encendidos en señal de regocijo, los cristianos querían conocer al monarca prisionero. Algunos ingresaron hasta cerca del Gobernador y pudieron mirarle a la cara; otros se contentaron con verlo de lejos. Pero éstos y aquéllos quedaban mudos de admiración ante los modales del indio. ¡Era tanta su grandeza y majestad que apenas el que estuviera preso! Pero Atahualpa no buscaba compasión,

aunque estaba preocupado con sus tristes pensamientos. Ya sabía que los barbudos no lo iban a matar—pues vio a Pizarro herido por salvarle la vida—, pero temía que lo entregaran a su hermano Huáscar. No en vano los cristianos habían salido del país tallán pregonando que marchaban a ayudar al legítimo Señor del Tahuantisuyo.

Francisco Pizarro esa noche “estaba muy alegre con la victoria”, pero reparando en Atahualpa hizo un paréntesis en su alegría y le dijo: “que por qué estaba tan triste: que no debía tener pesar: que nosotros los christianos no havíamos nascido en su tierra sino muy lexos della: y que por todas las tierras por donde havíamos venido avia muy grandes señores: a todos los quales avíamos hecho amigos y vasallos del emperador por paz o por guerra: y que no se espantase por aver sido preso por nosotros”. Atahualpa lo miró serenamente y sonriendo consigo mismo le dijo “que no estaba pensativo por aquello, sino porque él tuvo pensamiento de prender al gobernador: y que le avia salido al contrario: que a esta causa estava tan pensativo”. Pizarro entendió lo que le ocurría y tratando de inspirarle confianza le presentó ciertas ropas indias de tejido muy fino para que las vistiese, en lugar de las raídas que llevaba. Atahualpa agradeció el gesto y pasando a una habitación vecina cambió sus vestiduras. Luego tornó al lado de Pizarro y éste lo invitó a cenar en su compañía. Comieron esa noche en una mesa, mueble que hasta entonces jamás había usado el Inca. Poco se sabe de lo que hablaron entonces, pero se sospecha que Atahualpa se quejó de la negligencia de sus capitanes y culpó más que a nadie a Maizavilca, ese curaca de Poechos que tan astutamente había sabido engañarlo... Pizarro pretendió alejarlo de su tristeza, pero el Inca le anticipó que no requería de consuelo, ofreciendo a su adversario aquella hermosa frase: “usos son de la guerra el vencer o ser vencido”.

La cena terminó muy tarde, pero al final de ella hizo Pizarro que trajeran a ciertas indias cautivas y las dio al Inca por sus servidoras. Luego, el Gobernador lo hizo llevar a su propia habitación, donde ya le había hecho construir una cama. Atahualpa pensó que lo iba a atar para impedir que escapara, pero Pizarro se despidió sin intentarlo: lo vio tan señor, que lo trató como rey. Todos los cronistas están de acuerdo en que no le puso grillos ni cadenas.

A la mañana siguiente, que cayó domingo 17 de noviembre, mientras ciertos indios prisioneros limpiaban la plaza de cadáveres, Soto con treinta jinetes partió a tomar el campamento indio. Llevaba cada caballero en la grupa de su corcel un negro de Guinea o un indio de Nicaragua. Los caballos salieron muy briosos y, haciendo resonar sus cascos contra las piedras del camino, se alejaron hacia Pultamarca.

Una vez allí quedaron los cristianos a la espera, siendo los esclavos los únicos que bajaron a saquear el campamento. Los indios e indias que estaban dentro de él no opusieron la más leve resistencia, limitándose a mirar con admiración a los barbudos sobre sus caballos. Los africanos y naborías gastaron toda la mañana entre los toldos y “hallaron grandes tesoros en piezas soberbias, muchas de gran presio, todo metal de oro rico e plata fina” por valor de cuarenta mil pesos. También hallaron mucha ropa lujosa, tanta que se calculó en un millón de pesos, aunque por el momento los esclavos sólo recogieron oro y plata, depositándolo a los pies de los jinetes. Estos, al ver que los objetos preciosos eran imposible de transportar a Cajamarca y buscando facilitar su traslado, comenzaron a tomar prisioneros. Sin embargo, ante sus extrañados ojos, los cautivos se dieron voluntariamente en tal forma que pronto llegaron a diez mil, entre hombres y mujeres. Soto entonces les indicó cargaran el botín, pero eran tantos que la mayor parte de ellos quedaron con las manos vacías. El capitán decidió soltarlos, mas ninguno quiso regresar al campamento. De este modo, cerca del mediodía, los jinetes con sus diez millares de cautivos avistaron Cajamarca. Los que estaban ahí con el Gobernador corrieron a tomar las armas asustados por aquella nueva multitud; pronto se tranquilizaron al ver que Soto y sus soldados hacían señas amistosas, previniéndoles que prescindiesen de la defensa porque los que venían eran todos indios de paz que se habían dado por cautivos. Francisco Pizarro no comprendió en un primer momento lo que ocurría, pero dispuesto a enterarse pronto, salió al encuentro de esos indios realmente desarmados, algunos de los cuales—según decían los jinetes—habían quebrado sus armas antes de darse a los españoles. Sin acabar de entender lo sucedido, Pizarro pretendió asegurarse de la docilidad de aquellos hombres y mujeres cautivos, para lo cual llamó a un tallán intérprete y luego hizo detener aquella multitud. Entonces, se subió a un lugar alto y por medio del tallán empezó a hablarles. Los cau-

tivos permanecieron de pie, todos quietos en la gigantesca plaza y se dispusieron a escuchar al gran jefe de los barbudos. Pizarro les voceó entonces, a manera de primicia aseguradora de paz, que Atahualpa no era muerto, es decir, que estaba vivo y salvo, pero, al mismo tiempo, prisionero. Los indios no entendieron esto último o, por lo menos, dieron muestras de gran indiferencia. Pizarro constató que no eran gentes peligrosas y decidió liberarlos a todos, aunque alguien le aconsejó que no lo hiciera sin cortarles la mano derecha a los varones para imposibilitarlos de usar armas. El Gobernador no dio oídos a esto último y sólo permitió que por turno los soldados bajasen a la plaza y escogiesen entre los cautivos aquellos que fueran útiles para cargar el fardaje. Los españoles descendieron por grupos y eligieron a los varones más fuertes para servirse de ellos como cargueros; luego, pretextando necesitar indias que los curasen de sus futuras heridas de guerra y les preparasen las comidas, separaron las más jóvenes y bellas.

Cuando Pizarro vio que ya nadie pedía cautivos, por medio del intérprete volvió a hablarles a los presos, haciéndoles ver que quedaban en libertad para volver a sus tierras y que llevaran a los suyos noticias de lo generosos que eran los cristianos. Pero, aunque todos los indios entendieron bien esta vez y se movieron, poquísimos se retiraron; es decir, no se querían marchar. Alonso Pérez de Vivero, uno de los captores del Inca, refiere que ningún indio obedeció al Gobernador y que, por el contrario, todos pugnarón por quedarse con los españoles y "aunque les pesava a los cristianos, se les venían a las posadas e no les podían echar dellas". Los soldados tuvieron que ponerse firmes y por medio de gritos y aspavientos los obligaron a irse. Los cautivos se alejaron algo, deteniéndose luego como si esperaran arrepentimiento de los españoles. Mas apreciando que ninguno los llamaba, comen-zaron a alejarse por el sur.

Esa misma tarde los pocos cautivos que habían elegido los cristianos para su servicio, salieron al campo y regresaron con comida. Trajeron auquénidos, también mucho maíz, fruta y ajíes colorados. Daban a entender que estaban muy contentos de servir a los cristianos y que deseaban seguirlo haciendo todo el tiempo que éstos decidieran quedarse en su tierra. Los soldados, extrañadísimos, no sabían qué pensar.

Pero Atahualpa—que desde una ventana había visto todo—era

el único que comprendía: esos cautivos que habían traído a la plaza eran quechuas, vasallos de Huáscar, que habían apresado los de Quito para servirse de ellos en las marchas de conquista. Por eso se mostraban agradecidos a los españoles, a quienes miraban como “gentes del cielo” venidas para libertar a Huáscar, y por eso no habían mostrado regocijo al enterarse de que aún vivía Atahualpa. Ellos hubieran querido que los barbudos lo asesinaran como a rey intruso y forastero. Ellos también habían escuchado que los cristianos habían subido a la sierra pregonando que marchaban a secundar al legítimo señor de aquel Imperio. Ahora volvían a sus tierras y llevaban la noticia de que los barbudos lo habían derrotado; habría fiestas en los pueblos del camino y todos darían gracias al Huiracocha por haber acudido nuevamente en socorro de los quechuas... Pero eso Atahualpa no lo iba a permitir. Huáscar iba a morir sin llegar a entrevistarse con Pizarro. Y, acercándose el regio prisionero a la puerta, trató de hablar con el español de guardia. El alabardero no le hizo demasiado caso, pero llamó a un intérprete tallán. Entonces Atahualpa mandó acercarse al muchacho y en voz no muy alta le dijo que llamara al Gobernador, porque quería decirle algo muy importante.

LA PROMESA DEL ORO

Francisco Pizarro halló a Atahualpa que “mostrava estar contento”. Disimulando su sorpresa, lo debió saludar e intercambiados los cumplidos y pasado un término prudente, recibió la confesión del Inca: lo había llamado porque sospechaba haber hallado una manera de poder recuperar su libertad. El Gobernador no debió darle mayores esperanzas, pero encogiéndose de hombros decidió escuchar hasta el final. Entonces Atahualpa principió a contarle la historia de su guerra fratricida, la prisión de Huáscar y la toma del Cusco por cuarenta mil quiteños. Finalmente, confesó que tenía deseos de regresar a Quito, su patria, para terminar la reedificación de Tumbabamba y, de paso, castigar a todos los pueblos que se hubieran opuesto a su reinado. Al Gobernador debió gustarle la sinceridad del prisionero, pero Atahualpa—astuto como el que más—no lo dejó hablar y desviándose del tema, pasó a ocuparse del estado en el que se encontraba debido a los españoles, terminando mañosamente: “que bien sabía lo que ellos bus-

cavan". Pizarro no se dejó sorprender por el Inca y, simplificando las cosas, "le dixo que la gente de guerra no buscava otra cosa sino oro". Atahualpa asintió como hombre al que se ha logrado descubrir su pensamiento y entonces, luego de una pausa, se acercó al Gobernador y prometió llenarle de oro el aposento donde estaban a cambio de "que lo pusiese en su libertad como antes estava..."

Pizarro al escuchar la propuesta, debió dudar de las palabras de su real cautivo, mas pasado el primer momento de estupor se situó en el terreno de la posibilidad. El Gobernador era ambicioso y alcanzada la victoria sólo el oro lo podía ya tentar. De ser cierta la propuesta—pensaba Pizarro—aquella habitación no medía menos de veinticinco pies de largo por otros quince de ancho... Pero, mientras el Gobernador calculaba el oro reluciente que llenaría la habitación, Atahualpa comprendió que Pizarro titubeaba y para terminar de decidirlo añadió que llenaría también dos galpones grandes repletos de plata... "todo... porque lo pusiese en su libertad como antes estava". Impresionado Pizarro le preguntó que en cuanto tiempo cumpliría la promesa; el Inca se mostró seguro y contestó que cuarenta días bastarían. Pizarro le dio a entender que no jugase ni mintiese, menos aún que maquinase una traición. Atahualpa, dispuesto a matarle sus sospechas, le prometió solemnemente que su gesto no encubría engaño, y puso por fiadora a su sinceridad de príncipe.

A los ocho días de ocurrido esto, comenzaron a llegar a Cajamarca grandes caravanas de auquénidos portando vasos y botijos de oro. Con las caravanas vinieron también muchos curacas y todos pedían visitar a su señor. Obtenida esta licencia, se descalzaban y poniéndose un peso en las espaldas, ingresaban a la Casa de la Sierpe, eventual morada del Inca prisionero. Cuentan las crónicas que "era grande el acatamiento con que entraban a hablarle, y él se había con ellos muy como príncipe, no mostrando menos gravedad estando preso y desbaratado, que antes que aquello le acaeciese".

Sin embargo, cuando Atahualpa hablaba con los españoles mostraba mucha jovialidad y trataba de hacerse accesible. Incluso al mozuelo Pedro Pizarro, pariente del Gobernador, le informaba que su vestido estaba hecho con negras pieles de murciélago y que usaba los cabellos largos porque tenía una oreja quebrada por acción de guerra. Acaso lo trataba bien porque era deudo del

Gobernador, mas lo cierto es que le contaba muchas cosas. Otro que se hizo gran amigo suyo fue Hernando de Soto, quien llegó a asegurarle que no le dejaría hacer daño de nadie. Enterado de esta promesa, Hernando Pizarro—siempre rival de Soto—visitó muchas veces al Inca para decirle que no temiera por su vida, pues mientras él viviese nadie lo osaría tocar. Atahualpa trató de halagar a este último “y así decía el Atabalipa que no había visto español que pareciese señor si no era Hernando Pizarro”.

Con el único español que Atahualpa se mostraba poco amable era con fray Vicente de Valverde. Esto, porque el fraile—con esa tozudez nacida de la intransigencia—trataba de demostrarle que no era Hijo del Sol y que hacía muy mal teniendo por esposas a sus hermanas. El Inca lo miraba como a hombre impertinente y no atendía demasiado a sus frases de evangelización. Por lo demás, “en todo el tiempo de su prisión, siempre se le hizo muy buen tratamiento; y aquel padre dominico, tenía cuidado de predicarle y hacerle entender las cosas de nuestra santa Fe y darle noticia de todo lo que convenía para su salvación”.

También el Gobernador lo visitaba con frecuencia y todas las noches o la mayoría de ellas, cenaba con él. Pizarro se esmeraba, por su parte, en explicarle que el Emperador don Carlos era dueño de lo mejor del mundo y que era un deber de todos obedecerle. Pero Atahualpa—soberbio como todo rey destronado—no admitía que pudiera haber un monarca más poderoso que él. Al final parece que se convenció, aunque siempre se negó a rendirle vasallaje. Amigo, sí, mas no vasallo. Si aquel Carlos de Augsburgo lo buscara, su entrevista sería una reunión de emperadores.

Mientras tanto, las caravanas seguían entrando a Cajamarca, pero los soldados mal contentos dieron en decir que el oro que traían resultaba insuficiente para llenar la sala del rescate y los dos galpones grandes en el plazo prometido. Atahualpa, que era muy listo, se percató de estas quejas y deseando terminar con ellas, hizo llamar al Gobernador. Venido Pizarro le habló entonces el Inca de lo que pasaba y para terminar con la maldicencia de la tropa concluyó proponiéndole que él mismo enviase a sus cristianos por el oro. Primero le habló de un templo, allá en la costa, repleto de riquezas; después de la ciudad del Cusco, la sagrada capital...

El Gobernador tornó a salir desconcertado, pero habiendo hecho una junta de capitanes, éstos le propusieron que aceptara.

Allí mismo se decidió que a ese templo de la costa marchara Hernando Pizarro con dieciséis jinetes, y que para lo del Cusco se pidiese voluntarios, por ser misión riesgosa y más temida.

Después de esto volvió Pizarro donde el Inca y le dijo: "Yo quiero enviar a mi hermano a Pachacamac con algunos españoles: mira que si algún indio se levantara y contra ellos fuere, te tengo de matar. Luego también quiero vaya a Xauxa y traiga consigo a Chalicuchima tu capitán, porque tengo deseo de velle, que me dicen que es muy valiente." Atahualpa le contestó inmediatamente: "Señor, vaya tu hermano y no tema, que nadie se osará menear mientras yo viviere." Astuto como siempre, Atahualpa aseguraba su vida poniéndola por fiadora del bien de los expedicionarios y así, por lo menos hasta que volviera Hernando Pizarro, no lo podrían matar. Luego llamó a ciertos sacerdotes del ídolo de Pachacamac que estaban en Cajamarca y los entregó al Gobernador para que guiaran a los españoles hasta su santuario. Entendió Pizarro que Atahualpa trataba mal a los sacerdotes y hablaba irreverentemente de su ídolo e intrigado por todo, siempre por medio del intérprete, le preguntó "que por qué había dicho aquello que no era su dios". El Inca lo miró en silencio y luego le contestó sin reparo: "porque es mentiroso". Insistió Pizarro sobre por qué decía tal, siendo por ello que obtuvo esta respuesta: "has de saber, Señor, quedando mi padre malo en Quito le envié a preguntar qué haría para su salud; dijo lo sacasen al sol, y en sacándole murió: Guáscar mi hermano le envié a preguntar quien había de vencer él o yo, y dijo que él, y vencí yo. Cuando vosotros vinisteis, yo le envié a preguntar quién había de vencer, vosotros o yo: enviéme a decir que yo. Vencistes vosotros. Ansí que mentiroso y no es dios, pues miente". Pizarro se sorprendió ante la agudeza del indio y, medio en serio medio en broma, le dijo que sabía mucho, esto es, que era hombre muy listo. Atahualpa dibujó con su boca lampiña una sonrisa y mirándolo maliciosamente desde el fondo de sus ojos, se limitó a contestar "que los mercaderes sabían mucho", y él estaba desempeñando el papel de mercader, pues trataba de mercar su libertad por el oro... Admirado el Gobernador con la respuesta, salió a la plaza a despedir a su hermano Hernando que esperaba la orden de partida. Era el 5 de enero de 1533, víspera de los Santos Reyes.

Así las cosas, el Gobernador hizo pregonar un bando pidiendo voluntarios para ir al Cusco a traer oro, por ser deseo del Inca

apresurar el despacho del metal precioso y pagar con él su libertad. Se añadía que por expresa orden de Atahualpa, un orejón acompañaría a los voluntarios y les ofrecería con su persona todo tipo de protección. Pero por más que voceó en la plaza el pregonero Juan García, nadie se fue a ofrecer al Gobernador. La verdad es que la oferta tenía poco de tentadora. Eso de marchar unos pocos a la capital de aquel Imperio era tentar a la Providencia, y ya que estaban todos vivos—Dios sabía cómo—debía pensarse que se había vencido lo peor y que ir al Cusco era arriesgar demasiado. Pizarro, sin embargo, pidió una y tres veces se presentaran voluntarios y al final, luego de grandes indecisiones, se presentaron tres soldados. Los tres eran de aquellos que tenían poco que perder. Uno era Pero Martín Bueno, maestre de navío acostumbrado a tratar a golpes a los marineros; otro Pedro Martín de Moguer, oscurísimo soldado natural de la baja Andalucía, que en su afán de obtener oro todo medio lo creía lícito; y el último, Pedro de Zárate, sastre jugador y mujeriego escapado de la cárcel de Panamá. Por desgracia, éstos fueron los únicos que se presentaron. El Inca, como estaba prometido, los puso bajo la protección del orejón principal, encargado de llevarlos hasta el mismo Cusco; y hechos sus preparativos, subidos en cómodas literas, aquellos tres soldados partieron hacia allá el 15 de febrero del mismo año 33.

EL FINAL DE HUASCAR

Francisco Pizarro, siguiendo una costumbre tan antigua como la prisión del Inca, invitaba a éste todas las noches a cenar. Parece que ambos se entretenían en estudiarse mutuamente y por eso sus conversaciones parecían partidas de ajedrez. Cada uno sólo hablaba de aquello que debía conocer el otro, y el intérprete Martinillo se encargaba de la traducción. De este modo adelantó Atahualpa una noche, que había ordenado a sus generales que le enviaran preso a Huáscar. Quería que conociera el Gobernador a este su hermano vencido y a esa hora debía estar marchando por la tierra de los huancas. Pizarro sospechó que Atahualpa sacaba a Huáscar del Cusco para matarlo en el camino, y acusándolo con su dedo índice le dijo que no osara hacer semejante cosa, pues de hacerla se daría Dios por ofendido y lo mismo el Emperador; que mirase como procedía, porque no habría perdón para su vida si

lograba quitársela a su hermano. Atahualpa lo calmó diciéndole que alejara sus temores, explicando que de haber querido asesinar a Huáscar lo hubiera hecho tiempo atrás y no en los actuales momentos; que no sospechase tal maldad de su parte y que, por el contrario, él se comprometía a avisarle la proximidad de Huáscar de modo que juntos pudieran verlo entrar sano y salvo a Cajamarca.

Dicen que el Gobernador Pizarro quedó a partir de ese momento más confiado. Pensaba carear a los dos hermanos y, aprovechándose de su enemistad, iniciar una más rápida conquista del Imperio. Luego, no mataría a ninguno, pero abriría una información de tinte netamente jurídico para esclarecer a cual de ellos correspondía el trono. El hermano perdedor—sin duda Atahualpa—sería puesto en libertad, pero al mismo tiempo, tan disminuido y vigilado que nada pudiera hacer sin permiso de los españoles. El hermano favorecido, posiblemente Huáscar, volvería a ceñir la mascapaicha siempre y cuando se declarase vasallo del Emperador don Carlos. Si ambos hermanos aceptasen cristianarse, se habría superado la primera gran dificultad.

Pero, mientras esto pensaba el Gobernador, el desdichado Huáscar avanzaba por los caminos de la cordillera con los hombros horadados por las cuerdas con que lo arrastraban sus enemigos. Detrás de él iba su madre, la altiva Mama Rahuá, también sujeta a vejación; luego, varias esposas del cautivo entre las cuales estaba la Coya Chuquillanto. Numerosos guerreros escoltaban a los prisioneros. Presos y guardianes caminaban todo el día y sólo por la noche acogíanse a los tambos. A pesar de los maltratos y vejámenes, Huáscar sufría esperanzado en esas "gentes del cielo" que habían venido a vengarle y ya tenían preso al sanguinario Atahualpa.

Sin embargo, habiendo cruzado la triste comitiva el antiguo reino de los huancas, estando por entrar en tierras de Huánuco, Huáscar—ignoramos cómo—se enteró de que Atahualpa había ofrecido oro y plata a los cristianos. Sin duda vio alguna caravana, porque resultaba difícil otro tipo de información, a menos que todo hubiera nacido de la conversación con sus guardianes. Lo cierto es que el destronado Huáscar se indignó con la noticia, y dirigiéndose a los quiteños que lo custodiaban les preguntó despectivo: "¿Ese perro de Atabalipa dónde tiene el oro y la plata que dará a los cristianos? ¿No sabe que todo es mío?" Y luego

masculló entre dientes: “¡Yo se lo daré a los cristianos y a él lo matarán!” La frase debió ser oída por alguien porque se enteró Atahualpa y entendiendo éste lo que Huáscar pensaba ofrecer a los españoles, llegó a la conclusión de que era necesario asesinarlo. Y con esta orden despachó un mensajero al país de los huánucos.

No obstante, antes—según cuenta una crónica—“acordó de hacer un ardid de hombre sabio, que cierto este indio lo era, y fue que un día enviádole el Marqués (Francisco Pizarro) a llamar para que viniese a comer con él, que así lo acostumbraba, fingió el Atabalipa estar llorando muy congojado. Sabido pues por el Marqués estaba así, y preguntádoselo, él rehusaba de decírselo, sollozando, y al fin mandole el Marqués lo dijese. Respondió: estoy así porque me has de matar. El Marqués le dijo que no temiese, que dijese lo que había, que no le mataría: vino a decir, Señor, tú me mandaste que no matasen a mi hermano Guáscar porque me matarías si lo matasen: mis capitanes sin yo sabello lo han muerto, y por esto estoy así entendiendo que me has tú de matar”. El Gobernador no entendió la artimaña y sólo atinó a preguntar: “¿Es cierto muerto el indio?” Atahualpa, interrumpiendo sus pesares, dijo que sí. Entonces Pizarro lo confortó diciéndole “que no temiese, que, pues le habían muerto sin sabello él, que no le haría mal ni le mataría”. Asegurada de este modo su vida, Atahualpa despachó esa misma noche al mensajero con la orden de asesinar a Huáscar.

Cumpliendo con lo mandado por su Inca, los quiteños llevaron a Huáscar hasta un acantilado que daba sobre el río Andamarca, en tierra de los indios huamachucos. El príncipe malició lo que le esperaba y puesto de espaldas a la impetuosa corriente, enrostró a sus guardianes cómo “siendo él soberano Señor y verdadero Inga, le había (n) traído a tal estado”. Pero los quiteños, sin ablandarse, continuaron haciendo los aprestos para dar fin a su misión; el príncipe los emplazó ante el Ticci Huiracocha y los amenazó con la venganza que de él tomarían los cristianos. Los quiteños habían terminado sus aprestos. Todos se preparaban a esperar el regicidio. Entonces fue que salieron dos o tres y levantando al atado prisionero, lo precipitaron a las turbulentas aguas. Así acabó Huáscar Inca, último señor legítimo de los Cuatro Suyos.

Mientras tanto, Atahualpa continuaba su vida de prisión. Este cautiverio, contra lo que pudo pensar en un principio, no lo había llegado a despojar de la mayoría de sus prerrogativas. Por lo menos, seguía gobernando el Tahuantinsuyo a su capricho, cosa que hacía con mayor facilidad desde la desaparición de Huáscar. Era cierto que los naturales lo odiaban más que nunca, pero también era verdad que todos le temían. La posibilidad de que se librara de la prisión era algo que no podían apartar de sí los indios. Por eso, todas las mañanas acudían desde lejos los orejones y curacas para visitarlo y también sus gobernadores para recibir órdenes. El, fueran amigos o enemigos, los trataba con despótico desprecio y gozaba con inspirarles miedo o causarles turbación. Retirados estos indios, tornaba a su habitual cordialidad con los cristianos y hasta se permitía algunas bromas con ellos. Prefería a los jefes como el Gobernador, Hernando de Soto o Hernando Pizarro, pero tampoco desdeñaba hablar con sus carceleros. Estos lo seguían tratando con respeto y el alcaide de la prisión, Ruy Hernández Briceno, permitía muchas cosas para distraerlo. Sólo así se explica que Atahualpa aprendiera el manejo de los dados o el juego del ajedrez, como es fama que lo hacía. Sin embargo, lo que al Inca tenía más contento era la presencia de sus mujeres. Las tenía numerosas; pero se reconocía en ellas cierta graduación o jerarquía. La mayor curiosidad de los soldados comenzó cuando se presentó en Cajamarca un hermano de Atahualpa con unas hermanas del Inca; los soldados comentaron que estas hermanas venían para distraer al regio prisionero, pero lo que comenzó como una broma terminó en gran verdad: Atahualpa dormía con ellas... Incapaces de entender la magnitud del incesto real, los españoles sólo atinaban a decir que era un indio lujurioso, cuyo refinamiento sexual lindaba con la aberración. Y se complacía en contárselo al fraile, frenador de los pecados carnales de la hueste.

La distracción del Inca no era óbice para que siguieran llegando caravanas de oro. Con éstas vinieron nuevos príncipes de sangre —hijos también de Huaina Cápac—, los cuales pedían inmediatamente visitar a su hermano preso. Atahualpa se mostraba siempre duro con ellos y después de escuchar su saludo, los miraba sin contestar. Dos de estos hermanos, concluida su misión, pidieron permiso a Pizarro para regresar al Cusco. Sus nombres eran Maita Yupanqui y Huamán Tito. El Gobernador les dijo "que mirasen no los matasen por allá". Pero ambos insistieron y

se les concedió lo que pedían. Cuando Atahualpa se enteró de ello, mandó llamar a Pizarro y le dijo: “Señor, no des licencia a estos mis hermanos porque están mal quistos por allá arriba, y si los matan dirás que yo lo mandé”. El Gobernador contó a los dos príncipes lo que Atahualpa había dicho, pero ellos porfiaron tanto que Pizarro los dejó partir. Debían ser muy allegados al difunto Huáscar, porque pronto llegaron noticias de que habían sido asesinados en el camino.

LA FUNDICION DEL ORO

En los días que siguieron, Atahualpa perdió gran parte de su seguridad personal y omnipotencia, mientras que para los españoles hubo buenas nuevas. Sucedió que en la víspera de Pascua de Resurrección se presentó Diego de Almagro en Cajamarca; traía 150 hombres de a pie y medio ciento de a caballo. También venían con él algunos maestros y marineros de los navíos en que había hecho el viaje desde Panamá. Estas naves habían quedado al ancla frente al río Chira, esperando hacer el viaje de retorno con el oro del Rey.

Pizarro salió a recibir a su antiguo compañero, y emocionándose los dos amigos al verse, se dieron un fuerte abrazo. El abrazo por parte de ambos fue sincero; pero el que dio Pizarro disimulaba mucho. Esto porque el secretario de Almagro le había escrito una carta desde San Miguel, advirtiéndole que su jefe venía no a ayudarlo, sino a formar una gobernación propia. Pizarro no hizo mayor caso a la carta, mas Almagro—al descubrir la traición—ahorcó a su secretario. Pizarro conocía todo esto; no obstante, confiando en el amigo, lo abrazó como si nada hubiera sucedido. El era un soldado y Almagro también: si algo se tuvieran que decir, nunca sería por medio de sus secretarios.

Poco antes, un negro que había ido con los tres españoles al Cusco, regresó desde Jauja con 107 cargas de oro y siete de plata. Pesando los cántaros y vasijas de oro que traía se contaron 120 arrobas de metal dorado; acto seguido el Gobernador mandó poner todo en los sitios que le correspondía y levantar un inventario para evitar confusiones o robos. Además de esto, el negro trajo también una noticia que alegró bastante más a los cristianos: Hernando Pizarro estaba ya en Jauja, procedente de

Pachacamac, y pasados algunos días entraría en Cajamarca. Atahualpa, lejos de alegrarse con la próxima llegada del amigo español, vio con tristeza que su vida peligraba, pues ya no era fiador de la de Hernando Pizarro.

Efectivamente, Hernando entró a Cajamarca el 14 de abril de 1533. En Pachacamac—donde su visita al templo coincidió con un sismo—había sacado oro y plata del santuario por valor de 80.000 pesos. De regreso, subiendo para Jauja, los caballos necesitaron herrajes, y por no haber hierro disponible se tuvo que hacer herraduras de plata: ¡Lujo de este calibre, ni el rey Francisco de Francia! Una vez en Jauja hallaron 35.000 quiteños, y a su frente Calcuchímac, general “temido en toda la tierra” y muy fiel al Inca Atahualpa. No atacó a los cristianos, pero tampoco les dio muestras de amistad. Sin embargo, parlamentó con Hernando y sólo con la promesa de poder ver al Inca prisionero aceptó seguirlo a Cajamarca: ahora lo tenía consigo y el quiteño quería que lo anunciaran a Atahualpa.

Los carceleros notificaron al Inca de que había venido a verlo su máspreciado militar, y Atahualpa accedió a la visita. Cuando se contestó a Calcuchímac que se alistara para ver a su soberano, el quiteño comenzó por descalzarse, y luego, quitando a un indio que lo acompañaba el bulto de piedras que traía, se lo puso en las espaldas. Otros capitanes quiteños que escoltaban a Calcuchímac hicieron lo mismo. Cuando todos estuvieron cargados, entraron donde su señor.

Atahualpa recibió a su bravo general sentado en su *duho* de madera colorada. Los quiteños, curvados por la carga que llevaban anudada al pecho, levantaron los brazos en señal de saludo al tiempo que Calcuchímac daba en voz alta gracias al Sol por haberle permitido ver al Inca. Luego se acercó a Atahualpa con mucho acatamiento y le besó el rostro, las manos y los pies. Sin embargo, ante el rendido saludo de su general, Atahualpa “mostró tanta magestad, que con no tener en todos sus reynos a quien tanto quisiese, no le miró a la cara ni hizo más caso del que hiciera del más triste indio que tenía”. Los guardias españoles, sorprendidos, se miraron entre ellos. Todavía pasó un rato, y sólo entonces, sin siquiera mirarlo, con tono grave le dijo: “Seas bienvenido..., Challicuchima.”

Poco después de la llegada de Almagro y el regreso de Hernando Pizarro sucedió algo importante: el Gobernador ordenó la fun-

dición del oro. Atahualpa creyó indignado que Pizarro lo hacía para luego pretextar que él no había cumplido su promesa de llenar los aposentos con metal precioso, y entonces poderlo matar. Sin embargo, Pizarro actuó atendiendo a muchas cosas menos a la posibilidad de matar a Atahualpa. El principio de esta fundición fue la visita que a Pizarro hicieron los maestros de los navíos surtos en el litoral de San Miguel. Vinieron a decirle que no podían esperar más—como el Gobernador les había ordenado—, pues los cascos de las naves estaban carcomidos por “la broma” y las embarcaciones corrían el riesgo de hundirse. Otro motivo era que aquel mar no lo conocían y temían en los días sucesivos, con el cambio de estación, tener las corrientes en contra y los vientos muertos; además, la tardanza podía interpretarse en Panamá como naufragio, y los bienes de los tripulantes serían rematados en pública almoneda por creérseles difuntos. Rogaban, pues, los maestros al Gobernador se sirviera devolverles las velas quitadas por orden suya a los navíos y darles el permiso de salida. Esto fue lo que aparentemente decidió la fundición del oro; pero existió en realidad otro motivo mayor, auspiciado por los Oficiales Reales venidos de San Miguel: el Emperador tenía guerras y, por tanto, gastos que sufragar. El Rey de Francia había dejado de ser un peligro, pero ahora Solimán II era el terror de la Cristiandad. Si no se enviaba con presteza oro al Emperador con los navíos surtos en San Miguel, ya no podría socorrerse a la Corona hasta pasado mucho tiempo. Por estos motivos y no por acelerar el reparto de un tesoro que ambicionaba hacía meses, fue que el Gobernador ordenó principiarse la fundición el 13 de mayo de 1533, dos días antes de San Isidro Labrador.

Atahualpa, mientras tanto, pasaba días amarguísimos. Todos sus planes se habían derrumbado y entendía que los cristianos lo culpaban de la muerte de Huáscar, de Maita Yupanqui y de Huamán Tito. Si los españoles descubriesen que ese cráneo convertido en vaso en el que bebía *sora* era el cráneo de otro hermano suyo, sin duda tendrían más motivos para culparlo. Todo se había confabulado contra su persona: primero, la llegada de Almagro con un refuerzo de 200 hombres y 50 caballos; luego, la prisión de Calcuchímac, al que Hernando Pizarro hizo creer que su señor lo llamaba y hasta le prometió una entrevista... Calcuchímac estaba ahora preso, medio quemado por el tormento que le habían dado los españoles, que preguntaban por el tesoro de Huás-

car, y no se podía contar con él. Quisquis seguía en el Cusco y tenía órdenes de recoger al ejército de Calcuchímac, pero estaba demasiado lejos y tampoco se podía contar con él; Rumiñahui terminó fugando a Quito, posiblemente instigado por sus personales ambiciones, pues no había vuelto a dar cuenta de su persona... ¡Y pensar que alguna vez pretendió él hacer venir a estos tres generales para que rodearan Cajamarca, exigieran su libertad y luego aniquilaran a los cristianos para siempre! Aquello ahora resultaba un sueño; todo parecía encaminarse a su final. Seis meses habían transcurrido desde que prometió el rescate de oro y plata a Pizarro y—a pesar de que creyó que bastarían cuarenta días—no lo había podido reunir. El Gobernador se cansó de esperar, estaba claro, y mandó hacer la fundición. Todo, absolutamente todo, andaba mal: los carceleros ya no eran tan amables, Almagro lo miraba peor, los Oficiales Reales lo odiaban y el fraile no hacía sino amenazarlo con las llamas del infierno cada vez que se enteraba que había vuelto a dormir con sus hermanas. El Gobernador Pizarro era hombre de buen corazón, no en vano le había permitido alargar el plazo para la entrega del oro; pero por ser el jefe de los barbudos, no siempre era fácil de convencer. Más accesibles se mostraban Hernando Pizarro y Hernando de Soto, acaso porque presumían de competir con su amistad. Los demás, como Francisco de Fuentes, Pedro de Mendoza, Pedro Cataño y algún otro, eran de buen corazón, pero nada influyentes.

El 23 de abril habían regresado Pedro de Zárate, uno de los tres soldados que fueron al Cusco, y el 13 del mes siguiente lo hicieron Moguer y Bueno. Volvieron en literas y con ciento noventa indios cargados de oro y plata. A pesar de que lo juraban, los cristianos no querían creer lo que aquellos tres contaban: los cusqueños los habían recibido como hijos del dios Huiracocha y a su paso, poniéndose en cuclillas, se arrancaban y soplaban cejas y pestañas a modo de adoración. Los aposentaron en el Acllahuasi o Casa de las Vírgenes del Sol—donde las *acllas* los atendieron reverentemente—y luego les mostraron el templo solar o Coricancha. Este templo era imposible de describir. Estaba forrado con planchas de oro y tenía macizas imágenes de metal riquísimo. Los tres soldados las mandaron desclavar, mas por ser tanto oro, tuvieron que dejarlas en un pozo y sólo pudieron traer algunas muestras. Por lo demás, el Cusco no lo habían conocido todo, pero

entendían que era una gran ciudad de calles rectas y plazas llenas de templos y palacios. Había también puentes y jardines, asimismo, gran cantidad de edificios de piedra. La ciudad estaba guardada por Quisquis, lugarteniente de Atahualpa, quien tiranizaba a los cusqueños haciéndoles coger vivos los pájaros del campo que él luego se daba el gusto de volver a soltar, divirtiéndose con el trabajo inútil de los sojuzgados. De todo lo que vieron del Cusco guardaban gran recuerdo, como de “grandeza no vista ni entendida por las gentes en ninguno de los siglos pasados”, pero, sobre todo, de las Vírgenes del Sol... vírgenes, claro está, que habían dejado de serlo a raíz de su visita... Y los tres estúpidos reían sin tener cuando acabar.

Pizarro entendió que Pedro de Zárata había tomado posesión del Cusco en nombre del Emperador y eso, junto con las noticias del mucho oro, lo alegraron bastante. Dicen que a partir de entonces el Gobernador habló de salir de Cajamarca y marchar sobre la sagrada capital del Imperio.

Contrastando con la hilaridad de los tres soldados y con la alegría del Gobernador, Atahualpa pasaba los días consumido por la duda. No había llegado a llenar los aposentos de oro y plata como prometió, pero Pizarro—ante la necesidad de empezar la fundición—dejó en claro por voz de pregonero que el Inca había cumplido su palabra y que, por tanto, cesaba su obligación. El Gobernador se había comportado con una altura inesperada, aunque la verdad es que sobre su ansiada libertad no dijo una palabra. Cuando directamente le preguntó sobre ello, Pizarro se limitó a contestarle que por el momento era imposible, que su prisión se prolongaba por tiempo indefinido y que ello se debía a una razón militar. Por eso, sentado en su *duho* de madera roja y envuelto en su manto de vicuña, Atahualpa, silencioso, tenía clavados los ojos en el suelo. En la penumbra de la habitación de piedra, su figura quieta parecía esperar la muerte...

De repente, los soldados de la plaza se agitaron y empezaron a dar voces que él no podía entender; posiblemente, creyó, reñían por mujeres. Sin embargo, transcurrido el primer momento, los carceleros vinieron a buscarlo para decirle que se asomara a la ventana, pues algo raro estaba ocurriendo en el cielo. Atahualpa se puso de pie, se acercó a los barrotes y al mirar hacia las estrellas se le demudó el rostro: un cometa cruzaba el firmamento, un cometa del color de la sangre... El Inca bajó

la cabeza y se puso muy triste. Preguntado por sus carceleros que por qué estaba de ese modo, les contestó "que una cosa semejante se había visto en el cielo poco antes de la muerte de su padre Huayna Cápac". Y volviendo a su *duho* de madera colorada en la penumbra de la habitación de piedra, tornó a quedarse quieto, sin duda, para repetir: "morir tengo".

FELIPILLO DE TUMBES

Si hubo algo que terminó de amargarle la vida al abatido Atahualpa en esos días, fue la torpe historia de amor que protagonizó en Cajamarca el intérprete Felipillo de Tumbes.

Todo empezó en los días que siguieron a la prisión del Inca. Luego de la captura de Atahualpa, los soldados mozos se entregaron a todo género de libertinaje con las cautivas. Vencedores al fin y al cabo, se sentían con derecho a las mujeres del vencido. Se dice que fray Vicente intervino para "que ningún cristiano, de cualquier calidad, estado y condición que fuese, tuviese amistad deshonesta con ninguna india", pero los desvergonzados mancebos hicieron poco caso del fraile y continuaron en sus relaciones con "las hijas de los grandes señores y curacas", todas las cuales "eran muy hermosas y bien dispuestas". En otras palabras, aquellos mancebos hicieron a las indias sus mancebas... El ejemplo cundió entre los negros guineos y los indios nicaraguas—todos los cuales habían sido valiosos auxiliares en la guerra—terminando este ciclo de lujuria con los únicos que hasta entonces no lo habían padecido: los intérpretes tallanes. Entonces los lenguaraces, que también se sintieron vencedores, tomaron para sí algunas cautivas y Felipillo, el muchacho ladino, reconociendo a las mujeres presas, escogió para sí a una parienta del Inca.

Este Felipillo, tiempo es de decirlo, tenía una personalidad tenebrosa. Capturado por el piloto Ruiz en la balsa tumbesina y entregado al Gobernador Pizarro, éste lo llevó consigo a España, conociendo entonces Sevilla, Toledo y Trujillo de Extremadura. En esta última ciudad cayó simpático a los vecinos y engreído con el favor de los soldados trujillanos que luego embarcaron al Perú, llegó a creerse el mejor intérprete de la Mar del Sur. Mas vuelto a su tierra tallana, su prestigio empezó a languidecer a partir del pueblo de Poechos. Era que Maizavilca, el señor de la región,

obsequió al Gobernador un sobrino y el indiezuelo aprendió más que pronto el castellano. El nuevo intérprete se llamó Martín Pizarro—por concesión especial del Gobernador—y contó desde entonces con la protección de Hernando Pizarro, quien lo hizo su servidor particular. De este modo “Don Martín”, como lo llamaban burlescamente los conquistadores, o Martinillo, como cariñosamente lo nombraron después, desplazó para siempre a Felipillo. Parece que a partir de entonces hubo algo así como una rivalidad entre ambos indios lenguas, pero a la postre—por su trato sincero y buena voluntad—Martinillo de Poechos derrotó a Felipillo de Tumbes. Por otra parte, este indio era en extremo rencoroso y odiando a Atahualpa por ser el arrasador del país de los tallanes, cuando ocurrió el reparto de mujeres tomó para sí una india principal (las que tocaron a Martinillo debieron ser cautivas comunes) que después se descubría era hermana del Inca. Por esto, trató de humillar a Atahualpa haciendo gala de dormir todas las noches con una hermana del Señor de las Cuatro Partes del Mundo. Ante los demás indios eso lo hacía importante, pero a los soldados españoles aquello les daba igual; todavía no habían descubierto cuáles eran o no las hermanas del Inca, todavía no soñaban con casarse con princesas. Mas Felipillo de Tumbes no pensaba así y por no pensar así, precisamente, el perverso se hinchaba de satisfacción imaginando el dolor que con aquello iba a causar al Inca.

El intérprete salió con su propósito, porque en breve se enteró Atahualpa de lo que ocurría y enviando llamar a Pizarro, se le quejó amargamente, “diciendo que sentía más aquel desacato que su prisión” por ser Felipillo “un indio tan bajo” y su hermana una señora de la casta de los Incas. Se dolía también el soberano de que el tallán “le tuviese a tan poco y le hiciese tan gran afrenta”. Diera gracias aquel manchador del imperial linaje que esos días eran de anarquía porque de otro modo era la pena de la hoguera la encargada de purgar el sacrilegio... El Gobernador comprendió la gravedad del hecho y saliendo de allí mandó buscar a Felipillo. Una vez delante suyo le exigió que devolviese la princesa, pero el lenguaraz se resistió gran rato. Parece que Pizarro lo amenazó entonces con entregarlo al Inca y sólo así, no sin antes oponer mil pretextos dilatorios, consintió en devolverla.

Lo cierto es que esa noche, cuando Pizarro volvió a su posada, encontró allí a la princesa. Entonces el buen viejo—acaso por

primera vez en su vida—sintió latir su corazón ante esa hermana del Inca. Era una muchacha, casi una niña, pero de una hermosura rarísima. Tendría el pelo muy negro y la piel tersa, posiblemente sonrosada y blanquecina. Sus bellos ojos almendrados hablarían con mirada dócil, ingenua, cristalina... Y el buen viejo del Gobernador, sin duda ganado por lo que parecía un ser celeste, le dio el celeste nombre de Angelina.

Pero Felipillo no quedó tranquilo con la entrega de esa hermana de Atahualpa, el monarca que llamaba "perros" a todos los indios tallanes. Conocedor de la opinión en que le tenía el Inca y para evitarse el castigo que, de liberarse Atahualpa tendría él que sufrir, buscó la venganza definitiva y dura. El principio fue echar a correr la voz de que Atahualpa preparaba un gran levantamiento, un levantamiento general de los indios del Tahuantinsuyo destinado a terminar con los cristianos. La noticia halló acogida en los soldados, especialmente en los venidos con Almagro, quienes comenzaron a mirar muy mal al Inca, acusándolo de malagradecido, hipócrita y traidor. Almagro, en cuanto supo que Atahualpa era protegido de Hernando Pizarro, se mostró partidario de su ajusticiamiento. Todavía no podía olvidar el gran desaire que le había hecho Hernando cuando al volver de Pachacamac no le contestó el saludo. La postura de Almagro arrastró al Tesorero Riquelme a opinar igual que él, sumándoseles pronto el Veedor García de Salcedo y el Contador Antonio Navarro. Nunca se supo de qué medios se valió Riquelme para convencer a sus dos compañeros, pero intrigante por naturaleza, el sevillano logró su cometido y continuó ganando adeptos. A su vez fray Vicente—que no lograba entender que el indio pecador siguiese ayuntándose con sus hermanas—señaló que el regicida por tres veces fratricida no merecía vivir. Su opinión fue mal ejemplo para algunos indecisos, pero no para Hernando Pizarro, que consideró punto de honra el no abandonar al Inca a la voluntad de Almagro; ni para Hernando de Soto, que quería salvar al prisionero disponiéndole un viaje para España. Este Soto tenía comprada la voluntad de toda su capitanía y no había uno solo de sus jinetes que pensara distinto a él. Más aún, algunos mancebos de su tropa hablaban que el Gobernador estaba detrás de todo esto y que no opinaba abiertamente por que ya tenía decidida la muerte de Atahualpa.

Lo único cierto era que Francisco Pizarro callaba. Entendía que Atahualpa no era culpable de todo, pero la mala voluntad

de la soldadesca crecía como una dañosa obsesión. Para tranquilizar un tanto a los movidos, dispuso que algunos fueran a visitar a Calcuchímac que preso atendía a la cicatrización de sus llagas y le preguntasen qué había de cierto en las noticias de la rebelión. Los soldados se apersonaron entonces a la celda del general quiteño y lo interrogaron, pero la respuesta que ofreció fue tergiversada por Felipillo, el traductor, y los soldados salieron maldiciéndolo. En resumidas cuentas, no sacaron nada claro, pero se inclinaron a lo peor: el levantamiento general era inminente.

A estas alturas, los quechuas que se habían quedado para servir a los cristianos (a los cuales debían los españoles su manutención por ser ellos los que gustosos seguían trayendo las comidas) empezaron a ocuparse también del alzamiento. Nadie vio en esto una maniobra para vengar a Huáscar, sino la confirmación de una evidencia: ahora eran los propios indios los que estaban convencidos de un peligro armado. Señalaban a Quito como centro de acuartelamiento de treinta mil caribes dispuestos a morir por recuperar a Atahualpa, siendo otros puntos de reclutamiento Caxas, Huancabamba, Huamachuco, lugares donde el Inca tenía ya enorme cantidad de tropas. Hernando Pizarro y Hernando de Soto hablaron muchas veces con el Inca y volvieron protestando su inocencia; pero, al poco tiempo, ambos capitanes fueron señalados por su ingenuidad. Ellos creerían en el Inca, mas ¿quién les creía a ellos?

Pronto Hernando Pizarro tendría que abandonar la defensa del Inca. El Gobernador, apreciando que él mejor que nadie haría al Emperador ciertas peticiones, le encomendó llevar a España el quinto real. Esta quinta parte del botín de Cajamarca sumaba 100.000 pesos de oro y 5.000 marcos de plata.

EL REPARTO DEL TESORO

Habiendo sucedido todo lo ya dicho, el Gobernador halló prudente iniciar el reparto del botín. Para ello anunció su propósito con un bando el 17 de junio de 1533. Por tal documento dijo que: "por cuanto en la prisión y desbarato que del Cacique Atahualpa y de su gente se hizo en este dicho pueblo, se obo algún oro, y después que el dicho Cacique prometió y mandó a los cristianos españoles que se hallaron en su prisión cierta can-

tividad de oro, la cual cantidad se halló y dijo sería un buhio lleno y diez mil tejuelos, y mucha plata que él tenía y poseía, y sus capitanes en su nombre que habían tomado en la guerra y entrada del Cuzco, y en la conquista de la tierra por muchas causas que declaró... de lo cual conviene hacer repartición y repartimiento... entre las personas que se hallaron en la prisión del dicho Cacique... para que con brevedad su señoría con los españoles se despache y parta de este pueblo para ir a poblar y pacificar la tierra adelante... el dicho Señor Gobernador... manda que todos los provechos y frutos y otras cosas que en la tierra se hallaren y ganaren, lo dé y reparta entre las personas conquistadores... según y como... cada uno mereciese por su persona y trabajo”.

En efecto, al día siguiente—18 de junio de 1533—el Gobernador presidió el reparto del tesoro. Antes apartó los quintos reales, que puso en manos de los Oficiales del Rey. Luego acudieron los soldados y el escribano se preparó a leer la larga lista de jinetes y hombres de a pie. Era la primera vez en la historia que unos pocos españoles cobraban tanto oro. Establecido el silencio, el actuario Pedro Sancho de la Hoz dio principio a la lectura del documento. La lista empezó contemplando a la Iglesia naciente del Perú, con sede episcopal en Tumbes, a la que se le dió 2.220 pesos de oro y 90 marcos de plata. En segundo lugar se leyó el nombre del señor Gobernador, a quien se señalaron 57.220 pesos de oro y 2.350 marcos de plata “por su persona y a los lenguas y caballo”. A Hernando Pizarro le tocaron 31.080 pesos y 1.267 marcos; a Hernando de Soto 17.740 pesos y 724 marcos; al clérigo Juan de Sosa, vicario del ejército, 7.770 pesos y 310,6 marcos; a Juan Pizarro 11.100 pesos y 407,2 marcos; a Pedro de Candia 9.909 pesos y 407,2 marcos; a Gonzalo Pizarro 9.909 pesos y 384,5 marcos; y a Sebastián de Belalcázar 9.909 pesos y 407,2 marcos.

Luego de éstos, que eran los principales, vino la paga de los jinetes. Sumó 610.131 pesos de oro y 25.798,6 marcos de plata. Siguió la de los infantes por un monto de 360.994 pesos de oro y 15.061,7 marcos de plata. Promediando, la mayoría de los encabalgados alcanzó 8.880 pesos y 362 marcos; los infantes 4.440 pesos y 181 marcos. Algunos más y otros menos, pero todos rondaron estas sumas.

No se contentó el Gobernador con premiar sólo a los capturadores del Inca, sino que acordándose de los vecinos y dolientes que quedaron en la ciudad de San Miguel, separó 15.000 pesos de

buen oro para repartirlo después entre tales personas. Por último, en un gesto generoso para los que llegaron tarde, separó otros 20.000 pesos para los hombres de Almagro “para ayuda de pagar sus deudas y fletes, y suplir algunas necesidades que traían”.

Después de este reparto, destinado a revolucionar la economía europea, todos quedaron en paz. Los soldados aquellos a quienes la milicia indiana cobijó bajo el manto común de la pobreza, parecían despedirse de los malos tiempos para iniciar una vida mejor. Ahora todos eran ricos, se habían acabado los pobres gracias al éxito de la empresa. Y los satisfechos soldados, con sus criados cargados de metal precioso, se alejaron lentamente a sus moradas eventuales. Tenían tanto oro que ya les molestaba: los deudores querían pagar, los acreedores no admitían la cancelación: más oro ¿para qué?; en Panamá se iban a pagar las deudas... Y todos se alejaban del lugar del reparto pudiendo decir del Gobernador don Francisco lo que los hombres del Cid:

“¡Dios, qué bien pagó a todos sus vasallos, a los peones e a los encavalgados!”

EL REQUERIMIENTO DE CATAÑO

Pasada la alegría de la paga, las murmuraciones se tornaron a encender. Por prudencia se redobló entonces el número de centinelas y, otra vez, como en las noches de angustia, las rondas comenzaron a recorrer Cajamarca. Sin embargo, las tropas salidas para liberar al Inca no hacían su aparición. Pizarro seguía rechazando las medidas extremas y, según el pensamiento de la hueste, la cosa se ponía peor: ahora pensaba enviar a Hernando de Soto con sus jinetes a correr Huamachuco. ¡Vaya ganas de perder el tiempo que tenía el Gobernador!

Así las cosas, llegó a Cajamarca un príncipe de sangre, hijo del Inca Huaina Cápac. Se llamaba Túpac Huallpa, había sido seguidor de Huáscar y era, por tanto, enemigo de Atahualpa. Entró encubiertamente, al parecer de noche, y pidiendo hablar con Pizarro le dio los peores informes de Atahualpa, a quien calificó de rey intruso y forastero. No obstante, Túpac Huallpa no venía al Gobernador para presentarse como una víctima de los quiteños,

sino a ser reconocido como el más inmediato sucesor al trono de Huáscar. Pizarro conversó mucho con él, especialmente de la guerra fratricida y las matanzas de los príncipes cusqueños. Informado de todo lo ocurrido, invitó al visitante a quedarse en Cajamarca. Túpac Huallpa aceptó el ofrecimiento, pero con la condición de que no se publicara la noticia de su presencia en la ciudad; es decir, el príncipe temía por su vida y quería preservarla de Atahualpa. Entonces el Gobernador le brindó la seguridad de su morada, haciéndolo dormir en su propio aposento.

Túpac Huallpa no debió quedar muy inactivo en la morada del Gobernador, porque—sospechosamente—coincidió con su llegada el resurgimiento de las noticias alarmistas. Los indios de Cajamarca (que siempre habían sido partidarios de Huáscar) fueron los encargados de revivir el miedo de los españoles, tarea en la que fueron secundados por los criados huascaristas cautivados al siguiente día de ser preso Atahualpa. Lo cierto es que “el Gobernador fue advertido por los indios de la ciudad de Caxamalca” de que “Atabalica se proponía matar a todos los cristianos” y que para ello, en los montes vecinos, “había apostado cuatro mil indios Gaudules, todos gente de guerra”.

Los cristianos triplicaron sus centinelas y rondas, pero lejos de sentirse más seguros, las terribles nuevas—que siempre traducía Felipillo—no los dejaba dormir. A tal punto llegó la guerra de nervios que Cristóbal de Mena no tuvo reparo en escribir: “el señor Gobernador y todos los que con él quedamos nos víamos cada día en mucho trabajo: porque aquel traydor de Atabalipa hazía continuamente venir gente sobre nosotros: y venían: y no osaban allegar”. Esta última frase prueba la zozobra española de esos días. Las tropas indias se veían, eran una realidad. Por otra parte nos descubre que ya no estaba tan confiado el señor Gobernador.

La campaña contra el Inca siguió en aumento y “comenzose a decir y a certificar entre los indios que él mandaba venir gran multitud de gente”. Los soldados se inquietaron más que nunca: ninguno quería que hicieran de su cráneo un vaso, y un tambor con su pellejo... La nueva cundió tanto, que Pizarro se vio precisado a levantar una “información de muchos señores de la tierra”. Cuando los curacas fueron preguntados por el peligro armado que se cernía sobre Cajamarca, “todos a una dijeron que era verdad”, añadiendo que Atahualpa pensaba lanzar a sus quiteños contra los españoles “y que estaba toda la gente en cierta provincia ayun-

tada, que ya venía de camino..." El Gobernador, ante la gravedad de tales declaraciones, ordenó algo que tenía pensado de antemano: que Soto y sus jinetes fueran a explorar la tierra de Huamachuco. Pero los hombres de Almagro ganaron a muchos de los de Pizarro y al unísono pidieron que "no convenía que Atabalipa viviese porque si se soltaba Su Magestad perdería la tierra y todos los españoles serían muertos". Ante opinión tan generalizada, el Gobernador titubeó. A partir de la duda muchos comentaron que Pizarro otorgaría de un momento a otro el permiso de muerte. Entonces fue que se dio un episodio hasta hoy desconocido: el requerimiento de Pedro Cataño.

Hidalgo de Sevilla y descendiente de una familia de banqueros genoveses, era Cataño el segundo de Hernando de Soto y uno de los pocos de su capitania que había quedado en Cajamarca. Hasta entonces Soto—sinceramente, según unos, por rivalizar con Hernando Pizarro, según otros—se había convertido en defensor del Inca y pugnaba por probar su inocencia para luego remitirlo a España. Por Soto, a la sazón, estaba en Huamachuco. Por eso es que los pocos hombres que dejó en Cajamarca quedaron a las órdenes de Cataño y éste, en representación de su capitán, requirió a Francisco Pizarro para frustrarle su propósito aparente de matar al Inca. Lo censurable fue que el requerimiento lo hizo en público y en tono tan alto que sonó insolente. De ese modo su gesto, sin ninguna duda noble, dejó la impresión de haber sido un faltamiento de palabra.

Pizarro—gran conocedor de la animosidad de los mancebos—se limitó a escuchar a Cataño, pero oída la última palabra ordenó allí mismo su prisión. Cargado de cadenas y pálido de ira, el mozo fue introducido en la celda. La oscuridad se encargaría de frenarle el ánimo y darle mayor reflexión. Allí lo fue a ver Diego de Almagro, quien le aconsejó que depusiera su actitud y amistase con el Gobernador, mas el indignado Cataño se negó a hacerlo. Pizarro—que en el fondo temía un informe equívoco de Cataño a la Corona—trató entonces de atraerlo; para comenzar su intento le concedió libertad, y estando Cataño en su posada lo llamó. Cataño acudió con presteza a la morada del caudillo, dispuesto a ventilar los hechos, pero apenas pisó el umbral, Pizarro salió a recibirlo acompañado por Almagro. Ambos jefes ya habían platicado y esa noche lo invitaban a cenar; mejor dicho, fue Pizarro quien lo invitó diciéndole: "por mi vida, que comeys acá conmigo e con don diego

de almagro". De este modo quedó Cataño desarmado y habiendo perdido toda su animosidad se limitó a contestar resignadamente: "por demás es estar henojado con Vuestra Señoría". Por toda respuesta Pizarro le dio una palmada y le dijo: "cená e alegraos porque todo lo que quisiéredes se hará". Cataño comprendió que la frase no era sólo un cumplido y contestó muy reconocido: "que vesava las manos de Su Señoría por la merzed que le hazía".

Llegó la hora de la cena y transcurrió de buen ánimo, pero estando ya en lo último de ella el Gobernador habló de la prisión del Inca y—desviándose a otro punto—dijo entonces a Cataño: "que no havía con qué le pagase el Rey el seruicio que aquel día le havía fecho ni él en su nombre en el descanso e bien que le auía fecho en quitar en que no ubiese quemado Al dicho Atabalipa, con el Requerimiento". Y Cataño, entre emocionado y agradecido, le contestó con toda la espontaneidad de su alma: "que en nombre de todos los conquistadores le vesava las manos de Su Señoría por... lo auer así fecho, e que Su Señoría sabía bien lo que auía hecho porque tenya mucha espiencia en cosas de yndios". Entonces Pizarro—que sin duda hablaba sinceramente, aunque apuntaba a otro objetivo—se llevó la mano al pecho y jurando por el hábito de Santiago que llevaba, prometió no matar al Inca "hasta tanto que viesse que un solo cristiano no podría escapar". Cataño se levantó de su asiento y agradecido corrió a besarle la mano, pero el Gobernador se lo impidió y dándole una palmada en el hombro lo invitó a echar una partida de naipes con Almagro. Esta cena, tan ignorada como histórica, hubiera pasado a la celebridad de no haber interrumpido sudoroso la partida el vizcaíno Pedro de Anades quien traía de la mano, casi a rastras, un indio de Nicaragua. Los comensales pararon el juego y quedaron en suspenso, lo que aprovechó el vizcaíno para explicar que irrumpía tan violentamente porque aquel indio había estado a tres leguas de Cajamarca y descubierto muchísimos guerreros que venían a liberar al Inca. Preguntado el indio por Pizarro sobre si Anades había dicho la verdad, el esclavo contestó que sí, añadiendo a su afirmación otros detalles. El Gobernador se puso cabizbajo. Hubo un silencio imponente. Pizarro daba la impresión de que pensaba, pero nada concluía... Entonces Almagro no pudo más y gritando a su indeciso compañero le increpó indignado: "¿Permite Aquy, Vuestra Señoría, por amor de Cataño, que muramos todos?" Pizarro no le contestó, pero poniéndose de pie salió de la habitación

como convencido de que ya no lo obligaba el juramento: ahora todos, absolutamente todos los cristianos, corrían el riesgo de morir. Luego salió Almagro y detrás los pocos que estaban en la habitación. Al quedarse solo en la vasta sala de juego, mudo y pesadoso, Pedro Cataño comprendió que había perdido la partida.

LA MUERTE DE ATAHUALPA

Muy poco tiempo después, acaso al atardecer del siguiente día, Atahualpa—luego de un consejo de guerra que lo juzgó toda la noche—era notificado por el escribano Pedro Sancho, que había sido condenado a muerte. El monarca no quiso creer lo que escuchaba; por dudar lo que entendía exigió exactas traducciones de las palabras de su condena. Después de entenderlas todas ellas, sospechó que había llegado su final: lo condenaban a muerte por haber asesinado a Huáscar, Inca legítimo del Tahuantinsuyo; por haber aniquilado a la panaca imperial; por practicar vicios repugnantes como era el dormir con sus hermanas, y, sobre todo, por haber engañado a los españoles prometiéndoles falsas paces, cuando en realidad buscaba acabar con todos ellos mediante un acto de traición. Por todo eso había sido condenado a muerte, correspondiéndole, como a idólatra pertinaz, la pena de la hoguera.

Atahualpa no aceptó ninguna de estas acusaciones, sin embargo, el escribano hizo firmar a dos testigos y cerrando el pliego se marchó. A los pocos que quedaron en la habitación pidió Atahualpa que viniera el Gobernador para sostener una entrevista, mas Pizarro se negó a ella. Batallando por salvar la vida, mandó decir que prometía más galpones de oro, que nunca había pensado hacer traición a los cristianos, que los incas no mentían. Pero el malvado Felipillo—que había servido de intérprete en el juicio—tradujo todo de mal arte y poco de esto se entendió. Además (explicaría el tallán perverso a los soldados), los incas no acostumbraban mentir, pero Atahualpa jamás había sido inca...

Luego hubo voces ordenando y caballos llevados a ensillar. Se sintió el paso presuroso de los rodeleros y el entrechocar de los hierros de las lanzas: era que los cristianos formaban en la plaza para presenciar la ejecución. Acudían armados no por cumplir con el ceremonial cruento, sino porque debían tomar muchas pre-

cauciones, ya que el ejército del Inca estaba a tres o cuatro leguas de distancia. Otros dos indios habían confirmado la noticia y la prudencia aconsejaba prevenir cualquier agresión de los quitiños.

A eso de las siete de la noche Atahualpa fue sacado de la celda; avanzando con pocos españoles a su lado se dirigió al centro de la plaza. Por todas partes había cristianos a caballo y a pie empuñando sus armas, las que lanzaban destellos heridas por la luz de las antorchas.

El grupo que escoltaba al condenado a muerte estaba formado, en primer lugar, por fray Vicente, quien le iba predicando las últimas verdades de la fe, las cuales traducía el pecador de Feli-pillo. Destacaba también en este grupo el Tesorero Riquelme, el capitán Juan de Salcedo y el Alcalde Mayor Juan de Porras. Atahualpa avanzaba con la serenidad de un guerrero indio, las manos atadas a la espalda y en el cuello una cadena. Durante todo el recorrido no cesaba de preguntar: "¿Por qué me matan a mí? ¿A mí por qué me matan?" Después de preguntar esto muchas veces calló el fraile y, dirigiéndose al prisionero, juntamente con Riquelme, ambos le contestaron: "que por que venya gente de guerra suya." Atahualpa puso cara de asombro y de indignación, pero luego, recuperándose, dijo: "e si verdad fuere en vuestro poder me teneys y hazed justizia de my, porque ya sabeys que esta tierra donde estoy no es mya syno que la he conquistado A pura guerra e les he hecho tal maltratamiento que a sus mugeres e hijos les he muerto y esos que ay son, son mis henemigos mortales que ninguno Ay dellos que me desee la muerte, sabeldo e certificaos bien de lo que digo e sy lo hazeys porque yo vos dé oro e plata e meterme myedo para ello..., pedir lo que quisiéredes que ya sabeys que soy hombre de verdad e os daré todo lo que pidiéredes." Pero el fraile y el tesorero, dándole a entender que ya no había esperanza, le contestaron: "no te cures deso que todavía as de morir." Atahualpa, que sin duda creyó hasta ese momento que todo podía ser pantomima, interrogó extrañadísimo: "¡¿Que todavía he de morir?!" Fray Vicente y Riquelme le contestaron que sí y sólo entonces el desdichado comprendió que lo de la muerte era cierto. El fraile continuó sus prédicas persuasivas y prosiguió marchando el cortejo.

Por fin llegaron todos al centro de la plaza. Allí habían hincado un grueso tronco en el suelo; Atahualpa fue puesto de espaldas a

él y luego atado fuertemente. Algunos españoles arrimaron a sus pies haces de leña, luego los soldados pidieron una antorcha. El Inca la observó llegar. Entendiendo que lo iban a matar a fuego, dirigió al fraile una última pregunta: “que los cristianos quando morían que a donde yuan?” Fray Vicente le respondió “que al cielo”. Insistió Atahualpa en aclarar: “¿E nosotros dónde?” Se le contestó que los idólatras “al ynfierno”. Porfió todavía el Inca por saber dónde escondían sus muertos los cristianos y se le dijo “que en la yglesia”. Al volver a preguntar por el entierro de los paganos, “dixeronle que fuera de la yglesia”. El Inca reflexionó un instante lo de la sepultura y “dixo que hera mejor lo de los cristianos que no lo suyo, que él quería ser cristiano e le enterrasen en la yglesia”. Todos vieron que al idólatra se le abrían las puertas de la salvación, y fray Vicente, antes que Atahualpa mudara de parecer, se apresuró a bautizarlo. Se le impuso el nombre de Juan; según otros, el de Francisco.

Pizarro, entonces, atendiendo a la conversión del Inca, le conmutó la pena de hoguera por la de garrote. Alguien trajo inmediatamente el maligno instrumento de madera y por sus dos agujeros se deslizó una cuerda. Se hizo meter al Inca la cabeza por entre la soga, de modo que quedara a la altura de su cuello, y se voceó una orden. Algún tambor redobló a la funerala, y el verdugo dio la primera vuelta al torniquete. El Alcalde Porras, representando a la justicia, presenciaba la ejecución. Entonces el fraile cantó las preces de difuntos y todos bajaron las cabezas musitando el Credo. La cuerda se fue hundiendo en la garganta del condenado, su boca se fue abriendo, y sus ojos, horriblemente desorbitados, perdieron toda expresión. La nuca estaba partida: ¡Atahualpa había muerto!

El Alcalde Juan de Porras constataría la defunción y la noticia se comunicó a Pizarro. Para cumplir la primera condena y que no quedara desairada la justicia, se acercó entonces una antorcha a los cabellos del muerto. La negra cabellera comenzó a crepitar y a retorcerse; finalmente se consumió, dejando al descubierto una oreja quebrada. Esa oreja había sido la causa de que Atahualpa fuera el único Inca que usara los cabellos largos. Su vanidad lo perdió, porque de ellos se aferraron los soldados hasta sacarlo de su litera y precipitarlo al suelo...

El cuerpo quedó en la plaza toda la noche. De pie, atado al poste y con la cabeza torcida, el cadáver inspiraba compasión.

A pesar de ello, ningún indio se acercó a retirarlo; unos, por miedo a los españoles; otros, por vilipendio. Mas pintó la aurora y dicen que el gallo—ese gallo que marcaba los cuartos de la noche—cantó. Los indígenas creyeron que lloraba por el Inca muerto y desde entonces llamaron al gallo “hualpa”, por haber sido el último en acordarse de Atahualpa.

El domingo 27 de julio de 1533, vale decir, al día siguiente de la ejecución, se efectuaron los funerales del Inca. El cadáver del ajusticiado monarca se retiró de la picota y con gran ceremonial se le llevó a la iglesia para rezarle los Oficios de Difuntos y darle cristiana sepultura. El Gobernador Pizarro, Almagro y los Oficiales Reales salieron a la puerta del templo a recibir el cuerpo. El Gobernador, por tratarse de los funerales de un rey, estaba de luto y con el sombrero en la mano.

El cadáver se depositó en un catafalco delante del altar mayor y un clérigo almagrista apellidado Morales empezó a cantar los Oficios de rito. En el interior de esa iglesia advocada a San Francisco, los conquistadores rezaban por el alma del muerto. Algunos observaban duramente al Gobernador, otros murmuraban que el viejo soldado había llorado al momento de ordenar la ejecución del Inca: no lo había querido matar, pero había tenido que hacerlo. Y mientras Almagro callaba y los Oficiales Reales lucían rostros muy graves, los soldados—apretujados en el interior de la iglesia—rezaban frente al muerto. La verdad es que “hobieron gran lástima con la muerte deste Señor y muchos derramaban lágrimas, suspirando con gemidos”. Esto, que aparentemente parece exageración del cronista, estaba totalmente de acuerdo con la mentalidad de los conquistadores.

Pero estando así los españoles, en momentos en que el clérigo entonaba los responsos, aconteció algo que impresionó a los concurrentes, especialmente al soldado Miguel de Estete. Es este cronista el que nos dice: “Aquí acaeció la cosa más extraña que se ha visto en el mundo, que yo vi por mis ojos y fue que estando en la iglesia cantando los Oficios de Difuntos a Atabalica, presente el cuerpo, llegaron ciertas señoras, hermanas y mugeres suyas, y otros privados con gran estruendo, tal que impidieron el Oficio y dijeron que les hiciesen aquella huesa muy mayor, porque era costumbre cuando el gran señor moría que todos aquellos que bien le querían se enterrasen vivos con él; a los cuales se les respondió que Atabalica había muerto como cristiano, y como tal

le hacían aquel Oficio, que no se había de hacer lo que ellos pedían, que era muy mal hecho y contra cristiandad; que se fuesen de allí y que no les estorbasen y se le dejasen enterrar; y así se fueron a sus aposentos...” Pero llegados todos a estos aposentos, las hermanas del Inca penetraron en ellos y una vez en su interior se mordieron las muñecas, se desgarraron los pechos y, presas ya de la hemorragia, se ahorcaron con sus cabellos. Otras criadas hicieron lo mismo, suicidándose también muchos varones que pensaban servir en la otra vida a su señor. Y de este modo, unas por seguir a su hermano y marido, todos por continuar al lado del Inca, proliferaron los suicidios de tal manera que para impedirlos tuvo que salir de la iglesia el Gobernador.

“Las cosas que pasaron en estos días—prosigue la crónica de Estete—y los extremos y llantos de la gente son muy largos y prolijos y por eso no se dirán aquí.” Pero la verdad es que, impedidas de matarse otras esposas del Inca, iniciaron grandes lamentaciones que dejaron su huella en el alma del mozuelo Pedro Pizarro. De tales días y episodios cuenta esto: “pues habiéndose ahorcado alguna gente..., quedaron dos hermanas que andaban haciendo grandes llantos con atambores y cantando, contando las hazañas de su marido. Pues aguardaron a que el Marqués (Francisco Pizarro) saliese de su aposento y viniendo donde Atabalipa solía estar, me rogaron las dejase entrar dentro, y entradas que fueron empezaron a llamar a Atabalipa, buscándole por los rincones muy pasito. Pues visto que no les respondía, haciendo un gran llanto se salieron; salidas yo les pregunté que qué buscaban; dijéronme lo que tengo dicho. Yo las desengañé y dije que no volvían los muertos...”

X. LA MARCHA AL CUSCO

TUPAC HUALLPA

En los días sucesivos, los cristianos esperaron vanamente al ejército del Inca. Se pensó que estaría vivaqueando en Huamachuco, luego de haber aniquilado a Soto, a sus jinetes y al lengua Martinillo; pero cuando todos estos regresaron salvos, nadie pudo conjeturar nada sobre el misterioso ejército que se había hecho humo. La solución, sin embargo, parece darla la crónica de Mena. Tenemos que este cronista apunta que las tropas del Inca “venían; y no osaban allegar”; esto es, que se dejaban ver frente a Cajamarca, mas no atacaban. El último cuerpo de ejército descubierto por el indio nicaragua y otros dos espías ni siquiera fue avistado. Pero, por ser el más numeroso de los descritos hasta el momento, se pensó que acudía a liberar al Inca y a poner cerco a Cajamarca—“porque aquel traydor de Atabalipa hazía continuamente venir gente sobre nosotros”—y Pizarro no se sintió comprometido con Cataño; enjuició a Atahualpa y fue condenado a muerte. El Inca juraba no haber ordenado a sus tropas movimiento alguno, y era verdad. Pizarro aseguraba que venía el cuerpo guerrero más numeroso que se conocía, y también era cierto. Desgraciadamente, los dos tenían la razón, ya que el ejército que se aproximaba estaba formado por escuadrones acéfalos—mejor aún, desertores—que habían estado vivaqueando en Jauja. Cautivo

Atahualpa y preso Calcuchímac, aquellos quiteños se negaron a plegarse a Quisquis, y hartos de la hostilidad de los indios naturales, decidieron dar por terminada la guerra, regresando a Quito. Por eso pasaban junto a Cajamarca, “y no osaban allegar”; estaban de paso para su tierra, sin general que los mandara ni medios de poderse comunicar con Atahualpa. Mas los españoles ignoraban los motivos de tal marcha masiva, siendo esto lo que verdaderamente causó la muerte del Inca.

Refieren las crónicas que en estos días, publicada la muerte del Inca, “la gente común y del pueblo se venían donde el dicho gobernador estaba a dar la obediencia a Su Majestad”. Lo cierto es que “de la muerte de este cacique se alegró toda aquella tierra; y no podían creer que era muerto”. Los servidores quechuas de los cristianos fueron los que evidenciaron mayor regocijo, pues “sirbían los yndios de tan buena voluntad a los españoles que yuan por toda la comarca e trayan ovejas e toda la más comyda que hallaban para sus señores”. La alegría era indescriptible y tenían a gran honra el secundar a los conquistadores, pues entendían que ellos eran los que habían vengado a Huáscar.

Aprovechando el entusiasmo de los quechuas y tratando de crear un nuevo Inca que fuera dócil por vivir agradecido, el Gobernador Pizarro hizo aparecer en público al príncipe Túpac Huallpa, “natural señor de aquella tierra: que quedava después de la muerte de su hermano”. La acogida que le dispensaron los indios fue apoteósica, y Pizarro, seguro ya de la respuesta, les preguntó si querían a Túpac por Inca y señor. Los brazos se agitaban, las cabezas se movieron afirmativamente y la multitud de quechuas e indios cajamarcas atronando los espacios gritando: “ari, ari”—que significa sí—, al tiempo que todos sonreían. El Gobernador les prometió hacerlo Inca y así dispuso que la coronación fuera al día siguiente.

Efectivamente, amanecido éste se juntaron nuevamente todos los indios delante de la casa del Gobernador, en cuya parte exterior se había dispuesto un trono, y salido Túpac Huallpa con gran séquito de curacas, se sentó en él. Hubo muchas ceremonias y cumplidos; terminado el solemne protocolo, cada curaca se acercó al nuevo soberano con un plumaje blanco en la mano, entregándoselo luego como señal de acatamiento y vasallaje. Hecho esto, cantaron y bailaron todos, haciendo una gran fiesta; pero mientras Túpac Huallpa no se movía de su asiento. Preguntando

Pizarro la causa de su preocupación, el joven Inca "dijo que era costumbre de sus antepasados cuando tomaban posesión del señorío, hacer duelo por el cacique muerto y pasaban tres días ayunando encerrados en una casa, y después salían fuera con mucha honra y solemnidad y hacían gran fiesta, por lo cual él quería hacer lo mismo y estarse dos días ayunando". El Gobernador contestó que, pues era práctica tan antigua, la guardase y no se viese obligado a continuar aquel ceremonial. Agradeció Túpac Huallpa esta respuesta y marchó a una casa que le habían construido prestamente aquellos indios, donde se entregó a sus rituales y ayunos. Terminados éstos, "salió fuera ricamente vestido y acompañado de mucha gente, caciques y principales que lo guardaban, y adornados todos los lugares donde había de asentarse con cojines de gran precio y puestos bajo los pies paños de corte", se sentó en el rico trono improvisado en medio de estruendosa ovación. A su lado se ubicó su pariente el general Ticzo, y al otro, Calcuchímac, general de Atahualpa, que ahora mostraba placerle la muerte de su antiguo amo, alegando que por culpa suya lo habían sometido al fuego. El quiteño estaba con sus llagas aún abiertas y fingía estar más alegre que todos; había convencido a Túpac Huallpa que le pondría Quito a su disposición, y el soberano aceptó el ofrecimiento.

Se sirvió un banquete a los curacas asistentes "y comieron todos juntos en el suelo, que no usan otra mesa". Terminado el festín—que fue muy rico en músicas y danzas—, el Inca se puso de pie y dijo que quería dar su vasallaje al Emperador don Carlos. Pizarro se acercó para representar al Rey de las Españas, y Túpac, tomando un gran plumaje blanco que sus curacas le habían dado, lo entregó públicamente al señor Gobernador. Este "lo abrazó con mucho amor y lo recibió, diciéndole que cuando quisiera le diría las cosas que tenía que decirle en nombre del Emperador, y quedó concertado entre los dos que se juntarían otra vez para este efecto al día siguiente".

Tal como lo habían dispuesto, Pizarro y Túpac Huallpa concurren a la cita, y lo hicieron luciendo sus mejores galas: el Inca, con la magnificencia de costumbre, y don Francisco—poco amigo de vestir con elegancia—salió "vestido lo mejor que pudo con ropa de seda, acompañado de los oficiales de Su Magestad y de algunos hidalgos de su compañía que asistieron bien vestidos para mayor solemnidad de esta ceremonia de amistad y paz". Al

lado del Gobernador, el Alférez Romero sostenía la bandera de Castilla.

Pizarro habló al Inca y sus curacas de las obligaciones que deberían guardar a la Corona española, y luego—tomando el Gobernador el estandarte—lo “levantó en alto tres veces y les dijo que como vasallos de la Magestad Cesárea debían hacer ellos lo mismo, y al punto lo tomó el cacique (Túpac Huallpa), y después los capitanes y los otros principales, y cada uno lo alzó en alto dos veces: luego fueron a abrazar al Gobernador, el cual los recibió con mucha alegría por ver su pronta voluntad y con cuánto contento habían oído las cosas de Dios y de nuestra religión. El Gobernador quiso que de todo esto se pusiese testimonio por escrito, y acabado, el cacique y los principales hicieron grandes fiestas de manera que todos los días había holgorio y regocijo en juegos y convites que de ordinario se hacían en la casa del Gobernador”. Don Francisco estaba tan satisfecho, que—como vulgarmente se dice—echaba la casa por la ventana.

LA PARTIDA DE CAJAMARCA

Pensando que la tierra estaba quieta y que contaba con el favor de los naturales, Francisco Pizarro se decidió a partir. Eran ya los comienzos de agosto, habían cesado las lluvias y todos tenían ganas de continuar la campaña. El rumbo a tomar sería el sur y el objetivo estaba claro. Sin entrar en pormenores, el jinete Ruiz de Arce explicará: “De aquí nos partimos en demanda del Cusco.”

De Cajamarca salió Pizarro el lunes 11 de agosto de 1533, después del cuarto del alba. Primero, como era usual en tales casos, salió un piquete de caballería a reconocer el camino. Detrás, en su palanquín orlado con plumas azules y coloradas, iba el joven Túpac Huallpa, nuevo Señor de los Cuatro Suyos. El soberano estaba reconocido a los españoles por haber muerto a Atahualpa, y marchaba dispuesto a secundarlos en todo, especialmente en arrojar del país a los de Quito. Viajaba con gran séquito de orejones, todos muy alegres por entender que iban a recuperar el Cusco. Siguiendo el cortejo del Inca venían los barbudos castellanos; avanzaban con paso de camino y con frecuencia volvían la cabeza dando voces a los muchos indios cargueros que transportaban el oro. Estos cargueros eran todos cajamar-

cas y cuando se pidió su colaboración, acudieron tantos voluntariamente, que se tuvo que rechazar a los más. Tales naturales, aunque los conquistadores pusieron poco interés en constatarlo, eran fervientes huascaristas y sirviendo a los cristianos pensaban pagar con gratitud la muerte de Atahualpa. Sin embargo, los españoles casi no los veían así: eran cargueros y bastaba. Y, maliciando deserciones, temerosos de que se fugaran con el oro que portaban, los soldados confiaron la vigilancia de los indios a los negros africanos y piezas de Nicaragua. A pesar de esta seguridad, los peones—con las rodela a la espalda y el espadín en el cinto—marchaban intranquilos, razón por la que volvían la cabeza y daban órdenes. Entre estos peones, más protegido que entre los orejones cusqueños, viajaría Calcuchímac. El quiteño estaba gustoso de haber evadido la venganza de Atahualpa por no haber callado en el tormento; pero todavía le dolían sus heridas. Por eso, sentado sobre unas andas, el astuto general urdía una jugada maestra. Finalmente, cerrarían la retaguardia los jinetes, los bravos hombres de espuelas, haciendo sonar las piedras de la calzada con los herrajes de sus cabalgaduras. Iban muy ufanos y, a usanza de militares, alguno lanzaría un cantar que inmediatamente sería contestado por otros...

Así debió ver Francisco Pizarro ese abigarrado tropel de barbudos castellanos y orejones quechuas, negros de Guinea y esclavos nicaraguas, cargueros cajamarcas, tallanes lenguaraces y yanaconas de los Cuatro Suyos. Todos marchaban unidos por el mismo ideal: tomar el Cusco. Por lo menos, aunque no calara todos sus pensamientos, así los vio don Francisco desde la orilla del camino, montado sobre su caballo y seguido por el jinete Diego de Agüero, hidalgo que ahora llevaba el estandarte por ser su Alférez Mayor.

El primer día se anduvo toda la mañana, y vencidas algunas leguas, el Gobernador determinó pasar la noche junto al río Cajamarca. Aquí acampó toda la gente, previa inspección del lugar por el Maestre de Campo; mas habiéndose dormido los soldados, llegó al Gobernador una mala noticia: Huari Tito, un hermano del nuevo Inca, salido a entender el buen estado de puentes y caminos, había sido muerto por los quiteños.

Al aclarar, la hueste volvió a ponerse en marcha. De este modo, siempre por el gran camino construido por los incas, avanzaron 18 leguas en menos de una semana. Refiriéndose a la exótica

comarca, Cieza no escatima admiración: “es muy fragosa de tierras altas—nos dice—que parecía llegar a las nubes y abajar por los valles hondos otra infinidad; y con ser esto verdad, va el real camino de los Incas..., tan bien sacado y echado por laderas y partes, que casi no se siente la aspereza de las sierras”. Expresado de otro modo—y coincidiendo con la opinión de más cronistas—, el camino incaico era superior a cualquiera de la Cristiandad.

Después de entrar en Cajabamba (14 de agosto), donde hubo un descanso prudencial, los expedicionarios partieron hacia Huamachuco. Otras cuatro leguas de marcha los hizo avistar esa población el domingo 17 de agosto. Aquella ciudad había sido visitada por Soto cuando salió a indagar por las tropas de Atahualpa, y aún antes por Hernando Pizarro al ir a Pachacamac. Los indios lugareños eran gente bien dispuesta, traían los cabellos largos y adornaban sus cabezas con unas madejas de lana colorada de encendidísimo fulgor.

Huamachuco—gran centro religioso que poseía un santuario consagrado al divino Catequil—era ciudad de piedra y su trazo recordaba a Cajamarca. Los incas tenían en el valle un lugar poblado de árboles, muy extenso y lleno de animales salvajes destinados a la caza. Se cuenta que los gigantescos *chacos* o cacerías imperiales eran de mucho esplendor. El propio Inca, embrazando sus mejores armas, combatía personalmente con los jaguares, osos y pumas, a los que terminaba dando muerte. Los aborígenes de Huamachuco eran, pues, los cuidadores del real coto de caza además de leales vasallos del Inca. Por esta razón habían sido partidarios de Huáscar y enemigos de Atahualpa, rey sacrílego que lejos de venir a recrearse a su pueblo, había profanado el santuario de Catequil, derribando al ídolo por el suelo y asesinando a su anciano sacerdote.

Como es de suponer, los españoles fueron recibidos en Huamachuco como libertadores, y los curacas salieron de paz. La crónica atestigua que “halláronlos de paz sin señal de levantamiento y fueron dellos bien servidos”. La nota gris la dio Calcuchímac frente a los curacas del lugar. Sucedió que, deseando vengarse de algunos de ellos—acaso de la mayoría por haber sido huascaristas—, pidió permiso a Pizarro para exigir a éstos el proveimiento de los tambos del camino. El Gobernador se lo concedió sin maliciar lo que luego vendría: el quiteño, apenas obtenida la licencia, “llamó a todos los caciques de la comarca desde Guamachuco, y

haciendo traer tantas piedras grandes cuantos caciques había..., las hizo poner en la plaza por orden, y a los caciques (mandó) que todos se tendiesen en el suelo y pusiesen las cabezas encima de las piedras, y tomando otra piedra en las manos cuanto podía alzar, dio con ella al primero en la cabeza, que como tenía la cabeza blanda se la hizo una tortilla, queriendo hacer así a todos los demás. Oído el Marqués (Francisco Pizarro) esta crueldad envió de presto a mandar que no pasase adelante". Hizo retirar a Calcuchímac y acudiendo donde estaban los curacas con las frentes en tierra, los mandó poner de pie. Los curacas obedecieron y esperaron pacientemente que el jefe blanco terminara su discurso para que luego prosiguiera la matanza. Mas por las voces del intérprete entendieron que ésta se había suspendido, siendo todo un lamentable error, que ninguno más iba a perder la vida, lo que causó gran impresión. Aprovechando esto, el Gobernador "habló con los señores de la provincia, loando el buen propósito suyo en tener paz y alianza con los españoles". Los curacas agradecieron sus palabras, le prometieron amistad y, ante un pedido del Gobernador, le ofrecieron cargueros suficientes para que pudiesen tornar a sus tierras los venidos desde Cajamarca.

Pero, aunque la amistad de los curacas estaba sellada, la desconfianza de los indios del pueblo crecía. Ya no mostraban la inicial alegría con que recibieron a los españoles; tampoco secundaron ciegamente a sus caudillos; más aún, se negaban a proporcionar informes sobre el camino al Cusco. Los cristianos no entendieron esta mudanza y se conformaron con achacarla al extraño carácter de los naturales. Sin embargo, andando el tiempo entenderían la verdad: Calcuchímac—después de haber fracasado en su intento de acabar con los curacas huascaristas—había enviado decir a todos los indios lugareños que se abstuvieran de ayudar a los cristianos, pues ninguno llegaría al Cusco y, en cambio, él sí volvería a Huamachuco... Para entonces, que se cuidaran los traidores, porque los perseguiría hasta quitarles la vida.

Puestas las cosas en orden, Pizarro mandó proseguir. Los huamachucos se echaron el oro a las espaldas y los barbudos reiniciaron la marcha con visible desconfianza ante los nuevos cargueros. Según los documentos, la salida del lugar se efectuó el viernes 22 de agosto, antevíspera de San Bartolomé.

Avanzando siempre al sur pasaron puertos nevados, ríos de fría corriente y puentes tejidos de sogas. De este modo, el domin-

go 31 de agosto avistaron Huaylas. Para entonces, los conquistadores tenían ya una opinión formada de los comarcanos. Pedro Pizarro escribirá: “esta gente de Guailas era gente sucia a lo que los naturales decían, porque se decía dellos que comían la semilla que la muger echaba cuando se ayuntaban con ella...” Noticias como ésta daban tema para hablar a los expedicionarios.

En Huaylas estuvieron descansando una semana. Al no poderse comprobar lo que de los naturales se decía, los españoles recurrieron a la observación sumaria: “esta gente es así dispuesta—nos dirá el mismo cronista, traían también los cabellos y unos rodetes en las cabezas, que llaman ellos *pillos*, y unas hondas muy blancas a su alrededor.” Como se puede apreciar, ya se había desterrado la malicia.

El lunes 8 de setiembre, al mediodía, la tropa tornó a ponerse en movimiento. En los días sucesivos Pizarro la condujo a través del llamado Callejón de Huaylas, pernoctando en Caraz, Carhuás y Recuay. El miércoles 1 de octubre entraron los españoles a Cajatambo, en la serranía de Atabillos, pueblo donde descansaron hasta el sábado 4 en que se volvió a partir. Progresaron entonces hacia la izquierda para vencer la cordillera de Huayhuash; luego bordearon la laguna de Chinchaycocha, donde contaban que el inca Huaina Cápac tenía balsas de vela gobernadas por tallanes. La marcha se efectuó por la orilla occidental de la laguna, avistando el río Mantaro, al que llamaron Guadiana y creyeron el principio del gran Río de la Plata. Pero cruzando la vasta Pampa de Junín, el Gobernador recibió noticias alarmantes: los quiteños estaban apostados en los cerros del sur y preparaban una emboscada. Esta fue la primera advertencia de cuidado sobre el enemigo, porque aunque se habían divisado grupos de quiteños días antes, los tales no atacaron por ser desertores que volvían a su tierra.

Pizarro mandó avanzar con más cautela y previniendo una sorpresa notificó a Almagro—quien guiaba la vanguardia—que hiciese adelantar unos jinetes a reconocer el camino. Ese día, mientras muchos soldados eran víctimas del mal de altura, los indios que acompañaban a la hueste hicieron correr la voz de que los quiteños conocían sus movimientos por las noticias enviadas por Calcuchímac. Aseguraban “por cosa cierta que por consejo y mandato suyo se había movido aquella gente, pensando él huírseles a los cristianos e ir a juntarse con ella”. Pizarro no quiso que tal

cosa aconteciera y, alarmado por el ausentismo de los naturales en sus pueblos, ordenó vigilar a Calcuchímac para evitar se comunicara con el enemigo. Con esto, los soldados se sintieron más seguros y los cargueros aliviados. El único que no hizo demasiado por creer en la culpabilidad fue el ingenuo Túpac Huallpa, quien seguía convencido que el general de Atahualpa cumpliría con devolverle el reino de Quito; mas su inexperiencia de mancebo llegó a costarle la vida.

Mientras tanto, Almagro se adelantó al grueso de la tropa y aseguró los pasos de la cordillera. Esa noche fue muy fría y no hubo qué comer; tampoco hubo leña para encender una hoguera, y para colmo de desgracias, los toldos estaban deshechos por la lluvia y el granizo. Por este último motivo, los soldados pasaron esa noche protegidos por las barrigas de los caballos.

Salido el sol prosiguieron a Bombon, pueblecito que ocuparon el martes 7 de octubre. Aquí Pizarro dobló los centinelas, "pues se tenía por cierto que... vendrían (los quiteños) a embestir a los españoles". Por la noche, un enviado de Túpac Huallpa regresó de Jauja avisando que el enemigo estaba cinco leguas al sur de esa ciudad, pensando replegarse al Cusco y unirse con Quisquis; pero que antes planeaba destruir la población e incendiar sus graneros para que los cristianos no tuvieran dónde abrigarse ni qué comer. El Gobernador no quiso perder más tiempo y aparejando sesenti-cinco caballos ligeros encabalgó en ellos a otros tantos jinetes, haciéndoles llevar en la grupa a veinte peones y al encadenado Calcuchímac. Sin duda pretendía valerse de este último en calidad de rehén. Y dejando el oro, el bagaje y al resto de la tropa con Alonso de Riquelme, partió en demanda del enemigo.

El deseo de Pizarro era entrar al valle de Jauja, evitar que los quiteños incendiaran los graneros, librar de las llamas a la ciudad y de este modo granjearse la amistad de los huancas, los indios pobladores del valle y antiguos enemigos de Atahualpa. Con este pensamiento llegó a Chacamarca, siete leguas adelante, donde halló 70.000 pesos en oro quedado allí a raíz de suspenderse el rescate de Cajamarca. El Gobernador dejó para guardarlo solamente a dos jinetes, ya que la población se mostró amiga de los cristianos, siguiendo viaje por entender que a tres leguas lo esperaban 4.000 quiteños, de quienes había sido jefe Calcuchímac. Al mediodía llegó al punto más difícil del camino, aquel donde situaban el peligro; pero no se encontró a nadie y ni siquiera había espías. El

silencio era de muerte, y el camino duro de subir. A una orden del Gobernador echaron pie a tierra los de la avanzada y tomando de la brida a las cabalgaduras empezaron a ascender.

Al atardecer, pues era ya hora de vísperas, entraron todos a Tarma. Pizarro, lejos de perder el tiempo en averiguaciones, hizo que comieran los caballos y mandó salir del pueblo: su ojo avisador le había descubierto que éste se hallaba en la falda de un cerro, anulando esto a la caballería. Llegada la noche tuvo que detenerse. Lo hizo en un descampado y prohibió que todos se despojaran de sus armas; los caballos quedaron ensillados. Esa noche fue infernal porque hubo hambre, sed, lluvia y granizo, volviendo a dormirse bajo el vientre de los equinos. "Mas cada uno se remedió lo mejor que pudo, y así se pasó aquella mala y trabajosa noche hasta que amaneció."

Salido el sol, el Gobernador dispuso se siguiera a Jauja para la que faltaban sólo cuatro leguas. A mitad del camino se detuvo y repartió a su gente en tres capitanes, dándole a cada uno quince jinetes. El se quedó con veinte hombres de a caballo y otros tantos de a pie, sin contar al cautivo Calcuchímac. Ordenados de esta manera entraron al pueblo de Porsi: estaban ya a una legua de Jauja. Pizarro hizo los últimos ajustes y encomendándose todos a Dios y a Santa María, su Madre, cabalgaron hasta asomarse al verde valle de los huancas: era el sábado 11 de octubre de 1533, día de santa Placidia.

EL VALLE DE JAUJA

Con Diego de Almagro, Hernando de Soto y Juan Pizarro, sus capitanes nombrados, el Gobernador avistó Jauja desde la altura. Vieron el valle tan hermoso que no pudieron reprimir su admiración. Los más entusiastas fueron Pedro de Candia, Diego de Agüero y Juan de Quincoces, jinetes de Almagro, quienes picando espuelas se lanzaron cuesta abajo ávidos de reconocer el pueblo. A su paso despertaron el fervor de los huancas, pues "salieron todos fuera del camino para ver a los cristianos, celebrando mucho su venida, porque con ella pensaban que saldrían de la esclavitud en que les tenía aquella gente extranjera", vale decir, la de Quito. El recibimiento animó a los tres españoles y dos de ellos se aden-

traron en el poblado para visitar sus casas. El tercero, posiblemente Candia, volvió a notificar al Gobernador.

Mas pronto vieron los que estaban con Pizarro venir a un indio a toda carrera demandando socorro con la lanza en alto. Era un criado de los dos jinetes enviado por refuerzos, pues quedaban acorralados en una calle de la población rodeados por doscientos indios quiteños. Oído esto, los que estaban con Pizarro partieron en auxilio de los dos soldados, quienes acometiendo y retrocediendo habían logrado llevar a sus doscientos enemigos hasta la orilla del río. Al otro lado, en la banda derecha, se encontraban cuatrocientos quiteños más. Al ver los atacantes que estaban en campo raso y que acudían más barbudos a caballo—obediendo órdenes estrictas o simplemente asustados por los equinos—se arrojaron al río, muy crecido a esas alturas, y se fueron a juntar con sus cuatrocientos compatriotas.

Pronto Almagro, Soto y Juan Pizarro llegaban donde sus dos cansados compañeros; pero lejos de detenerse demasiado tiempo con ellos continuaron su carrera atravesando el río, lo que se hizo con bastante riesgo, pues los quiteños habían quemado el puente colgante. Vencida la corriente, los jinetes se lanzaron sobre sus adversarios; éstos—sorprendidos por la figura y rapidez de los caballos—fueron presos de un desconcierto general. Antes de que se pudieran reponer de la sorpresa, cargó Soto contra ellos y secundado por Almagro—que les ganó el camino—consiguió que Juan Pizarro les cortase la retirada. Entonces, sin posibilidad de que escaparan, Soto los alanceó en sucesivos ataques. Desordenados por el rápido actuar de los jinetes y el herir de los hierros, los quiteños se vieron divididos en dos partes. Esto lo aprovecharon los españoles y se lanzaron a una última carga de lanza jineta. La crónica de Cieza—recogedora de todo lo que sea dolor—narra que los quiteños estaban “muy turbados de ver los caballos encima dellos (y también de) cómo rasgando las lanzas sus cuerpos hacían camino para salir las ánimas”.

Resumiendo, el ataque fue certero y cruel, por eso consiguieron los castellanos que parte de los quiteños huyeran al norte (de modo que, desertando, se fueron luego a su tierra), pero no pudieron evitar que los más tenaces marcharan al sur, a juntarse con Quisquis.

“Cansados los españoles de pelear y matar, se recogieron e volvieron al llano del valle, donde hallaron al Gobernador, que

con los más españoles era ya llegado". Allí "refirieron al Gobernador lo sucedido, de lo que hubo mucho contento, y los recibió con mucha alegría agradeciéndoles a todos el que se hubieran portado tan valerosamente". Pizarro les mandó que durmiesen, pues estaban muy cansados, advirtiéndoles que posiblemente los haría despertar al salir la luna "y que entonces se pusieran a punto para ir a dar sobre los enemigos". Sin embargo la luna salió y los jinetes seguían tan cansados que don Francisco no los despertó, apuntando Ruiz de Arce que partieron al alba. Efectivamente, clareando el día Pizarro hizo tocar una trompeta y acudieron los jinetes, cada cual con su corcel; después designó al capitán Soto jefe de esa tropa de avanzada y castigo. Este revisó a su gente y a las cabalgaduras, luego reseñó las armas y partió. Su misión era alcanzar a la retaguardia quiteña, atacarla, para volver después con noticias sobre el poder del enemigo.

Pero mientras Soto partía y los huancas se entregaban alegremente a buscar quiteños escondidos en las casas, Túpac Huallpa enfermó. Mejor dicho, doliente estaba desde Cajamarca, siendo en Jauja que empeoró visiblemente. Y mientras la algazara general indicaba que se había descubierto a un enemigo y los huancas se preparaban a ultimarlos, el joven Inca perdía el conocimiento entrando en agonía. Cuando cinco días después regresó Soto (contando que seis leguas al sur había derrotado a los de Quito, recuperándoles prisioneros de la tierra y devolviéndolos a sus pueblos destruidos), sólo halló caras tristes y lamentaciones, pues había fallecido Túpac Huallpa. La verdad la conocían pocos, unos pocos que callaron su secreto: Túpac Huallpa había muerto envenenado a causa de ciertos bebedizos que Calcuchímac le hizo ingerir disimuladamente en Cajamarca. El veneno era de los retardados y su acción progresiva llegó a la cima en Jauja. Por el momento no hubo pruebas contra el general quiteño y su jugada resultó maestra. Pero Pizarro sospechó lo que pasaba y decidió esperar: Calcuchímac había querido jugar con él, ahora iba él a jugar con Calcuchímac.

Don Francisco no perdió un instante y tratando de obtener ventajas de todo, apenas entendió que había muerto Túpac Huallpa "de su enfermedad", hizo venir al general quiteño y también a los orejones amigos del difunto. Una vez delante suyo, luego de hacerles ver que no habían sacado mucho con sus guerras, los instó al entendimiento porque habiendo muerto Túpac "ellos

debían pensar a quien querían por Señor, que él se los daría". Hubo entonces gran pugna entre los orejones y el astuto Calcuchímac, pues éstos pretendían el trono para un hermano de Túpac Huallpa—posiblemente Manco Inca—y el quiteño para el príncipe Aticoc, hijo de Atahualpa que se hallaba en Quito. La discusión degeneró en casi una riña y Pizarro, haciéndose el amigable componedor, invitó a los contrincantes a que trajesen sus candidatos a Jauja de modo que estando todos juntos se eligiera al que mostrase mejores dotes para gobernar.

Terminada la reunión, refiere el cronista Pero Sancho, el Gobernador llamó en secreto a Calcuchímac y le propuso que Aticoc fuera Inca. Lo único que aquél debería hacer era conseguir que los guerreros quiteños, apostados con Quisquis en el camino del Cusco, depusieran las armas. Calcuchímac, "a lo que mostró, recibió tanto contento de estas palabras, como si lo hubieran hecho señor de todo el mundo" y, sin pensarlo dos veces, aceptó. Eso sí, hizo ver que sería necesario le quitasen la cadena que tenía al cuello, para evitarse el que lo siguieran creyendo cautivo. Dijo a Pizarro: "señor, pues quieres que yo haga venir estos caciques (caudillos militares de Quito) quítame de encima esa cadena porque viéndome con ella no querrán obedecerme". El Gobernador no se opuso a su deseo, porque aunque se decía ya insistentemente que Calcuchímac había envenenado a Túpac Huallpa "porque deseaba que la tierra quedara por la gente de Quito y no por la natural del Cuzco ni por los Españoles", la verdad era que a esas alturas el envenenador era "la llave para tener la tierra pacífica y sujeta".

Pasado todo ésto y llegado ya el resto del ejército, el Gobernador se propuso erigir una ciudad cristiana en Jauja. Pretendía contar con un centro de aprovisionamiento en la marcha que pensaba proseguir al Cusco; pero, sobre todo, tener una guarnición que le protegiera las espaldas. El valle había causado tan excelente impresión, que muchos hablaron de quedarse a vivir allí. Además, esos huancas de cabellos largos y *llautos* rojos y negros eran en extremo serviciales: con tal de expulsar a los de Quito, estaban dispuestos a colaborar en la nueva fundación. Pizarro se animó bastante con esto y para iniciar su propósito nombró a los posibles cabildantes. Ochenta cristianos, entusiasmados, pidieron ser admitidos por vecinos y se brindaron a guardar el oro de sus compañeros, mientras éstos marchaban a la conquista del Cusco. La mitad de dichos soldados eran gente de cabalgadura.

Estando así los aprestos de fundación, el Gobernador tuvo que interrumpirlos para dedicarse a otros de urgencia mayor, pues los indios huancas traían mensajes cada vez más alarmantes: los quiteños estaban arrasando la tierra, incendiando los pueblos y malogrando sus sembríos... El ejército de Quito era cada vez mayor. Pizarro se sintió muy preocupado. Advirtió, sin embargo, que hasta entonces "todas las naciones de las prouincias por do pasaba con gran promptitud le salían a dar obediencia y a obedecelle, porque como estaban atemorizados de la guerra que auia sucedido entre Huáscar Ynga y Atao Hualpa, y de las destrucciones de los pueblos y sembrados, y de tantas muertes como Quisquis y Chalco Chima hicieron (de modo que) donde quiera que luego (a los cristianos) no les salían a recibir y dar la obediencia, se holgaron con la venida de los españoles, que les parecía (a los naturales subyugados por los de Quito) salir de una intolerable servidumbre y miseria". Sólo así, en opinión de Pizarro, podía explicarse que el recibimiento no hubiera sido hostil en ningún pueblo del camino. Era verdad que algunos lugares se habían mostrado recelosos—como sucedió en Huamachuco y a partir de Cajatambo—, pero esto se debió sospechar ya Pizarro, a las secretas amenazas de Calcuchímac. Otros pueblos como Bombon y Tarma casi no tenían hombres y el recibimiento había sido frío, mas en ningún momento aquellos niños, viejos y mujeres enlutadas por muerte de sus maridos en la guerra, mostraron animadversión. Finalmente, ciertos huancas del valle de Jauja se habían visto obligados a seguir a los de Quito; pero al igual que con los Yauyos, pronto entraron en razones y dejando las armas, vinieron de paz, no obstante ser gente belicosa y amiga de la guerra. No cabía, pues, la menor duda sobre que todos los naturales estaban descontentos con los quiteños, en quienes no veían sino un abusivo ejército de ocupación. Por eso menudeaban las alianzas de paz entre naturales y españoles. Ese sentimiento de aversión a los quiteños tenía que aprovecharlo, se proponía Pizarro.

Según los documentos, los españoles descansaron quince días en Jauja. Durante este tiempo no cesó de llover y de nevar; en cambio, hubo lumbre para todos; se comió carne de auquénido, también perdices y dorados granos de maíz. Arropados con las riquísimas mantas hurtadas de los depósitos imperiales, los españoles casi no sintieron las noches de tormenta y su gran relampaguear. La vida no podía ser más plácida. En el interior del Templo

del Sol, en cuya cima había siempre un centinela, los soldados dieron principio a un refrán. ¡Esto es Jauja!, exclamaría un baquiano satisfecho. ¡Esto es Jauja!, contestarían rebosantes los demás.

LA HOGUERA DE JAQUIJAHUANA

Así las cosas, después de haber nombrado al Tesorero Riquelme jefe de la guarnición, el Gobernador partió del valle de Jauja. Esta salida se efectuó el lunes 27 de octubre de 1533, habiéndolo precedido una avanzada de jinetes al mando de Hernando de Soto, salido el jueves 23.

El Gobernador caminó durante dos días por la orilla izquierda del Mantaro, cruzando pintorescas vegas verdes y poblados de piedra con techos de paja. Amaneciendo el día tercero, la tropa atravesó el río, usando un puente colgante de los indios. La experiencia no era nueva, pero entre todas las de su género parece haber sido la peor. El cronista de la hueste no disimula su miedo ante la flexibilidad del puente tejido: "porque siendo el trecho grande se dobla el puente cuando pasa uno por él, que siempre va uno bajando hasta el medio, y desde allí subiendo, hasta que acabe de pasar a la otra orilla, y cuando se pasa tiembla muy fuerte, de manera que al que no está a ello acostumbrado se le va la cabeza..."

Al pasar este puente los caballos resbalaron casi todos y con las patas rompieron el piso de madera; no obstante—y a pesar de que el puente se mecía mucho con los movimientos angustiados de los brutos—los jinetes lograron hacerlos cruzar tirando de las bridas delante de sus corceles. Entonces, para que hombres y animales se repusieran del susto, Pizarro señaló para descansar "unas arboledas que allí había por donde pasaban muchos hermosos arroyos".

Ya por la margen derecha del Mantaro, los españoles penetraron por quebradas estrechísimas; atravesaron arroyos y eludieron montes. Al no haber ninguna señal del enemigo, se procedió a subir con recelo una empinadísima montaña por donde el camino incaico trepaba por medio de pequeños peldaños de piedra. Sufrieron tanto los caballos en este ascenso, que al terminarlo casi todos habían perdido sus herraduras; más aún: llegaron con

los cuatro cascotes gastados. Así se aportó a un pueblo con ánimo de rehacerse, pero los quiteños en su retirada lo habían incendiado, quebrado sus acueductos y llevádose la comida. Aquella noche fue incómoda; continuaron luego a Panaray—sin duda el pueblo de Pucara—donde, a pesar de estar el lugar destruido, se encontraron algunas llamas y alpacas que los soldados sacrificaron para comer. Sólo al siguiente día, postrero de octubre, llegaron a Parcos, donde el curaca era indio amigo desde Cajamarca y les había preparado albergue. Este no fue magnífico, pues la comarca estaba desolada por la guerra, pero por lo menos les brindó techo, comida y (no en vano fue noche de San Quintín) mucha leña para hacer fogatas.

Al siguiente amanecer, fray Vicente dijo misa, ya que era fiesta de Todos los Santos. Ese mismo día—sábado—se continuó la marcha. Para subir las montañas se empleó ahora la táctica de escalarlas “en caracol y no derecho”. Esto hizo vencer una muy grande, “que mirándola de alto a bajo parecía cosa imposible que los pájaros pudieran llegar volando por el aire”. Así se ganó el monte, y luego de descenderlo se alojaron en un pueblo semi destruido. Allí el Gobernador recibió un mensaje de Soto traído por dos indios, por el que informaba haber tomado el pueblo de Vilcas y derrotado a la guarnición quiteña del lugar, aprovechando que el grueso de ella estaba en un *chaco*. Pero—continuaba Soto—vueltos del *chaco* los ausentes cayeron sobre los cristianos, mataron un caballo blanco de Iñigo Tabuyo y los hicieron retroceder de tal manera que prácticamente les infligieron una derrota. Parece que Soto se rehizo a tiempo y con la ayuda de Rodrigo Orgóñez, Juan de Pancorvo y Juan Pizarro de Orellana, tomaron un torreón. Lograron salvar la vida con ello, mas tuvieron que pasar la noche en la plaza del pueblo y soltar en la mañana a todas las mujeres cautivas para que los indios perdieran parte de su furor y se retiraran sin aprovechar su victoria...

Pizarro entendió que la guazabara había sido grande y, temiendo que Soto hubiera quedado maltrecho, trató de alcanzarlo a la brevedad. Por esta razón apresuró su marcha y llegó a Vilcas el 5 de noviembre, encontrando solitario el pueblo. El Gobernador y sus hombres pudieron cerciorarse que hacía dos días que Soto había partido de allí. Esa mañana se dedicó al descanso y el cronista Sancho tuvo tiempo de anotar: “está puesta esta ciudad de Bilcas en un monte alto, y es gran pueblo y cabeza de provincia.

Tiene una hermosa y gentil fortaleza: hay muchas casas de piedra muy bien labradas y está a medio camino de Xauxa al Cuzco..."

Al otro día, pretextando que corría el tiempo, el Gobernador prosiguió su marcha. A la altura de Curamba se hallaron galgas en los cerros poniendo de mal rostro al Gobernador. Temeroso de que Soto hubiera sido atacado nuevamente, comisionó a Diego de Almagro para que lo fuera a socorrer con treinta caballos ligeros. Almagro se alejó por el sur y los demás siguieron avanzando por el camino de Andahuaylas.

En el trayecto, los que estaban con Pizarro, toparon con un numeroso grupo de naturales que venían huyendo de los quiteños; les preguntaron por las tropas enemigas, pero nada se aclaró sobre lo que había escrito Soto acerca de varios miles de guerreros. El viernes 7, casi al anochecer, ingresaron a Andahuaylas. Al siguiente día salieron para Airamba, donde hallaron dos caballos muertos y otra carta de Soto en la que no hablaba de Almagro, señal de que aún no se le había juntado. Los hombres del Gobernador reiniciaron su camino y para bien de sus males hallaron en un pueblo (Curahuasi) muchos tablones de plata. La codicia iluminó los rostros; en breve una tercera carta del capitán Soto los devolvió a la tristeza: había sufrido un serio revés en Vilcacongá, una cuesta que llevaba al Cusco, perdiendo cinco o seis hombres en la refriega. Esta se había efectuado el sábado 8 y habían sido tantas las piedras, lanzas y flechas enemigas que, de no escapar galopando hacia la cumbre de un cerro, todos hubieran tenido que renunciar a la vida. Con sus hombres y caballos heridos y cansados Soto había tenido que pasar allí la noche; a lo largo de toda ella los quiteños no lo dejaron dormir con sus gritos y amenazas.

La carta se interrumpía bruscamente, de modo que el indio que la trajo no sabía dar razón de lo que luego había sucedido, pues apenas la firmó Soto, el enviado aprovechó las sombras de la noche para salir de entre los quiteños. "Estas nuevas alcanzaron al Gobernador cerca del último río (el Apurímac)... el cual sin mostrar alteración en el semblante las comunicó a los diez de a caballo y veinte peones que traía consigo, consolándolos a todos con buenas razones que les esponía, aunque ellos se turbaron mucho en su ánimo pensando que pues una corta cantidad de indios respecto al número ponderado había maltratado de tal modo a los cristianos en la primera acción, mayor guerra les

habrían dado al otro día teniendo los caballos heridos y sin haber llegado todavía a los Españoles el socorro de los treinta caballos que se les mandó...”

Sin embargo, Pizarro no era de los que se desanimaban y aguijando a su cabalgadura se hizo seguir por sus hombres hasta la orilla del Apurímac. En balsas de los naturales atravesaron el cauce y los caballos lo hicieron “a nado” por estar quemado el puente. Este cruce se hizo entre el 11 y 12 de noviembre, pero estándose terminando de hacer en la última fecha, se vio venir a lo lejos un jinete. Todos imaginaron lo peor, es decir, que Almagro y Soto habían sido aniquilados y que aquel sobreviviente venía con la noticia. No obstante, acercado el cristiano—que resultó ser Mancio Sierra de Leguízamo—frenó en seco su caballo; prorrumpiendo en albricias informó que Almagro se había juntado a Soto y juntos ¡habían derrotado a los de Quito! El Gobernador y los suyos lanzaron un suspiro de alivio, entregándose luego todos a una alegría general. Los abrazos menudearon, y se daban gracias a Dios. Rápidamente, el Gobernador cortó todas estas expresiones de recocijo con una orden: seguir a Limatambo.

Sin esperar a los naturales auxiliares, el Gobernador partió. En el camino se enteró de varias cosas por boca de Mancio Sierra: los quiteños se habían retraído al Cusco, pues pensaban defender la sagrada capital incaica a costa de sus vidas; se decía que en torno a esta ciudad había una infranqueable línea de defensa y que costaría mucho el romperla. Por lo demás, la de Vilcaonga había sido una guazabará de las grandes. Los muertos en ella eran Hernando de Toro, el de Trujillo; Francisco Martín, el narigudo; el sastre Rodas, el vasco Gaspar de Marquina, y Miguel Ruiz, ese soldado que gustaba de cortar la cabeza a los cargueros cuando fingían cansancio. La culpa de todo la tenía Calcuchímac, pues “se daba por seguro que Chilichuchima disponía y mandaba todo... y daba aviso a los enemigos de lo que habían de hacer”. El Gobernador no quiso seguir escuchando más razones y en la primera jornada en que se hizo alto, mandó venir a Calcuchímac. Una vez delante suyo le increpó su traición y dijo: “te haré quemar vivo, porque has sabido guardar tan mal la amistad que a nombre del César mi señor concerté contigo”. El quiteño se defendió diciendo que así preso no podía ser obedecido, que sus esfuerzos por conseguir la rendición de las tropas de Quisquis habían fracasado por esta causa, pero que él no era un traidor. Pizarro, por toda res-

puesta, lo cargó nuevamente de cadenas y ordenó seguir a Lima-tambo.

Al pueblo llegaron ese mismo miércoles 12 por la noche saliendo a recibirlos Almagro con cuatro caballos y dando entera cuenta de lo acontecido. Al amanecer partieron a Vilcaconga y habiéndose juntado allí con los hombres de Soto, "el Gobernador dio a cada uno las gracias, según sus méritos, por el valor que habían mostrado". Don Francisco, acaso por ignorarlo, no llegó a culpar a Soto del desastre y se conformó con felicitarlo. No obstante, los que habían estado con él en Vilcaconga sabían bien que aquellos soldados muertos, habían perdido las vidas por querer Soto ser el primero en tomar el Cusco, aún a costa de la desobediencia a Pizarro. Fue tan equivocada su decisión que, lejos de aprovechar la amistad que le brindaron los indios de Tarma desertores de Quisquis, los devolvió a sus emisarios con las manos cortadas. Por esta causa los tarmas se habían ensañado con los españoles muertos.

El jueves 13 de noviembre, apenas entrados en Jaquijahuana, se presentaron Almagro y otros para pedir al Gobernador que se ajusticiara a Calcuchímac, "porque había de saber que todo lo que hacían los cristianos lo avisaba". Soto lo culpaba de su derrota en Vilcas y de lo ocurrido en Vilcaconga, pidiendo también su muerte. Informado el Gobernador de todas estas acusaciones y comprobando que tanto de verdad habían en ellas, "mandó que fuese quemado vivo en medio de la plaza, y así se hizo, que los principales y más familiares suyos eran los que ponían más diligencia en prender el fuego". Fray Vicente trató de convencerlo para que se tornase cristiano, mas el indio se negó. Encendida la hoguera y puesto en medio de ella, el general quiteño murió pidiendo a Pachacámac que le alcanzara venganza por medio de Quisquis... La crónica concluye: "toda la gente de la tierra se alegró infinito de su muerte, porque era muy aborrecido de todos por conocer lo cruel que era".

Esa noche, humeantes aún los leños y carbonizado el indio, todos durmieron confiados gracias a los muchos centinelas. Se decía que Quisquis estaba cerca, pero aquello lo habían afirmado tantas veces que ya casi no lo querían creer. Así amaneció el viernes 14 y al Gobernador se le anunció la visita de un príncipe del Cusco. Este no dijo su nombre en un comienzo, pero la noticia corrió de boca en boca con la celeridad que merecía su

persona. No en vano se le señalaba como “el mayor y más principal señor que había entonces en aquella tierra”. Estaba perfilado como acérrimo enemigo de los quitos y, por tanto, de Quisquis. El visitante era un hijo de la tierra: su viril figura cobriza mostraba arrogante su abolengo quechua: Manco Inca Yupanqui, vástago legítimo de Huaina Cápac y nieto del famoso Túpac Inca, deseaba hablar con el Gobernador.

LA TOMA DEL CUSCO

A Pizarro le sorprendió la visita. No tenía aún demasiado claro el pasado político de Manco, pero enterado por los naturales de como “era al que de derecho venía aquella provincia y al que todos los caciques querían por señor”, se apresuró a recibirlo. La entrevista del caudillo indio y el caudillo blanco sería solemne: en los picachos altísimos de la cordillera, el cóndor andino y el águila española iban a conferenciar.

Cuando Pizarro salió al encuentro del visitante lo halló esperando de pie, sin hablar y luciendo aquella dignidad imperial que le venía de casta. Envuelto en su rico manto amarillo, el príncipe estaba escoltado por tres nobles orejones. Entonces Chilche, un curaca cañari que se había pasado a los cristianos, dijo en voz baja al Gobernador: “este es hijo de Guaynava, que ha andado huyendo de los capitanes de Atabalipa”. Más cerciorado con esta afirmación, Pizarro se adelantó al príncipe. Al primer saludo aquellos dos caudillos conocieron estar totalmente de acuerdo. Manco no entró en rodeos y “dijo al Gobernador que lo ayudaría en todo lo que pudiera para echar fuera de la tierra a todos los de Quito por ser sus enemigos y que lo odiaban y (los naturales) no querían estar sugetos a gente forastera”. El Gobernador respondió: “mucho me place lo que me dices y hallarte con tan buena disposición para echar fuera esta gente de Quito, y has de saber que yo no he venido de Xauxa para otro efecto, sino para impedir que ellos te hicieran daño, y librarte de su esclavitud, y puedes creer que yo no vengo para provecho mío, porque estaba yo en Xauxa seguro..., pero sabiendo los agravios que te hacían quise venir a remediarlos y desfacerlos, como me lo manda el Emperador mi señor. Y así puedes estar seguro de que haré en favor tuyo todo lo que me parezca conveniente, y también para libertar de esta tiranía

a los del Cuzco". Manco agradeció las frases y aseguró que estando las cosas como estaban no había tiempo que perder; que los cristianos se armasen lo mejor que pudieran porque Quisquis planeaba incendiar el Cusco...

Oído esto, Pizarro hizo alistar a toda su gente y, sin detenerse a comer, ordenó partir al Cusco. Las primeras dos leguas de camino se hicieron sin novedad, mas entrando a la tercera se dejó ver una gruesa columna de humo. Unos indios lugareños informaron que se debía a un escuadrón de quiteños que incendiaba el monte; Pizarro destacó a dos capitanes de jinetes para que con sus hombres acudieran al lugar de la humareda y comprobasen la intención del enemigo. Adentrados aquellos en la sierra no pudieron evitar un encuentro con los indios incendiarios, los cuales se replegaron inmediatamente donde estaba el grueso de las tropas de Quisquis. Estas hicieron frente a los cristianos con denuedo y los precisaron a no huir; la caballería irrumpió violenta entre los quiteños y en dos o tres arremetidas quedaron doscientos indios en el suelo. En esas circunstancias, según Diego de Trujillo, desertaron los escuadrones cañaris y chachapoyas, lo que terminó de desanimar a los quiteños, quienes, desamparando la capital ajena, arrojaron las armas al suelo y partieron a correr. Otra vez los jinetes cargaron sobre ciertos enemigos que pretendieron reorganizarse y después de atacarlos se pusieron a escaramuzar con ellos. Estando en esto, hirieron con una flecha de estólita al mirobrigense Rodrigo de Chávez en un muslo, atravesándosele por completo y matándole el caballo; los quiteños recuperaron el ánimo y lanzando muchos dardos consiguieron herir cuatro caballos más. El momento se tornó difícil para los jinetes, quienes al verse tan maltratados volvieron grupas y retrocedieron en desorden. Para bien de ellos en esos mismos momentos entraba el Gobernador Pizarro al campo, seguido de los suyos, y animándose con su presencia los de a caballo redoblaron sus esfuerzos, se reorganizaron y no hubo más pérdidas de cabalgaduras.

En eso oscureció y Pizarro mandó hacer alto en vista de que los indios no atacaban y se conformaban con insultar desde un monte situado a un tiro de arcabuz. Toda esa noche se veló celosamente los cuartos, se tuvo a los hombres armados y a los corceles ensillados y enfrenados; pero no hubo necesidad de que el trompeta tocara alarma. Al cuarto del alba, cuando todos se apresataban a tomar la capital incaica con las armas en la mano, descu-

brieron la razón de la tranquilidad: los quiteños habían desaparecido. Cansados de una campaña tan larga llevada en tierra tan alejada de la suya y contando con la enemistad de todos los naturales del país, los guerreros de Quito optaron por retirarse a su lugar de origen. Atrás dejaban el Cusco al primero que lo quisiera tomar: no eran ellos los que iban a morir defendiéndolo, a pesar de que así lo quería Quisquis; en todo caso, que murieran los orejones quechuas nacidos en esa ciudad.

Francisco Pizarro entró al Cusco la mañana del sábado 15 de noviembre de 1533, día de San Eugenio. Las tropas españolas y sus auxiliares indios ingresaron a la ciudad sagrada por el cerro de Carmenca, frente a la fortaleza de Sacsahuamán, en lo que después sería el barrio de Santa Ana. Por allí avistaron la soberbia capital y deseando poseerla íntegramente, iniciaron el descenso del valle por un camino que llevaba al río y que posteriormente bautizaron como el Callejón de la Conquista o la Calle de los Conquistadores.

La entrada a la ciudad se hizo de la siguiente manera: primero Hernando de Soto y Juan Pizarro con sus escuadrones de jinetes; luego el Gobernador don Francisco con el grueso de las tropas, finalmente el tuerto Almagro con la retaguardia y los indios auxiliares. Negros y nicaraguas ingresaron muy pocos, la mayoría quedó en Jauja con Riquelme; los que sí ocuparon un lugar preponderante en este momento fueron los indios cañaris y chachapoyas. "De este modo entró el Gobernador con su gente en aquella gran ciudad del Cuzco sin otra resistencia ni batalla." Las diezmadas panacas de ancianos orejones vieron a los barbudos como embajadores del divino Huiracocha, salvadores del Tahuantinsuyo y restauradores de la borla imperial. Manco Inca Yupanqui, el nuevo Señor de los Cuatro Suyos, contaba con el favor de los dioses.

Habían sido tantos los muertos por Quisquis, que en el Cusco los conquistadores casi no hallaron habitantes. No hubo por ello un recibimiento apoteósico, como quiere el cronista Murúa, pues el Cusco era ciudad de funcionarios y sacerdotes y la mayor parte de ellos habían sido victimados; mas los pocos que vivían acudieron a saludar a los barbudos y a mochar a Manco Inca, nuevo Hijo del Sol que volvía al trono de sus antepasados.

Pizarro llevó a su gente hasta la gran plaza cuadrada y después

de escudriñar sus edificios, mandó a ciertos peones que los visitasen. No encontraron nada que llevara a desconfiar y entonces el Gobernador tomó para sí el palacio de Casana, morada que fue del Inca Huaina Cápac. Almagro se apropió de otro palacio situado junto al de su compañero, el cual daba a la plaza, y Gonzalo Pizarro hizo lo propio con el de Cora-Cora, mansión edificada por Túpac Inca Yupanqui.

Parece que a continuación pidieron permiso los soldados para correr la ciudad y el Gobernador les concedió la gracia; siendo así, los españoles se lanzaron contra los edificios de piedra penetrando a sus interiores. Algunos habían sido incendiados por los quiteños, pero la mayor parte estaban bastante bien. Los soldados recorrieron los pasadizos y subieron las escaleras, no hallando tanto oro como quisieron encontrar. Recogieron, en cambio, muchísima cantidad de plata y piedras preciosas, chaquira reluciente, topos artísticos, cántaros metálicos y plumería multicolor. Los barbudos visitaron entonces los depósitos de ropa fina, vaciándolos, según se calculó después, por valor de dos millones de pesos. Luego siguieron a los depósitos de comida, los de calzado, los de sogas de todos los tamaños, los de armas ofensivas y defensivas, los de barretas de cobre para labrar las minas, los depósitos de coca y los depósitos de ají; también los depósitos de indios desollados, cuyos cueros se utilizaban para fabricar tambores de guerra...

Los soldados corrían como si hubieran perdido el juicio; parecían chiquillos que jugaban a los ladrones. Unos salían cargados de primorosa ropa, otros con el morrión repleto de piedras finas; éste con un cántaro de oro, aquél con un ídolo de argentífero metal.

El saqueo prosiguió hacia los barrios sacerdotales. Primero entraron codiciosos al Acllahuasi o Casa de las Vírgenes Solares, pero los quiteños se las habían llevado para librarlas de ser profanadas por el invasor. El oro y la plata del monjil recinto también había desaparecido. Enfadados, llenos de indignación prosiguieron al Coricancha, esperando hallar más oro que en todo el Cusco junto; corrieron los ambiciosos por las calles de muros pétreos perfectamente trabajados y desembocaron finalmente al solemne Templo del Sol. Mas en las escaleras de la entrada salió lleno de santa ira el Villac Umu o Sumo Sacerdote, tratando de cerrarles el paso. Los soldados se detuvieron un instante y el Villac Umu

los increpó. Alguien tradujo sus palabras: "¡Cómo entráis aquí vosotros! que el que aquí ha de entrar ha de ayunar un año primero, y ha de entrar cargado con una carga y descalzo..." Al entender estas ideas los soldados lanzaron una carcajada y prosiguiendo su carrera se precipitaron al interior del Templo.

XI. LA FUNDACION DE NUEVAS CIUDADES

LA FUNDACION ESPAÑOLA DEL CUSCO

Los días que continuaron los gastaron los conquistadores en recorrer íntegramente la sagrada capital incaica. Los soldados casi no tenían qué decir: la encontraron, sencillamente, deslumbrante. Cabeza y centro de las Cuatro Partes del Mundo, el Cusco justificaba su fama de ser capital del único Imperio surgido al sur de la equinoccial. Superaba en trazo, armonía y aprovechamiento del terreno a cualquier ciudad de Europa y su original arquitectura—labrada en piedra, cuyos colores cambiaban según los barrios—parecía escapada de los libros de caballerías. No obstante, a diferencia de estas oníricas y abigarradas urbes, sus calles rectas y escalonadas tenían esa excepcional belleza que suele alcanzar la geometría.

Los barbudos castellanos comprobaron muchas cosas: vieron los grandiosos palacios de los reyes quechuas, en cuyo interior se seguía reverenciando, como en vida, a los cuerpos momificados de los Incas. Los monarcas aparecían sentados y vestidos con sus mejores galas; algunos tenían el cabello cano y todos los párpados caídos. Multitud de servidores atendían al soberano difunto en su palacio preocupándose puntualmente de sus ropas y comidas... Los cristianos también recorrieron el solemne Coricancha o gran Templo del Sol, terminando de deschapar sus paredes forra-

das de oro y de recoger mucha plata fina y piedras preciosas; finalmente pasearon el gigantesco Acllahuasi o Casa de las Escogidas, mansión desierta de las Vírgenes del Sol.

Los cristianos se admiraron con las pétreas fachadas inclinadas hacia adentro y recorrieron esos edificios que, a pesar de su grandiosidad carecían de puertas y de muebles; valoraron los muchos paramentos de multicolor plumería en los techos y paredes, así como los pisos recubiertos con finísima esterilla. Sencillos, sólidos y simétricos los edificios se mostraban imponentes, lucían señorío, irradiaban majestad. La impresión que de la ciudad recogieron los cristianos fue, simplemente, extraordinaria: admirados, boquiabiertos y prontos a hacer comparaciones en las que siempre salía perdedor el Viejo Mundo, los soldados buscaban la opinión de aquellos compañeros que conocían "otros reinos extraños". Seguro que primero consultaron a Pedro de Candia, que era griego y había estado en Italia y muchos puntos del Mar Mediterráneo; también al jinete Antonio de Vergara que anduvo alguna vez por el país flamenco y Normandía; mas ninguno de ellos sabría dar razón sobre una arquitectura parecida. Los curiosos volverían sus cabezas hacia Jerónimo de Aliaga y el converso Pedro de San Millán para preguntarles si en su tierra de Segovia, ese Acueducto de piedra construido por el diablo en una noche, mostraba un trabajo tan perfecto. Las respuestas serían negativas y entonces los insatisfechos acudirían, quemando su última esperanza, donde el herrador Juan de Salinas, ese de Jerez de la Frontera, para inquirirle si cuando sirvió con Hernán Cortés en México pudo ver en la exótica capital de los aztecas cierta semejanza con el Cusco de los Incas. Contestaría el herrero que, en efecto, conocía Tenochtitlán; que era una ciudad muy hermosa por estar situada en el centro de una laguna; que tenía grandes edificios... mas el Cusco era distinto: ciudad como el Cusco no había visto en su vida.

La crónica de Pero Sancho, traduciendo estos instantes, no puede ser más elocuente. Ella dice: "la ciudad del Cuzco por ser la principal de todas donde tenían su residencia los señores, es tan grande y hermosa que sería digna de verse aún en España, y toda llena de palacios de señores, porque en ella no vive gente pobre". Los patrones estéticos arquitectónicos europeos pesan todavía en el alma del soldado, pero superada esta primera resistencia se desborda el entusiasmo del cronista para afirmar de la capi-

tal incaica: "cada señor labra en ella su casa y así mismo todos los caciques... estas casas son de piedra... y están hechas con muy buen orden, hechas calles en forma de cruz, muy derechas, todas empedradas y por en medio de cada una va un caño de agua, revestido de piedra. La falta que tienen (estas calles) es el ser angostas, porque de un lado del caño sólo puede andar un hombre a caballo, y otro del otro lado".

Y el cronista prosigue su narración sin tener nada que envidiar a Andrés Navagero o Antonio de Lalaing en sus descripciones de ciudades famosas: "está colocada esta ciudad en lo alto de un monte y muchas casas hay en la ladera y otras abajo en el llano. La plaza es cuadrada y en su mayor parte llana, y empedrada de guijas: al rededor de ella hay cuatro casas de señores, que son las principales de la ciudad, pintadas y labradas y de piedra, y la mejor de ellas es la casa de Guaynacaba cacique viejo, y la puerta es de mármol blanco y encarnado y de otros colores, y tiene otros edificios de azoteas, muy dignos de verse. Hay en la dicha ciudad otros muchos aposentos y grandezas: pasan por ambos lados dos ríos que nacen una legua más arriba del Cuzco y desde allí hasta que llegan a la ciudad y dos leguas más abajo, todos van enlosados para que el agua corra limpia y clara y aunque crezca no se desborde: tienen sus puentes por los que se entra a la ciudad. Sobre el cerro que de la parte de la ciudad es redondo y muy áspero, hay una fortaleza de tierra y de piedra muy hermosa; con sus ventanas grandes que miran a la ciudad y la hacen parecer más hermosa. Hay dentro de ella muchos aposentos y una torre principal en medio hecha a modo de cubo, con cuatro o cinco cuerpos, uno encima de otro... y las piedras están tan lisas que parecen tablas acepilladas... Tiene tantas estancias y torres que una persona no la podría ver toda en un día; y muchos españoles que la han visto y han estado en Lombardía y en otros reinos estraños, dicen que no han visto otro edificio como esta fortaleza, ni castillo más fuerte. Podrían estar dentro cinco mil españoles: no se le puede dar batería, ni se puede minar, porque está colocada en una peña. De la parte de la ciudad que es un cerro muy áspero no hay más de una cerca: de la otra parte que es menos áspera hay tres, una más alta que otra, y la última de más adentro es la más alta de todas. La más linda cosa que puede haberse de edificios en aquella tierra son estas cercas, porque son de piedras tan grandes, que nadie que las vea no dirá que hayan

sido puestas allí por manos de hombres humanos, que son tan grandes como trozos de montañas y peñascos, que las hay de altura de treinta palmos y otros tantos de largo... pero no hay ninguna de ellas tan pequeña que la puedan llevar tres carretas: éstas no son piedras lisas, pero harto bien encajadas y trabadas unas con otras. Los españoles que las ven dicen, que ni el puente de Segovia, ni otro de los edificios que hicieron Hércules ni los Romanos, no son cosa tan digna de verse como esto...”

Esta escenificación de la ciudad del Cusco y su fortaleza de Sacsahuamán es la primera visión que se dio al mundo de la capital incaica. La segunda sería esa carta del Cabildo de Jauja en que se dice: “es la mexor y mayor quen la Tierra se ha visto, e aun en Indias; e decimos a Vuestra Magestad ques tan hermosa e de tan buenos edyficios quen España sería muy de ver...”

Después de todo lo expuesto, la idea de una fundación española en la vieja capital incaica no se hizo esperar demasiado en la cabeza del Gobernador. Este conversó el tema con fray Vicente de Valverde, su paisano, y ambos estuvieron de acuerdo en efectuarla. El lunes 23 de marzo de 1534 fue el día señalado y todos los capturadores del Cusco debían estar presentes a la erección de la ciudad.

En efecto, la mañana de ese día, escoltado por más de 60 de sus hombres, don Francisco Pizarro, como Adelantado, Lugarteniente, Gobernador y Capitán General por la Corona de Castilla, se acercó al rollo o picota clavado en el centro de la gran plaza incaica y voceó a lós cuatro vientos su deseo de erigir allí una ciudad que fuese “cabecera de toda la tierra y señora de la gente que en ella abita”. Como ninguno de los presentes se opusiese a su propósito—posibilidad que contemplaba el acto fundacional—, el Gobernador desenfundó un puñal que llevaba en el cinto, procediendo a herir con él el rugoso tronco de la picota y a frotar el arma contra sus peldaños de piedra, hecho lo cual quedó fundada “la muy noble y gran ciudad del Cuzco”, a la par que declarada libre de la tiranía de Quisquis y, por ende, de la dominación de Quito.

Seguidamente, Pizarro le señaló por límites la provincia de Vilcas, al norte, y las tierras del Collao, al sur; el mar al oeste, y la selva al este. Empapado ya en el mundo quechua, el Gobernador Pizarro silenció estos puntos cardinales europeos, reemplazándolos con los nombres de Chinchaisuyo, Collasuyo, Contisuyo y Antisuyo, las Cuatro Partes del Mundo de los Incas.

El escribano Pedro Sancho extendió el acta, documento que firmaron Diego de Almagro, Hernando de Soto, Juan Pizarro y el capitán Gabriel de Rojas, siguiéndolos 80 soldados. Pizarro pasó a elegir, entre todos los fundadores el primer Cabildo de la ciudad. Resultaron Alcaldes ordinarios Beltrán de Castro y Pedro de Candia; y Regidores, Juan Pizarro, Rodrigo Orgóñez, Gonzalo Pizarro, Pedro del Barco, Juan de Valdivieso, Gonzalo de los Nidos, Francisco Mexía y Diego Bazán. A éstos, el Gobernador tomó solemnemente juramento, recordándoles sus obligaciones capitulares y entregando a los Alcaldes sus varas de justicia. Fueron testigos de esto último el contador Antonio Navarro y el capitán Gabriel de Rojas.

Este capitán Rojas, hombre al que tantos miramientos se habían guardado en la ceremonia de la fundación, tenía su sitio muy bien ganado. Acababa de llegar de San Miguel, procedente de Nicaragua, trayendo la nada alegre nueva de que el adelantado Pedro de Alvarado—Gobernador de Guatemala y antiguo compañero de Cortés—estaba fletando una armada para venir con tropas al Perú y adueñarse de lo ganado por Pizarro. La noticia indignó a los peruleros, quienes juraron oponerse al invasor con sus armas y sus vidas; mas el Gobernador Pizarro—que por ser hombre viejo conocía la forma de frenar a los intrusos—se apresuró a fundar el Cusco, evitando de este modo que Alvarado hallase la tierra sin fundaciones españolas y se pudiese aferrar a este pretexto.

Por la misma razón y también para terminar con el poderío de Quisquis, el Gobernador deseaba efectuar la fundación definitiva de Jauja. Dispuesto a llevarla a cabo lo antes posible, el 26 de marzo hizo el reparto general de la tierra entre los conquistadores, dictando, de paso, las sabias Ordenanzas para la conservación y el buen trato de los indios. Por este mismo tiempo envió a Diego de Almagro a visitar la costa y a tomar posesión de ella en nombre del Rey. Alvarado tenía que encontrar el litoral hollado por los conquistadores peruleros, porque de no ser así podía alegar que la costa no había sido conquistada, que carecía de dueño, y sentirse con derechos para establecerse en ella. Despachado Almagro, mandó a Hernando de Soto que con sus jinetes saliese hacia Condesuyos en persecución de Quisquis; debería arrinconarlo en los contrafuertes andinos y obligarlo a huir al norte. Seguidamente nombró a Beltrán de Castro su Teniente de Gobernador en la ciudad del Cusco, encargándole el mando los 40 vecinos desti-

nados a quedar de guarnición. Beltrán de Castro hizo el pleito homenaje a Francisco Pizarro, y a fines de marzo, antes de la Semana Santa, el Gobernador partió hacia Jauja con miras de situar allí la capital de su Gobierno. Manco Inca Yupanqui, el nuevo monarca de los quechuas, marchaba con él.

JAUJA LA VIEJA

El camino lo encontraron con grandes huellas de guerra. Quisquis, en su fuga, había quemado los puentes colgantes y arruinado los pueblos, arrasado los campos y saqueado los tambos. Sin embargo, el Gobernador y su comitiva continuó avanzando hacia Vilcas. El río de este nombre lo cruzaron el Domingo de Resurrección, enterándose a estas alturas que Quisquis había sido rechazado por Riquelme en Jauja y que seguía retirándose hacia el norte. Junto con esta noticia de victoria venía otra de temor: un hijo de Atahualpa bajaba desde Quito con un grandísimo ejército, la mayor parte integrado por caribes antropófagos, para vengar la muerte de su padre. Pizarro, ante esta nueva, pidió a Manco que aprestase 2.000 guerreros quechuas, hecho que el Inca aceptó. Luego el Gobernador mandó seguir a Jauja, ingresando al verde valle de los huanucas el 20 de abril de 1534.

En Jauja el tesorero Riquelme salió a abrazar al Gobernador y a informarlo alborozado de que Hernando de Soto enviaba las albricias de haber derrotado a los quiteños, obligándolos a seguir retirándose hacia el norte. La nueva más que a Pizarro alegró a Manco Inca y a sus guerreros quechuas, y el príncipe cusqueño, en su afán de agradecer a los cristianos su providencial ayuda, organizó un *chaco* o cacería india en honor de Francisco Pizarro. La excursión de montería se efectuó en muchas leguas a la redonda, y 10.000 servidores de Manco se encargaron de rodear a las piezas, cerrando un gigantesco anillo humano al tiempo que dando una grito ensordecedora despertaban a los huanacos, vicuñas, venados y corzos del monte. También se cobraron zorros y aves. El conquistador Miguel Estete escribió después maravillado de la cacería: "por ser cosa tan señalada y que yo la vi quiero decir aquí que no la he oído yo jamás que otra semejante se haya visto."

Pasado el *chaco*—cuya rapidez en organizarlo dio que hablar

con recelo a muchos españoles—entró a Jauja un mensajero de Almagro avisando que Alvarado avanzaba tierra adentro en la provincia de Quito, donde estaba Belalcázar descubriendo sin permiso de Pizarro. El arriero había aprovechado su estadía en San Miguel para buscarse una gobernación por su cuenta, hecho que no gustó nada a Diego de Almagro, que también la buscaba por la suya. Pero si la novedad había sido mala, existía otra peor: los navíos de Alvarado estaban recorriendo la costa del Perú y habían sido vistos a la altura de Motupe.

Sin poder hacer nada por el momento, Pizarro se dio por enterado a la fundación de Jauja: esta ciudad debería ser otro freno a la ambición del rubio Gobernador de Guatemala. Y nuevamente armado de todas sus armas y seguido por 53 conquistadores que querían quedarse por vecinos, el Gobernador Pizarro avanzó al rollo en el centro de la plaza; rodeado por el Cabildo que había dejado antes de marchar al Cusco, fundó la ciudad de Jauja como "cabecera e principal", vale decir, con título de capitalina. La ceremonia tuvo lugar el 25 de abril de 1534, fiesta de San Marcos evangelista; no embargante, la población fue dedicada a Nuestra Señora de la Concepción. Esa misma mañana el Gobernador Pizarro, ayudado por Juan de Pancorvo, midió el terreno destinado al templo. Luego se procedió al reparto de los solares, señalándose uno para el convento de los dominicos. En los días sucesivos los indios de los curacas huancas Cusichaca y Huacra Paucar empezaron a edificar la ciudad. Un historiador moderno afirma, al respecto, en acertada frase: "Y así, con una traza española y mano de obra india, empieza a surgir la capital mestiza del Perú de Pizarro".

Los términos o límites de la nueva población no dejan de ser interesantes: al Levante y al Poniente—como en el caso del Cusco—, la selva y el mar; al Norte y al Sur, las tierras de Piscobamba, hasta el Callejón de Huaylas, y la corriente del río Vilcas. Este último lindero hacía que Jauja limitara con el Cusco.

Así las cosas, el 23 de mayo de ese año 34, Pascua del Espíritu Santo, llegó a Jauja Rodrigo de Mazuleas (un secretario que el Gobernador despachó de Tumbes al Emperador solicitándole 50 leguas más de gobernación) con varios pliegos lacrados. Al abrirse la respuesta de la Corona, la decepción cundió entre los soldados: casi todas sus peticiones habían sido desoídas o atendidas pobremente. El propio Pizarro sintió esta desilusión. Lo que

sucedía era que el Consejo de Indias ignoraba aún la captura de Atahualpa, el envío a España del riquísimo botín con Hernando Pizarro, las fundaciones del Cusco y Jauja. Los consejeros seguían viendo a los soldados de Pizarro como descubridores de manglares y adversarios de antropófagos. Esta era la razón por la que al Gobernador sólo se le concedían 25 leguas al sur de Chíncha. Sin embargo, otra cédula los consoló. En efecto, habiendo entendido los consejeros que Pedro de Alvarado pensaba pasar a tierra peruera y emprender una conquista, otorgaron una real cédula en Zaragoza, el 8 de marzo de 1533, prohibiendo al compañero de Cortés pisar la tierra que ganó Pizarro. Esta cédula real, en el momento que vivían, tenía un valor incalculable: había sido dada para prevenir, pero Pizarro la iba a usar para curar, pues el mal estaba ya muy avanzado.

Sin embargo, los soldados en medio de su desengaño no aquilataron el valor del documento, y sólo hablaban de las encomiendas denegadas por la Corona. A tanto llegó el descontento, que por medio de escribano requirieron al Gobernador que reparara la tierra. Los poderes que tenía Pizarro por la Capitulación de Toledo no estaban muy claros en tal asunto, por lo que había decidido abstenerse hasta consultar a la Corona. Sin embargo, algo debía realizar ahora para contentar a los soldados. Y no viendo nada malo—o pensando explicar al Emperador el porqué lo había hecho—empezó a señalar los primeros “depósitos” de indios a los conquistadores más antiguos.

Por estos mismos días don Francisco remitió a Almagro la real cédula que prohibía la intromisión de Alvarado en el Perú, adjuntándole, de paso, grandes poderes a su socio para que pudiese descubrir, conquistar, pacificar y poblar en la provincia de Quito.

Mientras el mensajero galopaba llevando estos documentos, en el Cusco se gestaba la desobediencia. Acontecía que Pizarro, siempre defensor de los intereses de los indios, había establecido por medio de las Ordenanzas que ningún español tomara ni pidiera oro a los naturales, so pena de ser multado con 500 pesos. En un principio guardaron la orden los vecinos, pero pasados los días se entregaron a saqueos y extorsiones que arrojaron una cosecha de 30.000 pesos de oro y 35.000 marcos de plata. Para frenar tales desmanes, el Gobernador envió desde Jauja a Juan de Quin-

coces, el cual llevó órdenes de hacer cumplir las Ordenanzas y lograr que se devolviera lo hurtado a los indios. Quincoces pudo hacer muy poco, porque no lo secundó el Cabildo; tampoco consiguió la libertad del Villac-Umu prisionero, que era otro deseo de Pizarro.

No se desanimó don Francisco con el fracaso de Quincoces, y amonestando por escrito a su teniente de Gobernador del Cusco, Beltrán de Castro, conminó con él a los miembros del Cabildo a obedecer sus órdenes so pena de la vida y las haciendas. La carta amedrentó a los cabildantes, quienes se apresuraron a devolver el oro y a soltar al Sumo Pontífice Solar.

LA EXPEDICION DE ALVARADO

Consideramos oportuno hacer un paréntesis en la prosecución de esta historia, para presentar al rubio Gobernador de Guatemala y antiguo compañero de Cortés, el Adelantado don Pedro de Alvarado, pariente mayor de los muchos Alvarados de actuación notoria en las Guerras Civiles del Perú. Sin embargo, no es por sus deudos que nos ocupamos de él, sino por su ambición desmedida. Compenetrémonos de ella.

Tenía Pedro de Alvarado autorización de la Corona para descubrir y conquistar ciertas islas de la Especiería (según real cédula del 5 de agosto de 1532), pero entrado el año 34 decidió marchar no a las referidas ínsulas del Pacífico occidental, sino en tierras del Estrecho de Magallanes. Ordenado su propósito, zarpó del puerto nicaragüense de la Posesión el 23 de enero de ese año; mas variando otra vez de opinión, desembarcó en el litoral de Puerto Viejo, más precisamente en la Bahía de Carraques, el 10 de febrero del mismo año 34. Con sus hombres comenzó entonces la penetración de aquella tierra, atravesando primero selvas ecuatoriales, después serranías nevadas. De este modo entró a la región de Quito, dándose con la ingrata sorpresa de que ya lo esperaba Diego de Almagro, quien unido a Belalcázar estaba al frente de un ejército hecho en base a los hombres de San Miguel.

Evitando una cruel batalla dicen que Almagro logró, por medio de parlamentarios, que Alvarado se detuviese. Los dos ejércitos acamparon frente a frente y sus jefes salieron a conferenciar. Su-

cedió que mientras Alvarado y Almagro conversaban, Felipillo de Tumbes—el intérprete perverso del proceso de Atahualpa—, dejando el campamento de los peruleros, se fue a los de Guatemala, induciéndolos a que atacasen a los soldados de Almagro. Mas el plan del tallán iba mucho más allá: tenía concertado con los indios quiteños que, en el momento que Almagro y Alvarado se trabasen en combate, ellos cayeran sobre los españoles y acabasen con todos. El plan de Felipillo fracasó, porque a los de Guatemala y al propio Alvarado repugnó la idea de luchar entre cristianos y por lo que sucedió más adelante.

Mientras tanto, Almagro, conforme conversaba con el Gobernador de Guatemala, iba sacando sus conclusiones. Alvarado abrigaba el deseo de apoderarse del Cusco y—so color de que los límites de la gobernación de Pizarro no estaban muy claros—quería entender que la ciudad sagrada de los Incas no pertenecía a este último caudillo, sino que estaba esperando por dueño al primer osado que se presentase. Almagro sabía perfectamente que Alvarado estaba en un error; con todo, y en un gesto que denotó poca lealtad hacia Pizarro, propuso a Alvarado formar una compañía para conquistar las provincias situadas al sur del Cusco, sin debatirse en principio el porvenir de esta ciudad. Mas luego de tres días de conversaciones dedujo Almagro que Alvarado no tenía sus títulos muy limpios—por lo menos no tanto como pretendía su ambición—y renunciando a comprometerse con él, pasó a sostener la causa de Pizarro, como desde un principio debería haber sido su obligación. Algunos lo disculpan aduciendo que todo este comportamiento no estuvo encaminado a la traición, sino al evidente propósito de ganar tiempo mientras sus soldados lograban atraer para su causa a los hombres de Alvarado. Aunque esta tesis tiene a su favor la real deserción masiva de los de Guatemala, que dejó a su caudillo en actitud de no poderse defender, nadie plantea lo que hubiera sucedido de tener Alvarado sus títulos en orden...

Finalmente, Alvarado, al comprender que estaba solo, recurrió a la transacción. Almagro aplaudió su idea y en San Miguel de Tangará prometió comprarle hombres, caballos y navíos en 100.000 castellanos de oro. Alvarado se encogió de hombros y aceptó.

Entonces Almagro resolvió regresar donde Francisco Pizarro y hacerse acompañar por Alvarado. Ambos salieron de San Mi-

guel y se dirigieron a Pachacamac, el santuario indio de la costa, donde estaba el Gobernador. Almagro iba feliz. Había sido el inteligente gestador de un negocio, el comprador de barcos y soldados, el hombre que había evitado una guerra que hubiera cambiado los límites del Perú... Por eso, cuando el día de Año Nuevo de 1535 se presentó con su acompañante en el pueblo yunga de Pachacamac, mereció que Francisco Pizarro saliera a recibirlo y lo saludara con un abrazo de gratitud.

Pasadas las fiestas y los regocijos, después de la cancelación a Pedro de Alvarado, Almagro se dedicó a pensar. Hacía tiempo que acariciaba el proyecto de tener gobernación propia; pero sólo con la visita de Alvarado la posible ubicación de ésta se logró cristalizar. La tal gobernación podía estar al sur del Cusco, más allá del Collasuyo y el sagrado Titicaca, en una región antártica e incógnita.

La región ambicionada tenía bastante de seductora. Conquistada por el gran Túpac Yupanqui—Inca que llegó al “fin de la tierra” haciendo honor a su mote de Alejandro del Nuevo Mundo—y avistada por Magallanes, Jofré de Loaiza y Alcobaza, Chile seguía siendo para los españoles una región tentadora y desconocida. Se contaba que tenía grandes ríos que corrían de día y se helaban de noche; también de dos reyes guerreros que se pasaban la vida luchando, así como de una isla misteriosa llena de ídolos y de sacerdotes... Nadie pensó en los deshielos del verano y en la larga noche austral, que congelaba las corrientes de agua; tampoco se informaron de Tangalongo y Michimalongo, los díscolos caudillos araucanos; menos aún de la exótica isla de Pascua. Los españoles de ese tiempo veían la región austral con otros ojos, y el propio Almagro, uno de los más informados, buscaba en ella nada menos que otro Cusco. Esto, en síntesis, era lo que representaba Chile en esa época.

LA CIUDAD DE LOS REYES

Creemos pertinente explicar las actividades del Gobernador don Francisco que precedieron a su abrazo con Almagro en Pachacamac. Ello nos ayudará a comprender mejor el porqué de una nueva capital. Empecemos por decir que Pizarro ya había estado en Pachacamac. A raíz del otorgamiento de los depósitos de in-

dios (hecho que tuvo lugar en Jauja por agosto de 1534) se decidió a bajar al santuario costeño para conocer sus curacazgos de Lurín y Mala, la fortaleza del Huarco, el río de Lunahuaná y el señorío de Chincha, en cuya parte meridional el Emperador le había acrecentado 25 leguas. Regresó a Jauja instado por una carta de Gabriel de Rojas—a quien había dejado allí por su teniente—que avisaba sobre un posible alzamiento de los huancas. La revuelta resultó infundada, pero el regreso del Gobernador sirvió para reflexionar sobre el asiento definitivo de la capital del Perú. “El Gobernador francisco pizarro—dice el acta del Cabildo—le pareció que los vecinos que tenyan yndios de repartimiento en la costa de la mar se devyan yr a poblar la costa por el mucho daño e trabajo que los yndios de sus repartimiento recibían en traer los bastimentos e provisiones para sus amos.” Esta opinión movió a grandes discusiones entre los conquistadores, quienes después de reunirse en Cabildo en el interior de la iglesia, decidieron despoblar Jauja, pues “es mejor hazer un pueblo bueno que dos pequeños”. Esto sucedió el 29 de noviembre de 1534, y a los pocos días entró a Jauja Diego de Agüero trayendo desde Quito los acuerdos entre Almagro y Alvarado y anunciando la llegada de ambos a Pachacamac. El Gobernador dispuso entonces que se pagasen los 100.000 castellanos a Alvarado con el oro devuelto en el Cusco a Quincoces, y acto seguido bajó al pueblo de Pachacamac, avisando el oleaje marino por Pascua de Navidad. Esta es la razón por la que Almagro y Alvarado lo encontraron en el santuario del dios yunga.

Canceladas en oro las promesas que hiciera Almagro a Alvarado en San Miguel, don Francisco quedó casi sin dineros, pero con mucha gente. Dispuesto a asentarla en la nueva población, comisionó a tres jinetes para que recorriesen la costa hasta la tierra de los Huaylas y eligiesen un buen sitio para edificarla. Es verdad que ya había dado un encargo parecido al Veedor Salcedo, al secretario Mazuelas y al trujillano Francisco de Herrera; pero por más de un motivo la elección del terreno no se pudo realizar. También Nicolás de Ribera el Viejo, había fundado un pueblo en Sangaillán, junto al río Pisco, no resultando adecuado el lugar. Por eso Pizarro nombró a los tres jientes: Ruy Díaz, Juan Tello y Alonso Martín de Don Benito. Estos partieron de Pachacamac dispuestos a remontar los arenales del litoral. Pasada la que después se llamó Cuesta de la Sed y traspuesto el adoratorio de Armatampu, sur-

gió a sus ojos el más grande valle que hasta entonces se conocía en la costa. El río que lo regaba se llamaba Rímac, es decir, “el hablador”, y en sus proximidades, por Rímac-Tampu, estaba una huaca nombrada Pugliana donde residía un demonio que daba oráculos a los indios. El valle tenía buen clima, mucha agua y leña, tierras para sementeras; estando cerca de un puerto natural propicio para el surgir de las naves. El curaca del lugar se llamaba Taulichusco y los recibió con muestras de paz; tenía muchos sembríos y eso anunciaba comidas. Sin más que averiguar, los comisionados volvieron a Pachacamac, donde Alonso Martín de Don Benito informó: “que él fue por mandado de su señoría juntamente con los susodichos Ruy Díaz y Juan Tello a ver y buscar el asiento para el pueblo que se quiere fundar..., y que ha seis días que lo andan buscando y mirando el mejor sitio y que habiendo paseado todo el cacique de Lima y la comarca dél le parecía que en el dicho asiento de Lima que ellos vieron, es el mejor asiento que hay en toda la tierra que vieron.”

Don Francisco escuchó atento, ese 13 de enero de 1535, el parecer del veterano soldado y el de sus dos compañeros, y teniéndolo por favor de los Santos Reyes—en cuya fiesta salieron los tres jinetes a explorar—, determinó poner a la nueva capital bajo la advocación de estos tres regios patronos.

En efecto, la Ciudad de los Reyes se fundó el 18 de enero de 1535, en una ceremonia similar a la del Cusco y Jauja. El primer solar fue para la iglesia (dedicada por Pizarro a la Virgen de la Asunción), por lo que, después de señalada la plaza mayor, inició el Gobernador la construcción de la iglesia “y puso por sus manos la primera piedra y los primeros maderos de ella”. Acto continuo repartió los solares de la nueva ciudad, “la cual—según el Acta de Fundación escrita por el actuario Domingo de la Presa—espera en Nuestro Señor y en su bendita Madre que será tan grande y tan próspera cuanto conviene y la conservará y aumentará perpetuamente de su mano, pues es hecho y edificado para su santo servicio y para que nuestra santa fe católica sea ensalzada, aumentada y comunicada entre estas gentes bárbaras, que hasta ahora han estado desviadas de su conocimiento y verdadera doctrina y servicio, para que la guarde y conserve y libre de los peligros de sus enemigos y de los que mal y daño le quisiesen hacer. Y confío—continúa expresando Pizarro a través del Acta—

en la grandeza de Su Magestad, que siendo informado de la fundación de la dicha ciudad, confirmará y aprobará la dicha población por mí en su real nombre hecha, y le hará muchas mercedes para que sea ennoblecida y se conserve en su servicio". Estampó el Gobernador un garabato que acostumbraba hacer por firma —"su señal", como dicen los escritos—, haciéndolo después de él el escribano y los Oficiales Reales, también Rodrigo de Mazuelas, siendo testigos del hecho Ruy Díaz y Juan Tello, los que eligieron el lugar.

El gobernador nombró luego al primer Cabildo. Las varas de la Alcaldía dio a Ribera el Viejo y a Juan Tello; las de Regidores, a Alonso de Riquelme, García de Salcedo, Rodrigo de Mazuelas, Cristóbal de Peralta, Alonso Palomino, Diego de Agüero, Nicolás de Ribera el Mozo, y Diego Gavilán. Posteriormente se incorporaron en calidad de nuevos Regidores Juan de Quiñones y Diego de Arbieto; Martín Pizarro por Alguacil Mayor; Hernán Pinto por Fiel Ejecutor; Francisco de Herrera, por Mayordomo de la ciudad, y Gregorio de Sotelo, por Mayordomo de la iglesia.

Lima, la Ciudad de los Reyes, representó para el viejo caudillo trujillano la capital de su gobernación. Pronto se levantó la iglesia y en torno a la plaza mayor—llamada de Armas por ser punto de reunión de los encomenderos armados—los soldados comenzaron a edificar sus moradas. La casa del Gobernador también estaba en esta plaza, lo mismo que el Cabildo, institución que con acierto empezó a regir la población. Desde un principio Lima se caracterizó por sus calles rectas y sus solares cuadrados. Cada solar se dio a un conquistador; cuatro solares hacían una isla cuadrada y los lados de ésta se denominaron cuadras, nombre que subsiste hasta hoy.

Sin tardanza acudieron a la Ciudad de los Reyes los vecinos que habían quedado en Jauja y en el pueblo de Sangallán. La capital fue creciendo prestamente y antes de finar ese año 35 tenía sastrería, zapatería, carpintería, herrería, espadería, cerrajería y carnicería. Los indios vendían diariamente sus productos en el tianguéz; los negros, con cántaros en sus cabezas, traían el agua del río. Por todas partes se veía movimiento. ¡La Ciudad de los Reyes, la hermosa Lima, flor exótica de los vergeles yungas, había empezado a vivir!

TRUJILLO DEL PERU

En los días inmediatos el Gobernador se ausentó. Por eso se omite su nombre en las sesiones del Cabildo limeño del 30 de enero al 3 de abril de 1535. Durante este tiempo, lo dicen los documentos, viajó al valle de Chimo con intención de fundar otra ciudad que sirviera de eslabón entre la recién creada Lima y la precursora de San Miguel. Se sabe que en el trayecto, estando en el pueblo de Huaura, topó a Téllez de Guzmán, que traía ciertos papeles de la Audiencia de Santo Domingo, y a Ochoa de Ribas, quien traía despachos del Obispo y la Audiencia de Nueva España, documentos todos que prevenían a Pedro de Alvarado para que no entrase al Perú. El viejo Gobernador debió de sonreír ante los papeles que llegaban tarde, porque a estas alturas el compañero de Cortés navegaba ya derrotado a su gobernación de Guatemala.

En el valle de Chimo, don Francisco (que había hecho el viaje acompañado por su secretario Antonio Picado y por Diego de Agüero) fue recibido por Martín de Estete, capitán que había dejado Almagro para poblar una ciudad todavía no fundada. El Gobernador se aposentó cerca de Chan-chan—la destruida capital de los chimúes—, debiendo conocer a Cajazinzín, último rey de los de su raza. Lo cierto es que el 5 de marzo fue el día elegido para la ceremonia de la fundación, y realizado el solemne acto, nombró el Gobernador al primer Cabildo de la nueva urbe. La llamó Trujillo como un homenaje a su patria extremeña, repartiéndola en solares. Hecha la demarcación territorial y asentados los padrones de vecinos, Pizarro emprendió viaje de regreso a la Ciudad de los Reyes.

Su partida de Trujillo fue anterior al 8 de marzo y debió efectuarse en un ambiente de aprecio general. Cuando el Gobernador inició el regreso, según antiguos testimonios, lo acompañaron varias leguas fuera de la ciudad su lugarteniente Martín de Estete, los Alcaldes Rodrigo Lozano y Blas de Atienza, los Regidores Alonso de Alvarado, García de Contreras, Pero Mato, Diego Verdejo, Pedro de Villafranca, Vítores de Alvarado y Diego de Vega, procurador este último que también detentaba las mayordomías del Cabildo y de la iglesia.

Analizando bien la partida del Gobernador, tenemos que abandonó Trujillo por ciertas provisiones firmadas por el Emperador.

No se referían a él concretamente, pero en forma indirecta le importaban tanto como el futuro de su gobernación. Retrocedamos un poco para comprender su interés.

Estando el Gobernador en Trujillo, en vísperas de la fundación entró al valle un mancebo apellidado Cazalleja. Empezó por decir que traía ciertas confirmaciones reales que conferían a Diego de Almagro la gobernación de Nueva Toledo, y Diego de Agüero—que hasta entonces había sido pizarrista—tomó un caballo y corrió a enterar a Almagro del suceso, obteniendo de éste 1.000 pesos de buen oro por albricias.

Almagro, olvidábamos decirlo, estaba en el Cusco gracias a la buena voluntad de Pizarro, quien en Pachacamac—el 14 de enero de 1535—lo nombró su Teniente de Gobernador en la capital incaica. En ella se enteró por Agüero de eso que había sido su sueño dorado y que secretamente en España lo había estado gestionando: el Emperador lo nombraba Gobernador de Nueva Toledo, y además, Adelantado con derecho a conquistar 200 leguas al sur de Nueva Castilla. La merced tenía fecha de 21 de mayo de 1534. ¡Los procuradores almagristas se habían portado muy bien!

Francisco Pizarro—después de la sorpresa que le causó el gesto de Agüero—envió tras él a Melchor Verdugo con despachos para el Cusco en los que revocaba los poderes de Teniente a Almagro y los transfería a su hermano Juan Pizarro. Don Francisco hizo esto porque sospechaba que Almagro no jugaba honradamente y que teniendo el Cusco a su mando terminaría por sentirse con derecho a la capital de los Incas.

La llegada de Verdugo al Cusco fue el comienzo de aquella cruel guerra civil que terminó en la rota de Salinas. En efecto, refiere el cronista Molina que habiendo los vecinos recepcionado a Almagro por las noticias venidas con Agüero, “aún bien no era llegada la tarde cuando entró aquel mismo día, por la Plaza del Cuzco, Melchor Verdugo... y como entró en la ciudad, se fue derecho a apearse a la posada de los hermanos del Marqués (don Francisco), que moraban juntos, y dado el despacho del Marqués sin dilación, como quien toca arma, se acaudillaron y juntaron, llamando los más vecinos y regidores de la ciudad a su casa, y les amonestaron de parte del Marqués que no recibiesen a Almagro por teniente de Gobernador, ni menos por Gobernador aunque trajese provisiones del Rey... que ellos tenían recaudo del Mar

qués, su hermano, para lo resistir y pensaban morir en la demanda”.

Enterado Almagro de todo esto, reunió también a su gente y ambos bandos se retrajeron a sus casas “y desde este punto—concluye la crónica—no dejó de haber en estos reinos grandes revueltas y males; porque de este primer yerro nacieron todos”.

Viendo que las cosas iban por tan mal camino, Hernando de Soto—que era Teniente de Gobernador del Cusco—fue a casa de los Pizarro y los instó a volver al orden. A esto los notificados montaron a caballo y saliendo a la calle trataron de apresarlos, apostrofándolo de bellaco, motejándolo de traidor y tildándolo de almagrista. Soto aguijó a su cabalgadura y escapó con dificultad por las callejas desiertas. Pero ya los almagristas estaban preparados para combatir y acudiendo en ayuda de Soto, hicieron volver grupas a los pizarristas, obligándolos a refugiarse en su casona de piedra. Encastillados en ella, Juan y Gonzalo Pizarro abrieron saeteras en los muros y construyeron troneras. Así los ánimos, permanecieron encerrados durante tres meses. Mientras tanto, los soldados de Pedro de Alvarado instaron a Almagro a tomar posesión de la ciudad. Habían oído decir a Alvarado muchas veces “que su gobernación era desde Chíncha en adelante, que entraba en ella el Cusco...” Almagro debería seguir el mismo pensamiento. “Y fue cargado (Almagro) de la gente que el adelantado Alvarado había dejado, y (como) se hallasen pobres entre los ricos vecinos del Cusco y (eran) amigos de bullicio, aconsejaron al Mariscal (Diego de Almagro) que alzase con el Cusco porque les parecía que la ciudad entraba en su gobernación”.

Almagro no tuvo la suficiente fuerza de voluntad como para explicar que el Cusco no le pertenecía y acató la opinión de sus soldados en forma incondicional. Los Pizarro se pusieron como leones y, encastillados como estaban, pedían guerra jurando morir en la demanda. Los almagristas les disparaban saetazos y los trataban de irritar. Pero estando por romper los unos con los otros, se aquietaron los ánimos en forma misteriosa: era que el Gobernador don Francisco estaba por llegar a la ciudad.

Don Francisco entró al Cusco en medio de la expectativa y aprecio de todos los conquistadores. Tenía fama de justo y sabía contentar. Además era el lugarteniente del Rey en el Perú y Gobernador de Nueva Castilla, títulos ambos que superaban en antigüedad e importancia al recientemente conseguido por Almagro.

Este último, cuando supo que don Francisco venía, salió a su encuentro. Los dos socios se abrazaron con el afecto de siempre; seguidamente pasaron a conversar. De estas pláticas surgió el proyecto definitivo para la conquista de Chile. Al día siguiente, que se contó 12 de junio de 1535, los dos Gobernadores asistieron a una misa que dijo el clérigo Bartolomé de Segovia. A la altura del Pater Noster, juraron ser fieles a su nuevo pacto; llegada la Comunión, comulgaron ambos de la misma Hostia.

A fines de ese mes partió el primer contingente de almagristas a la conquista de Chile. Iba al mando de Juan de Saavedra y constaba de cien hombres de a caballo. Almagro partió del Cusco el 3 de julio con cincuenta soldados y un estandarte. Iba por Alcalde Mayor, Pedro Barroso y por Maestre de Campo, Rodrigo Núñez de Prado, el Maestre de Cajamarca que vivía resentido por el poco caso que los Pizarro habían hecho de él. Los capitanes eran Francisco Noguero de Ulloa, Gómez de Alvarado, Vasco de Guevara, Rodrigo de Salcedo y Francisco de Chávez. Dos indios principales también engrosaban la expedición: uno era Paullu Inca hermano del monarca reinante, el otro el Villac Umu o Gran Pontífice Solar. Ambos tenían la misión de hacer que se portasen bien los pueblos del camino, que sirvieran con cargueros y comidas, que hicieran gala de hospitalidad.

Si alguien faltaba en este grupo comandado por el propio Almagro era Rodrigo Orgóñez, el Teniente General. Quedó en el Cusco luego de desplazar del cargo a Hernando de Soto (a quien Almagro había prometido el puesto), ocupándose de hacer un último reclutamiento entre los soldados sin bandera. El lugarteniente era empeñoso y trabajador, por ello Almagro no se arrepentía demasiado de haber incumplido su palabra con Hernando de Soto. Así fue como Soto quedó libre para emprender la conquista de la Florida.

Cuando el último almagrista hubo salido del Cusco, Francisco Pizarro debió sentirse íntimamente satisfecho: había evitado una guerra entre los conquistadores peruleros y ahora Almagro, en el sur del Collasuyo hallaría su propia gobernación. Y entonces, montando otra vez en su caballo, el Gobernador bajó a la costa con rumbo a la Ciudad de los Reyes, para seguir luego a Trujillo y hallarse en el primer aniversario de su fundación.

XII. LA REBELION DE LOS QUECHUAS

MANCO INCA YUPANQUI

Por esos días, poco antes que el Gobernador emprendiera su segunda visita a Trujillo, arribó al puerto de la Ciudad de los Reyes su hermano Hernando Pizarro. Había entregado al Emperador el quinto real del tesoro de Cajamarca y traía el especial encargo de llevarle el quinto del reparto del Cusco. Llegaba convertido en Caballero de Santiago y entre las muchas arcas que desembarcó sacó unos documentos que, en breve se entendió, se trataba de reales cédulas. Una era para el Gobernador, facultándolo a poseer setenta leguas sobre las doscientas que ya tenía desde el río de Santiago. Estas setenta leguas anulaban las veinticinco que el Gobernador recibió en Jauja; sumando las primeras y las últimas se tenía un total de doscientas setenta leguas, por lo que la gobernación de Nueva Castilla se prolongaba setenta leguas al sur de Chíncha: ¡Ya no cabía la menor duda que el Cusco era de Pizarro! Otra cédula que trajo Hernando era para Almagro—que a la sazón estaba en el descubrimiento de Chile, aunque corría la voz que había muerto en tal empresa—y consistía en un título de Adelantado y otro de Gobernador de Nueva Toledo, mercedes ambas que ya habían venido al Perú con el mancebo Cazalleja.

Después de la entrega de cédulas y entendiendo que debía procurar la mayor cantidad de oro posible para la Corona—pues

el César Carlos estaba gastando toda su hacienda en la guerra de Africa—Hernando solicitó a don Francisco el tenentazgo de la ciudad del Cusco por ser el sitio donde más oro se podía obtener. El Gobernador encontró cuerdo este razonar y extendió un nombramiento de Teniente de Gobernador del Cusco a nombre de su hermano Hernando.

Con este título, Hernando salió de Lima a fines de 1535. Seguido por una larga escolta de soldados atravesó la cordillera y llegó a la ciudad imperial. El ambiente en ésta estaba muy agitado: los indios habían muerto a ciertos encomenderos por razón de los muchos abusos que cometieron y, tanto Juan como Gonzalo Pizarro estaban corriendo la tierra con las llamadas tropas de castigo que, a decir verdad, más lo eran de venganza. Esto había terminado de irritar a los naturales, quienes desengañados de los falsos “huiracochas” se negaban a seguirlos tributando. No solamente los quechuas evidenciaban aversión a los barbudos, sino que los collas—sus ancestrales enemigos—se plegaron a la causa y organizaron juntas de guerra. Los encomenderos que vivían en su repartimientos advirtieron el peligro que corrían y se retrajeron al Cusco temerosos.

Así estaban las cosas cuando entró al Cusco con aires de guerra el bravo Hernando Pizarro. Todos los vecinos acudieron a recibirlo y, aunque el recién venido estuvo tan antipático como siempre, la población de vecinos en pleno llegó a la convicción de que había llegado el hombre que les estaba haciendo falta.

En breve, Hernando—deseoso de juntar oro para el Emperador—decidió granjearse la amistad de Manco Inca, que a pesar de la prohibición del Gobernador, estaba encadenado. Vivía recluido en una celda de piedra por no haber obedecido los torpes caprichos de Juan y Gonzalo Pizarro. Ambos, mancebos de vida licenciosa, no hacían sino pedirle a sus mujeres para acostarse con ellas; por otro lado, cobardes como Diego Maldonado, Francisco de Solares o Alonso de Toro lo coceaban con frecuencia para que les diera oro. La humillación llegó al extremo: un día, en medio de una borrachera, rociaron al Inca con orines; pero Manco—digno sucesor de sus antepasados—permaneció guardando esa compostura inalterable con la que suelen mostrar el desprecio los de su raza. Cuando Hernando lo vio con una cadena al cuello y durmiendo en el suelo, parece que se condolió; no quiso que el monarca quechua continuara esa humillante vida y llamando al

herrero le mandó que limase los eslabones de la cadena. Con esto le dio relativa libertad, porque en el fondo seguía siendo un monarca prisionero.

Estando el Inca suelto y Hernando vigilando la fundición del oro, vino una nueva sobre que el Collao estaba alzado y que los indios del lago bailaban danzas de guerra. Por otro lado, se rumoreó que el Villac Umu, el Pontífice Solar, había desertado de la expedición de Almagro y estaba escondido en el Cusco. Igual cosa asegurábase de Paullu, lo que corroboraba la versión de que Almagro había sido muerto en Chile junto con todos sus hombres. Hernando llamó entonces a Manco y, encerrándose con él a solas, le contó las noticias inquiriendo sobre si eran ciertas. Manco respondió que el Villac Umu había huido por los malos tratos que le daba Almagro, que Paullu seguía en la expedición a Chile y que nada había de verdad sobre la muerte de Almagro; también admitió el alzamiento del Collao, pero negó toda participación del Villac Umu en ese hecho. Para demostrar esto último—añadió el Inca—en breve haría que el Pontífice acudiese al Cusco para evitar toda sospecha. Hernando quedó tan satisfecho que, deseoso de premiar a Manco, le obsequió ciertas joyas traídas desde España. Manco las aceptó y al momento de recibirlas “se mostraba estar tan contento, que—añade la crónica—por ninguna vía se podía sospechar dél mal propósito ninguno”.

Llegado el Villac Umu (el Pontífice Solar que jamás creyó que los barbudos fueran dioses) y después de presentarse a saludar a Hernando Pizarro, pasó a conversar con el Inca. El diálogo fue por demás histórico, porque a lo largo de él el Sacerdote convenció al monarca “que se alzase y no dejase español a vida”. Manco gustó de tal proyecto y preparó el ardid.

Por ello, dos o tres días después, el Inca pidió hablar con Hernando Pizarro y puesto en su presencia le preguntó si siempre quería oro para el Emperador. Hernando le contestó que sí con premura y entonces el Inca, cultivándole el interés, le contó que en Yucay existían unas estatuas de oro de su padre Huaina Cápac, las cuales estaba dispuesto a traérselas. El ambicioso Hernando, cegado por la codicia y soñando con llevar más barcos lastrados con metal precioso hasta San Lúcar, extendió al Inca un permiso de salida.

Partió Manco acompañado del Villac Umu, el día 18 de abril de 1536, miércoles de la Semana Santa. Algunos españoles se

alborotaron con su ida, pero Hernando los tranquilizó. Mas pasaron varios días y como contra los pronósticos de Hernando el Inca no regresara, el Teniente de Gobernador le envió ciertos mensajes conminándolo a que lo hiciera. Manco no se dio por aludido, no dignándose siquiera contestar. A esa hora tenía reunidos a los curacas en torno suyo y con dos vasos de oro llenos de brebaje de maíz, les decía: “Yo estoy determinado de no dejar cristiano a vida en toda la tierra, y para esto quiero primero poner cerco en el Cuzco; quien de vosotros pensare servirme en esto ha de poner sobre tal caso la vida; beba por estos vasos y no con otra condición”.

El sábado víspera de Pascua florida Hernando se enteró que el Inca estaba alzado. Furioso marchó con sus jinetes al valle de Yucay, pero tornó sin haberlo visto. Una segunda expedición mandada por Juan y Gonzalo Pizarro tampoco tuvo éxito. Los vecinos del Cusco estaban indignados con la codicia de Hernando que dejó escapar a Manco; éste—maliciando que la salvación de su honra estaba en preparar la defensa—hizo ver a todos la gravedad del momento y señaló a los vecinos las medidas a tomar. No fueron vanas sus órdenes, porque una mañana amaneció la ciudad totalmente cercada por muchísimos indios de guerra, los cuales daban endemoniada grita y retaban a los españoles a batallar. Hernando recogió el desafío, pero las salidas que hicieron los sitiados fueron desastrosas. Las escaramuzas que planearon posteriormente no tuvieron mejor fruto y, por último, la mañana de san Juan lateranense amaneció tomada la fortaleza de Sacsahuamán. Por todas partes se veían tropas indias con sus capitanes quechuas. Los cristianos de mejor vista divisaron al fogoso Villac Umu que, sobre su litera de guerra, ordenaba el cerco de la ciudad. Sin embargo, por encima de todas las tropas, Manco Inca, el cóndor andino de perfil inquebrantable, era el único caudillo de la enorme rebelión.

La bravura de los indios hizo que éstos penetraran la ciudad y corrieran por los tejados de las casas, mientras que abajo en las calles, los jinetes españoles se veían imposibilitados de combatir. Como era de esperarse, los techados de paja fueron quemados uno a uno y los desesperados españoles, en su angustia, creyeron ver a la Virgen apagando los incendios y al Apóstol Santiago cabalgando su caballo blanco por entre las nubes de humo.

Al fuego siguió una táctica demoledora. Los indios luchaban todo el día, y por las noches, lejos de descansar, aprovechaban la oscuridad para derribar paredes, hacer hoyos en que hundieran sus patas los caballos o romper los canales para que el agua inundara la ciudad y los equinos quedaran atascados en el fango. "Luego, en amaneciendo hasta que anocheía, tornaban a pelear". En esto de combatir los indios se mostraban incansables. Pedro Pizarro refiere que eran tantos los guerreros de Manco que cuando marchaban contra el Cusco "parecía que temblaba la tierra". Ante la ensordecedora grita, el sonar de los pututos y el batir de los tambores, los españoles se sintieron poseídos por el pánico. A pesar de ello, al igual que en Cajamarca, no quedó más remedio que luchar con la esperanza de seguir viviendo. Esta decisión los hizo audaces y de encerrados en la plaza como estaban, salieron a pelear. Se trataba de matar para no morir; otros pensaban que la mejor manera de morir era matando...

Mientras los decididos empuñaban las armas, los flacos de espíritu trataban de convencer a Hernando que, siendo el alzamiento general en todo el Perú, el Gobernador Pizarro se habría tenido que embarcar huyendo y lo mejor sería abandonar el Cusco retirándose hacia la costa. No obstante, Hernando era valiente de verdad y en ningún momento aceptó la propuesta; antes bien, reorganizando a su diezmada tropa, dio la orden de recuperar la fortaleza.

La toma de Sacsahuamán demostró que ambos bandos eran dignos de medir sus armas. Los quechuas se defendieron con heroísmo, pero los cristianos—aprovechando la experiencia en el arte de escalar alcázares moriscos—lograron penetrar al interior de la fortaleza. La lucha fue tan recia que costó la vida a Juan Pizarro; los españoles descalabrados fueron tantos que tuvieron que llevarse a la ciudad en la grupa de los caballos. Los indios no sufrieron menos pérdidas; heridos por los arcabuces caían desde lo alto arrastrando consigo a los españoles que subían por las escalas de madera. Cuando el exterminio se hizo mandato, los sobrevivientes quechuas fueron pasados a cuchillo. Ya casi no había un indio en pie cuando un orejón cusqueño se abocó a la defensa de una torre batiéndose como un jaguar. Las horas transcurrieron sin que el valeroso guerrero diera muestras de cansancio; finalmente los españoles escalaron su baluarte y se vio rodeado de enemigos. Entonces, cuando Hernando Pizarro gritaba que lo tomaran pri-

sionero, que hombre tan valiente no merecía morir, el orejón arrojó sus armas contra sus adversarios y envolviéndose en su manto se arrojó al vacío estrellándose contra las piedras. Los españoles detuvieron unos instantes la arremetida final para admirar ese gesto de epopeya, concluyendo que hechos así no se daban desde los romanos...

¡A LA MAR, BARBUDOS!

Mientras esto acontecía en el Ande, Francisco Pizarro—que ignoraba el alzamiento de Manco en la sierra—vivía intrigado por la falta de noticias sobre sus hermanos. En breve comprobó, andando el mes de mayo, que los caminos estaban cerrados y que por tanto, era imposible la comunicación. Sin embargo, no tardó en llegar a Lima la novedad de la rebelión del Inca, viniendo con ella versiones alarmistas sobre los sitiados del Cusco. El Gobernador se percató de lo que sucedía y deseoso de salvar a sus hermanos junto con la guarnición que mandaban, se preparó a enviarles dos expediciones militares compuestas mayormente por jinetes.

La primera en aprestarse fue la de Gonzalo de Tapia, capitán extremeño y pariente de los Pizarro. Tapia y sus hombres partieron muy satisfechos, porque con los sesenta caballos que llevaban “en aquel tiempo se pensaba poder ir con ellos hasta Chile, aunque toda la tierra estuviera de guerra”. La expedición pasó por Pachacamac y siguió al valle del Huarco, subiendo a la sierra por Huaytará. Mas estando en plena cordillera, cuando atravesaban una garganta estrecha, los indios salieron de los montes y dando una grito terrible se precipitaron sobre ellos al tiempo que soltaban avalanchas de peñascos grandes. Tapia quiso retroceder a un río y retornar a la costa, pero el puente colgante estaba ya cortado, no teniendo otro remedio que luchar. Debido al terreno fragoso para los caballos y a los jinetes poseídos por la sorpresa, aquellos sesenta hombres quedaron sepultados para siempre por las peñas de Huaytará.

La segunda expedición la acaudilló otro extremeño deudo del Gobernador, llamado Diego Pizarro. Este capitán (que por ser nuevo en la tierra ignoraba la táctica de las galgas) salió hacia el país de los huancas por el camino de Huarochirí. Todas las jornadas fueron buenas hasta que se llegó a Jauja; a partir de entonces

sólo fue desolación. Primero por la margen izquierda del Mantaro y después por la derecha avanzaron hasta el curacazgo de Acobamba; de allí siguieron a Parcos, enfrentándose a la cuesta de este nombre. Adentrados en ella, descendiendo ya hacia el río, brotó la aterradora grito desde el fondo de la tierra y las rocas, desprendiéndose de los montes, empezaron a rodar. La crónica no se detiene a darnos pormenores y se limita a decir de Diego Pizarro y sus setenta hombres de a caballo: a "todos mataron los indios en un muy áspero paso que se llama la cuesta de Parcos".

La tercera expedición la dirigió el entonces Alcalde de Lima, capitán Juan Mogrovejo de Quiñones, natural de Mayorga en el reino de León. Su salida fue a mediados de mayo de ese mismo año 36. La simpatía con la que contaba este caudillo entre todos los conquistadores hizo de antemano temer por su ventura. Partió también de Lima con sesenta jinetes e igual número de peones—a decir de Garcilaso—y subió a la sierra siguiendo las huellas del capitán Diego Pizarro. El rastreo lo condujo hasta el mismo sitio en que su predecesor halló la muerte: la cuesta de Parcos. Las penalidades de esta expedición las cuentan en detalle crónicas, relaciones y probanzas de servicios. El resumen es que, después de haber sufrido muchas bajas, la tropa fue presa de la desmoralización, luego del pánico, y desconociendo las órdenes de su capitán terminó aniquilada por el enemigo. Al ser abandonado por los suyos, Mogrovejo fue fácilmente victimado por los indios.

Impacientes los vecinos de Lima por la falta de noticias de estas tres expediciones, instaron al Gobernador que proveyese otra al mando de Alonso de Gaete. Este capitán debía conducirla hasta Jauja y asegurar allí el camino de la sierra. De salir con su propósito proseguiría a Vilcas—objetivo no alcanzado de Tapia, Diego Pizarro y Mogrovejo—tambo que reforzaría antes de seguir al Cusco. Gaete salió también por la ruta de Huarochirí, llevando en su compañía a Cusi Rímac, un hijo de Huaina Cápac al que el Gobernador—por mermar el fervor de los indios hacia Manco—pretendía alzar por Inca. El viaje hasta el Mantaro fue tranquilo, pero estando acercándose a Jauja irrumpieron las tropas del general Titu Yupanqui (uno de los bravos adalides indios) las que en lucha cuerpo a cuerpo vencieron a los españoles salvando apenas dos, uno de ellos apellidado Cervantes, quien era hermano de Gaete. A ambos topó en el camino el otro Alcalde de Lima capitán Francisco de Godoy, en momentos que subía hacia

la sierra dirigiendo la quinta expedición. Asustado por la suerte corrida por Gaete, Godoy volvió grupas en precipitada fuga y entró a Lima “con el rabo entre las piernas”.

Cuando la ruidosa cabalgada de Godoy se detuvo jadeante en la Plaza de Armas, hubo revuelo general. Junto con todos los vecinos se sabe que acudió el Gobernador. Don Francisco, al enterarse de lo ocurrido, se mostró “con harta pena viendo cuan mal se sucedía, porque ya le tenían muertos cuatro capitanes y casi doscientos hombres, y muchos caballos, también tenía por cierto que esta ciudad (del Cusco) estaba en gran peligro o debía ser perdida, y muertos sus hermanos y todos los demás que en ella estaban; y por esto, y por verse con poca gente estaba muy afligido temiendo perder toda esta tierra, porque no había día (en lo sucesivo) que no le venía a decir “tal cacique se ha alzado”, “en tal parte han muerto tantos cristianos que fueron a buscar de comer...”

“Estando las cosas en estos términos—escribe un soldado cronista—y todos a punto y aparejados para lo (que) subcediese, vinieron indios de alrededor de la Ciudad de los Reyes quejándose, diciendo que indios de guerra en gran cantidad bajaban de la sierra a destruirles, matando sus mujeres e hijos. El Gobernador mandó a Pedro de Lerma que fuese con veinte de a caballo, por no ser más de tres leguas de allí y tierra llana, a saber lo que era y correr el campo; el cual partió a prima noche, y estando como dos leguas de la ciudad se halló cercado de cincuenta mil indios, que venían a dar en ella la mañana siguiente. El se estuvo quedo y mandó que ninguno se desmandase; los indios asimismo estuvieron quedos pensando que les acometerían, pero los españoles, poco a poco y a veces revolviendo sobre los indios y matando muchos dellos, se retiraron a la ciudad, habiendo avisado primero al Gobernador, cómo venían tan gran cantidad de indios a dar en la Ciudad, para que estuviese a punto”.

Cuando el Gobernador se enteró de la proximidad del enemigo se apresuró a vestirse la armadura, se encasquetó la borgoñota y montando a caballo tomó a su cargo la defensa de la ciudad. Los vecinos, al ver al buen viejo como en sus mejores tiempos, pugnaron porque no saliera a luchar, y don Francisco que en principio prentedió no hacerles caso, tuvo que resignarse a dirigir la lucha desde su caballo ante la petición masiva de la población. La crónica atestigua: “al Gobernador jamás este día le dejaron

salir a pelear, pero estaba con veinte de a caballo a punto para socorrer adonde hubiese necesidad”.

Poco después se presentaron los indios. Titu Yupanqui, certero como un halcón, dirigía el emplazamiento de sus tropas. Así, ante una salida intempestiva de los españoles, replegó a sus hombres en la orilla derecha del Rímac. Más tarde, el cerro de San Cristóbal con su recia cruz de madera se fue cubriendo de aborígenes hasta el punto de cobrar un color negro. El cerro parecía un hormiguero habitado por miles de hormigas laboriosas que portaban víveres y armas. En la cúspide de la montaña oscura, para dominar mejor el valle, se situó Titu Yupanqui.

Esa tarde hubo algunas escaramuzas con los serranos y la caballería—auxiliada por guineos, nicaraguas y bastantes indios yungas—impidió a la hora del crepúsculo que los quechuas entraran a la ciudad por el lado de Levante. A pesar de esto, los indios se quedaron allí toda la noche, parapetados en unos ruinosos edificios que tenía el curaca del valle don Gonzalo Taulichusco. Esa noche los cristianos pusieron muchas guardias; los jinetes, por su parte, la pasaron rondando la ciudad.

Al siguiente día comprobaron los soldados que los indios habían destruido la cruz del cerro San Cristóbal. También apreciaron, y con bastante temor, que otros cerros vecinos estaban repletos de guerreros llegados de los Atabillos. Pronto se inició la lucha: Titu Yupanqui la llevó a cabo propiciando el ataque por escuadrones; de esta manera, mientras unos escuadrones combatían, los otros aplaudían desde los cerros su actuación. Parecía como si los indios gozaran con prolongar la agonía de los sitiados. Los españoles repelieron los asaltos y hasta lograron apresar algunos adversarios, quienes puestos al tormento para que confesaran lo que había sucedido en el Cusco, o la cantidad de tropas que seguía al Inca, callaban o respondían versiones contradictorias que llevaban al desconcierto.

Viendo el Gobernador que los indios estaban tan cerca de la ciudad que se reían de los españoles, trató de arrojarlos por medio de maniobras envolventes, pero la estrategia fracasó. Los indios conocían ya la táctica de los caballos en terreno abierto y atacaban aislados, ya no en escuadrón. Los vecinos de la ciudad entraron en consejo de guerra y llegaron a la conclusión—pese a que les pareció dificultoso—de tomar el cerro de San Cristóbal aprovechando la oscuridad.

Don Francisco, a estas alturas, se había negado de plano a seguir escoltado por sus veinte jinetes. Ahora, encabalgado en su caballo de guerra, recorría la población con la espada desnuda y seguido de Jerónimo de Aliaga, su Alférez Mayor. Así gastaba muchas horas, pero cuando el trompeta anunciaba haber ataque de indios por algún flanco, no oía razones y aguijando su cabalgadura, a galope tendido se presentaba en el lugar de la lucha dando voces de mando e incitando a la acción. Otras veces llegaba con lanza y adarga, pero siempre dando voces que animaban a la gente a conseguir victoria. De los cinco primeros días del cerco, cuatro pasó el Gobernador en esta clase de acciones: no era él de los que podían quedarse quietos porque los demás le decían estar viejo. ¡La guerra era la guerra y él, un soldado con título de Capitán General! Al frente de sus hombres, Pizarro sólo sabía combatir.

Por fin, al sexto día, estuvo listo un reparo de tablas que los españoles pensaban utilizar para cubrirse de las piedras y saetas en el asalto del cerro; mas cuando los peones se aprestaron a cargarlo no pudieron con él: era demasiado grande y difícil de transportar. Esto descorazonó mucho a todos; el Gobernador—para hacerles ver que su trabajo no había sido vano—dijo que la toma del cerro se efectuaría cuando llegase Alonso de Alvarado, capitán que estaba descubriendo Chachapoyas y a quien había mandado llamar.

Sin embargo, amanecido el sexto día Titu Yupanqui, impaciente por ganar la plaza, “se determinó a entrar en ella y tomalla por fuerza o morir”. Para el efecto reunió a sus capitanes y les dijo: “Yo quiero entrar hoy en el pueblo y matar todos los españoles que están en él, y tomaremos sus mujeres, con quien nosotros nos casaremos y haremos generación... Los que fueren conmigo han de ir con esta condición, que si yo muriese mueran todos, e si yo huyere que huyan todos”, en otras palabras, los comprometió a imitar su ejemplo. Los capitanes le contestaron con gritos de guerra y juraron seguirlo hasta la muerte. Prontamente rompieron a sonar roncós tambores y desplegándose muchísimas banderas, el ejército indio empezó a ponerse en movimiento.

El Gobernador al ver esto, mandó que todos los de a caballo hiciesen dos escuadrones; a continuación ocultó ambos escuadrones en lugares donde no los pudieran ver los indios, uno confió a un capitán y él tomó el mando del otro. Quietos, en silencio, si-

guiendo la misma táctica que en Camajarca, los jinetes esperaron que se acercaran los indios. Estos tardaron muy poco en dejarse ver. Venían desde el cerro de San Cristóbal ordenados y muy lucidamente; al frente de todos, sobre sus andas de guerra, estaba Titu Yupanqui. El caudillo venía con gran firmeza y arrogancia, mostrando una lanza en la mano. Sus tropas, rugientes a más no poder, repetían a manera de estribillo: “¡A la mar barbudos, a la mar barbudos, a la mar barbudos!”. El acentuado ritmo de la frase puso en todos los cristianos gran temor.

Así llegó Titu a las orillas del río atravesando sus anderos la corriente. La litera pareció peligrar de ser arrastrada por las aguas, pero luego se advirtió que los anderos habían vencido el primer cauce. También vencieron el segundo y acto seguido el Rímac fue vadeado por la tropa. Puestos todos los indios en la orilla izquierda atronaron los espacios con una gran ovación; después volvieron a sonar los tambores, a moverse los escuadrones de indios y agitarse las banderas. Finalmente, con ese ritmo torturante y conminador—como si se tratara de un chaco en el que las piezas son rodeadas por un cordón humano—volvió a elevarse el estribillo: “¡A la mar barbudos, a la mar barbudos, a la mar barbudos!”.

La indiada se detuvo en lo que después sería el barrio de Santa Ana, donde Titu hizo una seña para que lo siguieran, y la rugiente multitud se adentró a las calles de la ciudad. Desde el ángulo indio—por ser Lima semejante a un tablero de ajedrez—la población se veía sin cristiano alguno hasta la Plaza de Armas. Titu, siempre en litera y al frente de los suyos, ordenó llegar al corazón de la ciudad. Los indios iniciaron la marcha, casi una carrera; pusieron sus ojos en la casa del Gobernador... en eso salieron los jinetes que estaban con don Francisco y la multitud de guerreros se estrelló contra los pechos de los caballos. Acudió a su turno el segundo capitán con sus jinetes y la lucha se hizo muy cruel. Por todos lados había indios mutilados, españoles heridos y caballos muertos. Los jinetes se lanzaron sobre los caudillos de la primera fila y los acuchillaron sin piedad. Con todo, Pero Martín de Sicilia no se contentó con caudillos secundarios y, dirigiendo su lanza hacia Titu Yupanqui que combatía desde su litera, le atravesó el pecho con su arma. El quechua cayó al suelo tinto en sangre y sin proferir palabra hundió su rostro en la tierra: había cumplido su palabra de morir en la demanda, y con él la habían cumplido sus capitanes siguiéndolo hasta la muerte.

Al ver a sus jefes muertos, los indios se desmoralizaron y se empezaron a retirar. Entendían que no podían luchar sin capitanes, pues la férrea disciplina quechua imponía la quietud de los ejércitos acéfalos. Retirados a la orilla derecha del río, los naturales pasaron muchos días; al no enviarles Manco Inca capitanes de relevo, los escuadrones indios optaron por regresar a sus tierras.

Unas semanas después entró en Lima Alonso de Alvarado con 30 jinetes, 50 infantes y muchos indios auxiliares. También llegó Gonzalo de Olmos, el teniente de don Francisco en Puerto Viejo, con 150 españoles de refresco. Hallaron al buen viejo del Gobernador en momentos que cumplía un voto hecho en la guerra: se esmeraba en volver a clavar la cruz del cerro de San Cristóbal, destruida por los indios.

EL HAMBRE

La guerra de Manco Inca fue tan llena de heroísmo, para uno y otro bando, que sólo puede compararse a la Noche Triste mejicana. Cerca de 1.000 españoles murieron en la lucha; las bajas indias, dada la superioridad de las armas europeas, fueron muchas más. No se llegaron a perder para los conquistadores las nuevas ciudades de la costa, por la adhesión de los yungas al Gobernador Pizarro. Estos yungas—tallanes, chimúes, chinchas—habían sido sojuzgados por los incas y anulados como naciones independientes, por eso se negaron a volver a ser vasallos del Cusco. Recordemos que el Tahuantinsuyo había sido un Imperio muy grande—el único al sur de la línea equinoccial—, formado por muchísimas naciones; mas estas naciones carecieron de conciencia imperial y, desunidas como estaban, se ofrecieron a los españoles, quienes se aprovecharon de la falta de cohesión. Esta es la razón por la que los yungas se plegaron a los españoles y combatieron a los quechuas, calcando sin saberlo el papel de los tlaxcaltecas, que marcharon contra Moctezuma, secundando a Hernán Cortés.

Los quechuas, por su parte, desempeñaron su papel paralelamente a los aztecas en el sitio de Tenochtitlán: terminaron derrotados por el hambre. Así vemos cómo Manco Inca, a pesar de estar rodeado por miles de guerreros, se vio obligado al máximo

sacrificio: renunciar a la guerra que con carácter de santa iniciara, teniendo que licenciar a sus tropas para no verlas morir de hambre. Resultaba que por acudir a la lucha, los hombres habían abandonado las sementeras; el fruto de las últimas cosechas fue consumido y no hubo quien sembrara por estar los labradores empuñando sus armas. A su vez, una gran sequía en el Collao oscureció sombríamente el panorama y los pueblos fueron presas de la inanición. Esta fue la causa por la que el valeroso Manco suspendió la campaña, pensando reabrirla en un tiempo mejor. Interrumpirla, sí, mas no definitivamente, fue el pensamiento del caudillo indio.

Sin embargo, esta decisión de Manco la conoció muy tarde el Gobernador Pizarro. Por eso, levantado el cerco de Lima y determinado a inquirir sobre sus hermanos, don Francisco planeó la sexta y última expedición a la sierra. La confió a Alonso de Alvarado, lo que resintió terriblemente al burgalés Pedro de Lerma porque esperaba aquella distinción. Cien hombres de a caballo y 150 de a pie formaron este ejército, que partió de Lima a comienzos de abril de 1537. A la salida del valle, pasada la huaca de Armatampu, la expedición tuvo su bautizo de fuego en la Cuesta de la Sed—hoy Lomo de Corvina—, donde fue atacada por un ejército indio. La batalla fue sangrienta, pero al final lograron dominar los españoles y seguir por la quebrada de Pachacamac hasta Huarochirí y Jauja. Alvarado avanzaba según los métodos de la milicia española en Guatemala y Nicaragua: cortando brazos a los hombres y los pezones a las mujeres, amenazando a todos con los perros y marcando esclavos a fuego. De Jauja siguió por Angoyaco y Rumichaca, lugares donde volvió a tener duros encuentros con los quechuas, prosiguiendo las escaramuzas hasta el río Abancay, donde Alvarado se detuvo a descansar las fatigas de la jornada.

Estando entregado al reposo, mientras cobraba fuerzas que pensaba emplear en el descerco del Cusco, la noche del 12 de julio de 1537 cayó Diego de Almagro por sorpresa sobre su campamento y le intimó la rendición. Alvarado, casi sin defenderse, entregó su espada al tuerto Adelantado recién venido de la conquista de Chile. La historia, a partir de entonces, cobró muy mal cariz. Para ubicarnos claramente dentro de ella será necesario reparar algunos antecedentes. Helos aquí.

Almagro volvió de Chile después de haber fracasado en su

intento de hallar un segundo Cusco. Por el desierto de Atacama empezó a retroceder; pasó junto al Morro de los Diablos, en Arica; siguió a Tacna y Arequipa; halló al Cusco recién descercado por los indios y a Hernando Pizarro como Teniente de Gobernador. Esto último despertó en él viejos resentimientos, y azuzado por los malos consejeros, llegó a convencerse de que su fracaso en Chile sólo podía tener una solución: apropiarse de la capital incaica. Se basó para esto en los motivos que adujera Pedro de Alvarado, en ciertos papeles que le trajo de España Juan de Rada, y sobre todo, en el deseo de contentar a sus hombres. Así fue como envió emisarios a Hernando Pizarro, instándolo a que lo recibiera por Gobernador de Nueva Toledo y que, de paso, le entregara el Cusco por caer la ciudad dentro de su Gobernación... Hernando, que sabía mejor que nadie que el Rey había añadido 70 leguas meridionales a su hermano don Francisco, se negó de plano a lo pedido. Siendo así, Almagro aprovechándose de la situación, tomó el Cusco con las armas en la mano la noche del 8 de abril de 1537. El Gobernador Pizarro—que ignoraba todo esto—envió a estas alturas a Alonso de Alvarado con la sexta expedición. Almagro pensó que Pizarro enviaba tal ejército para impedirle tomar el Cusco o desalojarlo de la ciudad si ya lo había hecho, y fue entonces que—poniéndose de acuerdo con Pedro de Lerma, el burgalés dolido—cayó sobre Alonso de Alvarado y lo rindió. Esto, en síntesis, era todo lo que había sucedido, amén de que Hernando y Gonzalo Pizarro estaban presos. Si algo habría que añadir es en lo tocante al hambre: por aquellos días fue frecuente el contemplar familias enteras de indios muertas en la orilla de los caminos o grupos de soldados del Inca que, víctimas de la inanición, entraban a sus pueblos apoyados los unos en los otros y pidiendo: "Sara, sara...", esto es, maíz, maíz.

XIII. LAS DISENSIONES CON ALMAGRO

AMARGURAS DEL GOBERNADOR

Enterado el Gobernador de la toma del Cusco y prisión de sus hermanos, desde el valle del Huarco—curacazgo que estaba pacificando—escribió una larga carta al Adelantado, su socio, pidiéndole que “soltase a Hernando Pizarro e a los demás que tenía presos, e que sin debate ni guerra se conformase, e entendiése en mirar las provisiones (del Emperador) e mirar los términos de las gobernaciones”. Esta carta, de tono conciliatorio y amable, la envió con Nicolás de Ribera el Viejo, tan buen amigo suyo como de Almagro.

Ribera llegó al Cusco y entregó el papel al Adelantado, pero éste—mal aconsejado por los suyos—le informó que Hernando estaba preso por delitos comunes y que no lo pensaba soltar. Cabe advertir que después de su fracasada expedición a Chile, Almagro dio muestras de estar bastante enfermo del terrible mal de bubas, acusando al mismo tiempo atrofia en la voluntad. Sus soldados notaron la debilidad volitiva, pero pocos tuvieron la bajeza de aprovecharse de ella. Sin embargo, entre estos pocos se contaron Diego y Gómez de Alvarado; también Hernando de Sosa. Los tales no se resignaron al fracaso de Chile, y apoyados en los papeles que trajo Juan de Rada, convencieron al Adelantado para que tomase el Cusco y apresase a Hernando Pizarro, por ser el peor y el

mayor enemigo de la gobernación de Nueva Toledo. Almagro, a la sazón “débil como un niño ante las sugerencias de sus secuaces y consejeros”, cedió. Ahora sus amigos le decían que no soltase a Hernando Pizarro y el Adelantado—a pesar de que deseaba llegar a un acuerdo con su socio el Gobernador don Francisco—se vio obligado a ofrecer una respuesta negativa a Nicolás de Ribera.

Sin conocerla todavía, pero maliciando la ambición de los de Chile, el Gobernador dio órdenes para que en Lima se tocasen atambores, se alzase pendón y se hiciese junta de soldados. Su intención era “hallarse poderoso e con pujanza si los de Chile viniesen contra él”. Hecho esto se partió del Huarco a la provincia de los Soras con la mira de juntarse allí a Alonso de Alvarado, cuya prisión desconocía. Llegado al pueblo de Chíncha, donde los curacas le tributaron un magnífico recibimiento, don Francisco se detuvo para efectuar un alarde con sus hombres y una reseña de las armas. Nombró por su Capitán General a Felipe Gutiérrez, el de Ve-ragua, y por capitanes secundarios a Pedro de Portugal y a Diego de Urbina. A insistencia de sus amigos, temerosos de que los de Chile lo matasen, don Francisco accedió a tener una escolta de “doce hombres valientes e determinados que con sus arcabuces e alabardas toviesen cargo de su persona”. Luego se partió con su ejército a Nazca en espera de noticias sobre Alonso de Alvarado.

Estando en esta espera—fines de julio de 1537—llegó al campamento con malas nuevas Gómez de León y ciertos jinetes salidos días antes con cartas para Alonso de Alvarado. Don Francisco estaba en el campamento, “y como los vio volver y el corazón del hombre muchas veces adivina la nueva que venir le quiere, dando una gran voz dijo: ¿qué causa ha sido para que así hayais dado la vuelta? Decidme presto las nuevas que traeis”. Entonces descabalgó Gómez de León y lo enteró de la captura de Alvarado por Almagro.

Cuando el Gobernador escuchó la última palabra del relato se puso muy triste y a manera de reflexión dicen que dijo: “No merecían mis obras ni hermandad que con Almagro he tenido, para que tan cruelmente hobiese tratado mis cosas, e mostrándose tan cruel e a la clara mi enemigo, y entrado en el reino con banderas tendidas y tocando atambores, como si por ventura yo me hobiera declarado contra el servicio del Rey e negádole la obediencia de vasallo que le debo, y él, por su mandado e autoridad, vi-

niera a reducir las provincias a su servicio; e no contento con haber entrado en la ciudad del Cuzco, como ya acá sabemos, e preso a mis hermanos, ir contra Alonso de Alvarado que estaba aguardando mi mandado, e prenderle e desbaratarle, caso por cierto muy feo e que me pesa que por él haya sido hecho. E fuera bien que si la ciudad del Cuzco dice caer en los límites de su gobernación, que se viniese a ver conmigo, pues yo tengo la tierra a mi cargo por mandado de Su Magestad e soy su Capitán general destas provincias, y que mirara que fundé yo aquella ciudad e la gané de poder de los indios, é que vístonos entrambos, determináramos el negocio, e cayendo en su gobernación quedárase con ella con la bendición de Dios; mas no quiso él hacerlo así ni acordarse del juramento que fue hecho por entrambos en la ciudad del Cuzco. Pues así lo ha querido, yo espero en Dios de me satisfacer; e primero perderé la vida que dejar de ser restituído en lo que me tiene ocupado...”

Dolido, despechado quedó el Gobernador. Con todo, dispuesto a no pensar sólo lo que su herido corazón le sugiriese, el Gobernador hizo una junta con los hombres principales de su campo; de ella salió el parecer de enviar al Cusco a negociar con Almagro a los licenciados Gaspar de Espinosa y Antonio de la Lama, al Factor Illán Suárez de Carbajal, a Diego de Fuenmayor, a Antonio Alvarez y a Hernán González de la Torre, el Viejo. Aceptó el Gobernador a éstos por procuradores de su causa, y reuniéndolos a todos les dijo que los enviaba al Cusco porque confiaba que “harían con toda fidelidad lo que al servicio de Dios y de Su Magestad más conviniese”. Respondiéronle los enviados: “que ellos irían por le servir adonde les mandaba, e con todas sus fuerzas procurarían de tratar la paz lo mejor que ellos pudiesen.”

EL PROVINCIAL BOBADILLA

Partieron los procuradores a comienzos de agosto, topándose con Ribera el Viejo en los Lucanas y enterándose por él que Almagro pensaba retener a Hernando Pizarro prisionero. A pesar de esto, siguieron al Cusco, entrando a esa ciudad el día 8, festividad de San Ciriaco, mártir. Los recibió Almagro muy amablemente, pero conoedor de la misión que los traía, mandó hacer junta de sus capitanes para someterles el asunto y escuchar su consejo.

Recién entonces, los procuradores entendieron la verdad: ¡Almagro ya no se contentaba con el Cusco; también quería la Ciudad de los Reyes!

En efecto, durante la junta, Orgóñez se mostró partidario de tomar por armas Lima, pero antes opinó que se debía degollar a Hernando Pizarro. Almagro abominó de esto último, mas se entusiasmó bastante con la idea de capturar la capital de Nueva Castilla. También optó por someter el fallo de los límites al Obispo de Panamá, fray Tomás de Berlanga, que había venido anteriormente como árbitro cuando él estuvo en Chile. Sin embargo, reparando después en que se había extralimitado al codiciar Lima, el Adelantado se retractó y dijo que se conformaba con el Huarco.

Los procuradores de don Francisco pidieron licencia a Almagro para tratar esta última pretensión con Hernando Pizarro—que estaba preso en el Coricancha—, a lo que el Adelantado accedió. Hernando, que sólo quería su libertad, instó a los procuradores que aceptaran. El licenciado Espinosa le advirtió que no contestase guiado por el afán de verse libre, a lo que Hernando replicó que una vez en libertad sólo intentaría llevar al Emperador el oro que le había encargado viajando para ello a España; este motivo y no espíritu de venganza era lo que le movía a dar la respuesta.

Con el parecer de Hernando tornaron los procuradores donde el Adelantado anunciándole que aceptaban, pero Almagro—lejos de alegrarse—los recibió algo inconforme, expresándoles que lo había pensado mejor y que ahora veía con claridad que su gobernación llegaba hasta Mala. Vueltos los procuradores a consultar con Hernando, éste acató sin protesta. Los procuradores regresaron entonces donde el Adelantado y pactaron con él que—en vista de la ausencia del Obispo de Panamá—dos caballeros por Gobernador dirimiesen la contienda limítrofe ayudados por pilotos de la mar, hombres diestros en hacer las mediciones. Firmado un documento estipulatorio de lo dicho el 28 de agosto de ese año 37, los comisionados consideraron terminada su labor.

Pero sucedió que en estos días falleció el licenciado Gaspar de Espinosa, y los demás procuradores tuvieron que demorar su partida. Esto les valió enterarse que Almagro quería fundar una ciudad en la costa y tener un puerto que le permitiera cartearse libremente con el Rey, a la vez que mantener tratos comerciales con Tierrafirme; también intuyeron que Orgóñez insistía en ajus-

ticiar a Hernando Pizarro, pero que el Adelantado se negaba a ello, pretendiendo que más útil resultaría de rehén.

Lo cierto fue que llevando en su compañía a Hernando y dejando en el Cusco a Gonzalo Pizarro y a Alonso de Alvarado, Almagro bajó a la costa y pobló una villa en el valle de Chíncha. La llamó Villa de Almagro, le puso Cabildo y levantó picota. Pero estando los de Chile festejando el acontecimiento el mismo día de la fundación—principios de octubre—, llegaron nuevas de que Gonzalo Pizarro y Alvarado habían fugado de la prisión y marchaban a reunirse con el Gobernador Pizarro. El Adelantado Almagro, que a esas alturas estudiaba la manera de abarcar la ciudad de Trujillo en su gobernación—¡poca pretención!—, se sintió muy deprimido.

El 9 del mismo octubre entraron a Lima los procuradores del Gobernador Pizarro. A don Francisco no le gustó mucho la fórmula de los dos caballeros plenipotenciarios que dirimirían los límites, pero convencido que sólo así se evitaría la guerra y salvaría a sus hermanos, llamó al escribano Domingo de la Prensa y por un documento que otorgó dejó constancia que se avenía al fallo de los tales. En el fondo, don Francisco no tuvo más remedio que aceptar, porque habiendo venido al Perú el Obispo Berlanga, no lo había dejado subir al Cusco a entender lo de los límites como la Corona mandaba. Lo hizo por estar alzado Manco, pero sobre todo, porque Almagro estaba en Chile. Don Francisco conocía demasiado a su socio para darle pie a que creyera que, mientras descubría Chile, Pizarro y el Obispo habían trazado los límites a sus espaldas. Lo malo estuvo en que el Obispo no pudo esperar demasiado, viéndose obligado a regresar a Panamá sin haber fallado el litigio.

Mientras tanto, el Adelantado nombraba a sus dos caballeros. Resultaron elegidos el pícaro Alonso Enríquez de Guzmán, sevillano de noble cuna, y el Alcalde de la Villa de Almagro, Diego Núñez de Mercado. Como acompañantes llevarían éstos a Lima al Contador Juan de Guzmán, al Tesorero Manuel de Espinar y al Veedor Juan de Turuégano, así como al Padre Bartolomé de Segovia, furibundo almagrista. Todos los dichos salieron de la Villa de Almagro y tomaron el camino de Lima, pero llegando a Mala fueron poco menos que salteados por Alonso Alvarez de la Carrera, soldado pizarrista que guardaba el valle con orden de confiscar todo papel sospechoso a los viajeros. Protestaron los despoja-

dos; con todo, parece que el soldado no creyó que fueran los plenipotenciarios de Almagro y robándolos los caballos les dio algunas mulas para que pudieran seguir viaje. Cuando el Gobernador Pizarro se percató de lo ocurrido por los papeles que se habían tomado a los viajeros, dispuso que se adelantaran algunos vecinos a recibir a los plenipotenciarios de Almagro, mientras él con otros principales los esperaba—con vinos y comidas de desagravio—en el río de Armatampu.

Sabedores los encomenderos de la capital que Almagro había fundado una ciudad en los términos de Lima y que los indios de sus repartimientos estaban destinados a servirla, se indignaron. Esto acontecía el 10 de octubre—día que entraron los embajadores de Almagro—, por lo que el Gobernador, tratando de evitar un alboroto, se apresuró a nombrar sus representantes a fray Juan de Olías, Provincial de los dominicos, y al capitán Francisco de Chávez. En seguida se fijó el pueblo indio de Mala como lugar donde se reunirían los cuatro plenipotenciarios y los pilotos de la mar, comprometiéndose Francisco Pizarro y el Adelantado a no salir de Lima y la Villa de Almagro, respectivamente, los quince días que duraran las mediciones.

Arregladas las cosas de esta manera, regresaron los plenipotenciarios almagristas a la Villa de Almagro, acompañándolos el Factor Suárez de Carbajal y fray Francisco de Bobadilla, Provincial de los mercedarios en Indias. Ambos eran enviados del Gobernador Pizarro para presentar sus excusas al Adelantado por lo ocurrido en Mala' con Alonso Alvarez de la Carrera. El 19 de octubre llegaron todos a presencia del Adelantado. Este, entendiendo que todo estaba por arreglarse, quiso quebrar la negociación diciendo que recurrir a cuatro caballeros y pilotos era mucha pérdida de tiempo, por lo cual confería todo su poder en una sola persona para que fuera juez absoluto en la contienda. Preguntado sobre quién sería aquél, contestó que el Provincial Bobadilla. El fraile agradeció el honor, pero repuso que faltaba la aceptación de don Francisco. Almagro le replicó que no se preocupara, que él escribiría a su socio.

El 25 de octubre entraron a Lima Bobadilla y Suárez de Carbajal y entregaron las cartas de Almagro a don Francisco. El Gobernador accedió una vez más a los caprichos del Adelantado, y en ese mismo momento, delante de escribano, aceptó a Bobadilla como juez reconociéndole todos los poderes que de la Corona

tuvo el Obispo Berlanga. Luego de esto, el Provincial hizo sus aprestos, partiendo finalmente al pueblo de Mala.

Comenzó Bobadilla por mandar a los dos Gobernadores que acudiesen allí para ventilar y concluir su enojoso pleito. Esto lo mandó el 28 de octubre, firmando la orden como juez árbitro y de comisión. Encareció a Pizarro y a Almagro que trajesen sus pilotos con los instrumentos necesarios, amén de una pequeña escolta de 12 jinetes, algunos guardias de a pie, pocos servidores y un capellán. Cualquiera otra gente que tuviesen debería quedarse en las afueras del valle. Alguien arguyó que el número impreciso de servidores y alabarderos ofrecía gran peligro, lo que motivó a Bobadilla a otorgar otro mandamiento el 9 de noviembre especificando que a los 12 jinetes se agregarían sólo un capellán, un secretario, un maestresala y cuatro pajes.

Recibida la citación, Pizarro y Almagro se dieron por notificados. Tardaron algo en responder, pero finalmente, con el escrivano de la notificación, contestaron los dos que acudirían al pueblo de Mala, en el tiempo y en la forma que ordenaba el Provincial.

LA CELADA

Pizarro se presentó en Mala el 13 de noviembre con la escolta prescrita. Según Cieza de León, tras él venía Gonzalo, su hermano, con 700 soldados y dispuesto a prender a Diego de Almagro. Se quedaron éstos a la entrada del valle, ocultos en los cañaverales, esperando la señal de actuar. Don Francisco sabía que estos 700 lo seguían; pero ignoraba el proyecto de Gonzalo. Este, dolido por su prisión en el Cusco, había planeado todo en secreto para que el Gobernador no se opusiera a su venganza. Por eso don Francisco consintió en que Gonzalo y sus hombres lo siguiesen. En el fondo, el Gobernador desconfiaba demasiado de los almagristas y temía una celada. Esto lo explicaba muy bien el mismo Cieza cuando dice de don Francisco: "no tenía del Adelantado entero crédito para que dejase de ponerse en armas viendo aparejo para ello." Es decir, el Gobernador llevó tras sí a los 700 hombres porque sospechaba que Almagro tendría otros tantos a sus espaldas. Quería prevenir una traición del enemigo, pero—sin quererlo—propiciaba otra de su propio bando.

Cuando le tocó entrar a Diego de Almagro al pueblo de Mala,

don Francisco lo recibió fríamente. Parado y con la celada puesta, apenas si se llevó la mano a la cabeza para saludarlo. Almagro abrió los brazos y se aproximó a Pizarro; entonces éste correspondió al gesto “mostrando poca gana dello”. Después del abrazo de cortesía pasaron con Bobadilla a unos aposentos altos. El fraile —siguiendo una antigua costumbre medieval— les quitó las espadas y les dijo: “daos agora de puñadas si quisiéredes”. Lo dijo para que ambos desahogaran sus pasiones, pues los ojos estaban cargados de tensión. Como era de esperar, ninguno de los dos viejos intentó recurrir a los puños, pero Pizarro—que estaba más airado que Almagro—se dirigió al Adelantado y le dijo: “¿Qué es la causa por que tomastes a la ciudad del Cuzco, que yo gané e descubrí con tanto trabajo, e me llevastes mi india e las yanaconas, e, no contento con hacer tan grande desaguisado, prendistes a mis hermanos?” Almagro le replicó: “Mirá lo que decís, que os quité el Cuzco e que fue ganado por vuestra persona, bien sabeis vos quien lo ganó; e si yo lo ocupo, púdelo hacer por provisiones que del Rey tengo, por donde bien se ve entrar en mi gobernación, e como la tierra sea suya pudo me lo dar, pues no es yerba de Trujillo, ni ninguno tiene más poder del que el Rey quisiere. Y si prendí a vuestros hermanos, e tengo detenido a Hernando Pizarro es justamente, porque yo, antes que entrase en la ciudad con una legua, envié a Juan de Guzmán, que está aquí, para que me recibiesen por Gobernador, e le requirió que no hiciese junta de gente, porque mi voluntad no era de entrar en él con gente de guerra, sino con las provisiones de Su Magestad encima de mi cabeza; y entrados en Cabildo, Juan de Guzmán le requirió que los dejase en su ayuntamiento, que ellos cumplirían lo que Su Magestad les mandaba, e salidos los del Cabildo, miraron la provisión, e Juan de Guzmán les dió información bastante de pilotos que decían caer en mi gobernación la ciudad, e Hernando Pizarro dijo públicamente—mi hermano siendo mancebo la defendió, pues mejor la defenderé yo—e por estas causas yo entré en el Cuzco e me hice recibir por Gobernador.”

Pizarro escuchó todo sin interrumpir al Adelantado, pero concluidas sus razones, le dijo: “esas causas no son tan bastantes que por ellas vos hobiérades tenido osadía a prender a mis hermanos e desbaratar al capitán Alonso de Alvarado, por eso, volvedme el Cuzco e soltad a mi hermano; catá que si no lo haceis gran daño se recrecerá.” Almagro no aceptó la frase y contestó inme-

diatamente: "El Cuzco está en mi gobernación, e no lo dejaré si no fuere por mandamiento de Su Magestad; en lo que decís que suelte a vuestro hermano, aquí están letrados, determinen lo que puedo hacer, que yo lo haré con que sea justicia, e que por su persona se presente ante Su Magestad con el proceso." Entonces don Francisco pareció calmarse algo y respondió que eso último le placía.

Pero estando la discusión en este esperanzador momento, se oyó cierto revuelo entre los almagristas de la escolta y luego la voz de Francisco de Godoy, uno de los de Pizarro, quien—con gesto traicionero—trató de alertar a Almagro poniéndose a cantar:

"Tiempo es el caballero,
tiempo es de andar de aquí..."

El Adelantado salió entonces de la habitación y halló que abajo de la escalera estaba el Contador Juan de Guzmán, quien con un caballo listo, le pedía que se alejase a todo galope por entender que los pizarristas habían preparado una celada. Almagro no se hizo repetir la invitación y saltando sobre el caballo picó espuelas y se alejó.

El Gobernador Pizarro y Bobadilla salieron sin entender qué pasaba. Don Francisco, ignorante de la traición de Gonzalo, creyó que todo se fundaba en el error y envió tras el Adelantado a Francisco de Godoy y a Alonso Martín de Don Benito, para que lo alcanzaran y convenciesen de que no existía ardid alguno. Ambos no lograron convencer a Almagro, antes bien consiguieron mucho con hacerlo prometer que las negociaciones proseguirían en Lunahuaná; luego Almagro siguió a Chincha, juntándose en el camino con Rodrigo Orgóñez, quien—maliciando una traición—marchaba contra los Pizarro.

EL FALLO DEL PROVINCIAL

Mientras tanto, Bobadilla dio en consultar a los pilotos. Estos, en su mayoría, se inclinaron a confirmar que el Cusco pertenecía a Pizarro. Después de conocer estas opiniones, Bobadilla se sintió en la obligación de fallar. Su sentencia la dio en el pueblo de Mala el 15 de noviembre de 1537, y en ella mandó los siguientes puntos:

- I. Que no estando plenamente de acuerdo los pilotos sobre la verdadera altura del río de Santiago—en lengua de indios Tempula—, deberían las partes litigantes enviar allá un navío con dos pilotos de cada parte para que, ante dos escribanos—uno de Almagro y otro de Pizarro—, se tomase y asentase la medición en grados y se solucionase esta parte del problema.
- II. Que habiendo tomado el Cusco Almagro por fuerza de armas—tendiéndolo en paz Hernando Pizarro en nombre del Gobernador su hermano—, la ciudad fuese desocupada por los almagristas, liberados los presos y restituido el oro que dentro de ella se halló.
- III. Que los ejércitos de Pizarro y Almagro se disolvieran o, en su defecto, marcharan a combatir al Inca alzado, debiendo ir, en este último caso, por sus respectivas gobernaciones a dar guerra a los indios.
- IV. Que Almagro abandonara asimismo la tierra de Chincha, por pertenecer sus curacas e indios a los vecinos de Lima, y se retirara al pueblo de Nazca.
- V. Que los Gobernadores olvidaran sus diferencias y empezaran una nueva era de paz, con lo cual Dios y el Rey se tendrían por bien servidos.

Se hizo hincapié, por parte de Bobadilla, que todo lo fallado era provisional, pues si la posterior opinión de los pilotos favoreciera a Almagro en sus pretensiones sobre el Cusco, el Gobernador Pizarro abandonaría la ciudad y el Adelantado entraría a poseerla.

Cuando en el campamento almagrista se conoció el fallo de Bobadilla, hubo una indignación general. Los soldados acusaron al Adelantado de hombre débil, y éste no halló mejor remedio que lamentarse del mercedario Bobadilla, llamándolo vendido y falso juez. Rodrigo Orgóñez, el más indignado, no quedó callado ante el quejarse de Almagro y le dijo que eso le pasaba por no hacerle caso alguno, que si antes le aconsejó matar a Hernando Pizarro y no lo había hecho, ahora era el momento de ajusticiarlo para luego marchar sobre el Cusco y posesionarse de la tierra, “que si las leyes se habían de quebrantar había de ser para reinar”.

Por su parte, los que estaban con el Gobernador Pizarro—acampado ya en Lunahuaná—no andaban con menos alboroto. Por haber también fallado Bobadilla que Almagro debería liberar a Hernando Pizarro, los pizarristas pedían a voz en cuello la libertad del hermano del Gobernador. Decían que no deberían aguardar más para atacar el campamento de Almagro, soltar a Hernando y luego marchar a tomar el Cusco; también voceaban que el desacato a las leyes se penaba con las armas. El Gobernador no hizo mayor caso a nada de esto, pero temiendo que en Chíncha los almagristas trataran de matar a Hernando, envió a Hernán Ponce de León, a Francisco de Godoy y al licenciado Prado ante Almagro para hacerle ver que no embargante la sentencia de Bobadilla, estaba pronto a permitir que se volviese a revisar el problema de los límites y a tratar de la liberación de Hernando Pizarro.

Almagro respondió que aceptaba las nuevas negociaciones si se excluía de ellas a Bobadilla, prometiendo a don Francisco enviarle ciertos capítulos, los que efectivamente remitió luego con Juan de Guzmán, Diego Núñez de Mercado y el licenciado Prado. Los capítulos estaban fechados en la Villa de Almagro el 23 de noviembre de 1537, y exigían lo siguiente:

- I. Que mientras el Rey no mandase lo contrario, Almagro pudiese permanecer en Sangallán, cerca del río Pisco.
- II. Que Pizarro proporcionase un navío a los de Chile para que pudiesen escribir a la Corona.
- III. Que el Adelantado seguiría ocupando el Cusco hasta que llegara el fallo del Emperador.
- IV. Que Almagro no impediría el servicio de los indios de Sangallán a sus encomenderos de Lima, siempre y cuando los repartimientos de los tales ofrecieran los alimentos necesarios a los almagristas que quedaran en ese pueblo.
- V. Que tanto Almagro como Pizarro podrían iniciar descubrimientos hacia el Levante sin hollar por ello la gobernación del otro.
- VI. Que para evitar el peligro de una guerra, Almagro despojaría la Villa que fundó en Chíncha y la trasladaría a Sangallán.

VII. Que en el pueblo que el Adelantado pensaba fundar en Sangallán sólo quedarían 40 soldados o vecinos, con un Teniente de Gobernador.

Francisco Pizarro, oídos los capítulos del Adelantado, respondió que “no obstante que su justicia está conocida por haber conquistado este reino”, aceptaba todos los puntos planteados por Almagro hasta que viniera el fallo definitivo del Rey o la respuesta de los pilotos. Como únicas condiciones impuso que dentro de veinte días los dos ejércitos fueran disueltos y que los pizarristas ocuparan Chíncha luego de la evacuación de Almagro. Si Pizarro infringía el compromiso, estipuló que perdería su Gobernación de Nueva Castilla, y si lo rompía Almagro, pagaría doscientos mil castellanos, la mitad para la Cámara del Rey y la otra mitad para la parte obediente. Por lo demás, si por haber tanto litigio la Corona creía conveniente quitarles a ambos las gobernaciones, ellos renunciarían a defenderlas. Y lo que prometió lo juró el Gobernador Pizarro como caballero hijodalgo según fuero de España, en Lunahuaná, el 24 de noviembre, delante de los enviados de Almagro. El juramento, según se entendió entonces, don Francisco lo hizo extensivo a todos sus capitanes.

Días después, sabedor de que su antiguo socio había aceptado sus capítulos y hecho el juramento de estilo, el Adelantado Almagro despobló la villa que había fundado en Chíncha y la trasladó a Sangallán, cerca del río Pisco.

EL ODIOS DE HERNANDO PIZARRO

Estando las negociaciones en este punto, Almagro—por consejo de Diego de Alvarado—decidió enviar al Contador Guzmán y a Diego Núñez de Mercado con nuevas propuestas al Gobernador Pizarro. Este contestó a los dos comisionados que también deseaba las paces, pero bastante había hecho ya con aceptar los capítulos anteriores, pues tenía demasiados motivos para desconfiar de Almagro: primero había tomado el Cusco por armas; luego apresó a sus hermanos que tenían la ciudad por el Rey; finalmente, había desconocido el fallo de Bobadilla, juez que el propio Almagro había sido el primero en señalar... Los enviados replicaron que todo aquello era pasado y que ahora venían a tratar ciertos

capítulos sobre la libertad de Hernando Pizarro. El Gobernador se interesó con el asunto y, procediéndose a la lectura de un escrito, todos los presentes pudieron enterarse lo que pretendían las nuevas proposiciones del Adelantado.

Se estipulaba por ellas que Hernando sería puesto en libertad bajo cierta fianza en oro y pleito homenaje prestado al Adelantado por el mismo Hernando; lo único que pedía Almagro, a cambio de tal liberación, era un navío para informar a la Corona y seguir en la posesión del Cusco, hasta que viniera el fallo real.

Cuando en el campamento de Almagro se enteraron los de Chile que el Adelantado pensaba entregar a Hernando Pizarro, los soldados se alborotaron y alguno empezó a cantar:

“Los Almagro piden paz,
Los Pizarro guerra, guerra;
Ellos todos morirán,
Y otro mandará la tierra.”

Rodrigo Orgóñez no se mostró tan poético y alzándose la cabeza por las barbas hizo con la otra mano como si se degollara, al tiempo que decía a grandes voces: “¡Ay de ti, Orgóñez, que por el amistad de Almagro te han de cortar ésta por la garganta!”

Ese mismo día fue Almagro con sus más adeptos donde estaba Francisco Noguerol de Ulloa, el Alcaide, e hizo limar las cadenas a Hernando Pizarro. Este, fingiendo agradecimiento, se abrazó con el Adelantado. Allí mismo se arrodilló Hernando y le hizo pleito homenaje, dio las fianzas del caso y, después de muchas frases más o menos galantes, pasaron todos a cenar. En la cena menudearon las promesas de amistad y Almagro—que jugaba de buena fe y pretendía poner fin al peligro de guerra—dijo a su ex-cautivo que podía, cuando quisiese, ir al campamento de Francisco Pizarro; lo acompañarían muchos caballeros almagristas, y su propio hijo don Diego de Almagro, el Mozo, lo escoltaría.

Hernando entró al campamento de Lunahuaná en medio de grandes muestras de alegría. El viejo don Francisco no cabía en sí de gozo y abrazando repetidamente a su hermano tuvo frases muy corteses para sus acompañantes almagristas, a quienes hizo valiosos obsequios. Añade la crónica de Cieza que todo el tiempo que estuvieron los de Chile en el campamento, trató “con mucho amor a aquellos caballeros que habían venido de donde estaba el

Adelantado, e les dió algunas joyas a ellos e a don Diego, su hijo”.

Inmediatamente, tornaron los almagristas donde estaba el Adelantado, asistiendo a la despoblación de la Villa de Almagro y a su traslado al lugar de Sangallán, en cuyo puerto pensaban ver surgir un día el navío que se comprometió a enviarles el Gobernador Pizarro. Para Almagro y varios de sus caudillos, el peligro de guerra había pasado, las paces estaban asentadas.

Sin embargo, no se pensaba lo mismo en Lunahuaná, sobre todo en el toldo de Hernando Pizarro. Este había regresado ciego de venganza y estaba empeñado en arrebatarse el Cusco a los almagristas, aunque para ello tuviera que matar al Adelantado. Por eso hablaba de guerra y a su hermano el Gobernador no hacía sino recordarle que Almagro le había ganado el Cusco.

Don Francisco pasó a tomar posesión del valle de Chíncha, abandonado por el Adelantado; aquí crecieron tanto las instancias bélicas de Hernando y las frases convincentes de Gonzalo, que el Gobernador, “como desease ya todo daño al Adelantado”, mandó llamar a un escribano y el 9 de diciembre de 1537—amparándose en una real cédula que eximía en caso de necesidad a Hernando de llevar el oro a España—le ordenó quedarse en el Perú para que condujese a su término la guerra contra Manco Inca. Hizo constar el Gobernador que daba este paso por estar ya Hernando de partida para España con el oro y no haberse terminado de pacificar la tierra; también por sentirse él viejo y enfermo, estando por ello incapacitado de dirigir una campaña en la sierra; pero, sobre todo, porque de partirse Hernando, el Inca volvería a alzarse y se perdería el reino. Hernando, cuando supo que todos estaban enterados de la decisión tomada, hizo como que quería partir, alegando que era eso lo que le había prometido a Almagro; mas el negocio se llevó por tales cauces que don Francisco lo excusó del compromiso y hasta lo penó con cincuenta mil pesos de oro si desamparaba el Perú sin haber vencido al Inca. Hernando, siguiendo la farsa amañada por él mismo, requirió públicamente a su hermano para que lo dejase partir; sin embargo, don Francisco lo requirió a su vez para que se quedase como su lugarteniente.

A continuación, siempre por consejo de Hernando, el Gobernador envió al Adelantado cierta cédula que había traído Peranzúñez de Camporredondo para que Almagro saliera de toda provincia conquistada por Pizarro. Llevó la cédula Eugenio de Moscoso y un escribano apellidado Morcillo. Almagro vio en esto la agre-

sividad de los Pizarro y desengañándose de la paz jurada por don Francisco y del viaje prometido por Hernando, hizo una junta con sus capitanes. De ella se sacó en claro que debían los de Chile subir a la sierra para defender el Cusco y dejar al Tesorero Riquelme con el oro del Rey en Sangallán. Entonces fue que Almagro, amargado consigo mismo, reunió a todos sus soldados y tomó el camino de Huaytará.

Hernando Pizarro, con varios pizarristas, determinó perseguir al Adelantado para evitar que llegara al Cusco y defendiera la ciudad. Para ello salió de Chíncha y avanzando por la noche sorprendió a la retaguardia almagrista y le ganó el paso de Huaytará. El Gobernador don Francisco subió hasta este sitio, siguiendo a su hermano con el grueso de la gente. Dicen que estaba "muy alegre de ver que sus capitanes, sin derramar sangre habían ganado lo alto", y abrazando a todos ellos les preguntaba que cómo les había ido en la nocturna hazaña. Los capitanes, correspondiéndole la cortesía, le contestaron "que tocando a su servicio no recibían por trabajo caminar los días e noches".

Esa noche fue distinta a las anteriores y se dejó sentir la cordillera. En efecto, nevió mucho e hizo fuerte frío. El viejo y gastado cuerpo de Pizarro se resintió con el clima y, constatando que carecía de toldos y servicio, ordenó regresar al valle de Ica. Por dos desertores almagristas se sabía que el Adelantado se dirigía al Cusco y que pensaba defender la ciudad. El Gobernador no estaba ya para esos trotes y Almagro tampoco, pero a éste no le quedaba más remedio que seguir. Don Francisco contaba, en cambio, con Hernando, militar y joven, pues no tenía aún treinta y cinco años cumplidos. Hernando se percató de lo que ocurría y presentándose a su hermano le rogó que le dejara la guerra en sus manos y recuperaría el Cusco. El Gobernador, cegado en la defensa de sus intereses, accedió. Don Francisco estaba irreconocible: decía en todo momento que Almagro era un ladrón, que le había robado el Cusco, pero que todo el Perú era de los Pizarro y suyo en particular, "que su gobernación hasta el Estrecho de Magallanes allegaba, e que con la punta de la lanza lo había de defender de Almagro e a otra cualquiera persona que quisiese, sin autoridad real, tiranizarlo".

Esa misma noche de nieve, reunió en torno suyo a Alonso de Alvarado, a Pedro Portocarrero, Antonio Picado, Peranzúres y otros leales y les habló "sobre que por verse viejo e muy cansado, lleno

de enfermedades, tenía determinado de nombrar a Gonzalo Pizarro, su hermano, por su Capitán General". Le respondieron todos "que como su intento fuese servir al Rey, que ellos lo aprobaban e le daban por parecer, que pues su vejez era mucha e tan cansado se hallaba, que se volviera a la Ciudad de los Reyes e diese su poder e comisión a Hernando Pizarro para que fuese conquistando la tierra e toviese la tenencia del Cuzco como solía". El Gobernador accedió al pedido, cambió el nombramiento y se dispuso a partir. Antes de hacerlo nombró a Diego de Fuenmayor, hermano del Presidente de la Audiencia de Santo Domingo, para que llevase a España el oro que Hernando debería presentar al Emperador.

LA ROTA DE SALINAS

Partido el Gobernador Pizarro a la Ciudad de los Reyes, Hernando condujo a sus hombres por Huancapí y Cangallo, hasta Andahuaylas. Su tropa, nada acostumbrada al frío, comenzó a quejarse de los rigores del clima; pero él se rió de aquellos setecientos bisoños que llevaba, picando con ello los ánimos a "los de Pachacámac", mote impuesto a los pizarristas por "los de Chile". Luego les dijo que Almagro tenía mejores caballos, pero que él subía mejores soldados... Los quejosos festejaron la ironía de su jefe y apresuraron su marchar.

Cuando llegaron al Cusco lo hallaron casi abandonado. Almagro había reunido un consejo de guerra y por prevalecer allí la opinión del bravo Orgóñez, todos determinaron no combatir en la ciudad, eligiendo el campo de las Salinas.

Hernando frunció el ceño, pues vio en esto la estrategia de Rodrigo Orgóñez, pero inmediatamente ordenó seguir a los de Chile, mientras él enviaba un mensaje de desafío al lugarteniente de Almagro.

El 25 de abril de 1538, que fue viernes de san Lázaro, se avisaron los dos ejércitos a media legua del Cusco. En el campo llamado de las Salinas, a la vera del camino incaico que llevaba al Collasuyo, pasaron esa noche separados por un arroyo muy frío. Ningún soldado pudo cerrar los ojos, pero tampoco hubo nadie que diera muestras de ceder. La crónica encarece que "jamás

de la una parte ni de la otra salieron a tratar de paz... tanto era el odio que se tenían”.

Amaneció el sábado 26 y el sol los sorprendió mirándose fieramente. A un lado estaban los de Pachacámac, encabezados por el altivo Hernando Pizarro quien vestía ropilla de color naranja y montaba un caballo castaño. Detrás suyo esperaban impacientes Alonso de Alvarado, que buscaba el desquite de Abancay, Peranzúrez, Diego de Rojas, Francisco de Orellana y otros bravos. Por encima de todos asomaban las picas, detrás de ellas apuntaba la artillería a cargo de Miguel de Mesa.

Al otro lado del frío arroyo delante de las tropas almagristas, estaba el Mariscal Rodrigo Orgóñez, el desafiado lugarteniente de Almagro. A caballo, con la celada en alto y revestido con sus mejores galas, miraba a sus enemigos y buscaba a Hernando Pizarro. Lo seguían el burgalés Pedro de Lerma y el fogoso Gómez de Alvarado, el aguerrido Perálvarez y el pícaro Alonso Enríquez de Guzmán que—como todos los pícaros—era cobarde. Los de Chile también tenían buenas tropas, pero menos soldados que los pizarristas. Esto los había hecho perder algún entusiasmo. Sin embargo, lo que más cooperaba a esta belicosidad dormida era la tullida presencia del Adelantado Almagro que, sentado en lo alto de un cerro, esperaba el final de la batalla. Viejo, canoso, tuerto y enfermo del terrible mal de bubas, el Adelantado, a pesar de su desgracia, confiaba en el porvenir.

Sonó entonces un clarín, redoblaron los tambores y se agitaron las banderas. Se oyó el desenvainar de las espadas, se abajaron las picas y brillaron al sol las alabardas. Los arcabuceros encedieron las mechas de sus escopetas. Todos miraron a su general. Entonces Hernando lanzó un: “¡Viva el Rey!” y Orgóñez gritó: “¡Santiago, a ellos!” Las dos facciones avanzaron con la notoria intención de destruirse, luego apretaron el paso, finalmente, en gran carrera, se salieron a embestir.

El choque fue cruento, sanguinario. Desde un principio los de Hernando dominaron con su acometer; los de Chile, impresionados por el avasallador paso de los pizarristas, tuvieron que dividirse para frenar una ola de desertores. Mas los caudillos almagristas casi no hacían caso de los que fugaban y sólo pensaban en atacar. Pedro de Lerma buscaba a Hernando Pizarro, Rodrigo Orgóñez también. Este último gritaba: “¡Oh Verbo Divino, sígan-

me los que quisieren; que yo a morir voy!" Decía esto porque vislumbraba ya el fin de la batalla y sospechaba que moriría sin ver a su retador. Pero Hernando Pizarro, todo de color naranja y en su caballo castaño, corría el campo en pos de Orgóñez. Tampoco lo encontró, mas en eso descubrió a Pedro de Lerma, quien aguijando a su cabalgadura se lanzó de inmediato contra él. Hernando, que no se esperaba la acometida, lo quiso parar de flanco, pero tan gran encuentro le dio Lerma que le hizo arrodillar el caballo. Esto fue tan rápido que nadie pudo intervenir. Cuando pasó el primer encuentro y acudieron los pizarristas para evitar el segundo, hallaron a Hernando con una herida en el vientre y a Lerma con el muslo atravesado. Víctima de la hemorragia, Lerma se desplomó del corcel.

Mientras tanto, Orgóñez mataba sin cesar, especialmente a los que se apresuraban en cantar victoria por Hernando. A estas alturas el Alférez almagrista, un tal Francisco Hurtado, se pasó con la bandera del Adelantado a las tropas enemigas so color de que se acogía al verdadero bando del Rey. Los de Chile se desmoralizaron y Rodrigo Orgóñez, con el brazo tinto en sangre, comprendió que había llegado el final. Los de Pachacámac gritaban: "¡Victoria, victoria por Pizarro!"; los de Chile se perdían en una desbandada general. Rodeado de enemigos codiciosos, cuando vio que era inútil toda lucha, el Mariscal pidió un caballero para entregarle su espada. Entonces se adelantó un villano apellidado Fuentes y arrancándosela consiguió que cinco o seis de sus compañeros derribaran a Orgóñez por tierra; luego se precipitó sobre todos y abriéndose paso en aquel montón humano, degolló cobardemente al bravo Mariscal.

El viejo Almagro, apenas vio la retirada de los suyos, dicen que exclamó: "¡Por Nuestro Señor, que pensé que a pelear habíamos venido!" E instando a cuatro de los que con él estaban, hizo que lo subieran a una mula. Puesto en ella le fustigó las ancas y seguido por sus cuatro hombres de confianza, huyó camino de Sacsahuamán.

Llegado al pie de la fortaleza lo subieron a un cubo o torreón que allí había y, con ánimo de no rendirse, aquellos cinco desesperados se encastillaron dispuestos a morir.

En un principio nadie se percató de la fuga del Adelantado, pero terminada la batalla alguien señaló a Sacsahuamán. Partió

hacía allí Alonso de Alvarado, el de la rota de Abancay, pues vio en este punto motivo para recuperar su honra. Lo siguieron Felipe Gutiérrez, Alonso de Toro y otros más. Galopando subieron por la cuesta de Collcampata, llegando a la explanada con los caballos cansados; frenó Alvarado su cabalgadura y parándose frente al cubo de la fortaleza, llamó a Almagro por su nombre y le intimó la rendición. El paralítico, que por ser viejo temía a la muerte, respondió que se rendía; por eso sus cuatro amigos arrojaron las armas por encima del muro y uno a uno salieron del torreón. Varios pizarristas que habían llegado posteriormente, los tomaron presos. Cuando se entendió que Almagro estaba solo, otros vencedores subieron por él.

A Almagro lo bajaron en brazos. Se le veía triste, decrepito y más feo que nunca. El capitán Pedro de Castro, viendo cuán feo era de rostro el Adelantado, alzando el arcabuz le quiso disparar, diciendo: "¡Mirá por quien se han muerto tantos caballeros!" Pero Alonso de Alvarado se interpuso entre el arma y el cautivo, evitando el asesinato. Subieron entonces al Adelantado a la grupa del caballo de Felipe Gutiérrez y emprendieron el regreso al Cusco.

En las afueras salió a recibirlos Hernando Pizarro; tenía el vientre vendado, pero no de modo que le impidiera montar. Ahora estaba sobre un caballo negro; junto a él, calmado más que contenido, se hallaba su hermano Gonzalo. Ambos se conformaron con mirar al pobre viejo; luego Hernando mandó que lo cambiaran a la grupa del corcel de Alonso de Toro, por ser más rápido que el de Gutierrez. Toro, mocetón de Trujillo, hombre malo aunque muy fiel a los Pizarro, obedeció cumplidamente. Cuando todo estuvo listo, Gonzalo se encargó de la revisión; después Hernando hizo una seña y todos entraron a la ciudad del Cusco.

Almagro nunca hubiera querido ver lo que en el Cusco sucedía. A lo largo de sus calles el espectáculo era pavoroso: los almagristas corrían perseguidos por los vencedores quienes se ensañaban con ellos despojándolos de todo lo que tuviera algún valor. De este modo, no era extraño ver a un soldado herido que buscaba asilo en la casa de un paisano, o a un hombre desnudo que ingresaba a un templo buscando protección. Un tal Diego Velázquez arrastraba por el suelo la bandera de los de Chile; detrás de él, los últimos pizarristas regresaban del campo de batalla gritando:

“¡Viva el Rey y los Pizarro, mueran los traidores!” Los victoriosos repicaban las campanas de los templos y saqueaban las casas de los vencidos; cuando hallaban escondidos a los derrotados “les daban destocadas e los matavan e los tratavan peor que a moros”. Con este último grupo de pizarristas entró el fulano de Fuentes; traía asida por las barbas la cabeza de Rodrigo Orgóñez “dando con ella mangonadas e bueltas, alzándola e abaxándola”. Satisfecho con lo que él consideraba la mayor hazaña del mundo, Fuentes enseñaba la cabeza y sonreía groseramente. Era la primera vez que el infeliz se sentía importante.

Almagro bajó los ojos al ver todo esto y se dejó conducir a otra torre que le señalaban por prisión. A pesar de que lo hicieron cruzar calles llenas de soldados que robaban las casas de los almagristas, ninguno reparó en el Adelantado, tal vez porque ya estaba casi oscuro y había empezado a llover. Así llegaron al torreón de piedra donde el viejo iba a vivir su cautiverio. Lo introdujeron en brazos y lo dejaron en la oscuridad. Luego le echaron candados y cerrojos. A pesar de que no podía moverse por estar tullido, se apostaron muchos guardas por temor que lo vinieran a librar. Cabizbajo y silencioso, mirando la dura realidad con el único ojo que le quedaba, Almagro quedó más quieto y dolido que la tristeza misma.

LA MUERTE DEL ADELANTADO

En la celda pasó Almagro largos días acompañado por la soledad. Su enfermedad había empeorado; sólo era visitado por sus carceleros. Harto de sufrir callado, mandó llamar a Hernando Pizarro. Acudió éste poco después a la prisión y, sin desprenderse de su tono altivo, lo consoló diciéndole que no temiese por su vida porque en breve llegaría al Cusco el Gobernador Francisco Pizarro, su antiguo compañero de Panamá. Almagro se confortó mucho con lo último, pues consideraba que Francisco Pizarro nunca lo dejaría matar. Pero si el Adelantado conocía la bondad de Francisco, ignoraba la maldad de Hernando, quien apenas salió de la torre se dedicó a buscar testigos para abrir proceso al viejo Almagro y poderlo condenar a muerte.

Tal como lo había planeado, pronto los halló; entonces empezaron las acusaciones. Primeramente, se culpó al Adelantado

de haber ocupado por fuerza de armas la ciudad del Cusco y de apresar a su Teniente de Gobernador, el cual no había sido otro que Hernando Pizarro. También se le enrostró el haber salido contra Alonso de Alvarado, que subía a luchar con Manco Inca, y de derrotarlo en Abancay luego de matarle varios hombres. Otras acusaciones fueron: un presunto pacto con Manco Inca sobre el exterminio de los españoles pizarristas, quebrantar treguas y juramentos, dar y quitar repartimientos sin tener facultad de la Corona.

Mientras los cargos se acumulaban, Hernando no dejaba de visitar al prisionero. Le hacía creer que su prisión tendría buen fin, pues ya faltaba poco para que el Gobernador don Francisco ingresara a la ciudad. Y mientras le decía esto, para hacerle más llevadera la cadena, mandaba servir al preso delicadas viandas. Se despedía luego anunciándole que si tardaba mucho el Gobernador se estuviese listo para emprender un largo viaje... Almagro le agradecía el ofrecimiento e instaba que le preparasen pronto una litera para poder partir, asegurándole a Hernando "que en viéndose con el gobernador Francisco Pizarro, su hermano, no habría entre ellos ningún rencor".

Estando así las cosas, se enteró Hernando que entre los muchos de los de Chile que habían partido con Pedro de Candia al descubrimiento del país de Ambaya, existía una conjuración con miras de liberar a Almagro. Los almagristas del Cusco también acariaban ese ideal. Era, pues, urgente el alcanzar a Candia y hacer justicia de los revoltosos; pero, por otro lado, los de Chile que posaban en el Cusco podían aprovecharse de su ausencia y darle a Almagro libertad. La disyuntiva era peligrosa, pero Hernando la salvó apresurando el proceso contra el "vellaco moro relajado de Almagro". Y al decir esto recalcaba lo último, insinuando que el Adelantado era un pecador nefando.

Cuando el proceso llegó a su fin, respiró Hernando satisfecho. Entonces, después de haberle dado a Almagro tres meses de esperanzas, le mandó decir que se confesase. Almagro se alborotó con la noticia, porque era uso muy antiguo que los presos se confesaran al ser condenados a muerte. Se le contestó que era como sospechaba, que a partir de ese momento se considerase en capilla.

Almagro no lo quiso creer. Desesperado mandó llamar a Hernando Pizarro, invocando su caridad. Hernando ingresó a la celda al tiempo que el sentenciado lloraba. Verlo así y mostrarse fuerte

fue todo uno. Comenzó por aclararle “que ni él era sólo el que había muerto en este mundo, ni siempre dejarían otros de morir de aquella manera; que supiese que el último día de su vida era llegado, e pues era cristiano temiese a Dios e ordenase su ánima...”

El Adelantado, buscando la última misericordia le dijo “que cómo quería matar a quien tanto bien le había hecho e por ello ser tenido por cruel; que se acordase que había sido el primer escalón por donde sus hermanos y él habían subido e llegado al estado en que estaban, e con su hacienda fue su hermano e compañero a negociar la gobernación a España, e que nunca tuvo bien que no lo quisiese para él: por tanto, que no fuese homicida, que lo enviase al Gobernador... que si aquello no le cuadraba que le enviase a Su Magestad, donde sería castigado si hubiese cometido delito; y qué bien le podía venir con su muerte, ni qué mal se le podrían recrecer con su vida, pues su cansada vejez estaba tan trabajada e fatigada, que según razón podía vivir poco...”

No se ablandó Hernando con la súplica, antes increpó a Almagro: “que pues era caballero e tenía nombre de ilustre, no mostrase flaqueza, y que supiese ciertamente que había de morir”. El Adelantado tornó a sus rogativas, apelando a la justicia del Rey y a los sufrimientos de la conquista del Perú, conquista que le había costado un ojo de la cara... Hernando no cedió un ápice, saliéndose de la celda en medio de la desesperación de Almagro.

Cuando la crisis nerviosa pasó y se sobrepuso a sus sufrimientos, Almagro no quiso sacramentarse confiando que jamás lo dejarían morir sin confesión. Sin embargo, fue advertido que si no lo hacía moriría inconfeso; entonces el Adelantado recibió con mucha contrición el Sacramento. Terminado éste, se sintió más tranquilo: ya estaba bien con Dios; ahora quería congraciarse con los hombres. Como primera directiva y en virtud de una provisión del Emperador que lo facultaba para nombrar en vida un sucesor en la gobernación de Nueva Toledo, el Adelantado señaló a Diego, su mestizo bastardo, para el cargo de Gobernador. El se encargaría de reunir y proteger a todos los almagristas, también éstos lo guardarían a él. Luego, Almagro dictó un codicilo y dejó por heredero de todo su patrimonio al Rey. Era la mejor manera de evitar que sus bienes cayeran en poder de los Pizarro. Por el actuario del escrito se enteró que su proceso era muy grueso, pues tenía dos mil fojas, y que se le había denegado

el derecho de apelación. Almagro se quejó de los falsos testigos, sus acusadores, y personificando a todos ellos en Alonso de Toro, allí presente, clavándole el único ojo que le quedaba le dijo lleno de indignación: "Agora, Toro os veréis harto de mis carnes".

Al amanecer del 8 de julio de 1538 comenzó a correrse la voz de que al mediodía matarían al Adelantado. Los almagristas se mostraron furibundos; algunos indios proclamaron su pesar. Se notó movimiento por las calles y también caballos que corrían. Hernando, que hasta entonces había mostrado no temer a los de Chile, consideró prudente acuartelar a sus soldados. A muchos de ellos los apostó en las calles que conducían a la plaza y en la plaza misma situó un escuadrón. Cuando todas estas precauciones aseguraron la tranquilidad, mandó que ajusticiaran al Adelantado.

Al momento se descorrieron los cerrojos, se abrieron los candados y el verdugo entró a la celda. Llevaba un garrote en la mano. Un fraile rezaba en voz alta; los demás estaban callados. Pasó un tiempo prudencial, se oyó un quejido. Cuando los curiosos penetraron en la celda, hallaron al Adelantado muerto. Tenía la nuca partida y el único ojo de la cara horriblemente abierto...

Hernando dio orden de llevarlo al centro de la plaza; el cuerpo fue sacado en un repostero y depositado junto al rollo. Al tiempo que se llegó allí voceaba el pregonero: "Esta es la justicia que manda hacer Su Magestad y Hernando Pizarro en su nombre, a este hombre por alborotador de estos reinos, e porque entró en la ciudad del Cuzco con banderas tendidas, e se hizo recibir por fuerza prendiendo a las justicias, e porque fue a la puente de Abancay e dio batalla al capitán Alonso de Alvarado, e los prendió a él e a otros, e había hecho delitos e dado muertes."

Apareció nuevamente el verdugo, quien degolló el cadáver. El pobre Almagro "no tuvo quien pusiese un paño en su degolladero" para recoger la sangre de su cuello cortado. La cabeza cercenada se colgó en la picota. Luego el verdugo, acogiéndose a una antiquísima costumbre, comenzó a desvestir el cadáver para apropiarse de la ropa; algunas personas se lo impidieron, prometiendo pagarle el valor de la misma. Estando el cuerpo semidesnudo y a punto de volverse a vestir, subió corriendo Alonso de Toro y comenzó a hacer ciertas pesquisas deshonestas. Concluyó que Almagro no era un relajado, pero malignamente se lo calló.

El decapitado cuerpo estuvo en la plaza toda aquella tarde, sin que amigos ni enemigos hicieran por retirarlo. Caída la noche

“vino un negro que había sido esclavo del pobre difunto y trajo una triste sábana... y envolviéndolo en ella con ayuda de algunos indios que habían sido criados de Don Diego, lo llevaron” a la casa del sevillano Hernán Ponce de León, donde le pusieron una mortaja. Posiblemente por mediación de los clérigos consiguieron que se devolviera a ese cuerpo su cabeza. El cráneo se colocó a los pies del cadáver, señal de que el difunto había sido decapitado. Hecho esto lo llevaron a enterrar a la iglesia de La Merced, donde los frailes mercedarios le dieron una sepultura de limosna.

XIV. EL VIEJO MARQUES

EL MARQUESADO

Sabedor Francisco Pizarro de la derrota de Almagro en las Salinas, "recibió muy grande alegría con saber nuevas tan buenas" y deseoso de acudir al lado de sus hermanos, partió de Lima para el Cusco "publicando que lo hacía para dar la vida al Adelantado". Con su comitiva pasó por Jauja—donde los huancas le hicieron un gran recibimiento—siguiendo a Parcos y a Vilcas. Estando por cruzar el río Abancay, en el mismo puente donde Almagro derrotara a Alonso de Alvarado, "le llegó un mensajero de Hernando Pizarro con cartas e nueva de la muerte que había dado al Adelantado". Don Francisco, "cuando vido las cartas e le dijeron lo que había pasado... estovo gran pieza los ojos bajos, mirando al suelo, e que mostró recibir pena, porque luego vertió algunas lágrimas". Dispuesto a informarse personalmente de lo sucedido, montó a caballo y ordenando seguir al Cusco, entró a la capital incaica seis días después.

Lo salieron a recibir los Regidores y vecinos, saludándolo con "palabras adulosas, dando por ellas a entender que había sido bien hecho haber dado la batalla al Adelantado e quitádole la vida"... El Gobernador no les hizo mayor caso, mostrándose taciturno y poco afecto a conversar.

De allí a pocos días entró a la ciudad Hernando Pizarro, que

había ido al Collao a pedir oro a los curacas. Las crónicas no relatan la entrevista, pero todo parece indicar que el Gobernador estaba de mal talante y que la llegada de su hermano lo puso peor. A partir de entonces lo vieron irritarse por cualquier motivo y por cosas que antes jamás lo habían molestado. Consta, por ejemplo, que trató muy mal a los indios, hombres que hasta poco antes habían sido su mayor preocupación. Por eso, cuando los naturales acudieron pidiéndole castigo para los españoles que les robaban sus ganados, el Gobernador se puso iracundo y tildó a los agraviados de mentirosos. Esto sucedió no una, sino varias veces con los quechuas quejosos y siempre “diciéndoles que mentían los echaba de sí”. Al lado del desasosiego y falta de paciencia con los indios, se mostró también intolerante con los almagristas derrotados. Ello se probó cuando Diego de Alvarado—el albacea del Adelantado—le pidió que le entregase la Gobernación de Nueva Toledo, sin el Cusco, por corresponderle suceder en ella a Diego de Almagro, el Mozo: Pizarro volvió a encenderse en ira y gritando feamente a Diego de Alvarado, le llegó a decir “que su gobernación no tenía término, e que llegaba hasta Flandes; e así no quiso desembarazar la provincia de Nueva Toledo, e dio a entender que codicia e no justicia había sido la causa de la guerra pasada...”

Tales reacciones evidenciaban que el Gobernador estaba harto de algo, pues no coincidían con las de un hombre satisfecho. En don Francisco se albergaba un mal recuerdo, una preocupación; acaso lo roía el remordimiento por no haberse apresurado a impedir la muerte de su socio. Se diría que estaba atravesando una etapa aflictiva que lejos de desembocar en situaciones de reparación y de equilibrio, sólo perseguían olvidar el pasado, acallar las voces que alteraban su conciencia. En el fondo, apetecía distraerse en algo nuevo, que lo absorbiera por completo. Quería ser nuevamente Francisco Pizarro, el soldado de antes, el conquistador de siempre...

La solución surgió sola: Manco Inca había vuelto a sus incursiones militares. Ahora el monarca indio no tenía a su lado grandes tropas, pero con su reducido ejército incendiaba pueblos, asaltaba caravanas de mercaderes, mataba viajeros y robaba esclavos. Ello sirvió para que el Gobernador olvidara un poco a los de Chile, llevándolo a llamar al Factor Suárez de Carbajal

para nombrarlo su capitán y encomendarle un ejército de represalia contra el Inca.

La tropa salió del Cusco y pasó el río Apurímac, entró a Vilcas y siguió a Oripa. Estando en estas sierras frías, Suárez de Carbajal envió a un capitán Villadiego y treinta peones con la peregrina orden de infiltrarse y prender al Inca. Villadiego era bisoño, es decir, nuevo en la tierra, y desconocía las modalidades guerreras de los quechuas. Por ello cayó en una celada y de sus treinta hombres escaparon sólo seis, muriendo él y los demás en la matanza. Al Gobernador, que estaba en el Cusco, le pesó mucho lo ocurrido y sin responder la carta a Suárez de Carbajal, juntó setenta soldados y partió con ellos hacia Oripa. Planeó la forma en que se debería llevar esa guerra contra el Inca, empezando por dividir a su tropa en tres capitanías; pero, estando así ordenados los cristianos, el Inca no apareció y la guerra quedó interrumpida.

En los largos meses de calma que siguieron, el Gobernador comenzó a inspeccionar la comarca huamanguina habitada por los indios pocras. Alguna vez detuvo su caballo junto a la pampa de la Quinoa, en el lugar llamado Huamanguilla, y conversó con su capellán García Díaz y el Factor Carbajal sobre la posibilidad de fundar allí una ciudad que sirviera de freno al Inca y de refugio a los que viajaran entre el Cusco y Lima. Ambos asintieron al proyecto y, el 9 de enero de 1539, el Gobernador Pizarro fundó la ciudad de San Juan de la Frontera, dejando en ella veinticuatro vecinos y cuarenta moradores, todos bajo las órdenes de Francisco de Cárdenas, su Teniente de Gobernador.

Hecha esta fundación y apagada la guerra, Pizarro volvió al Cusco. Allí lo sorprendió la Corona con un título de Marqués que llevaba adjunto un privilegio para tener dieciséis mil vasallos indios. Hernán Cortés había sido premiado con el marquesado del Valle de Oaxaca, no quería la Corona pagar con menos a Pizarro y ahora le enviaba el título incompleto para que él buscara y eligiera el lugar en que se debería asentar su marquesado. Por el momento, Pizarro no hizo mayor caso a la merced, pero posteriormente elegiría la provincia de los Atabillos, por sentirse demasiado viejo y querer tener el marquesado cerca a Lima.

El nuevo Marqués siguió obsesionado por las fundaciones y entendiendo que en las Charcas estaban Peranzúrez y Diego de Rojas, les encargó la fundación de la Villa de la Plata, mandato

que ambos capitanes acataron, fundando en el valle de Chuquisaca una ciudad que ha perdurado hasta hoy.

Siempre desde el Cusco, Pizarro pasó el resto del tiempo enviando cartas a Manco Inca, invitándolo a salir de paz y a rendirle vasallaje al Emperador; pero el Inca no era amigo de acatamientos y quería morir como habían muerto sus abuelos. Por eso no se dignaba contestar al barbudo Apo extremeño sus insinuaciones para que saliera a ser vasallo del Gran Apo de Castilla. Fracasado en su propósito, el Gobernador recurrió nuevamente a la fuerza de las armas enviando a su hermano Gonzalo contra el Inca, con el fin de traerlo prisionero.

A estas alturas, habiendo terminado sus informaciones y probanzas, Hernando Pizarro decidió viajar a España. Afirmaba que lo hacía para llevarle más oro al Emperador, pero todos comentaban que marchaba a explicarle los motivos que lo movieron a matar al Adelantado. Don Francisco sufrió, con el anuncio de este viaje, lo que bien se podría llamar un retroceso en la acentuación de sus recuerdos y volvió a despertarse en él esa ira dormida que ya había superado. Tuvo serias discusiones con Hernando, que se convirtieron en verdaderos pleitos que llevaron a temer por la unidad de los Pizarro; no obstante, se amistarón achacando ser hijos del mismo padre y Hernando pudo partir. "E ya que Hernando Pizarro se quería partir dijo al Marqués que mirase por su persona, e anduviese siempre acompañado de manera que los de Chile no le pudiesen hacer algún mal, e aún por atirar inconvenientes le parecía que debería de enviar al mozo D. Diego a España, e apartarlo de la congregación e amistad de los aquel bando, porque ciertamente él iba con temor de que aún no había de estar bien ausente del reino, cuando luego habían de hacer dél cabeza para ocupar el reino y a él quitarle la vida; y el Marqués le respondió que siguiese su camino e se dejase de aquellos dichos. Hernando Pizarro le tornó a amonestar que mirase por sí e no consintiese que anduviesen juntos diez de los de Chile, porque luego habían de tratar de le matar; a todo lo cual el Gobernador le respondió que las cabezas de ellos guardarían la suya. Hernando Pizarro, vista la intención del Marqués, no habló más sobre aquello, e despidiéndose dél y de los caballeros e vecinos del Cuzco, se partió para la Ciudad de los Reyes".

LA VISITA AL COLLAO

El Marqués quedó un tiempo en el Cusco, esperando más noticias sobre cierto Juez del Rey que venía a investigar la muerte del Adelantado; pero no habiendo nuevas sobre el misterioso magistrado, determinó conocer la gran laguna del Collao y partió, dejando por su Teniente en el Cusco al licenciado Antonio de la Gama. El Gobernador pasó por Urcos, Checacupe, Tinta y Ayaviri, continuando por esta ruta hasta el gran lago sagrado de los Incas. La visión lacustre debió de enmudecer a Pizarro: allí, en esas aguas con oleaje, estaba el principio del Imperio que él llegó a destruir; allí, en las islas del interior, estaba la de Titicaca, donde el dios Huiracocha empezó la creación de las Cuatro Partes del Mundo...

Orillando el lago por Poniente llegó hasta el curacazgo colla de Chuchuito. El Marqués seguramente se sorprendería con los muchos señores que en literas y con gran séquito salieron a recibirlo. Eran collas de cabezas deformadas y enormes, que las cubrían con unos bonetes de lana colorada; los encasquetaban con tal precisión y eran estos bonetes tan iguales en tamaño, que parecían hechas las cabezas para los bonetes y no los bonetes para las cabezas. Había muchos ganados de auquénidos y poblaciones de piedra con techos de paja. Alrededor de las casas, los indios tenían sus sementeras; ellos usaban vestidos de lana, ellas caperuzas muy gruesas; unos y otras andaban muy abrigados para defenderse del frío. Al lado de estos collas agricultores, sobre unas islas flotantes tejidas a mano con totora de los totorales, vivían los indios uros, pescadores orgullosos, que negaban su calidad humana por creerse algo mejor: ¡ellos eran uros, los demás eran los hombres! Don Francisco—nos lo imaginamos arropado y viejo en la orilla fangosa—vería el lago tan grande que lo creería resto del Diluvio Universal...

Estando aquí en Chucuito, distraído en estas observaciones, llegó una carta desde el Cusco escrita por Hernando de Bachicao informándolo "que mirase por su persona, porque los de Chile le habían de matar, y así se publicaba en la ciudad". El Marqués "hizo burla de ella" y ordenó seguir el viaje.

Con miras a conocer las Charcas pasó entonces por Juli, Pomata, Zepita y otros ricos pueblos; en el Desaguadero usó el puente flotante construido por los Incas; en Tiahuanaco debió admirar

los enormes edificios; y en Huaqui, alojarse en pétreos aposentos. Se apartó luego del lago sagrado que surcaban los naturales en sus barcas de totora, siguiendo hacia las Charcas. Pronto llegó al valle de Chuquiavo—donde una década después se asentaría la Ciudad de Nuestra Señora de la Paz—, lugar donde permaneció sesenta días descansando. Aquí acudieron a besarle la mano los vecinos de La Plata, la villa erigida por su orden en el valle de Chuquisaca y que no quiso visitar por ser tierra muy alta y fría. El Gobernador estaba muy restablecido; había olvidado casi por completo las iras sufridas en el Cusco; ahora atendía solícitamente a los vecinos de La Plata “e les encargaba el buen tratamiento de los naturales”. Todos estaban de acuerdo en que don Francisco había vuelto a ser el mismo de antes.

Después de permanecer tres meses en las Charcas y de visitar varios de sus más templados lugares, el Gobernador decidió bajar hacia la costa. Estaba convencido que La Plata quedaba muy lejos del mar y quería fundar una ciudad en Arequipa. Por ello inició la ruta de retorno, bordeando el lago hasta regresar a Chucuito y continuando hacia la costa del mar. Mas, estando ya cerca del Misti, en plena tierra de Arequipa, noticias del Cusco lo informaron que Manco Inca hablaba de paz y daba muestras de querer dar vasallaje al Emperador. Contento, entusiasmado, el Marqués dio media vuelta y emprendió el camino del Cusco. En el primer alto hizo a su secretario sacar papel y tinta, para comisionar a un paisano suyo una delicada misión: de este modo Garcí Manuel de Carbajal, natural de Trujillo de Extremadura, partió con ciertos hombres a fundar la Villa Hermosa de Arequipa.

Aguijando caballo y deteniéndose poco, el Gobernador llegó al Cusco y siguió al valle de Yucaj, desde donde envió a Manco una jaca muy briosa y ropas de seda; sin embargo, el Inca—que sólo pretendía distraer al Gobernador—mató a sus dos mensajeros y se quedó con los obsequios. El Marqués quiso demostrar a Manco que no quedarían impunes estas muertes, y haciendo traer a la esposa del Inca, que estaba prisionera, ordenó matarla como señal de represalia. Decepcionado y con el ceño fruncido, don Francisco retornó al Cusco. Al no hallar en este lugar nuevas noticias sobre el Juez que venía a juzgar a los Pizarros, y deseoso de tenerlas, determinó irse a San Juan de la Frontera para después bajar a la ciudad de Lima.

LOS ULTIMOS DIAS

En la Ciudad de los Reyes tampoco encontró las novedades que buscaba, sino otras de distinto género que algún problema le habrían de traer: un desasosiego general aquejaba a los vecinos por causa de las encomiendas; decían que era tiempo que los primeros repartimientos se trocaran por otros definitivos, que era urgente realizar el repartimiento general de todos los indios de la tierra. El Marqués consultó el caso con fray Vicente de Valverde—ya nombrado Obispo del Cusco—y éste no se mostró contrario a la idea. Entonces el Gobernador llamó a su secretario Picado y con las listas de conquistadores en la mano, inició el reparto de encomiendas. Ulteriormente las confirmaría la Corona a sus poseedores; lo que importaba ahora era premiar a los primeros conquistadores del Perú, pensaba Pizarro. A ninguno obsequió un solo palmo de tierra, pero a todos dio indios tributarios, como vasallos pecheros y no como esclavos, pues en eso se basaba la encomienda.

Seguidamente, para distraer a los almagristas y quitarles el disgusto por no haberles dado encomiendas, el Marqués envió a Gómez de Alvarado—el hermano del Adelantado don Pedro—a fundar la Ciudad del León de Huánuco, en las inmediaciones del río Huallaga, también llamado de los Motilonos. La fundación se desarrolló con éxito, viniendo en breve nuevas sobre el nombramiento de Diego de Carbajal y Rodrigo Núñez de Prado (el Maestro de Cajamarca) como los primeros Alcaldes.

Con todo esto—el reparto de encomiendas y la fundación de Huánuco—se había logrado dar tranquilidad a Lima; mas por aquellos días recibió Pizarro una carta cifrada del Factor Suárez de Carbajal, advirtiéndole que se cuidase, porque había comprobado que los almagristas, en grupos de dos y tres, se dirigían a Lima... A pesar de que los de su casa lo instaron a cuidarse, el Marqués “no hizo ningún mudamiento, ni puso en su persona ninguna guarda”.

Cabe explicar, que los de Chile estaban en la última miseria. Los doce principales sólo tenían una capa y cuando uno de ellos salía a la calle, los demás debían quedarse en casa. Esta quedaba junto a la iglesia mayor, en la calle que después se llamó de los Judíos. En las forzosas tertulias de once asistentes surgiría más de un plan, porque los indignados almagristas sólo apetecían aca-

bar con los Pizarro: Hernando estaba en España y Gonzalo en Quito; el único a la mano era el Marqués Gobernador. Contra éste, a la sazón, estaban muy dolidos, porque ciertas chacras en Collique que dejó el difunto Domingo de la Presa a Almagro el Mozo para que tuviera que comer, las había confiscado el Gobernador para darlas a su medio hermano Francisco Martín de Alcántara. ¡El Marqués quería matar de hambre a los de Chile, pero los de Chile lo iban a matar él!

Es por todo lo explicado que cuando por otro navío se supo en Lima que Vaca de Castro, el Juez nombrado, había salido de Panamá, los almagristas no quisieron ocultar su regocijo. Sin embargo, Antonio Picado, el torpe secretario del Marqués, deseó amargarles el placer por medio de una burla y, aprovechando una cabalgada la noche anterior a la fiesta de San Juan, subió a la grupa de su caballo a un loco llamado Juan de Lepe, encargándole que hiciese chocarrerías y lanzara chirigotas contra los de Chile. En efecto, el insano dio en hacerse el ocurrente y a poco de montado conmenzó a gritar; mas sus voces hicieron poca gracia el Secretario Picado, pues el loco decía a manera de profético estribillo fúnebre: “Esta es la justicia que manda a hacer a este hombre...” Los almagristas rompieron a reír y lo tomaron a buen augurio.

Parece que el viernes 24 de junio de 1541, fiesta de San Juan Bautista, los indios del tianguéz murmuraban que los almagristas estaban comprando armas para matar al Gobernador. La noticia llegó a Pizarro, quien—tratando de averiguar la verdad—mandó llamar a Juan de Rada, principal valedor de Almagro el Mozo. Rada halló al Marqués en el huerto de su casa, contemplando sus naranjos. El Gobernador sintió que entraba alguien y volviendo la cabeza dijo: “¿Quién sois? Respondióle Juan de Herrada que tal le veía que no le conocía, que él era Juan de Herrada”. El Marqués le dijo: ¿Qué es esto, Juan de Herrada, que me dicen que andais comprando armas, aderezando cotas, todo para efecto de darme la muerte? Juan de Herrada le respondió: Verdad es, señor, que yo he comprado dos pares de coracinas e una cota, para defender con ello mi persona. El Marqués dijo: ¿Qué causa os mueve agora a buscar armas más que otro tiempo? Juan de Herrada tornó a responder e dijo: Porque nos dicen y es público que vuestra Señoría recoge lanzas para matarnos a todos, y diciendo esto dijo más: ¡Ea!, pues, acabemos ya, y vuestra Señoría

haga de nosotros lo que fuere servido, pues que habiendo empezado por la cabeza, no sé yo por qué se tiene respeto a los pies; y asimesmo dicen que vuestra Señoría ha mandado matar al Juez, y si piensa matar a los de Chile no lo haga; destierre en un navío a D. Diego, pues es inocente y no tiene culpa, que yo me iré con él adonde la ventura nos quisiere echar. El Marqués, con rostro airado, dijo: ¿Quién os ha hecho entender tan gran maldad o traición como es esa?, porque nunca yo lo pensé; y el Juez más deseo yo de verlo acá que no vos, y Diego de Mora me ha escrito cómo arribó al río de San Juan, e así me lo han dicho los maestros que han venido e por no querer él embarcarse en mi galeón, no está aquí; e en lo de las armas que decís que aderezo, el otro día salí a caza e no vide en cuantos íbamos una lanza, e mandé a mis criados que mercasen una y ellos mercaron cuatro. Plega a Dios, Juan de Herrada, que venga el Juez, e Dios ayude a la verdad y estas cosas hayan fin”.

Prosigue la crónica que “Juan de Herrada, en alguna manera se había ablandado su corazón en oír lo que el Marqués le había dicho, e le respondió: Por Dios, señor, que me han hecho empeñarme en quinientos pesos y más, que por mercar armas he gastado, y ansí ando armado con una cota, porque si alguno viniese a matarme me pueda defender. El Marqués, mostrando más amor, le dijo: No plega a Dios que yo haga tan gran crueldad. Juan de Herrada se quitó la gorra e se quiso ir, e ya que se iba, estaba allí un loco que se llamaba Valdesillo, y díjole al Marqués: ¿Cómo no le das de esas naranjas a Juan de Herrada? Y el Marqués le respondió: Por Dios que dices bien, e yo no miraba en tanto. Y entonces el mesmo Marqués cortó con su mano media docena de naranjas del árbol, que eran las primeras que se daban en aquella tierra, e dióselas a Juan de Herrada; el cual luego se fue a su posada...”

No obstante, Juan de Rada tenía sombra de traidor y apenas se despidió del Marqués, se reunió con Almagro el Mozo, “los caballeros de la capa”, y otros influyentes almagristas para decirles que Pizarro los quería matar a todos, amparándose en que el Juez venía ya sobornado. Los de Chile se indignaron con lo que Rada les dijo y juraron matar al Marqués para adelantarse a sus propósitos y, de paso, vengar al Adelantado. Con esta idea trazaron su plan asesino, señalando la mañana del domingo 26 de junio, a hora de misa mayor.

A pesar del gran secreto que se exigió a los conjurados, Francisco de Herencia lo contó en confesión a un clérigo llamado Alonso de Henao—el mismo que andando los años mataría Lope de Aguirre en la jornada de los Marañones—encargándole que lo comunicara al Marqués. El clérigo se acercó embozado a la casa de Antonio Picado, el secretario del Gobernador, la noche del sábado 25. Picado entendió la gravedad de la noticia y llevó a Henao a casa del doctor Juan Blásquez, Teniente de la gobernación. Este hizo poco caso al informe, ocasionando con ello las protestas de Picado. Blásquez, tratando de tranquilizarlo le contestó que no temiese, “que mientras estuviese en sus manos la vara de justicia, que durmiese descuidadamente, y sin pensar que nenguno se movería a hacer cosa que sea en su deservicio”.

El Marqués, mientras tanto, había salido de su morada para cenar en la de su hermano Francisco Martín. A mitad de la comida fue sorprendido por Antonio Picado, que venía con “la color demudada”, trayendo consigo a un embozado “que no quiso mostrarse por no ser conocido”. El Marqués le preguntó lo que ocurría; Picado se acercó a la mesa y le respondió estuviese tranquilo, nada malo había pasado, y que ese hombre era el cura Henao que venía disfrazado para darle una noticia. Pizarro se volvió al embozado pidiéndole la novedad; el clérigo, temeroso y balbuciente, dijo “que le venía a avisar de cómo los de Chile le querían matar...” El Marqués se encogió de hombros, afirmando que tales versiones, sin duda, serían dichos de indios, o fantasías de españoles que pretendían un caballo de regalo por la advertencia; pero luego se detuvo algo en medio del comedor y “se volvió a la mesa pensativo, y no comió más, y sin pasar mucho tiempo se fue a su casa”.

Una vez en su morada mandó llamar a Picado y al Teniente doctor Blásquez. Cotejadas las opiniones accedió el Marqués—aunque “con mucha tibieza”—que al día siguiente, domingo por la tarde fueran presos los de Chile. La misión la tomó a su cargo el fanfarrón doctor Blásquez, quien al salir para efectuar los preparativos recordó a don Francisco “que mientras él tuviese la vara en la mano, que estoviese seguro de no recibir nengún enojo ni deservicio”. Hecho esto, a todos pareció prudente que el Marqués no saliera a oír misa, recomendando que algún clérigo se la dijera en el oratorio de su casa.

Sería hora de medianoche y Lima dormía. Oscura en sus calles

y con cielo muy nublado, la ciudad vivió una noche más de invierno y de frío. No obstante, los juerguistas y bebedores la pasaron en gran fiesta dentro de las tabernas. Ruido de dados pesados y carcajadas de mujeres livianas, entrechocar de vasos con vino y alguna maldición de perdedor en el juego; eso fue lo que se oyó... Cuando se acabó la juerga y los alegres soldados volvían a sus posadas, las nubes se desgarraron en el negro cielo dejando ver una luna llena muy grande “e dende a un poco se encendió y declinó su color, a rubia sangre la mitad de ella, y la otra mitad negra, y mostraba lanzar de sí unas esponjas, todo de color de sangre...” Los trasnochadores miraron al cielo y concluyeron asustados “que había de suceder en el reino alguna cosa notable”.

LA FECHA FUNESTA

Y amaneció el domingo 26 de junio de 1541, festividad de san Pelayo, mártir. Fue un alborar muy lluvioso; las campanadas del alba tuvieron que rasgar la niebla para llegar a los vecinos. Alguno saltó del lecho y, habiéndose enterado de algo durante la noche, corrió a casa del Marqués a informarlo “que se guardase de los de Chile”. Posteriormente, se abrieron las puertas y salieron a misa los vecinos. Sin embargo, al Marqués Gobernador no se le vio en ningún templo. Se rumoreó que estaba enfermo, pero —se decía—no lo estaría tanto como para no acudir a misa. En el atrio de la iglesia mayor hubo grupos de soldados que, refiriéndose al Marqués, “decían que en aquel mismo domingo le habían de matar...”

Así corrieron las horas y viendo que Pizarro no salía para asistir al servicio que acostumbraba en la iglesia, los de Chile enviaron a preguntar el motivo. Se averiguó con esto que el Marqués estaba enfermo y que buscaba un clérigo que le fuese a decir la misa en su casa. Pronto se ofreció un tonsurado vizcaíno, deslizando tras él un par de espías almagristas. Estos notaron que se maliciaba el asesinato y volvieron con el parecer de postergarlo a otro día.

La mañana siguió lluviosa; toda ella fue plomiza. Terminada la misa mayor, los vecinos salieron del templo y se quedaron comentando en la plaza: unos miraban a la casa del Gobernador, otros volvían la cabeza hacia la casa del costado de la iglesia.

Serían las once de la mañana cuando, ya oída la misa, el Marqués invitó a sentarse a su mesa a su antiguo capellán Garcí-Díaz—que a la sazón había designado primer Obispo de Quito—, a Francisco Martín de Alcántara, al capitán Francisco de Chávez, al doctor Juan Blásquez y a otras quince personas, todos soldados veteranos. Más de veinte criados atendían la mesa; había gran movimiento y humos apetitosos subían de la cocina. Todos charlaban muy descuidados, luciendo sus galas dominicales. El Marqués, barbablanca y venerable, no se sabe si hablaría; vestía una ropa larga de grana y hacía los honores a sus invitados. Estando todos reunidos—no está claro si fue en este momento o después de la comida—entró corriendo un paje apellidado Tordoya, el cual daba voces tratando de alertar a los invitados: “¡Arma, arma, que todos los de Chile vienen a matar al Marqués, mi señor!”, y dirigiéndose a éste le dijo: “¡Señor, los de Chile viene a matar a Vuestra Señoría!” Don Francisco se puso de pie y, seguido de su hermano y el Obispo, bajó hasta el descanso de la escalera, tratando de averiguar lo que pasaba. No vio nada, pese a que todos percibieron unas voces en el patio que repetían a manera de estribillo: “¡Viva el Rey, mueran tiranos!”

El Marqués volvió al comedor para ordenar que le alcanzaran sus armas, pero todos los servidores habían desaparecido junto con los invitados: unos se habían descolgado a la huerta—siguiendo al doctor Blásquez, que lo hizo con la vara entre los dientes—, otros estaban debajo de las camas y adentro de los aparadores. No se desanimó Pizarro con la fuga y penetrando a su alcoba con Francisco Martín de Alcántara y don Gómez de Luna—comensal que se quedó a su lado—hizo que sus pajes Tordoya y Vargas le vistieran un par de coracinas, mientras los dos primeros se armaban. En esto se oyó una gritería y subieron corriendo, presentándose asustados en el comedor varios pizarristas que huían del patio. Eran Francisco de Chávez, Pero López de Cazalla, Diego Ortiz de Guzmán, Juan Ortiz de Zárate y Bartolomé de Vergara, todos hombres que habían fugado del comedor. Subieron tan llenos de miedo que llegados ante la mesa no supieron qué hacer. El Marqués se asomó al comedor sin acabarse de armar y viéndolos tan espantados, mandó a Francisco de Chávez: “Señor Chaves cerrad esa puerta y guardádmela mientras me armo.” Chávez obedeció y fue asegurada la puerta que conducía a la escalera.

Mientras sucedía esto, los de Chile entraban al patio con sus

espadas desenvainadas. Al frente de los asesinos venía Juan de Rada, diciendo a voces: “¡Oh, día dichoso y de grande felicidad, y cómo todos han de conocer que Almagro fue digno de tener tales amigos, pues tan bien supieron vengar su muerte en el cruel tirano que fue causa de ello!” Pero vencida la escalera, al terminar de decir la última palabra, Rada y sus seguidores hallaron cerrada la puerta que conducía al comedor del Marqués, y los asesinos se vieron obligados a detenerse. De haber seguido clausurada, los de adentro hubieran tenido tiempo de recibir refuerzos, pero Francisco de Chávez—hombre que confiaba en su amistad con los de Chile—mandó abrirla, contra la opinión de todos, y salió. Se asegura que lo hizo porque sabía que el Marqués “le dejaba por Gobernador en un testamento que había hecho”. La verdad es que, una vez afuera, traspuesto el umbral, se topó con Juan de Rada y sus secuaces. Al verlos a todos con las caras inyectadas de venganza, no se le ocurrió nada mejor que hablarles en términos pacíficos y haciéndose el sorprendido: “¡Señores—les dijo—¿qué es esto? no se entienda conmigo el enojo que traéis con el Marqués, pues yo siempre fui amigo!” No pudo seguir con su desatinada reconvencción, porque una estocada lo derribó en el suelo haciéndolo rodar toda la escalera, hasta el patio. Hecho esto, los almagristas abrieron del todo la puerta del comedor y penetraron en tropel interrogando, al toparse con la abandonada mesa: “¿Qué es del tirano? ¿Dónde está?” Desconcertados, indagantes, se dirigieron a las habitaciones del Marqués con intención de matarlo en la cama, si de verdad estaba enfermo; mas les salió al encuentro y defendió la puerta Francisco Martín de Alcántara, quien con su robusto brazo de labrador esgrimía una espada de acero. Los de Chile se frenaron; sin embargo, descubriendo detrás de Alcántara al Marqués que se estaba terminando de abrochar las coracinas, se arremolinaron en la puerta y trataron de tomarla, al tiempo que gritaban: “¡Muera el tirano, que se nos pasa el tiempo y podría ser que le viniese favor!” El Marqués apartó a sus pajes—que no lograban terminar de abrocharle las coracinas—y sacando su espada de la vaina, le dijo, como si presintiese su fin: “Veni acá, vos, mi buena espada, compañera de mis trabajos”. Empuñada el arma, el viejo se sintió fuerte y con bríos de indignación acudió a la puerta a ponerse codo a codo con su hermano y defenderla juntos de los de Chile. Cuentan que al ir a secundarlo le gri-

tó: “¡A ellos, hermano, que nosotros nos bastamos para estos traidores!” “¡A ellos, hermano, mueran, que traidores son!”

La lucha se entabló sin ninguna ventaja para los de Chile. El Marqués, mientras luchaba, increpaba a sus enemigos duramente: “¿Qué desvergüenza tan grande ha sido ésta? ¿Por qué me queréis matar?”; los almagristas, no atinando a responderle, gritaban solamente: “¡Traidor!” El bravo viejo se defendía como un león. Hasta Gómara nos dice que luchaba “esgrimiendo la espada con tal destreza, que ninguno se acercaba, por valiente que fuese”. Había tomado el primer puesto en la pelea y tanto era su brío que no había adversario que se atreviera a propasar la puerta. En eso cayó Francisco Martín con una estocada en el pecho, también los dos pajes y Gómez de Luna. Solo se puso entonces a defender el umbral. Solo con su valor, para vergüenza de sus atacantes, que ni siquiera así pudieron hacerlo retroceder y desesperados pedían lanzas para matarlo de lejos. No se retrajo por ello el Marqués, antes bien, pretendiendo desanimar a sus adversarios, siguió combatiendo con más intensidad que antes. Tan animoso se mostró, que Juan de Rada entendió que así no lo vencerían nunca y recurriendo a un ardid traicionero, tomó a uno de los suyos apellidado Narváez y lo empujó hacia Pizarro; el Marqués lo emparó con la espada, pero el peso del cuerpo lo hizo retroceder, aprovechando entonces los de Chile para penetrar el umbral a la carrera y rodearlo. Pizarro continuó la lucha; esta ya no era ofensiva, sino defensiva. Era la contienda del águila contra los cuervos hambrientos; era el arrojo que se defendía de la cobardía y la traición. Se hizo un anillo de atacantes en torno al Gobernador: el anillo giró con frenesí de odio, luego se cerró con intención de muerte. Cuando se volvió a abrir para contemplar su obra, el Marqués estaba lleno de heridas y apoyado en el suelo; la mayor de ellas la había causado una estocada en la garganta. Pizarro, caído sobre el brazo izquierdo, tenía el codo lastimado; sus ropas estaban manchadas de sangre, ésta le manaba a borbotones. El viejo león, “sin mostrar flaqueza ni falta de ánimo” trató de levantarse para seguir luchando. El Marqués, todavía consciente, se desplomó sobre el piso ensangrentado. Sintiendo las ansias de la muerte, se llevó la mano diestra a la garganta y mojando sus dedos en la sangre hizo la cruz con ellos, luego balbuceó el nombre de Cristo e inclinó la cabeza para darle un beso a la cruz... Entonces uno de los

de Chile quiso ultimarle y tomando un cántaro de Guadalajara, se lo quebró en el rostro. El Marqués se desplomó pesadamente quedando quieto en el suelo. Y mientras los asesinos salían gritando: "¡Viva el Rey, muerto es el tirano!" y los rezagados bajaban fatigados la escalera comentando: "¡cómo era valiente ombre el marqués!", arriba—con el rostro hundido en su sangre guerrera—yacía el Conquistador del Perú.

Una hora después, Lorenzo Hernández de Trujillo y una mujer llamada la Cermeña acomodaron al cadáver en su cama. Estando ya el cuerpo acostado irrumpió en la habitación Martín Carrillo con varios almagristas y, so color de llevarlo ante Almagro el Mozo—pues su verdadera intención era exponerlo en la picota—el cuerpo fue arrastrado escaleras abajo y llevado hasta el patio. Los ruegos del Obispo de Quito y de otras personas impidieron que el cadáver se sacara a la plaza. En seguida Juan de Barbarán—antiguo soldado del Gobernador—subió el cuerpo por la escalera y lo devolvió a la cama, vistiéndolo con el hábito de Santiago, cruzándole en los hombros un grueso tahalí de cuero y poniéndole en el pecho un bracamarte. A continuación le calzó una espuela de acicate; la otra se la puso el conquistador Martín Pizarro, deudo y soldado del Marqués. Doña María de Lezcano, la mujer de Barbarán, corrió con los aprestos del entierro. El cadáver fue velado en secreto toda aquella tarde, y por la noche, aprovechándose las tinieblas, descolgado en una manta a la huerta y llevado a enterrar.

Junto a la iglesia mayor, en el muro de la nave del Evangelio y en un sitio que después se llamó el Patio de los Naranjos, estaba ya la fosa abierta. Barbarán, Martín Pizarro y Baltasar de Torreglosa guiaron hasta ella a los indios y negros que en la manta traían el cadáver del Marqués. Se le depositó en el fondo del hoyo, siempre con el bracamarte entre las manos, y se echaron unas paladas de cal, decidiéndose luego terminar de cubrir la sepultura con tierra del mismo suelo. Un clérigo rezaría un responso y los hombres estarían cabizbajos, la mujer sollozaría, silenciosos y asustados mirarían los indios y los negros. A la pálida luz de las antorchas se fueron sucediendo las paladas sobre el difunto Marqués. Después todos se apartaron y el lugar quedó en silencio. No hubo flores ni epitafio. Sólo tierra de un Perú mestizo que amortajaba su cuerpo...

EPILOGO

Muerto el personaje principal de una historia—es decir, perdida su beligerancia para bien o para mal—debe hacerse el recuento de su vida, con intención de valorar las consecuencias de su obra. Esto es lo que pretendemos hacer ahora con Francisco Pizarro: acercarnos a su persona, hasta un punto en que podamos apreciar sus virtudes y defectos; también esos gestos que no eran ni lo uno ni lo otro, pero que sólo se daban en él. No vamos a hacer la pintura del monstruo, tampoco vamos a mostrar un ángel; vamos, sencillamente, a hacer el retrato del hombre.

Fue el Marqués, según un testimonio de su época, “hombre alto, seco, de buen rostro, la barba rala”. Esta descripción—la mejor y más exacta de cuantas se conocen—se debe a Pedro Pizarro, su paje y pariente, que lo trató muy de cerca. Ampliando el esbozo con intención de completar la semblanza física del Conquistador, tendríamos que fue un hombre enjuto de carnes, vale decir, antes delgado que grueso, siendo su estatura más que regular. Fue lo que en ese tiempo se llamaba “hombre no membrudo pero recio”, motivo por el que López de Gómara lo pinta “robusto” y Agustín de Zárate lo presenta incansable al lado de los mancebos. Esta fortaleza física alcanzó a Pizarro gran seguridad personal y pocas preocupaciones por su cuerpo, razón por la que Gómara

añade, en tono de reproche, que “fue negligente en su salud y vida”. Retornando al rostro del Gobernador, consta que, aunque con poca barba, tenía un aspecto venerable. Esto lo descubre nada menos que un enemigo del Marqués—el pícaro don Alonso Enríquez de Guzmán—cuando se inclinó reverente ante ese “viejo anciano, varbiblanco que a por nombre Piçarro”. Alonso Enríquez y Pedro Pizarro ofrecen los testimonios más directos; Gómara y Zárate jamás vieron al Marqués, pero fueron “testigos de oídas”. Sobre la cara y el cuerpo del Fundador, no se puede añadir más a lo que estos cuatro han escrito.

Penetrando más en el carácter de Pizarro, todo lleva a pensar que fue un hombre muy rígido. Desde sus años mozos se sabe que hablaba muy poco y también que, siendo ya Gobernador, “tenía por costumbre de cuando algo le pedían decir siempre que no”, sin ofrecer razones que explicaran su negativa. En su vida daría—no en la guerra, donde era “animoso”—fue apagado y taciturno, amigo de la austeridad y enemigo de que se publicaran sus buenas obras. No gustaba de la evocación, preocupándose, sin embargo, de lo futuro; las crónicas lo muestran contento o muy alegre en los días de victoria, mas nunca entregado al excesivo regocijo y menos a la ruidosa hilaridad. Fue austero en grado sumo, nota que caracterizó su comer y beber, su vestir y aparentar, así mismo sus relaciones con mujeres. No era airoso ni elegante; aborrecía las galas, el boato de las ceremonias, los séquitos numerosos y las muestras de distinción. Nos lo imaginamos desgarrado y con movimientos bruscos. Gómara lo llama “grosero”, pero hoy esa palabra tiene otro significado; entonces equivalía a “hombre de modales gruesos”; es decir, los típicos modales del soldado.

En lo que todos los cronistas concuerdan es en que Pizarro fue un valiente. Lo dice Gómara al hacer el recuento de su vida; también Oviedo, cronistas ambos nada afectos al Marqués. Mas el testimonio principal lo tenemos en él mismo: los manglares, la Isla del Gallo, Cajamarca, el cerco de Lima y su propia muerte confirman esta cualidad. Por eso sus hombres lo seguían, y en el peor de los momentos—cuando todos maldecían su suerte y renegaban de la soldadesca—no hubo quien le diera una puñalada. Una frase del soldado Antón Cuadrado, refiere con descarnada franqueza el respeto que todos sentían por el Capitán. El acatamiento trajo consigo la admiración y la tropa terminó queriéndolo.

El episodio de las roscas y las naranjas en el Primer Viaje, es muy significativo; el que un soldado dolido lo llame “buen viejo” después de Cajamarca, indica valoración. Así nació la creencia en “el buen capitán”; más tarde surgiría otra en torno al “buen amo”. Esta se evidenció cuando, a riesgo de su vida, se arrojó Pizarro a un río caudaloso para salvar a un indio servidor suyo. Al reprenderle algunos esta osadía, les respondió “que no sabían ellos qué cosa era querer bien un criado”.

A pesar de ser soldado y tener el corazón endurecido, no escapó a ser sensible en ciertas oportunidades. Sabemos que lloró de gozo al abrazar a Belalcázar en Mataglán y que vertió lágrimas de dolor al conocer el final de Almagro. Refiriéndose a la muerte de Atahualpa, también afirma Pedro Pizarro: “yo vide llorar al Marqués de pesar de no podelle dar la vida”... Conociendo lo ocurrido con Cataño, entendemos que tal llanto tuvo visos de verdad. Ha llegado el momento de decir que Pizarro no fue el autor de la muerte del Inca; más aún, de afirmar que fue el último y más sereno defensor que tuvo Atahualpa cuando idos Hernando Pizarro y Hernando de Soto, quedó el rey quiteño librado a las necesidades militares del momento. Los verdaderos autores de la muerte del Inca lo fueron Almagro y sus hombres; el Tesorero Alonso de Riquelme, el Veedor García de Salcedo y el Contador Antonio Navarro; también un fraile dominico imbuido del espíritu de Torquemada; y cierto “doctor”, perito en leyes y procesos, que llegó con Almagro a Cajamarca. Este último fue el Juez de la sentencia y no el Gobernador Pizarro, como en tantos sitios se declara. El tribunal militar lo presidió Pizarro por ser consejo de guerra, pero no hay un solo indicio de que fuera el Gobernador quien hiciera mucho por condenar al acusado. Lo presidió, eso es todo, pero la sentencia nació de la votación; el “doctor”, valoró la culpa y señaló la pena, luego vinieron los votos y se escribió la sentencia. Esta, finalmente, fue leída primero en el tribunal y después ante el Inca: en ningún caso la pudo leer Francisco Pizarro, pues el Gobernador murió siendo analfabeto... Nada desmiente, entonces, lo que afirma Pedro Pizarro: “yo vide llorar al Marqués de pesar de no podelle dar la vida...” El llanto de los conquistadores—el mismo que tuvieron los soldados en los funerales del Inca—no exigía ser secreto. La historia de la milicia indiana, lejos de ruborizarse por ello, nos habla del llorar de Hernán Cortés apoyado en un ahuehuete famoso en la tierra de Popotla...

Sin embargo, a pesar de esta emotividad que el vulgo ubica en los hombres de sentimientos buenos, cabe confensar que Francisco Pizarro tuvo gestos despiadados. Es cierto que a sus crueldades precedió la indignación en la guerra, pero si esto explica tales actos nunca lo justifica. La huella de Gaspar de Morales, el conquistador de las Islas de las Perlas, se dejó mostrar dos veces en la vida de Pizarro: Morales había tenido por principio matar a las indias para castigar a los indios, y, aunque esta práctica no hizo fortuna en el Perú, el Gobernador la aplicó en 1536, repitiéndola tres años después. Pedro Pizarro, su paje y pariente, le censuró ambos gestos de sangre y los hizo constar en su crónica. Los casos fueron protagonizados por dos princesas quechuas: una fue Azarpay, a la que se culpó de instigar a los indios en el cerco de Lima; la otra, esa esposa de Manco Inca que pagó con su vida la muerte de dos mensajeros del Marqués. Pedro Pizarro, pragmatista y crédulo, terminará diciéndonos que por estas dos muertes permitió el destino que don Francisco la tuviera desastrosa.

Sin embargo, al lado de estos dos gestos sangrientos—los únicos dignos de reproche en su larga vida de soldado—encontramos su gran preocupación por los indios naturales de la tierra. Las Ordenanzas del Cusco fueron promulgadas para proteger a los nativos del abuso de los españoles; el mismo traslado de la capital a la costa obedeció a quererlos preservar del trabajo inútil, de las distancias fatigantes y de los cambios de clima, tan nocivos éstos a los indios forasteros. Tal preocupación por los aborígenes se basaba en principios de comprensión y también por mostrarse obediente a la Corona; mas no por ambición personal, como algunos han sostenido. Es verdad que sus desvelos redundaban en el acrecentamiento de su gobernación, pues como decía el refrán: “A más moros, más ganancia”; pero es el caso de apreciar que por muchos indios que tuviera la Nueva Castilla a él no le correspondían sino dieciseis mil de todos ellos. No era, pues, su codicia personal lo que lo movía a velar por los indígenas, sino un buen corazón que lo acompañó toda su vida.

Su ambición corría por otros cauces y era más paciente que en los demás. Si otros capitanes se afanaron en buscar El Dorado, Pizarro se conformó con El Plateado. Su paje y pariente otra vez nos hará la aclaración: “Acuérdome oí decir un día a Atabalipa al Marqués D. Francisco Pizarro quen esta provincia (de los Cha-

chapoyas) había una sierra que de tantos en tantos tiempos le ponían fuego a un monte pequeño que en ella se criaba, y que después de muerto el fuego hallaban en ella plata derretida, y esto fue causa de que el Marqués D. Francisco Pizarro no señalase su marquesado porque aguardaba a tomallo en esta provincia"... Pero El Plateado no quedaba en Chachapoyas sino en Potosí, por lo que terminó fijándose el viejo Marqués en la provincia de los Atabillos. La codicia de don Francisco fue inferior a la de sus hermanos. De los Pizarros, el más ambicioso fue Hernando, que llegó a torturar a los curacas con fuego lento y con perros de guerra, para obtener más metales preciosos y poder fundar un mayorazgo.

Pizarro no era así; entre la riqueza y el poder, supo sobrevalorar la gloria. El centro de su vida fue la guerra, actividad donde se mostró seguro, perseverante y casi obsesivo. El Marqués, después de hombre era soldado, de allí que en las campañas se mostrara resuelto ante los demás y duro consigo mismo. Era un práctico decidido y gustaba de dar el ejemplo, entendiendo que no todos eran tan soldados como él. Fue tan dueño de su persona que nunca se le vió fanfarrón ni teatral; tampoco necesitaba estimación y no se cuidaba de agradar. Jamás prorrumpió en lamentaciones, antes bien, en el episodio del Gallo quedó abandonado, pero satisfecho: se sintió—al lado de los Trece—vencedor de decenas de desertores. En la guerra era activo, inflexible, y muy alegre cuando habían buenos resultados. Supo disimular los conatos de traición por conservar la unidad de la hueste, pero descubriéndose públicamente el culpable ordenaba indolente su castigo. También era frío cuando confundía la venganza con el castigo: a la sombra de este error vimos que mandó matar dos mujeres. Insistiendo en lo ya dicho, la guerra fue la afirmación de su yo y la paz convertía su yo en problema.

Entonces, cuando el ruido de la lucha se apagaba, se trocaba en hombre apacible: cuando el soldado dormía, hacía su aparición el filántropo taciturno, preludio del político inseguro, del Gobernador que no prometía por temor a incumplir. Como político fue un mediocre, pero no un abúlico, tampoco un abatido, menos un desesperado. Abrumado no se le vio jamás, porque para maquinarse fríamente el mal que frenaría un mal peor, tenía a Hernando Pizarro. Hernando fue guerrero y además político; don Francisco sólo inmejorable soldado. No solamente ésto hizo al Marqués

sentir admiración por Hernando, sino que lo vio también como al único hijo legítimo de su padre y—en su secreta intimidad de bastardo—le confió el porvenir de todos los Pizarro del Perú.

Sin embargo, su inseguridad de gobernante no se debió a su excesiva dependencia de Hernando—pues estaba acostumbrado a gobernar lejos de él—sino a su ignorancia de soldado indiano, ajeno a las letras, a las cuentas y también a la moral cultivada. Para superar todo esto, en lo tocante a su conciencia tuvo siempre un capellán; para las decisiones de gobierno que podían traer consecuencias graves, contaba con su paisano el Obispo Valverde. Su inseguridad de analfabeto la suplió con secretarios que, como Picado, firmaban por él. Como también necesitó de leyes, hizo acopio de letrados: el licenciado De la Gama y Benito Suárez de Carbajal cuando no Gaspar de Espinosa, fueron los que más lo secundaron. Lo concerniente a los números corrió a cargo de Riquelme—su enemigo reconciliado—de Salcedo y del Contador Navarro. En lo tocante al oro del Rey fue tan escrupuloso que alguna anécdota refiere que recogía del suelo las raspaduras que caían cuando se cincelaba el quinto real, para reintegralas al tesoro de la Corona... En todo se resignó a ocupar el segundo lugar; sólo en la guerra no se dejaba poner de lado. Lo dice el cerco de Lima y, posteriormente, sus campañas contra Manco. La única vez que se postpuso militarmente fue en la guerra contra Almagro: pretextó hacerlo por viejo, mas lo cierto era que le repugnaba salir a combatir al mejor amigo que había tenido; por eso nombró en su lugar al fiero Hernando Pizarro.

Nada le dolió tanto en su vida como sentirse amigo traicionado. Taciturno mas no iracundo, el Marqués atravesó una etapa difícil que lo perfiló, temporalmente, como hombre de mal genio. Esto comenzó a la par que sus disensiones con Almagro, evidenciándose muy claramente en las conversaciones de Mala. Entonces estuvo muy duro, hasta injusto con su antiguo socio de Panamá: lo quiso ver vencido y humillado. Cegado por el despojo que creía haber sufrido, no reparó en aceptar las proposiciones de Hernando Pizarro para que le diera el mando de los pizarristas. El Marqués quería recuperar el Cusco, pero abominaba de la posibilidad de matar al amigo usurpador. Su consentimiento fue, visto de este ángulo, una evasión a la culpabilidad: quería la guerra, pero no que muriera Almagro. El propio Adelantado conocía esta intención y por ello reclamaba la presencia de su viejo compañero.

No obstante, Pizarro no llegó a tiempo y el caudillo de los de Chile tuvo que morir. Cuando don Francisco se enteró de lo ocurrido no disimuló su tristeza; luego quiso sobreponerse y siguió camino del Cusco; todos salieron a saludarlo, pero el Gobernador casi no les hizo caso y se retiró a sus aposentos. Estaba enfermo, poseído por el mal de melancolía, lo que lo llevó en los días sucesivos a mostrarse depresivo tornadizo de tipo malhumorado. Tenía un complejo de culpa por no haber acudido temprano en ayuda de Almagro; el Marqués se tornó sombrío y amigo de cavilaciones, cayendo en situaciones de ira, en estados explosivos de irritabilidad contenida... Prefirió curarse solo, como es tendencia en los seguros de sí mismos, y partió a recorrer el Collao. La visita al gran lago de los Incas le fue sedante, la frialdad de las Charcas refrescó sus calenturientas sienes; la guerra contra Manco y la necesidad de fundar nuevas ciudades lo devolvieron a la realidad, llegándose a convencer de que lo ocurrido había sido inevitable. El fantasma del remordimiento se había alejado; en el viaje de regreso a la Ciudad de los Reyes terminó de cicatrizar la herida.

En Lima se mostró conservador y rutinario. Se sentía vencedor, comprensivo y justo. Lo de vencedor era exacto, pero lo de comprensivo no encerraba tanto de verdad. Estuvo débil al confiarse al necio de Picado; por otra parte, los de Chile tenían razón al decir que les había quitado los indios de Collique para darlos a Francisco Martín, su medio hermano...

Así como el Marqués no quiso matar a Almagro, nunca creyó que los almagristas pudieran matarlo a él. Confiaba en el Juez Visitador, mas en el fondo le temía. Su causa era la verdadera, la justicia estaba por Nueva Castilla; pero también sabía don Francisco que dos Pizarro habían decapitado al Adelantado Almagro y que ese capricho de los Pizarro, los Pizarro lo tenían que pagar. Por eso temía al Juez Visitador, no porque se sintiera culpable de la muerte de Almagro.

El vivir rutinario al que se entregó el Marqués en Lima, merece alguna atención. Todas las crónicas que tratan de esta época se esmeran en hablar de sus costumbres y en decirnos que fue un jugador. Veámoslo con calma, conozcamos esa su vida: "Tenía por costumbre el Marqués de levantarse una hora antes que amaneciese, y cuando mucho en amanesciendo." Algunos días oía misa, pero pasada esa hora almorzaba, por ser entonces el almuerzo el refrigerio matinal. Si tenía que salir a la calle lo hacía seguido

de un paje y vestido con prendas antiguas, de esas que se usaron en la España que lo vio partir; en otras palabras, era tan despreocupado en su atuendo que seguía con la misma moda del tiempo de los Reyes Católicos. En efecto, “vistió de ordinario... un sayo de paño negro con los faldamentos hasta el tobillo y el talle a los medios pechos, y unos zapatos de venado, blancos, y un sombrero blanco, y su espada y puñal al antigua”. Esto lo dice Zárate, pero Gómara—mezquino como siempre—explicará: “le gustaba llevar los zapatos y el sombrero blancos, porque así los llevaba el Gran Capitán”. El mismo cronista añade luego: “no vestía ricamente”—como se esperaba de un Marqués Gobernador—, “aunque muchas veces se ponía un ropaje de martas que Fernando Cortés le envió”, se entiende que de regalo. Este traje —que según Gómara era el mejor que guardaba el ropero de Pizarro—no mereció tanto aprecio del Gobernador, pues según relata Zárate: “en algunas fiestas, por importunación de sus criados, se ponía una ropa de martas que le envió el Marqués del Valle, de la Nueva España, (pero) en viniendo de misa lo arrojaba de sí, quedándose en cuerpo y trayendo de ordinario unas tobajas al cuello, porque lo más del día, en tiempo de paz, empleaba en jugar a la bola o a la pelota, y (usaba estas tobajas) para limpiarse el sudor de la cara”.

Cuando salía de mañana era para apreciar cómo iba la edificación de la iglesia mayor o el convento de los dominicos, donde era miembro de la cofradía de la Veracruz. El paseo terminaba siempre en el río, lugar en el que—imitando los que tenía Córdoba en el Guadalquivir—había construido un par de molinos. El viejo pasaba mucho tiempo contemplándolos, mientras el río movía las ruedas y se molía el poco trigo que consumía la ciudad...

Vuelto a su casa una hora antes del mediodía, subía las escaleras—paralelas a la calle de Jerónimo de Aliaga—y entraba al comedor para seguir a su recámara. Luego, acaso aligerado de ropas, salía a comer, pues a esa hora se servía la comida. Las tardes las gastaba en visitar a los vecinos, aceptándoles algún dulce o vaso de vino. En tales visitas no admitía que lo llamasen Marqués, rogándoles que lo trataran de Señoría, algo más acorde con su cargo de Capitán General. Otras tardes se quedaba en casa y bajaba a su huerta para cultivar sus naranjos o podar su higuera. No se hacía acompañar por nadie; permaneciendo en ella hasta que caía el sol.

Llegada la hora del crepúsculo, al tiempo que los bronce repicaban añorantes y Lima se vestía de celeste, el Marqués se ocultaba. Unos decían que estaba jugando a los naipes con sus amigos; otros, que jugaba más sanamente... con sus hijos mestizos. Estos eran cuatro, y el menor tenía pocos meses. La mayor era Francisca Pizarro Yupanqui, nacida y bautizada en Jauja en 1534, a la que seguía Gonzalo Pizarro Yupanqui, nacido y bautizado en Lima en 1535. Ambos los había tenido en doña Inés Huaylas Ñusta, una princesa hija de Huaina Cápac y de la cacica de Canta. Venían luego Francisco Pizarro Yupanqui, nacido en el Cusco en 1539, y Juan Pizarro Yupanqui, nacido en Lima en 1541, habidos en doña Angelina, otra hija de Huaina Cápac, aquella que raptó Felipillo en Cajamarca. Esta última fue, sin ninguna duda, la mejor y más fiel compañera del Conquistador. No en vano el Marqués la llamó "mi india" cuando la reclamó al Adelantado Almagro en Mala. Doña Angelina estuvo con él hasta el final con un niño de meses en los brazos. La otra, doña Inés Huaylas Ñusta, lo dejó para casarse con Francisco de Ampuero en 1538. Ampuero había sido paje del Marqués y era hidalgo de Santo Domingo de la Calzada. Doña Inés vería en el paje de su señor un alegre mancebo y se aficionó a él del modo que lo suele hacer la gente joven; parece que el viejo y taciturno Marqués dio su venia y doña Inés se apartó de su lado para convertirse en la esposa de un Regidor de Lima y en la "madre de los Ampueros". Estas fueron las dos únicas mujeres que merecieron un lugar en el curtido corazón del viejo guerrero. Indias de la tierra, aunque princesas de la casta de los Incas, el soldado indiano las prefirió a las rubias mujeres de Castilla. Y el Marqués se entretenía antes de cenar acariciando a sus "mestizicos", niños con sangre de hidalgos y labradores extremeños, mezclada con la de los Reyes Incas.

Otro aspecto de su vida lo constituyó el juego, vicio al que el Marqués "lo más del día, en tiempo de paz", estaba dedicado. La verdad es que cuando no salía a ver sus molinos o a casa de algún amigo, don Francisco se la pasaba jugando. Gómara afirma —y era cierto— que "jugaba largo con todos, sin hacer diferencia entre buenos y ruines"; "tanto—explica Zárate—que algunas veces se estaba jugando a la bola todo el día, sin tener cuenta con quien jugaba, aunque fuese un marinero o un molinero, ni permitir que le diesen la bola ni hiciesen otras ceremonias que a su dignidad se debía". A tanto llegó su pasión, que hizo construir en su casa

un juego de pelota—donde llegaba a fatigar con tal ejercicio a muchos hombres mancebos—, lo que no fue óbice para que después de la cena se trajesen dados y barajas a la mesa. Garcilaso ha guardado varias anécdotas que lo muestran al Marqués como jugador llano, algo duro en el pagar y filántropo disimulado. En efecto, dice Garcilaso: “El marqués fue tan afable y blando de condición, que nunca dijo mala palabra a nadie. Jugando a la bola no consentía que nadie la alzase del suelo para dársela; y si alguno lo hacía, la tomaba y la volvía a echar lejos de sí, y él mismo iba por ella. Alzando una vez la bola se ensució la mano con un poco de lodo que la bola tenía; alzó el pie y limpió la mano en el alpargate que tenía calzado... Un criado de los favorecidos del marqués cuando le vio limpiarse al alpargate, se llegó a él y le dijo: vuesa señoría pudiera limpiarse la mano en ese paño de narices que tiene en la cinta, y no en el alpargate. El marqués sonriéndose le respondió: “dote a Dios, véolo tan blanco que no lo oso tocar.”

Prosigue el Inca historiador: “Jugando un día a los bolos con un buen soldado, llamado Alonso Palomares, hombre alegre y bien acondicionado (que yo alcancé), el marqués yendo perdiendo se amohinaba demasiadamente, y reñía a cada bola con el Palomares, de tal manera que fue notado por todos que su mohina y rencilla era más que la ordinaria; que fuese por alguna pesadumbre oculta, o por la pérdida, que fueron más de ocho o nueve mil pesos, no se pudo juzgar. Pasáronse muchos días que el Marqués no los pagó, aunque el ganador los pedía a menudo. Un día mostrándose enfadado de que se los pidiese tantas veces, le dijo: no me los pidáis más, que os lo he de pagar. Palomares respondió, pues si vuesa señoría no me los había de pagar, ¿para qué me reñía tanto cuando los perdía? Al marqués le cayó en gracia la respuesta, y mandó que le pagasen luego.”

Concluye Garcilaso: “Jugaba con muchas personas y a todos juegos, y a muchos convidaba el mismo marqués a que jugasen con él, cuando sabía que tenían necesidad por socorrérsela, haciéndose perdedizo en el juego, porque no se afrentase el necesitado si se lo diese de limosna como a menesteroso, sino que antes pareciese que había ganado honra en ser mejor jugador que el marqués. Y que los dineros pareciesen ganados y quitados por fuerza, y no dados por gracia. Cuando jugaba a los bolos con estos tales, daba cinco de corto o de largo, y no derribaba los bolos que

podía porque el otro ganase. Y cuando jugaba a los naipes, que las más veces era a la primera, envidaba el resto con las peores cartas que podía; y si por dicha hacía flux o primera, barajaba sus cartas sin mostrarlas, fingiéndose mohino de haber perdido. Con estas cosas y otras semejantes se hizo querer tanto, como sus hazañas y generosidades lo merecían.”

Sin embargo, don Francisco tuvo un vicio mayor que el juego: la guerra. Escribe Zárate: “muy pocos negocios le hacían dejar el juego, especialmente cuando perdía, si no eran nuevos alzamientos de indios, que en esto era tan presto, que a la hora se echaba las corazas, y con su lanza y adarga salía corriendo por la ciudad y se iba hacia donde había la alteración, sin esperar su gente, que después le alcanzaban, corriendo a toda furia.” Con todo, por animoso que parta y por hazañoso que sea, el Marqués lo hace con la pesadez del cincuentón. Este es el motivo por el que Hernán Cortés aparece más simpático y destaca como el personaje único y central de una conquista espectacular y exótica. Cortés es el héroe que llora en la oscuridad sangrante de la Noche Triste y que vuelve a Tenochtitlán por la victoria, llevando consigo el dorado encanto de un semidiós mancebo vencedor en la contienda luminosa. Pizarro, en cambio, es viejo, taciturno y a veces mal geniado. Es decidido—las crónicas lo llaman “animoso”—, pero su energía la gasta en el descubrimiento de la aburrida tierra de manglares donde no impera sino el hambre y la verruga. Pizarro se desplaza seguro, pero con lentitud; Cortés es fogoso y se mueve en un fondo novelesco. A más de todo esto, el trujillano no es el jefe único, pues admite parangón con Almagro; la familiar presencia de tres hermanos en la dirección de la conquista también resta unidad a la acción del presunto porquerizo. Por último, aparece Cajamarca, acontecimiento después del cual la conquista parece terminar por no haber una Noche Triste inmediata; y así el interés por la jornada se diluye entre capitanes más o menos secundarios que se llaman Soto, Belalcázar, Orellana el Tuerto o Peranzúñez de Camporredondo... Impresionados gratamente por el actuar del hombre joven, la mayoría se olvida del héroe atardecido, ése que tenía cincuenta y cuatro años de edad en la prisión del Inca, cincuenta y ocho en el cerco de Lima y sesenta y tres al momento de morir...

Recapitulando todo lo dicho para llegar a la exactitud por la síntesis, tenemos que Francisco Pizarro fue de temperamento emo-

tivo. El Marqués, lejos de ser nervioso, colérico, sanguíneo o flemático—como los libros han repetido—, sólo fue un emotivo activo pasional centrado en su vocación de soldado.

Como hombre de temperamento pasional, su vida ofrece más unidad que la del colérico; a su vez, la emotividad pone en ella más calor e intensidad que en la del flemático. Estuvo siempre dominado por pasiones intensas y duraderas, convergentes todas en la guerra. En esta actividad bélica descargó toda su energía; Pizarro fue casi un obsesivo; no sabía vivir sin la guerra.

Su carácter abundó en rasgos fundamentales positivos, mas su acusada personalidad no facilitaba las relaciones con los demás. A pesar de ello, era con sus subordinados bueno y liberal, incluso amable, pero murió siendo más estimado y temido que amado. El “buen viejo del Gobernador” no era un ídolo de sus soldados; sólo era el “buen Capitán” dispuesto a llevarlos a la victoria o a morir junto a ellos. Su pecado, en este aspecto, fue la temeridad. Ella, hemos visto, llegó a costarle la vida. En materia de coraje siempre pecó por exceso y jamás por omisión. Valiente a más no poder, fue un milagro que llegara a viejo.

Fue buen observador, sin llegar a serlo excelente. Sistemático y metódico, sabía esperar hasta el momento preciso, pero a partir de entonces lo regía su temeridad. En esta espera, a lo largo de la vida, se mostró callado y taciturno. Silencioso lo más del tiempo, no tenía necesidad de comunicar su pensamiento a nadie; madurado este, solía mandar. Encaminó—como ambicioso que era— todos sus pasos al dominio y a la gloria. Era un soldado y su meta la victoria; el medio estaba claro: sólo podía ser la acción bélica. Por eso gustaba del juego, porque el juego era la versión pacífica de la guerra.

Se exteriorizaba parcamente. Apenas si decía palabra, tampoco lo vendían los gestos; sin embargo—como es frecuente en los apasionados—, tuvo explosiones de sentimiento. Esto sucedía cuando encontraba resistencias, incomprensiones, debilidades... Fue difícil de reconciliar. Pocas veces criticaba; prefería callar ante algo bueno. Si hablaba, no era para prometer; sus afirmaciones eran tajantes, concisas, categóricas, breves.

Jamás tuvo necesidad de ser estimulado ni frenado. Su filantropía o caridad fraterna superó su egoísmo senil. Con ribetes de avaricia a los ojos de sus enemigos, casi fue un pródigo con sus amigos. Valoró mucho la amistad, pero sin quebrantar jerarquía.

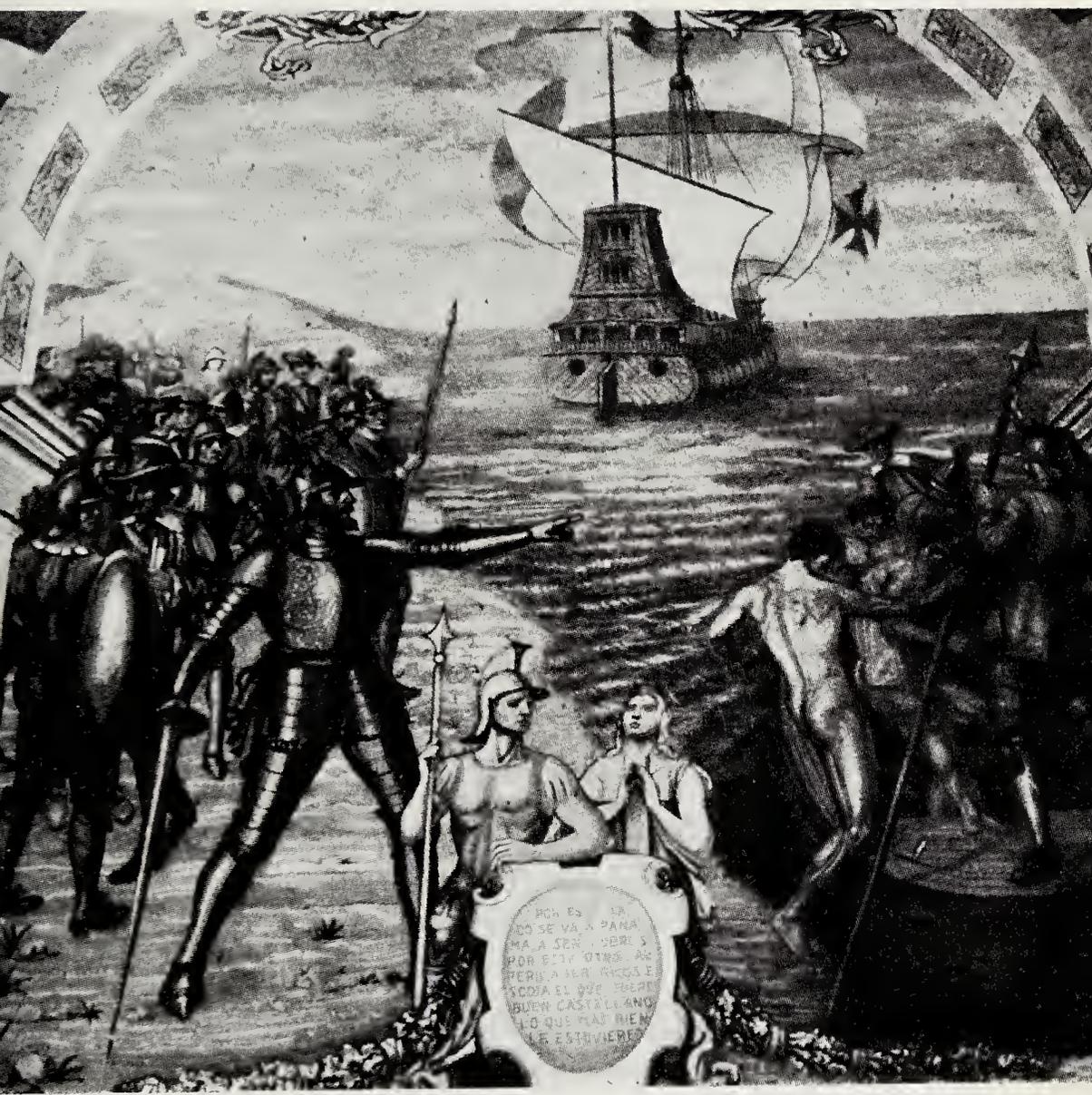
Su recio espíritu de soldado analfabeto no le alcanzó nunca preocupación intelectual o admiración artística, pero le dio una piedad rústica y sincera que se evidenció al momento de morir. Ella le permitió amar y temer a Dios con afán jerarquizado: Dios, para él, era el Jefe.

Su carácter fuerte le enseñó a ser severo consigo mismo. Fue moderado en los placeres de la mesa y de la carne. Gustó de trabajar constantemente, era perseguidor tenaz de un ideal grande, nunca supo lo que era descansar. Cuando no pudo hacerlo personalmente entregó la guerra a su hermano; si por viejo no podía seguir fundando ciudades, nombraba un capitán con cargo de fundador. Severo, sin cerrar el puño demasiado, supo hacerse obedecer y seguir. No arrastraba, conducía; pero lo hacía tan acertadamente que nadie podía negar que era el caudillo indiscutible.

Este fue Francisco Pizarro, el capitán famoso "que de descubrir reinos e conquistar provincias nunca se cansó".

DOCUMENTOS

Para la confección de esta biografía de Francisco Pizarro—anticipo de otra mayor que venimos elaborando—hemos empleado documentos inéditos existentes en el Archivo General de Indias de Sevilla, lugar donde la búsqueda nos demoró tres años, así como otros del Archivo Nacional del Perú, Archivo Histórico del Cusco, Archivo de la Municipalidad de Lima, Biblioteca Nacional del Perú y Biblioteca Nacional de España (Madrid).



Pizarro en la Isla del Gallo. Mosaico veneciano en la Capilla de los Reyes de la Catedral de Lima.



Pizarro y los Trece de la Fama. Talla en madera en la Sección de Arte Virreinal del Museo de Arte de Lima.



Pizarro a caballo, óleo del pintor peruano Daniel Hernández.

CONQUISTA ^{ESTA EN LA} ATAGUALPA INGA CIVIDAD DE CAXAMARCA EN SU TROMOVSHO



ciudad de caxamarca se cuenta
 atagualpa ynga en su trono -

gon

El requerimiento de fray Vicente de Valverde al Inca Atahualpa.
 Según el cronista indio Felipe Huamán Poma.

CONQUISTA EN LOS BAMOS ESTAVA ATAHUALPA INCA

sebastian de balcazar

hernando
pizarro

en los bamos de cuzamarca

hernando

La captura del Inca Atahualpa, Dibujo del cronista indio Felipe Huamán Poma.

CONQUISTA PRESO ATAGVALPAÏGA



preso atahualpa en la ciudad de Caxamarca como
 atahualpa ynga dixó adonfe an pizarro q leyese un escrito
 dixo q no sauir y dixó q leyese un sol dudo y lleyo q no atahualpa
 ...

El Inca Atahualpa en la prisión. Dibujo de Felipe Huamán Poma.



Los funerales de Atahualpa (fragmento). Obra del pintor peruano Luis Montero, que se conserva en la Pinacoteca de la Municipalidad de Lima.



Fundación del Cusco (fragmento). Oleo del pintor peruano Francisco González Gamarra (Colección del autor).



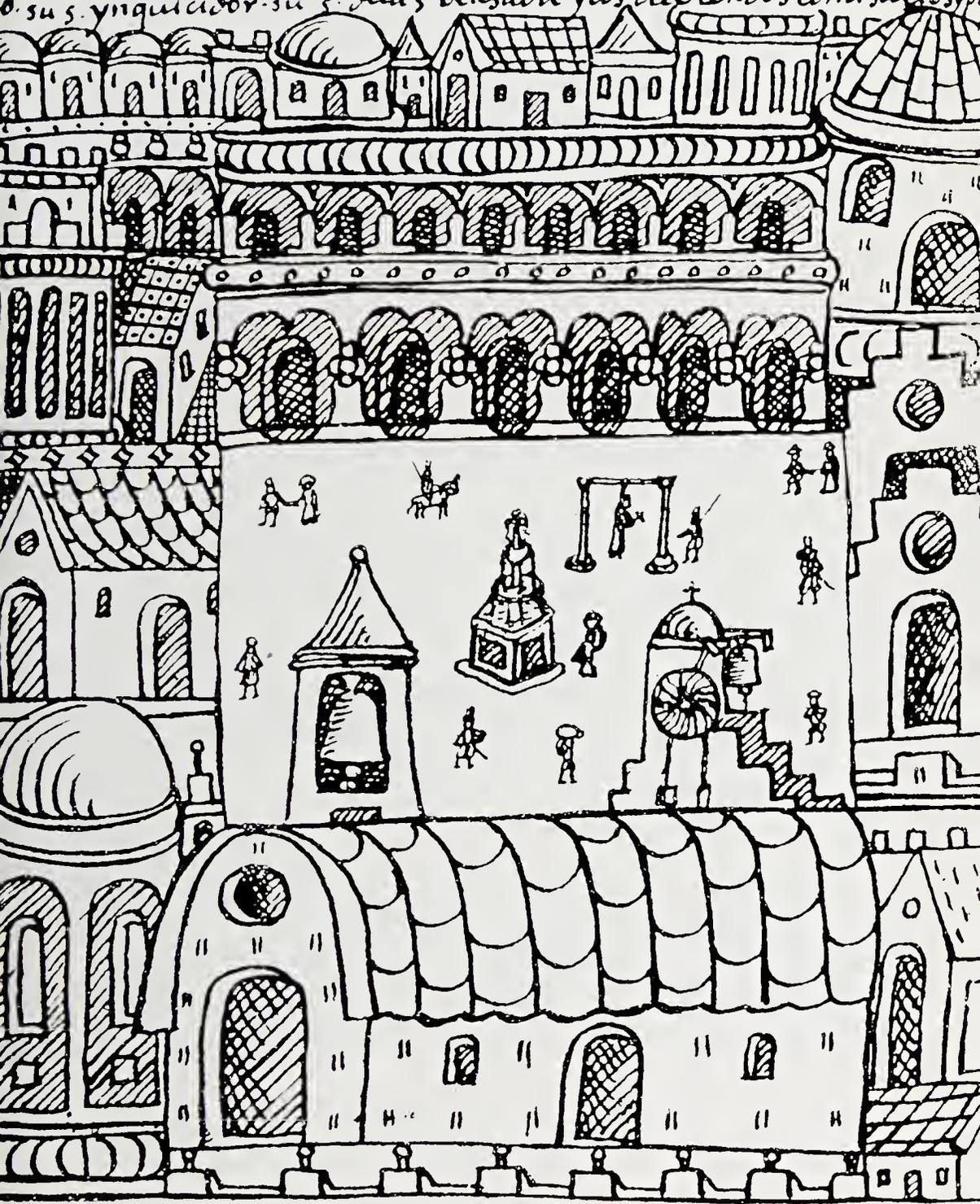
Fundación de Lima. Oleo del pintor peruano Francisco González Gamarra (Colección del autor).



Primer Cabildo (de Lima). Oleo del pintor peruano Francisco González Gamarra, que se conserva en la Pinacoteca de la Municipalidad de Lima.

CIVDAD A CIVDAD DE LOS REIS D

ima audiencia real y corte-causa mayor de todo el Reyno de
 don de rexi de su mag^d y subizorey y de la s^{ma} madre y glesia arzo
 o su s^{na} ynquidor su s^{na} de la s^{ma} cruzada y los reubrendos comisarios y p



cor te real

ca de a

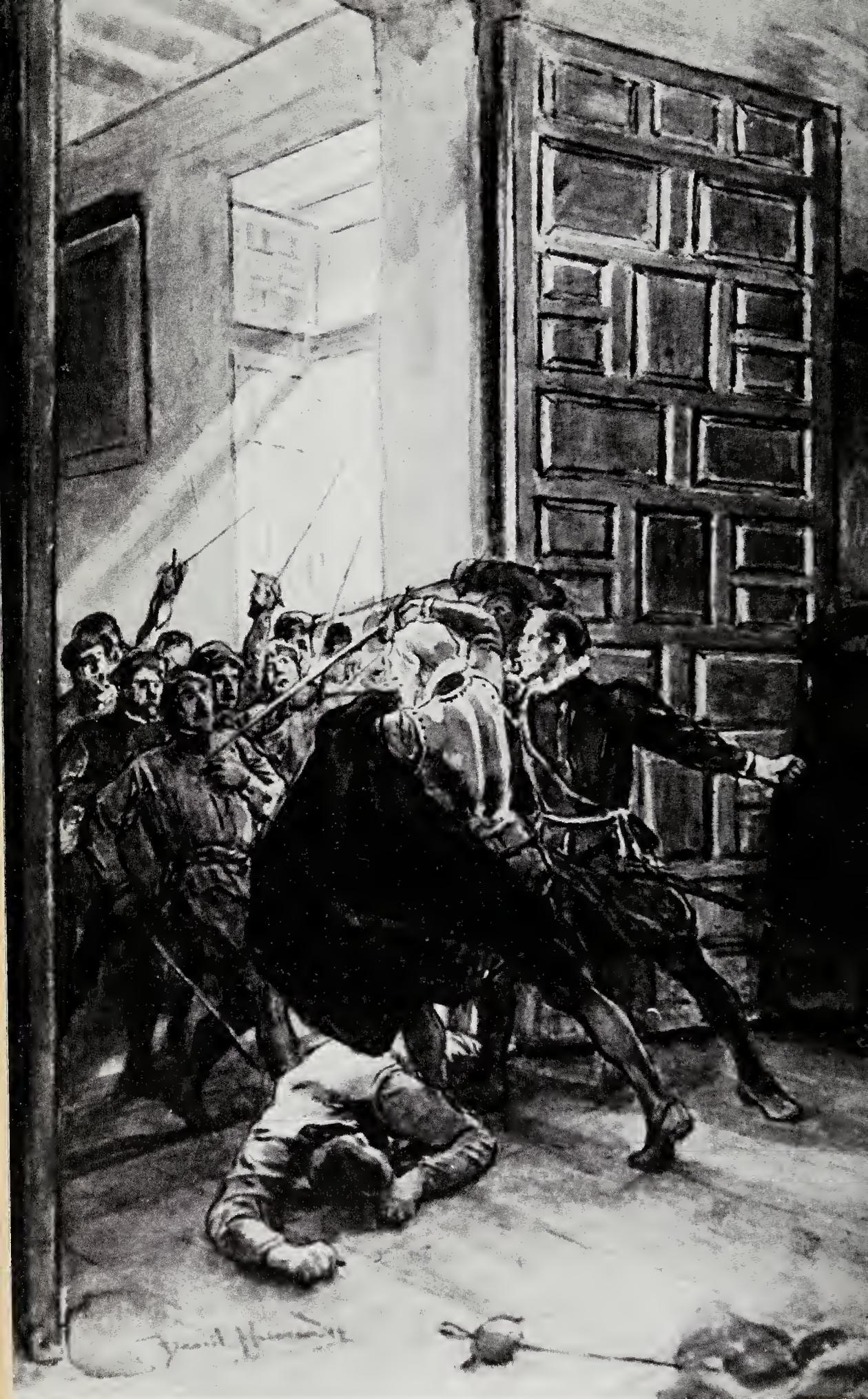
Lima, la Ciudad de los Reyes, según dibujo del cronista indio Felipe Huamán Poma.



*Gonzalo Pizarro parte del Cusco al país de la Canela. Oleo de
Francisco González Gamarra.*



La Higuera de Pizarro, plantada por el Conquistador. Casa de Gobierno de Lima (fotografía amablemente cedida por su propietario, don Hernán Alva Orlandini).



La muerte de Pizarro. Aguafuerte del pintor peruano Daniel Hernández. Propiedad de don Luis Cúncu Harrison.



CAPITAN GENERAL
DON FRANCISCO PIZARRO

FUNDADOR DE LIMA
EN 18 DE ENERO DE 1535
MUERTO EN 29 DE JUNIO DE 1541

REPOSADO EN ESTE SEPULCRO
EL 20 DE JUNIO DE 1881
POR EL ARQUITECTO DON JUAN
DE VIZCAYA Y EL ESCULTOR
DON JUAN DE VIZCAYA

La tumba del Conquistador, en la Capilla de los Reyes, de la Catedral de Lima. (Fotografía cedida amablemente por su propietario, don Hernán Alva Orlandini.)



BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA, JOSEPH DE: *Historia Natural y Moral de las Indias*. Madrid, 1954
- ALVAREZ RUBIANO, PABLO: *Pedrarias Dávila*. Madrid, 1944.
- ANDAGOYA, PASCUAL DE: *Relación en PORRAS BARRENECHEA, RAÚL: Cronista del Perú*. Lima, 1962.
- ANGLERÍA, PEDRO MÁRTIR DE: *Décadas del Nuevo Mundo*. Buenos Aires, 1944.
- ANÓNIMO: *Crónica Rimada*, en PORRAS BARRENECHEA, RAÚL: *Cronista del Perú*. Lima, 1962.
- ANÓNIMO: *Discurso de la Sucesión y Gobierno de los Incas*. Lima, 1962: publicación de JULIO LUNA G. P.
- ANÓNIMO: *Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú*. Buenos Aires, 1950.
- ANÓNIMO: *Relación del sitio del Cusco*. Lima, 1934.
- ASPIAZU, MIGUEL: *Las Fundaciones de Santiago de Guayaquil*. Guayaquil, 1955.
- BALLESTEROS GAIBROIS, MANUEL: *Descubrimiento y Conquista del Perú*. Barcelona, 1963.
- BARÓN CASTRO, RODOLFO: *Pedro de Alvarado*. Madrid, 1943.
- BARRIGA O. DE M., VÍCTOR M.: *Documentos para la Historia de Arequipa*. Arequipa, 1940.
- BAYO, CIRO: *Los Césares de la Patagonia*. Madrid, 1913.
- BENZONI, GIROLAMO: *Historia del Nuevo Mundo*, en PORRAS BARRENECHEA, RAÚL: *Cronistas del Perú*. Lima, 1962.
- BERMEJO, VLADIMIRO: *Vidas y hechos del Conquistador del Perú, don Francisco Pizarro*. Arequipa, 1942.
- BORREGÁN, ALONSO: *Crónica de la Conquista del Perú*. Sevilla, 1948.

- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *Alonso Briceño, el de la Isla del Gallo*, en "Mercurio Peruano". Lima, 1961, núm. 410.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *Los caídos en Vilcaconga*, en "Historia y Cultura". Lima, 1965, núm. 1.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *El Capitán Melchor Verdugo, encomendero de Cajamarca*, en "Revista Histórica". Lima, 1959, tomo XXIV.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *El Conquistador Martín Pizarro, primer Alguacil de Lima*, en "Mercurio Peruano". Lima, 1963, número 432.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *Diego de Almagro*. Lima, 1964.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *Dos marchas memorables*, en "Historia y Cultura", Lima, 1965, núm. 2.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *¿Está en Lima la espada de Pizarro?*, en "Fanal". Lima, 1965, núm. 74.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *Francisco de Orellana*. Lima, 1965.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *Los fugitivos de Nicaragua en la Conquista del Perú*, en "Mercurio Peruano". Lima, 1962, núm. 423.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *El herrero, el barbero y el gran volteador en la Conquista del Perú*, en "Mercurio Peruano". Lima, 1962, núm. 418.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *Los innominados en el Reparto de Cajamarca*, en "Anales del III Congreso Nacional de Historia del Perú". Lima, 1965.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *Maldonado, el Rico, señor de los Andahuaylas*, en "Revista Histórica". Lima, 1962-1963, tomo XXVI.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *La marcha de Francisco Pizarro de Cajamarca al Cusco*, en "Revista Histórica". Lima, 1962-1963, tomo XXVI.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *Pedro de Alconchel, trompeta de caballería*, en "Mercurio Peruano". Lima, 1960, núm. 403.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *Pedro de Candia, Artillero Mayor del Perú*, en "Revista Histórica". Lima, 1960-1961, tomo XXV.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *Ruy Hernández Briceño, el guardián de Atahualpa*, en "Cuadernos del Seminario de Historia del Instituto Riva Agüero". Lima, 1964, núm. VII.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *Santiago Matamoros, el Apóstol del caballo blanco*, en "El Comercio", de Lima 9-IV-1961, suplemento dominical, págs. 3 y 10.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *Tres conversos en la captura del Inca*, en "Anales del III Congreso Nacional de Historia del Perú". Lima, 1965.
- BUSTO DUTHURBURU, JOSÉ ANTONIO DEL: *Trujillo de Extremadura, patria de conquistadores*, en "Mercurio Peruano". Lima, 1960, núm. 393.
- CABAL, JUAN: *Balboa*, Barcelona, 1958.
- CABELLO DE VALBOA, MIGUEL: *Miscelánea Antártica*. Lima, 1951.
- CALVETE DE LA ESTRELLA, JUAN CRISTÓBAL: *Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de Pedro Gasca*. Madrid, 1889.

- CARVAJAL, FRAY GASPAS DE: *Relación del Nuevo Descubrimiento del famoso Río Grande de las Amazonas*. México, 1955.
- CASAS, FRAY BARTOLOMÉ DE LAS: *De las antiguas gentes del Perú*. Lima, 1948.
- CASAS, FRAY BARTOLOMÉ DE LAS: *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*. Buenos Aires, 1953.
- CASAS, FRAY BARTOLOMÉ DE LAS: *Historia de las Indias*. México, 1951.
- CASAS, FRAY BARTOLOMÉ DE LAS: *Los tesoros del Perú*. Madrid, 1958.
- CIEZA DE LEÓN, PEDRO: *La Crónica del Perú*. Buenos Aires, 1945.
- CIEZA DE LEÓN, PEDRO: *Guerra de Chupas*. Madrid, s. a.
- CIEZA DE LEÓN, PEDRO: *Guerra de Quito*. Madrid, 1909.
- CIEZA DE LEÓN, PEDRO: *Guerra de Salinas*. Madrid, s. a.
- CIEZA DE LEÓN, PEDRO: *Tercera Parte de la Crónica del Perú*, en "Mercurio Peruano", números 233, 289, 317, 340, 347, 361 y 379.
- COBO, BERNABÉ: *Fundación de Lima*. Madrid, 1956.
- CÚNEO VIDAL, RÓMULO: *El Capitán don Gonzalo Pizarro*. Madrid, 1926.
- CÚNEO VIDAL, RÓMULO: *Historia de los últimos Incas peruanos contra el poder español*. Barcelona, s. a.
- CÚNEO VIDAL, RÓMULO: *Vida del Conquistador del Perú don Francisco Pizarro y de sus hermanos Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro y Francisco Martín de Alcántara*. Barcelona, s. a.
- DURAND, JOSÉ: *La transformación social del conquistador*. Lima, 1958.
- ENRÍQUEZ DE GUZMÁN, ALONSO: *Libro de la vida y costumbres de don Alonso Enríquez de Guzmán*. Madrid, 1960.
- ESTETE, MIGUEL: *Relación de la Conquista del Perú*. Lima, 1924.
- FERNÁNDEZ, EL PALENTINO, DIEGO: *Historia del Perú*. Madrid, 1963.
- FERNÁNDEZ DÁVILA, GUILLERMO: *El asesinato de Francisco Pizarro*. Lima, 1945.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO: *Historia General y Natural de las Indias*. Asunción, 1944.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, GONZALO: *Sumario de la Natural Historia de las Indias*. México, 1950.
- GANDÍA, ENRIQUE DE: *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*. Buenos Aires, 1946.
- GARCILASO INCA DE LA VEGA: *Los Comentarios Reales de los Incas*. Lima, 1941.
- GUTIÉRREZ DE SANTA CLARA, PEDRO: *Historia de las Guerras Civiles del Perú*. Madrid, 1910.
- HERRERA, ANTONIO DE: *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Océano*. Buenos Aires, 1944.
- HUAMÁN POMA DE AYALA, FELIPE: *El Primer Nueva Coronica y buen Gobierno*. La Paz, 1944.
- LASTRES, JUAN B: *La Medicina en el Descubrimiento y Conquista del Perú*. Lima, 1956.
- LASTRES, JUAN B: *Médicos y Cirujanos de Pizarro y Almagro*. Lima, 1958.
- LEÓN PORTILLA, MIGUEL: *El reverso de la Conquista, Relaciones Aztecas, Mayas e Incas*. México, 1964.

- LEVILLIER, ROBERTO: *Audiencia de Lima*. Madrid, 1922.
- LEVILLIER, ROBERTO: *Gobernantes del Perú*. Madrid, 1921-1926.
- LIZÁRRAGA, FRAY REGINALDO DE: *Descripción breve de toda la tierra del Perú*. Madrid, 1909.
- LOHMAN VILLENA, GUILLERMO: *Hernán Cortés y el Perú*. Madrid, 1948.
- LÓPEZ DE GÓMARA, FRANCISCO: *Historia General de las Indias*. Barcelona, 1954.
- LÓPEZ DE JEREZ, FRANCISCO: *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*. Madrid, 1947.
- LOREDO Y MENDÍVIL, RAFAEL: *Los Repartos*. Lima, 1958.
- LORENTE, SEBASTIÁN: *Historia de la Conquista del Perú, bajo la dinastía austríaca, 1542-1598*. Lima, 1863.
- MARTÍNEZ, SANTIAGO: *Alcaldes de Arequipa*. Arequipa, 1946.
- MARTÍNEZ, SANTIAGO: *Fundadores de Arequipa*. Arequipa, 1936.
- MAÚRTUA, VÍCTOR M.: *Juicio de Límites entre el Perú y Bolivia*. Barcelona, 1906.
- MEDINA, JOSÉ TORIBIO: *Historia del Tribunal de la Inquisición de Lima*. Santiago de Chile, 1956.
- MELÉNDEZ, FRAY JUAN: *Tesoros verdaderos de Indias*. Roma, 1681.
- MENA, CRISTÓBAL DE: *La Conquista del Perú llamada la Nueva Castilla*, en PORRAS BARRENECHEA, RAÚL: *Relaciones Primitivas de la Conquista del Perú*. París, 1937.
- MÉNDEZ PEREIRA, OCTAVIO: *Núñez de Balboa*, Buenos Aires, 1940.
- MENDIBURU, MANUEL DE: *Diccionario Histórico Biográfico del Perú*. Lima, 1935.
- MIRÓ QUESADA, AURELIO: *Costa, Sierra y Montaña*. Lima, 1947.
- MOLINA, EL ALMAGRISTA, CRISTÓBAL DE: *Destrucción del Perú*. Lima, 1943.
- MONTESINOS, FERNANDO DE: *Los Anales del Perú*. Madrid, 1906.
- MOUSNIER, ROLAND: *Los siglos XVI y XVII*. Barcelona, 1959.
- MURÚA, FRAY MARTÍN DE: *Historia del origen y genealogía real de los Reyes Incas del Perú*. Madrid, 1946.
- OLIVA, ANELLO: *Historia del Reino y Provincias del Perú*. Lima, 1895.
- PIZARRO, HERNANDO: *Carta a los Oidores de Santo Domingo*, en CANILLOS, CONDE DE: *Tres testigos de la Conquista del Perú*. Buenos Aires, 1953.
- PIZARRO, PEDRO: *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú*. Buenos Aires, 1944.
- POLO DE ONDEGARDO, JUAN: *Informaciones acerca de la Religión y Gobierno de los Incas*. Lima, 1916.
- PRESCOTT, GUILLERMO H.: *Historia de la Conquista del Perú*. México, 1952.
- PORRAS BARRENECHEA, RAÚL: *Cartas del Perú*. Lima, 1959.
- PORRAS BARRENECHEA, RAÚL: *Cedulario del Perú*. Lima, 1944-1948.
- PORRAS BARRENECHEA, RAÚL: *Cronistas del Perú*. Lima, 1962.
- PORRAS BARRENECHEA, RAÚL: *Estudio Histórico sobre la Fundación de Trujillo*, en *Apuntes y Estudios Históricos sobre la fecha de la Fundación de la Ciudad de Trujillo*. Trujillo, 1935.
- PORRAS BARRENECHEA, RAÚL: *Pequeña Antología de Lima*. Madrid, 1935.

- PORRAS BARRENECHEA, RAÚL: *Relaciones Primitivas de la Conquista del Perú*. París, 1937.
- PORRAS BARRENECHEA, RAÚL: *Las conferencias del Dr. Raúl Porras Barrenechea sobre el Conquistador del Perú*, en Documento, Lima, 1948 núm. I.
- PORRAS BARRENECHEA, RAÚL: *Dos documentos esenciales sobre Francisco Pizarro y la Conquista del Perú*, en Revista Histórica, Lima, 1948, núm. XVII
- PORRAS BARRENECHEA, RAÚL: *El Testamento de Pizarro*. París, 1936.
- QUINTANA, MANUEL JOSÉ: *Vidas de españoles célebres*. París, 1845.
- RAMÓN FOLCH, JOSÉ ARMANDO DE: *Descubrimiento de Chile y compañeros de Almagro*. Santiago de Chile, 1953.
- REY PASTOR, JULIO: *La Ciencia y la Técnica en el Descubrimiento de América*. Buenos Aires, 1951.
- RIVA AGÜERO, JOSÉ DE LA: *Por la Verdad, la Tradición y la Patria*. Lima, 1937-1938.
- RIVA AGÜERO, JOSÉ DE LA: *El primer Alcalde de Lima Nicolás de Ribera, el Viejo, y su Posteridad*. Lima, 1935.
- ROMERO, CARLOS A.: *Los Héroes de la Isla del Gallo*. Lima, 1944.
- ROMERO, FERNANDO, y EMILIA ROMERO DE VALLE: *Probable itinerario de los tres primeros viajes para la Conquista del Perú*. México, 1943.
- ROMOLI, KATHLEEN: *Vasco Núñez de Balboa, Descubridor del Pacífico*. Madrid, 1955.
- RUIZ DE ARCE, JUAN: *Advertencias*: en CANILLEROS, CONDE DE: *Tres testigos de la Conquista del Perú*. Buenos Aires, 1953.
- SALAS, ALBERTO MARIO: *Crónica Florida del Mestizaje de las Indias*. Buenos Aires, 1960.
- SANCHO DE LA HOZ, PERO: *Relación de la Conquista del Perú*. Madrid, 1962.
- SANTA CRUZ PACHACUTI YAMQUI, JUAN: *Relación de Antigüedades deste Reyno del Pirú*. Buenos Aires, 1950.
- SANTILLÁN, FERNANDO DE: *Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas*. Buenos Aires, 1950.
- SARMIENTO DE GAMBOA, PEDRO: *Historia de los Incas*. Buenos Aires, 1952.
- SARTHOU CARRERES, CARLOS: *Castillos de España*. Madrid, 1952.
- TITU CUSI YUPANQUI: *Relación de la Conquista del Perú y hechos del Inca Manco II*. Lima, 1916.
- TRUJILLO, DIEGO DE: *Relación del Descubrimiento del Reyno del Perú*. Sevilla, 1948.
- URTEAGA, HORACIO H. Y CARLOS A. ROMERO: *Fundación española del Cusco y Ordenanzas para su Gobierno*. Lima, 1926.
- VALCÁRCEL, LUIS E.: *Historia del Perú Antiguo*. Buenos Aires, 1964.
- VARGAS UGARTE, RUBÉN: *Historia de la Iglesia en el Perú*. Lima, 1953.
- VEGA BELLO, JUAN JOSÉ: *La guerra de los Viracochas*. Lima, s. a.
- VEGA BELLO, JUAN JOSÉ: *Manco Inca, el Gran Rebelde*. Lima, s. a.
- VELASCO, JUAN DE: *Historia del Reino de Quito*. Quito, 1841.
- ZÁRATE, AGUSTÍN DE: *Historia del Descubrimiento y Conquista del Perú*. Lima, 1944.

INDICE

	<i>Págs.</i>
	<hr/>
I. LOS AÑOS EXTREMEÑOS	7
Trujillo de Extremadura	7
El niño bastardo	9
El presunto porquerizo	11
II. LA CARRERA DE LAS ARMAS	14
De Italia a las Indias	14
La visión del mar del sur	16
El vecino de Panamá	18
III. POR LA MAR DEL SUR	22
La jornada de Levante	22
El buen capitán	25
El segundo viaje	27
La porfía de Atacames	29
La isla del Gallo	31
Tumbes, la ciudad de piedra	35
El hijo del trueno	37
El nombre de la nueva tierra	40
IV. RECURSO A LA AUTORIDAD DEL REY	42
La capitulación de Toledo	42
La visita a Trujillo	46
El regreso a Castilla del oro	48
V. LA EXPEDICIÓN DEFINITIVA	52
El tercer y último viaje	52
Las verrugas de Coaque	54
Belalcázar	56
La isla de Puná	58

INDICE

	<u>Págs.</u>
Tumbalá	60
El desembarco en Tumbes	63
La prisión de Chilimasa	68
Maizavilca	70
VI. LOS HIJOS DEL SOL	73
Los augurios funestos	73
La guerra fratricida	76
El cóndor caído	79
El regreso de Huiracocha	82
La sospecha	84
VII. LA ENTRADA EN LA TIERRA DEL PERÚ	87
El orejón espía	87
La fundación de San Miguel	91
El alarde de Piura	94
La expedición a Caxas	98
Por tierras del Gran Chimú	102
El camino de la sierra	105
VIII. LA CAPTURA DEL INCA	110
Cajamarca	110
La embajada del Gobernador	112
Los aprestos de la lucha	116
Fray Vicente	121
La masacre	127
IX. ATAHUALPA	131
La gratitud de los quechuas	131
La promesa del oro	135
El final de Huáscar	139
La fundición del oro	143
Felipillo de Tumbes	148
El reparto del tesoro	151
El requerimiento de Cataño	153
La muerte de Atahualpa	157
X. LA MARCHA AL CUSCO	162
Túpac Huallpa	162
La partida de Cajamarca	165
El valle de Jauja	171
La hoguera de Jaquijahuana	176
La toma del Cusco	181
XI. LA FUNDACIÓN DE NUEVAS CIUDADES	186
La fundación española del Cusco	186
Jauja la Vieja	191
La expedición de Alvarado	194
La Ciudad de los Reyes	196
Trujillo del Perú	200
XII. LA REBELIÓN DE LOS QUECHUAS	204
Manco Inca Yupanqui	204

INDICE

	<i>Págs.</i>
¡A la mar, barbudos!	209
El hambre	215
XIII. LAS DISENSIONES CON ALMAGRO	218
Amarguras del Gobernador	218
El Provincial Bobadilla	220
La celada	224
El fallo del Provincial	226
El odio de Hernando Pizarro	229
La rota de Salinas	233
La muerte del Adelantado	237
XIV. EL VIEJO MARQUÉS	242
El marquesado	242
La visita al Collao	246
Los últimos días	248
La fecha funesta	252
EPÍLOGO	257
DOCUMENTOS	271
BIBLIOGRAFÍA	273

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE ARTES GRÁFICAS
MARISAL, PLAZA DE ORIENTE, 2, MA-
DRID, EL DÍA 15 DE MARZO DE 1966





F 3442 .P673
Busto Duthurburu, José Antonio
Francisco Pizarro, el marques

010101 000



0 1163 0088632 6
TRENT UNIVERSITY



F3442 .P673

Busto Duthurburu, José Antonio
del

Francisco Pizarro.



DATE

ISSUED TO

63245

